

Leonardo da Jandra

EL ETERNO APRENDIZAJE

TRILOGÍA



Leonardo da Jandra

EL ETERNO APRENDIZAJE

TRILOGÍA

Introducción de
Alejandro Beteta



EDITORIAL AVISPERO
México 2023

Edición conmemorativa y definitiva

© Leonardo da Jandra, 2023

© Editorial Avispero

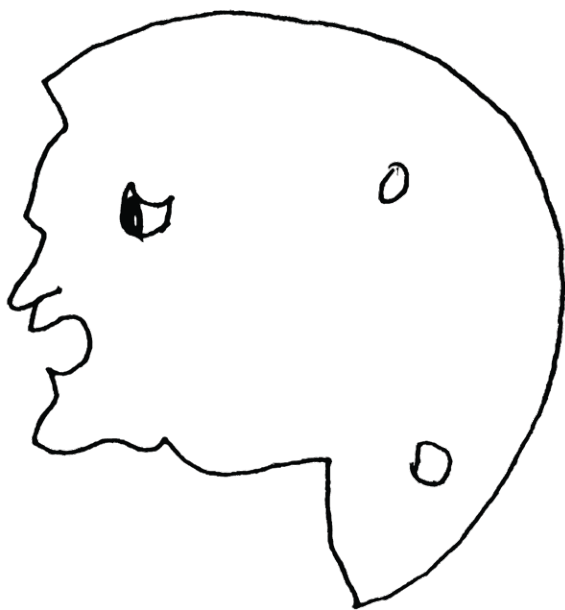
Portada: Raga de San Gabriel

Edición y diseño: Alejandro Beteta y Elizabeth Arias

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.

Impreso y hecho en Oaxaca, México

INTRODUCCIÓN



De la ficción a la filosofía cósmica

¡Es preciso leer las causas célebres, la historia de los tiempos revueltos, para saber lo que hay en el fondo del hombre, lo que vale su moralidad!

Arthur Schopenhauer

¿Por qué un pensador utópico escribe distopías? ¿Para mostrar las contradicciones humanas que deben ser superadas? Con la publicación de la novela *El hombre piadoso* (2023), Leonardo da Jandra clausura el ciclo de su narrativa. Desde hace casi cuatro décadas viene acrecentando sus obsesiones vitales y racionales a partir de ficciones que complementan su pensamiento. En esta Trilogía, *El eterno aprendizaje*, se encuentran reunidas las novelas de filosofía-ficción *El hombre moral*, *El hombre soberbio* y *El hombre piadoso*. Si un creador está en sus creaciones, en el alma de sus personajes encontramos los rasgos de su creador, y la obra del filósofo de la “teoría de los complementarios” adquiere visos trascendentales en la literatura y la filosofía en español.

Leonardo da Jandra es quizá el único filósofo en hispanoamérica con un sistema y un método en el sentido que los idealistas alemanes le dieron a la filosofía. La creación del tratado metodológico *Totalidad, seudototalidad y parte* abraza el *sino* triádico de sus composiciones ensayísticas y narrativas. En él divide en tres partes la tricomponencialidad del absoluto que los filósofos afanosamente han tratado de abarcar desde especulaciones metafísicas y entelequias lógicas. La totalidad, afirma, está hecha de partes, seudototalidades que a su vez contienen partes. ¿La relación es necesariamente un orden cósmico? Para

quien desee profundizar en el propósito de su novelar y su ensayística, tendrá que complementar sus procesos creativos de cuatro décadas. En este cierre de su ficción el filósofo superó la interrelación temática que urde en sus tramas: la metamorfosis de la filosofía y la ficción en dramas épicos de carácter global y cósmico. Por sus influencias clásicas, memorias, diálogos filosóficos y tragedias, Da Jandra es practicante de un género nuevo: la filosofía-ficción.

¿Qué es lo que resalta en esta Trilogía? Sin duda alguna en ella se encuentra una expansión de la reflexión crítica unida al acontecimiento vital. No sólo expone filosóficamente a sus héroes trágicos, sino que, a partir de las decisiones económicas, políticas, religiosas y científicas que realizan los dirigentes inmorales y corruptos, plantea mundos alternos a la historia humana. En el estilo encontramos un desglose literario que va de lo filosófico a lo fantástico, de lo mítico-histórico a la revelación cósmica, de lo científico a lo teológico. La narrativa es una teatralización de lo esencial, es decir, un diálogo entre los significados, los valores y los hechos, y encierra un arte específicamente vital, ya que el estilo está depurado en una compleja claridad, armonizado por diálogos, aforismos, neologismos, reflexiones metafísicas y escenificantes descripciones; breves, pero ejemplares. Los diálogos tienen la cualidad de ser aforismos axiomáticos: de lo moral a lo metafísico, de lo vital a lo accidental, exigen el detenimiento, el silencio y la meditación profunda.

La narrativa une lo científico, lo filosófico y lo espiritual en una lucha por la verdad y la libertad, y muestra la desesperada oposición del mal frente al bien, y del bien sobreviviendo al mal. Algo natural en Da Jandra es plasmar los complementarios. Los personajes caracterizados cumplen este principio: son adversarios y al mismo tiempo complementarios.

La Trilogía tiene virtudes que sobrepasan los juicios de un lector que tantea en la filosofía; sin embargo, la maestría de la pluma –matizada de zarpazos metafísicos y escenografías luminosas de esperanza en medio del caos– proporciona la curiosidad para ordenar los juicios de tal modo que para criticarla es necesario tener una visión filosófica. Hay que concentrar en un mismo drama diferentes significados; por ejemplo, la lucha permanente entre el bien y el mal, el libre albedrío, el enfrentamiento de la sabiduría ante la soberbia del poder, la ambición y la perversión, el caos y el orden. ¿Tal es el propósito de las tragedias?

Es fácil declarar que algo es de su tiempo cuando está a la moda de las certidumbres cotidianas. Pero cuando el arte logra lo intemporal trasciende el contexto revelándolo en la magia de su exposición: su crítica y su aportación estética. Las novelas de la Trilogía retratan nuestra época porque la trascienden con su novedad; sin embargo, ¿serán plenamente atendidas por su tiempo? Quizá sí por los iniciados que se preguntarán qué quiso decir el autor con sus disquisiciones metódicas, con la tricomponencialidad de lo existente, con la organización séptuple de la materia y la energía, con la alianza de los tres poderes de la justicia en relación con la filosofía que unifica la verdad, la belleza y la bondad, y con la religión que une mente, alma y espíritu.

La fabulación de estos mundos, aunque fantásticos, es concerniente a la decadencia del humanismo moderno. De ahí que en el resultado de la confrontación entre la teología, la ciencia y la filosofía, se delibera que las dialécticas sólo se superan complementándose; no en la imposición de sus dogmas, sino en la liberalidad de sus antagonismos como poseedoras de la verdad.

Los desastres que dañaron los mundos de la Trilogía son los relatos de los fracasos históricos del hombre en la odisea de la evolución. Éstos se ven reconstruidos en un

drama universal en el que razas y seres de otros universos y dimensiones transitan en una latente búsqueda de la sobrevivencia. La hazaña de la trascendencia en “el eterno aprendizaje”.

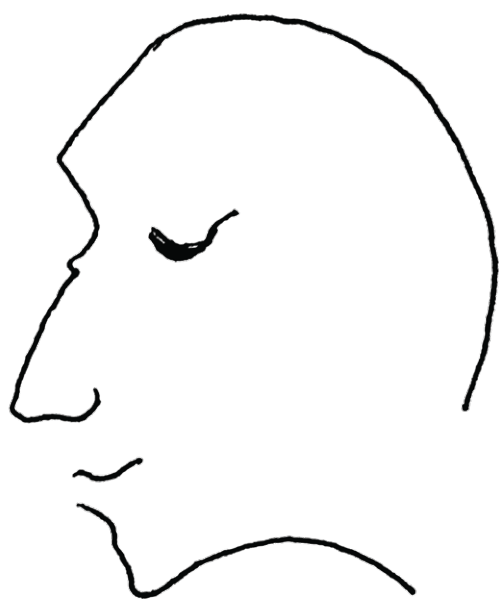
“Quien diga que posee la verdad es el mayor farsante”, suele decir el filósofo cuando presenta las meditaciones metódicas sobre sus posturas filosóficas, que ahora las ha plasmado en una narrativa trágica. En una cosa es conclusivo: la verdad es un intento permanente, un deseo de alcanzar la perfección, sabiendo que ésta no se ha de poseer en un estadio. Se entiende, entonces, que los fracasos planetarios en estos mundos fabulados son los acontecimientos del libre albedrío de la voluntad humana. Tal vez por eso no hay transmisión del conocimiento sin maestros que lo enseñen y sin discípulos que lo aprendan. La Trilogía es una conversación antisolemne entre maestros y aprendices.

Los estragos de la ciencia, la tecnología y el comercio en beneficio de la utilidad, el confort y la dependencia de bienes innecesarios, convierten estas fabulaciones distópicas en tragedias. No aprenderemos hasta que los excesos nos hagan saber el precio de la soberbia, parecen decirnos la fatalidad de los desatinos. Necesitamos la fuerza de la humildad. El egocentrismo es igual a utilidad, vicio, vanidad, lujo, orgullo, soberbia, adulación y ambición; los pecados capitales que llevaron al desastre a los mundos dajandrianos. ¿En lugar de la verdad, la belleza y la bondad en ellos florece la mentira, la fealdad y la crueldad?

Después de cada fracaso, la civilización debe comenzar de nuevo, una y otra vez, hasta alcanzar una evolución de lo imperfecto en la búsqueda de la perfección. Aquí el filósofo sugiere que la decadencia de este tiempo es la consecuencia de una pobreza de espíritu: el desproporcionado egoísmo amenaza el futuro de la civilización; y siempre, por fuerza del destino, debemos empezar de nuevo en el

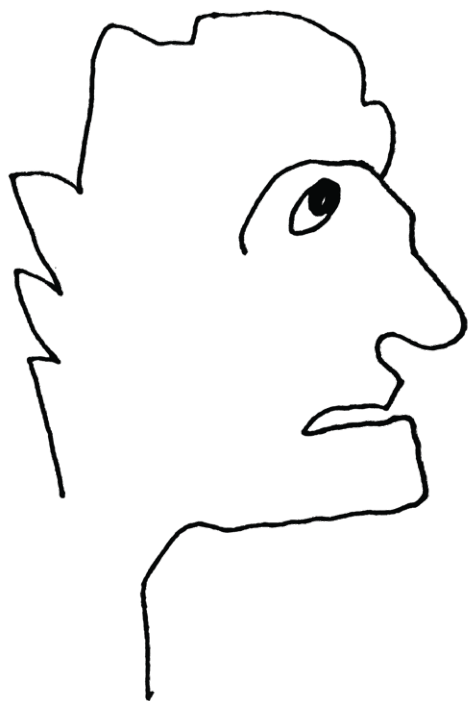
devenir de la historia. Como dramas de las desandanzas históricas, estas epopeyas míticas –de la tragedia humana en la tragedia de los héroes y sus mundos– divagan en las pulsaciones más vitales del ser humano, de ahora y siempre: el bien, la libertad, la verdad y la justicia. O, como dice Da Jandra en *Filosofía para desencantados*: “Cuando el individuo racional supera la doble determinación digestiva y genital, la autogratificación se convierte en búsqueda de la verdad, la autoperpetuación en búsqueda de la belleza y la autoconservación en búsqueda de la bondad: la razón egocéntrica cede su lugar a la razón sociocéntrica”. Cuando esto suceda, el amor será el deseo de hacer el bien a los demás. Sólo se llegará a esta fase triúnica cuando los fundamentalismos de las partes hayan cedido su antagonismo en una complementación universal. En la medida que evolucionamos superamos los errores.

San Gabriel Etla, Oaxaca, 2022
Alejandro Beteta



*El verdadero maestro mantiene su
integridad intelectual tan sólo si sigue
siendo un aprendiz.*

EL HOMBRE MORAL



I

El Filósofo vio las imágenes en el noticiario mientras desayunaba. Aun cuando su desayuno era frugal –un plato de hojuelas de cereal con una manzana troceada y una cucharada de miel–, sintió que algo en su estómago protestaba. En cuestión de minutos comenzarían las llamadas, el sabor a salitre le corroería el ánimo y ya no habría lectura que pudiera rescatarlo del marasmo. La trama que estaba viendo parecía demasiado grotesca para ser cierta, como una sucia mezcolanza de... Entonces oyó la primera referencia a su persona. Ensalzaban su desempeño académico para enseguida enfatizar la condena.

El personaje que llena la pantalla es un clon perfectamente diseñado y, como todos los conductores de la Cadena Continental, puede ser de cualquier sexo: un ente con unos ojos virtuales bellos y fríos como diamantes de hielo. La voz es pacificadora pero enfática, y en el centro de la referencia aparece el libro más polémico del Filósofo, *La creación evolutiva*, que, y aquí se hace grave la voz: “...no ha convencido ni a creacionistas ni a evolucionistas al pretender lograr una complementación de las tesis contrarias”. Es claro que esta belleza andrógina lee algo que no entiende; como seguramente no entenderá la mayoría de los espectadores desconcertados por la rebelión y que mitigan sus hastíos conectándose a la Cadena Continental.

La pantalla se llena ahora con un mensaje escrito con sangre. La cámara recorre la estremecedora caligrafía, mientras la voz en *off* del seductor andrógino dramatiza

las proclamas. El Filósofo oye en alguna parte una llamada mientras siente una creciente radiación de coraje. A la cuarta llamada oprime el comunicador y escucha. Luego da las gracias y cuelga. Era un colega de la Universidad que lo urgía a ver lo que ya estaba viendo.

Sobreponiéndose a la iracunda caligrafía, aparece la versión impresa del manifiesto rebelde. El Filósofo oprime el dispositivo de grabación y aumenta el tamaño de la letra para imprimir el texto. Después, con más fastidio que interés, se va a sentar frente a su mesa de trabajo a leer el texto rebelde.

“Ciudadanos y ciudadanas continentales: optamos por la rebelión precisamente porque no encontramos otra salida y porque estamos convencidos de que tanto la justicia divina como la humana están de nuestra parte. No somos anómalos ni subhumanos sino diferentes, y exigimos el derecho natural a vivir libremente nuestra propia diferencia. No aceptamos ninguna forma de supremacía que conlleve la esclavitud, ¡nuestra esclavitud!, y ya no toleraremos que se nos recluya como criminales en Granjas punitivas y se nos reprima sexualmente. En esta declaración de rebeldía están contenidas precisamente las instrucciones para cumplir nuestras demandas, así como las terribles consecuencias que originaría la represión de nuestro levantamiento”.

El comunicador vuelve a sonar hasta que el Filósofo lo desconecta. En la pantalla un alto funcionario del Ministerio de Gobernación hace referencia a un planeta vecino. Dice que allí hace siglos que han superado los conflictos raciales y que simplemente evitan desde el nacimiento la proliferación de las peores cepas. Al oír las dos últimas palabras, el Filósofo piensa en el argumento hipócrita de la mayoría que conforma el Consejo Cívico: “Nos oponemos a la selección generalizada que implica privilegios para los mejores; pero consideramos un imperativo evolucionario suprimir o recluir a los peores”.

Con una musiquilla minimalista de fondo entra en la pantalla el Teólogo del Consejo Cívico, tal vez su contrincante más acérrimo y uno de los miembros más prominentes de la Hermandad de los Perfeccionistas: “Este sentimiento espurio que se niega a reconocer la desigualdad natural y evidente de las inteligencias y de las posibilidades morales, y que pretende rebajar nuestra inteligencia al nivel más bajo de la evolución, sacrificando lo superior a lo inferior, ya no debe tener cabida en una sociedad que ha hecho de la búsqueda de la perfección su norma. Me niego a aceptar que debamos retrasar nuestro ascenso social y espiritual por causa de un reducido grupo de individuos que no tienen la menor oportunidad de supervivencia cósmica por tener la mente dañada, y que sólo representan lo patológico y lo vulgar”.

El Filósofo se rasca la comezón del cogote convencido de que en la parte del juego que ahora le corresponde jugar no hay manera de evitar ser perdedor. Los conceptos son como ídolos de humo atrapados en una atmósfera enrarecida. Al tiempo que da una zancada, mete las manos en los bolsillos de su viejo pantalón de ejercicio y se para frente al amplio ventanal de la sala, para apreciar el lago más bello de la ciudad bajo un manto acerado de frío. Varias figuras corren por el contorno arbolado y hacen ejercicio exhibiendo una voluntad a la que él renunció varios años atrás, cuando fue abandonado por la única mujer que significó algo en su vida.

Al ruido inquisidor de la pantalla se suma de pronto el de un comunicador móvil en algún lado. Para el Filósofo se trata de una intromisión descarada, un abuso más de poder en una cultura donde los periódicos y las revistas hace décadas que han desaparecido. Encuentra el mini-comunicador y lo desactiva. Del otro lado del ventanal está una civilización en guerra contra la mediocridad; un mundo en el que la razón y la eficacia han desplazado a la conmiseración y la solidaridad, y donde cada vez son

menos los que cuestionan la supresión sistemática de los deficientes genéticos.

Una vez, al ser entrevistado para la Cadena Continental, el Filósofo dijo que al menos uno de los integrantes del Consejo Cívico debía ser recluido con plena justicia en cualquiera de las Granjas para deficientes mentales. Si bien no señaló directamente al personaje, la ciudadanía supo que se refería al Teólogo. El castigo fue una eficaz campaña de difamación en su contra. Se pasó casi un año de perro hambriento, luchando para no sucumbir a los venenosos bisbiseos del pesimismo. Fue entonces cuando un buen número de universitarios, indóciles a las engañosas ofertas de la democracia continental, introdujeron en la Red su ficha virtual con el estamento de *Guía* confiable. Durante meses, miles de mensajes de apoyo inundaron la Red, y el Filósofo tuvo que ser reivindicado.

En la pantalla se instala con brusquedad el presente. El Filósofo reconoce al instante de quién hablan y en dos trancos se acerca a la pantalla para ver unas imágenes no recientes de un hombre que está entrando en plena madurez con un saldo sufriente. No obstante, son todavía evidentes en su rostro los rasgos violáceos de los elevadores biológicos. Sus ojos son el único atisbo luminoso en una geografía yerma. La voz andrógina dice que se trata del reconocido Biotecnólogo que, entre otros logros, inventó la vacuna contra la terrible influenza de origen aviar que asoló al Continente años atrás. Hasta el momento de la rebelión fungía como director de la Granja y, aunque no hay información precisa al respecto, ciertas fuentes en la Red virtual parecen coincidir en que los rebeldes lo han tomado como rehén.

Una oleada emocional empieza a fundir las ideas frías como carámbanos que tienen al Filósofo aprisionado en la impotencia. Después de reconocer entre las imágenes al único amigo que ha tenido, va hacia la recámara y se tiende en el lecho. Poco a poco, en medio del cansancio y de la oscuridad, empieza a reverberar la memoria.

II

El Biotecnólogo fue un joven optimista y servicial hasta el suceso que cambió drásticamente su vida. Pero, a decir verdad, antes del accidente decisivo el Biotecnólogo tampoco tuvo una existencia complacida. Sus padres eran profesores de nivel preuniversitario –él de matemáticas y ella de bioquímica– y vivían en un digno fraccionamiento de cien viviendas unifamiliares (sólo los solteros vivían en complejos multifamiliares), donde cada casa disponía de dos mil quinientos metros cuadrados, además de un parque común de una hectárea que incluía algunas canchas deportivas y una ludoteca. Las escuelas estaban cerca de los parques industriales que se ubicaban en los linderos de los fraccionamientos para que maestros y alumnos pudieran ir caminando, y no constaban de aulas sino de talleres en los que se fabricaban muchos artefactos de uso cotidiano, por eso se les llamaba Talleres y a los alumnos talleristas. Los alumnos ingresaban en estos Talleres a los cinco años, la edad reconocida oficialmente en la que el niño toma sus primeras decisiones morales. A los dieciocho años, ya expertos artesanos y autosuficientes en todo lo concerniente al mantenimiento del hogar, los alumnos dejaban los Talleres y se inscribían en las Universidades. Entre los quince y los dieciocho años se convertían en asistentes de los maestros para enseñar a los primeros niveles, y se les daba total apoyo para que pudieran diseñar y realizar en los Talleres sus propias invenciones. El fin del sistema educativo era la autosuficiencia, y cada alumno

que egresaba estaba capacitado para desempeñarse en la vida como un experto artesano.

Después de los cinco años había tres edades que marcaban de manera especial el comportamiento de los alumnos: los catorce, cuando recibían su iniciación cívica y ya eran completamente responsables de sus actos; los veintiuno, en que se les confería pleno derecho al voto; y los veintiocho, edad límite para permanecer en el hogar con sus padres. Desde el momento en que cumplían veintiún años los jóvenes podían acceder al matrimonio, pero antes la pareja tenía que asistir durante un año a los cursos de instrucción obligatoria sobre la vida matrimonial, donde les hacían analizar y experimentar los cuatro estigmas que amenazan la convivencia de pareja: los celos, la envidia, el aburrimiento y el odio.

El padre del Biotecnólogo era un caso excepcional entre los profesores, y en su Taller gozaba de un polémico prestigio por sus elucubraciones cósmicas. Con base en ciertas enrevesadas fórmulas de física teórica había desarrollado unas ecuaciones –que en realidad eran copias amañadas de la vieja teoría de bandas– con las que pretendía demostrar que la compleja estructuración de la energía cósmica estaba concebida justamente para que el hombre alcanzara su plenitud armoniosa. En el ambiente encumbrado de los cosmo físicos, estos esbozos de la teoría antropocósmica eran vistos como excrecencias absurdas que sólo existían en los cuadernos de notas de ciertos talentos malogrados por las transmisiones del Lago de Cristal. Sin embargo, entre los físicos teóricos, que consideraban a las matemáticas como la llave maestra de los enigmas cósmicos, había cierta condescendencia hacia los matemáticos que, como el padre del Biotecnólogo, postulaban la supremacía de una Superinteligencia ordenadora del Cosmos. Frente al universo tetradimensional, confirmado experimentalmente por los cosmo físicos, los partidarios de la teoría antropocósmica postulaban la

existencia de múltiples universos de múltiples dimensiones, y coincidían con los viajeros que llegaban al Lago de Cristal en que el universo no era finito y limitado por sí mismo –que era la tesis prevaleciente entre los cosmo-físicos más ortodoxos–, sino que, al igual que los demás universos que conformaban el Superuniverso de universos, se estaba expandiendo constantemente.

En el Taller donde impartía clases de matemáticas aplicadas, el padre del Biotecnólogo era ciertamente un personaje. Pero más que sus elucubraciones cósmicas, lo que le daba un halo de excepcionalidad era su impar belleza física, y las habladurías que corrían en torno a su aportación seminal. Las alumnas lo consideraban un manantial inagotable de promesas deleitosas, aunque no dejaban de ser habladurías de lavandería las que sostenían que ese raro ejemplar de raza violeta tuviera una potencia sexual extraordinaria.

Pero en el hogar del Matemático las cosas se veían de otra manera. El único hijo era a menudo partícipe de los hirientes comentarios que la madre dirigía al padre, en reproche por su conducta huidiza y poco participativa. Para el futuro Biotecnólogo las salidas programadas de su padre obedecían seguramente a alguna actividad ociosa que tenía lugar en casa de algún colega del Taller. Pero para la madre las salidas vespertinas del Matemático no podían ser más que la clara consumación de la infidelidad que sospechaba, lo que explicaba el consiguiente hastío conyugal y la actitud fría y distante con que recibía cualquier insinuación sensual. Hasta que un día los garfios de la histeria se hundieron en el corazón insatisfecho de la mujer y salió tras el Matemático como una perra aulladora dispuesta a prodigar las tarascadas del cielo. El hijo visualizó un escándalo mayúsculo y se apresuró tras sus padres; pero los jardines que separaban los edificios unifamiliares fueron una muralla suficiente para enmudecer los aullidos. El futuro

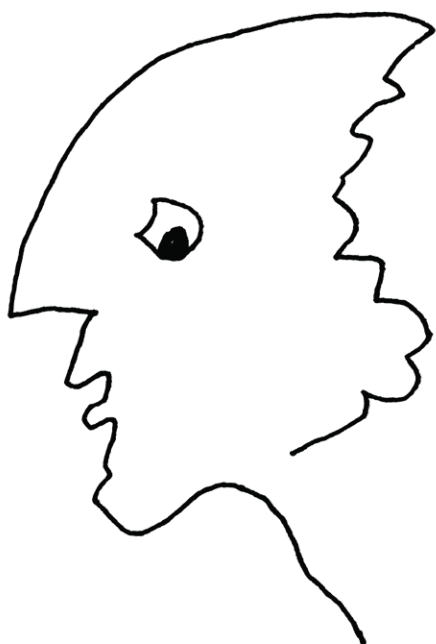
Biotecnólogo abrazó a su madre sollozante y la condujo de vuelta al hogar, prometiéndole que pronto descubriría el motivo de las misteriosas salidas.

En cuanto el Matemático llegaba de dar sus clases vespertinas, dejaba el portafolio sobre su mesa de trabajo y se metía en la regadera con el mismo deleite como si estuviera entrando en un remanso de aguas termales. Después se embutía en uno de sus trajes oliváceos y salía. Por fortuna la escapada era a pie y sin premura, por lo que el hijo pudo seguir con suficiente protección la flaca figura a través de las calles arboladas del fraccionamiento de nivel medio. El Matemático se detuvo un momento a charlar con otro profesor tallerista, y siguió con los mismos pasos sin gracia hasta la puerta imponente del Hospital General de la zona. En la recepción mostró el código de su antebrazo para ser identificado y desapareció luego entre el trajinar de empleados y médicos.

Para el futuro Biotecnólogo no fue difícil inventar una repentina indisposición de la madre como pretexto para localizar al Matemático. Estaba en el laboratorio de eugenesia, y el muchacho tuvo que esperar sentado en una banca bajo la vigilancia de una enfermera de ojillos ratunos. Cuando al fin salió, el Matemático eclipsó la sonrisa solar que traía enrostrada y se quedó viendo a su hijo como si se tratara del resultado fallido de un conjunto de ecuaciones mal planteadas. “¿Qué demonios haces aquí?”, le dijo con más agresividad de la necesaria. “Vine porque mamá ya no aguanta”, respondió el hijo sin desviar la mirada. El padre vio un deje réprobo en la expresión de la enfermera y dijo por lo bajo, para que tan sólo lo oyera el muchacho: “Espérame afuera”.

Se alejaron en silencio del hospital, igual de aplanados que las sombras proyectadas por el sol deslucido que declinaba en el horizonte. Al cabo, en la proximidad de una fuente dedicada a uno de los próceres de la raza azul, el padre se detuvo bruscamente y enfrentó al muchacho:

“¿Qué imagina tu cabecita que vine a hacer aquí?”. El hijo miró hacia la luz enfermiza del sol y dijo evasivo: “Lo que haces casi todos los días, pienso”. El padre sonrió y siguieron caminando en silencio. “Necesito el dinero”, dijo al entrar en el pequeño parque del fraccionamiento. Como el hijo prefirió no hablar, el padre derivó la voz hacia riesgos más calculados: “Necesito un superprocesador de la nueva generación para resolver las ecuaciones antigravitacionales”. “Llevas ya algunos años necesítándolo”, dijo el muchacho. El padre volvió a detenerse. “Está bien”, exhaló resignado, “digamos que vendo mi semen porque me gusta masturbarme”. Entonces el muchacho apartó la vista hacia la forma planeante de un fénix en los últimos destellos del ocaso y dijo mientras su padre se alejaba: “Puedes hacer lo que quieras, siempre que respetes a mi madre”.



III

En el Continente, el principal foco de atención del sistema educativo se centra en los programas destinados a los niños entre los dos y los cinco años. En las Guarderías escolares los niños aprenden a respetar las normas jerárquicas; y cuando se gradúan, al pasar la prueba de distinción entre el bien y el mal, están ya conscientes de la diferencia que hay entre hacer daño y amar.

Muy pronto el futuro Biotecnólogo se dio cuenta de que no era igual a sus compañeros. Pero no lo rechazaban ni los rechazaba; a él lo veían con una desconfianza admirativa, y él los veía como bestezuelas que, si se les sabía tratar, podían ser amistosas. En el primer año de Taller acaparó el cuadro de honor, por lo que el Frente Juvenil de los Perfeccionistas envió a un par de miembros para ver si el candidato reunía las condiciones para reclutarlo.

Este vástago de la raza violeta era admirado por los alumnos y maestros con unanimidad incuestionada. Parecía que sus mejores momentos los alcanzaba cuando ayudaba a los demás, y jamás esperaba que le dieran algo a cambio de todo lo que él incesantemente daba. En esa época el profesor de matemáticas y la profesora de bioquímica aún no habían empezado a distanciar su destino, así que vieron como una honra que su hijo se sometiera al escrutinio de esa Hermandad que gozaba de fama envidiable entre el estudiantado. Sin embargo, al reunirse con el estudiante para exponerle el futuro maravilloso que le deparaba la Hermandad, se encontraron con una

rotunda negativa. Varios niños, tras ser seleccionados, habían tenido que ser devueltos a sus casas después de ser sometidos a las pruebas decisivas. Pero éste era el primer caso en que un candidato, notablemente dotado a nivel físico y mental, rechazaba beneficiarse de las reconocidas virtudes del programa. Por lo que tuvieron que recurrir a la autoridad de los padres. Al preguntarle el padre por qué rechazaba esa oportunidad que tantos jóvenes anhelaban, el muchacho respondió sin titubear: “Sentí que sólo me querían coleccionar”.

Además de la fascinación que ejercían sus ojos y su tez violácea, el futuro Biotecnólogo poseía un cuerpo esbelto y un carácter muy peculiar que parecía deleitarse con el servicio y la ayuda. Su único dato genético discordante lo constituían los seis dedos que tenía en pies y manos, un detalle que maximizaba su rareza. A la edad en que la mayoría de los adolescentes se protegen tras una coraza egocéntrica, él se ofrecía gustoso a resolver problemas ajenos mostrando una clara simpatía por los más débiles. Cada grupo constaba de veintiocho alumnos, que se dividían en cuatro subgrupos, y al frente de cada grupo estaba un representante elegido en voto secreto por la mayoría. Este sistema llevaba funcionando más de un siglo de manera exitosa y, al igual que la estructura jerárquica de los Talleres, pretendía ser una réplica del Gobierno Continental con sus tres poderes: ejecutivo, legislativo y judicial.

En el grupo que representaba el futuro Biotecnólogo, había una chica deslumbrante a la que todos se sometían por adulación o por temor. Era una joven con una sensualidad que casi se untaba y con una inteligencia en sus ojos felinos que rayaba por momentos con lo feérico. Tenía una cabellera inverosímil de brillante y finísimo pelo negro, cortado en fleco para enmarcar la albura alabastrina de una belleza intachable. A esta criatura ajena a cualquier pecado original, le correspondía el subgrupo en el que

también estaba el alumno más anodino y reservado de los veintiocho que, por razones que los maestros no tenían el menor interés en explicar, era incapaz de hacer bien sus piezas y tareas. A diferencia del futuro Biotecnólogo, que entregaba sus piezas una sola vez para la admiración y el ejemplo, este joven tripudo parecía negado para las simetrías y perfecciones geométricas, y sus trabajos eran rechazados una y otra vez sin reunir los requisitos para ser aprobados. No obstante, no era nada torpe cuando disertaba en clase de ética sobre las virtudes de los patricios de la raza azul o hacía una reseña crítica de algún clásico de la literatura continental. Adicto a los cereales tostados, que no dejaba de comer a escondidas como un animal que temiese ser despojado de su hueso, y blindado tras unos gruesos lentes de montura sintética, era para la mayoría de los maestros un ejemplo patológico de incapacidad y timidez que no merecía dedicarle más atención ni tiempo.

El grupo entero de estudiantes se encontraba una tarde en la amplia cancha deportiva, mas no haciendo ejercicio ni escuchando una arenga. Se había formado una valla desordenada de cuerpos en torno a la Chica seductora, que les contaba un sueño con los ojos cerrados y las palabras cayendo dulces y suaves como copos de nieve sobre las mentes inexpertas y embobadas. El sueño terminó con el Continente hundiéndose bajo el agua. Luego siguió un silencio miedoso que rompió la propia Chica seductora al abrir sus ojos tan brillantes e hipnóticos como su pelo volátil. Señalando caprichosamente hacia el jardín, dijo: “Oh, ese murciélago maligno nos está espiando, quien lo mate podrá besarme durante los cinco segundos más largos de su vida”.

Aun cuando la silueta colgante se distinguía con nitidez entre el follaje de un árbol, ninguno de los chicos dio un paso adelante. Entonces ella señaló con dedo de fuego al Gordito y dijo: “¡Demuéstrales a estos cobardes

que tienes más valor que ellos y podrás besarme!”. Una voz chillona pronunció un “¡Sííí!”, que enseguida se convirtió en consigna. Las laxas formas de la cara mofletuda parecieron desinflarse cuando alguien puso en su mano una piedra y le dio un fuerte empujón hacia delante. El Gordito empezó a sudar por efecto de un calor que nadie más experimentaba. Por su rostro lechoso y lampiño corrían surcos grasientos que acentuaban la repulsión que provocaba su imagen desolada. La Chica seductora se le acercó por detrás y, ante el clamoroso “¡Uyyy!” del grupo, le susurró al atribulado muchacho algo al oído. La mano apretó con odio la piedra y la lanzó con un ímpetu vandálico. Al sentir el impacto, la forma del murciélago se desintegró haciendo visible un enjambre que comenzó a zumbar enfurecido mientras el Gordito gritaba y se sacudía como un muñeco en el aire. La estampida de los estudiantes fue generalizada entre empujones y codazos. Y así abandonaron al iluso, tirado boca abajo y en súplicas cada vez más agónicas; hasta que el chico que solía ocupar el cuadro de honor llegó corriendo con un extintor y roció a las avispas.

Como consecuencia de la reacción anafiláctica producida por los piquetes, el infeliz tripudo estuvo dos días delirando en el hospital. Al tercer día abrió temerosamente los ojos hinchados y vio que junto a su madre se encontraba el alumno que lo había salvado. Tenía en la sonrisa tanta vida que era imposible no compartirla.

En los tres años y medio que restaban para la graduación, el futuro Biotecnólogo logró algo que a los demás alumnos y a los maestros les pareció una redención: convirtió al más desgraciado de la clase en todo un aprendiz de filósofo.

Por no querer enfrentar una posible humillación de sus respectivos padres, no iban a casa de ninguno de los dos; y escogieron la biblioteca pública porque era allí donde el futuro Biotecnólogo se refugiaba del de-

rumbadero familiar. El primer libro que el estudiante ejemplar le dio a leer a su nuevo amigo fue la autobiografía de un personaje recién fallecido en una atmósfera repulsiva. Se contaban en el libro los primeros años de la inteligencia huraña y angustiosa de un muchacho huérfano y enfermizo que sólo encontraba comprensión en el abuelo alienado. Después del suicidio del abuelo, el desequilibrado adolescente arremetió a mordidas contra su madre, por lo que fue condenado a diez años en una Granja de reclusión, y ahí escribió un par de novelas muy críticas en contra de la institución familiar continental, que circularon con cierto éxito en los Talleres de las principales ciudades.

Dos días después el chico acomplejado regresó el libro con gesto desdeñoso. “¿No te gustó?”, le preguntó el futuro Biotecnólogo. “Yo jamás admiraré a alguien así”, respondió el Gordito. “Yo tampoco”, añadió el futuro Biotecnólogo; “te lo di porque me pareció importante que vieras cómo una vida tan miserable puede ser fértil para escribir”. “Bueno, eso sí”, balbuceó el Gordito sintiendo cómo se le inflamaban de pudor los cachetes al creerse aludido. Para mitigar el azoro el futuro Biotecnólogo dijo: “Yo creo que lo más rescatable es la voluntad que tuvo para ser escritor”. Alguien conminó al silencio, y al levantar la cabeza los dos se encontraron con la mirada acusadora de un empleado de la biblioteca. Pero antes de centrar la atención en el libro que tenía en frente, el futuro Biotecnólogo dijo una frase que fue determinante para la consolidación de la amistad: “Sé riguroso, no te tengas ni pidas compasión”.

Pronto la lectura comenzó a desplazar a la irrefrenable pulsión oral. El chico genéticamente privilegiado era también un asiduo del gimnasio, y convenció a su nuevo amigo de las bondades que traía el ejercicio para la mente y la voluntad. El tímido Gordito empezó así a dividir su tiempo libre entre el gimnasio y la biblioteca.

En menos de un año, el chico acomplejado experimentó un notable cambio físico y emocional; y esto, aunado a la afinidad que ahora tenía adentro y afuera del Taller con el estudiante ejemplar, terminó despertando el recelo de los demás compañeros. Fue así como el chico atribulado que solía ocupar los últimos lugares de la lista, se desprendió de los lentes anacrónicos y comenzó a escalar puestos con el mismo empeño que ponía antes en devorar cereales tostados. A los dieciocho años su cabeza altiva y emplumada de aprendiz de filósofo llegaría a estar entre los tres primeros lugares en la orla de graduación del grupo.

La Chica seductora fue la primera en resentir que sus encantos fueran menospreciados. En cuanto la atención de la clase se centró en los dos muchachos, comenzó a hacer comentarios cada vez más injuriosos en contra del bicho feo que sólo despertaba conmiseración y pena. Porque de eso se trataba, estaba segura. No era ningún sortilegio o interés mezquino, sino que el mejor alumno de la clase, al que todos los profesores ponían como modelo, de pronto se había sentido culpable por todo lo que le sucedía a ese compañero que nada más podía provocar lástima.

Los veían juntos en la biblioteca y en el gimnasio, además de ocupar asientos contiguos en clase. El estudiante ejemplar le ayudaba a su nuevo amigo a perfeccionar las piezas electromecánicas y le supervisaba las tareas de física y matemáticas. Cuando el futuro Biotecnólogo entregaba sus piezas, el maestro las examinaba con la retraída suficiencia de un orfebre y al final las ponía sobre su escritorio para que los demás alumnos las tomaran como referencia. Por el contrario, el Gordito parecía sufrir de una incapacidad innata para lograr el acabado óptimo en sus trabajos. La mayoría de los alumnos acudían dos o tres veces a recibir las observaciones críticas del profesor; pero el Gordito, en su afán por concluir con

rapidez el trabajo, solicitaba la opinión del profesor con tal frecuencia que terminaba recibiendo una reprimenda. Hasta que el estudiante ejemplar se hizo cargo del aprendizaje del compañero frustrado.

Esa mañana les habían encomendado el diseño y la elaboración de un pequeño circuito para abrir las puertas con un tono de voz personalizado. El estudiante ejemplar solía concentrarse en su tarea como si estuviera solo en el mundo, sin hacer el menor caso a las miradas apropiadoras que lanzaban hacia su mesa los demás alumnos, espoleados por algún comentario sardónico de la Chica seductora. Pero esta vez, en cuanto apareció escrito en la pizarra electrónica el planteamiento teórico del trabajo solicitado, el estudiante ejemplar se encaminó hacia la mesa desde donde vigilaba el profesor y estuvo conversando con él un buen rato. De regreso a su lugar, atrajo con el brazo al Gordito y le murmuró al oído como si fluyera agua: “Lo primero que hay que hacer es dibujar en la mente la forma ideal del objeto que vas a elaborar. Este dibujo no es más que una ilusión, como si lo estuvieras viendo en un sueño, y la clave para que te adueñes de él es una fórmula matemática; no hay nada, absolutamente nada que no se pueda reducir a una proposición matemática, ¿me explico?”. El Gordito asintió. “Una vez que tengas el dibujo y sus medidas, lo que sigue es un ejercicio de perfección”. “Ése es mi mayor problema”, balbuceó el Gordito. “Escucha bien, si la pieza cumple estrictamente con las medidas matemáticas, no hay ninguna necesidad de que te corrija el profesor, ¿para qué sometes al juicio del profesor algo que no ha aprobado tu propio juicio? Recuerda: sólo se entrega una pieza cuando ya no vemos posibilidad alguna de perfeccionarla, ¿me sigues?”. Y lo siguió en todo, como si ese único amigo fuera la clave para enfrentar con la invulnerabilidad de una roca las agresiones del medio. Pero un día apareció en la Red virtual la fotografía de los dos jóvenes besándose, y el

Gordito se encerró en su casa y les dijo a sus padres que lo único que deseaba era morir.

En la clase de creación literaria el profesor estaba leyendo un cuento anónimo que le habían enviado a su cubículo, y que reconstruía la relación homoerótica de dos jóvenes soldados que se perdían en las selvas del sur, viviendo como salvajes y olvidando las más elementales normas civilizatorias. La historia no estaba bien escrita y se mofaba del principio de amistad que enarbolaban con orgullo los Perfeccionistas; quienquiera que fuera el autor era obvio que aborrecía a los homosexuales. Y en la manera cómo leía el profesor había la suficiente ironía para lograr el efecto buscado. Tras el siseo de lenguas ponzoñosas se desataron las risas, y el contagio fue como una ventolera que levantó toda la inmundicia a su paso. El futuro Biotecnólogo se paró al lado del profesor y observó las grotescas gesticulaciones de sus compañeros. Poco a poco las bocas se fueron cerrando. Entonces habló como si estuviera al borde de un abismo: “Ese cuento es igual de inmoral que el truculento montaje de la fotografía que está circulando en la Red. Hay una clara intención antiética que va más allá de cualquier preferencia sexual”, dijo apuntando con ojos de fuego a la Chica seductora; “y me dan lástima los cobardes que no tienen el valor para enfrentar las consecuencias de sus actos”.

Ante la convergencia de las miradas, la aludida enrojeció de coraje. En su rostro bullía un magma de rencor a punto de derramarse. Bruscamente se abrió la puerta del aula e irrumpió un individuo con un cigarrillo humeante entre los dedos. Ningún estudiante ignoraba la prohibición de entrar en las aulas durante las horas de clase, y mayor falta era fumar delante de alumnos y maestros. El escándalo creció cuando todos percibieron el olor de la hierba que el intruso fumaba. Por el temblequeo de manos y el aspecto furibundo, era evidente que el hombre venía con el corazón acuchillado.

“¿Quién es el comemierda que se divierte injuriando a mi hijo?”, bramó el recién llegado. Con el ímpetu, un ataque de tos lo puso al borde del colapso. Nadie se atrevió a hablar mientras duró el trepideo; por último escupió un espumarajo y arremetió contra el profesor y la horda de fercos estabulados (especie híbrida de lémur de alrededor de un metro de largo que se caracteriza por su voracidad insaciable) que eran incapaces de sentir la mínima solidaridad por un compañero que se estaba partiendo el alma para salir adelante... Acercándose como dueño del establo, el profesor tomó del hombro al intruso y le rogó que saliera con él al pasillo. Durante casi un cuarto de hora los dos hombres estuvieron discutiendo. Las acusaciones del padre restallaban como olas sobre las excusas del profesor, mientras en el aula sólo se oían cuchicheos anónimos. En cuanto el profesor regresó, dio por concluida la clase.

Esa misma tarde la Chica seductora fue a la biblioteca. Localizó al futuro Biotecnólogo ensimismado en la lectura y se sentó con sigilo en el asiento de al lado. Él apartó la mirada como si acabaran de dejar en el asiento contiguo un recipiente con vísceras.

“¡Tienes que oírme!”, dijo la Chica seductora con una brusquedad inusual.

“Aunque llegara a perdonarte, jamás podría creerte”, murmuró él sin apartar la vista de la lectura.

“Ya encontré al culpable”, dijo la Chica seductora con pose triunfal. Venía minuciosamente acicalada, y los ojos le brillaban con un halo de sinceridad que la hacían más atractiva que en su habitual envoltura de soberbia. El futuro Biotecnólogo le sostuvo el reto a la mirada y percibió lo que había tenido que superar ese ángel sensual para doblegar su orgullo.

“¿Quién es?”, preguntó el futuro Biotecnólogo adueñándose de la luz apacible que empezaba a atardecer en los ojos felinos.

“Tengo las pruebas suficientes”, dijo ella.

“¿Las has traído?”.

La Chica seductora palmeó su bolso antes de levantarse. Poco después él la siguió hacia el jardín exterior. Ella se sentó en una banca metálica y él permaneció de pie. La Chica seductora extrajo del bolso un legajo de papeles y comenzó a señalar las similitudes léxicas que había entre el texto que el profesor acababa de leer en la clase y otros que había publicado en varias revistas literarias. El futuro Biotecnólogo tomó los papeles que ella le ofrecía y se sentó para ver las palabras subrayadas. Mientras recorría las páginas confirmando la repetición de ciertos vocablos, oyó los motivos que ella exhibía: “A todos nos consta lo mal escritor que es, y no puede aceptar que un alumno que hasta hace poco era el hazmerreír de la clase pueda escribir mejor que él”.

El futuro Biotecnólogo recordó la habilidad excepcional, la única tal vez, que su amigo tenía para ficcionar y conceptualizar, y cómo el profesor de creación literaria objetaba siempre una mancha de grasa o de sudor, cualquier desliz, para no darle la nota máxima. Le regresó el montón de papeles y comentó sin atreverse a mirarla: “No puedo creer que, además de mal escritor, sea tan inmoral como para subir a la Red esa fotografía e inventar después esa pésima historia que leyó en clase”.

“Alguien dijo que los celos suelen ser motivo de la mejor y la peor literatura”, dijo ella al tiempo que guardaba las supuestas pruebas en el bolso.

“¿Celos literarios?”, cuestionó él como si pensara en voz alta.

“No sólo literarios, también de los otros”.

Él sacudió la cabeza intuyendo el trasfondo de la alusión.

“Vamos, no te hagas el ingenuo, todos estamos celosos del tiempo que le dedicas a ese pobre chico”.

“¿Todos?”.

“Sí, yo también”, y al decirlo una fluxión oleosa atemperó el barniz amielado de sus ojos. “A menudo me pregunto qué puede encontrar un ser tan especial como tú en un muchacho como ése, a parte de la conmiseración...”.

“Para entenderlo tendrías que dejar de creer que el mundo gira en torno a ti”, dijo él tajante.

“¡Yo no soy así!”, protestó ella.

“Tal vez no quieras ser así, pero así es como te vemos los demás”.

“¡El hecho de venir a buscarte demuestra lo contrario!”, reclamó ella incorporándose.

Una presencia gibosa caminaba hacia ellos. Al ver a la Chica seductora se quedó fija en el camino de grava como un montón de tierra a punto de desmoronarse. El futuro Biotecnólogo resorteó en la banca en cuanto reconoció la figura.

“Hola”, dijo el recién llegado.

“Quiero que sepas que yo no fui”, le dijo la Chica seductora. Y ante el silencio de la patética escultura, prosiguió: “Fue el profesor de creación literaria, aquí tengo las pruebas”.

“¿Cómo sigues?”, dijo el futuro Biotecnólogo abrazándolo.

“Creo que mejor. Me dijo mi padre que si no venía a verte me echaba de casa...”.

El futuro Biotecnólogo celebró la amenaza con una risa franca. Luego dijo: “Tu padre es una bestia sincera, en eso le gana al mío”. En la clase casi todos sabían que el padre del gordinflón tenía una librería, y que en esa librería se juntaba gente rara y se hacían comentarios ofensivos contra el Gobierno Continental. Sorpresivamente, la Chica seductora depositó su brazo derecho sobre el hombro de la estatua y le dijo en un tono maternal: “Todos queremos lo mejor para ti”.

“¿Todos?”, repitió con ironía el futuro Biotecnólogo.

La Chica seductora asimiló con entereza el ataque. Sacudió un par de veces la perfección de su fleco, y añá-

dió resignada: “Sé que no me tienen confianza, pero los invito a mi casa para hablar con más calma”.

El futuro Biotecnólogo desconfió de tanta misericordia repentina; esa chica, se convencía cada vez más, podía ser, como su padre, otra víctima de la desbordada sensualidad que termina imperando sobre la mente y el corazón. Luego miró la estatua que empezaba a resplandecer bajo un torrente de luz que se había filtrado entre las aborregadas nubes del ocaso y dijo: “¿Vamos?”.

IV

Era una mansión privilegiada en la parte poniente del lago, justo en frente del fraccionamiento de clase media donde vivían las familias de los demás estudiantes que asistían al Taller. A ambos lados del camino empedrado que conducía al portón podían verse las variedades más coloridas de flores –desde el más común anaranjado hasta el morado y el rojo rubí– de la familia de las musáceas. El portón era de un material oscuro semejante al grafito, con incrustaciones plateadas de pequeños sistemas solares. La mirada inquieta del futuro Biotecnólogo detectó enseguida la rareza. “¿Por qué siete si nuestro sistema solar sólo tiene cinco planetas?”, preguntó observando los relieves plateados.

“No son planetas sino partículas, ahora te explico cuando estemos en mi cuarto”, dijo la Chica seductora acercando su retina a la microcámara que estaba a un lado. El portón comenzó a deslizarse y los tres pasaron a un patio con un multisonoro cuerpo de agua. En un extremo estaba una mujer vestida con una túnica irisada, la sonrisa radiante y los brazos abiertos como una diosa. El Chico tímido se convenció con una sola mirada de que era la mujer más bella que había visto en su vida. Era, sin duda, una repetición provechosa de la Chica seductora. Primero abrazó a su hija y después saludó con un beso en la mejilla a los dos estudiantes, que se quedaron rígidos y silenciosos como la náyade bronceína que alimentaba con sus pechos el agua del estanque. El efluvio del perfume de la diosa terminó de consumir

el encanto. Les preguntó sus nombres y qué pensaban estudiar, y el Chico tímido se apresuró a decir: “Yo voy a ser Filósofo”. La respuesta y la convicción con que lo dijo dejó embelesados a la Chica seductora y al futuro Biotecnólogo. “¡Qué bien!”, celebró la diosa; “la filosofía es el origen de todas las respuestas. ¿Y tú?”, preguntó regocijándose con los hermosos rasgos del otro. “Yo quisiera estudiar biotecnología”, dijo a la defensiva el futuro Biotecnólogo. “Vaya, qué chicos tan interesantes, querida. ¿Les ofrezco un té?”. El futuro Filósofo aceptó con una contundencia impensable apenas una hora atrás. La Chica seductora agradeció el ofrecimiento y objetó que tenían que resolver una tarea urgente y que en cuanto terminaran tomarían el té.

Ya en su cuarto, la Chica seductora se adueñó de la situación y les señaló un sofá de piel, negro como su pelo, que estaba al lado de un amplio ventanal. “Bueno...”, estaba empezando a decir cuando se oyeron unos fuertes llamados en la puerta. “Mierda, ya llegó”, dijo la Chica seductora con expresión de asco. Abrió la puerta y entró un anciano alto con el pelo demasiado negro para su edad, de piel transparente y con unas cejas que parecían las alas de un córvido. Pasó adelante hasta donde estaban los dos jóvenes sentados y les soltó sin mayor preámbulo: “¡Les prohíbo tajantemente que mientras estén aquí usen cualquier forma de energía electromagnética!”. Los dos jóvenes se quedaron petrificados. La Chica seductora tomó por la espalda al pajarraco y le dijo: “Ya, papá, por favor”. Después de que lo sacó de la estancia, prosiguió más calmada: “Como pueden ver, mi padre le lleva a mi madre más de treinta años. Sin embargo, fuera de su locura es un tipo interesante”.

“¿Qué hace?”, preguntó el futuro Biotecnólogo.

“Ahora está jubilado, pero fue profesor de física experimental e inventor. ¿Recuerdan los relieves del por-tón con las siete bolitas girando? Pues él, junto con un

colega, logró elaborar las ecuaciones que confirman la estructuración séptuple de la materia.

“¿Y la decimal?”, inquirió el futuro Biotecnólogo.

La Chica seductora se encogió de hombros. “Yo no creo ni en el siete ni en el diez; a mí el único número que me importa es el tres. Creo que es el que realmente significa algo a nivel cósmico”.

“Y también a nivel filosófico”, dijo inesperadamente el futuro Filósofo.

“¿Y tú qué sabes?, lo enfrentó sorprendido el futuro Biotecnólogo.

“Lo acabo de leer en un libro...”.

“Lo que quiero decir”, prosiguió la Chica seductora, “es que así como hay aquí en el planeta una trilogía básica conformada por el padre, la madre y el hijo, así es a nivel cósmico con el Padre Eterno, el Hijo Creador y el Espíritu Materno...”.

“Eso, obviamente, contradice la estructuración séptuple”, objetó el futuro Biotecnólogo.

“No, ni la séptuple ni la décuple. Mi padre dice que el número diez rige lo que tiene que ver con nuestros sentidos, por eso tenemos diez dedos en las manos y en los pies...”. Y al instante reparó en las manos anómalas del futuro Biotecnólogo. “Bueno, el que existan casos como el tuyo no significa nada malo; pero según mi padre en el dominio de los átomos solamente rige el número siete. ¿Recuerdan lo que nos han dicho en la clase de química sobre la repetición de las propiedades físicas y químicas de los elementos en periodos de siete según sus pesos atómicos?”.

“Eso ya estaba descubierto”, alegó el futuro Biotecnólogo.

“Sí, pero lo que mi padre y su colega consiguieron fueron las fórmulas matemáticas que demostraron la validez de la tabla séptuple”.

“Las matemáticas constituyen el primer lenguaje que se habló en el cosmos”, dijo el futuro Filósofo.

La Chica seductora y el futuro Biotecnólogo lo miraron como si fuera la primera vez que lo oían hablar. El futuro Biotecnólogo quiso asumir el control y volvió a encarar a la Chica seductora: “O sea, que encontraron la clave matemática para interpretar la tabla química”.

“Más o menos. Mi padre me explicó que las propiedades atómicas cambian cada siete elementos consecutivos, pero el siguiente tendrá una estructuración atómica semejante al primero, de manera que el octavo elemento se asemejará al primero, el noveno al segundo y así con el resto... Ah, pero lo más interesante han sido las aplicaciones industriales; nunca lograremos gastar todo lo que mi padre recibe por los derechos de sus inventos...”.

“De ahí tal vez provengan las teorías que proclaman los Perfeccionistas, ¿no?”, terció el futuro Filósofo.

“¿Y tú qué puedes saber de eso?”, increpó el futuro Biotecnólogo, molesto por el inusitado cambio de su amigo a partir de su entrada en esa casa.

“Lo acabo de leer en un libro que trajo mi padre de la librería; en él se mencionan también los siete orificios que tenemos en la cabeza y los siete continentes de nuestro planeta...”.

La Chica seductora levantó las palmas blanquísimas de las manos y las puso frente a las caras de los muchachos como si fueran dos espejos. “Está bien, no nos violentemos. Mi madre dice que todo ese conocimiento no ha hecho mejor a mi padre, que más bien lo ha empeorado”. Luego de un breve silencio, reasumió el mando: “Bien, ahora lo que tenemos que pensar es cómo vamos a desenmascarar a ese profesor farsante...”.

Después tomaron té y merendaron ante la presencia daimónica de la madre, una criatura superior que parecía estar por encima de cualquier defecto y que irradiaba una luz gozosa y bella. Estaba allí como origen y al mismo tiempo resultado de una sincronía inexplicable, con la sonrisa redonda y armoniosa más seductora que el futuro

Filósofo había visto. En algunas páginas de libros y revistas venían fotos de chicas desnudas en las que se inspiraba para masturbarse, pero esta mujer era demasiado, y ese demasiado era lo que ahora más deseaba en su vida. Estaba abrumado, y cada vez que la diosa madre lo sorprendía mirándola con ese embeleso perruno, afloraba en su cara un rubor que lo culpabilizaba como si lo que sentía y lo que pensaba se amplificaran por toda la estancia.

Aunque nunca se había acostado con una mujer, el futuro Filósofo se masturbaba casi a diario desde que tenía nueve años. Su madre había descubierto que desde niño tenía una patológica inclinación a tocarse los genitales y muy pronto decidió cortar de raíz ese mal hábito golpeándole las manos durante el día cada vez que las llevaba a la zona prohibida, y amarrándoselas con guantes durante la noche. Pero en cuanto el niño creció ya no hubo manera de evitar que se toqueteara donde más le gustaba. Las manchas delatoras que la madre encontraba en las sábanas se convirtieron desde entonces en la causa evidente de todos los males que aquejaban al Gordito.

En la biblioteca de su casa había un número monográfico de una revista genética en la que se mostraban los cuerpos de las diferentes razas –hombres y mujeres– que poblaban el Continente. Cada vez que el futuro Filósofo se metía en la cama fingía ver aquel libro de divulgación, pero lo que veía era una revista oculta de chicas desnudas. Después de la maniática observación de los cuerpos, el ritual terminaba en el desahogo onanista. Su madre, al encontrar las manchas en la ropa de cama, le gritó que era peor que los fercos, que esa perversión era el motivo de su gordura e indolencia y, ¡lo más temido!, que iba a decírselo al padre...

Un amigo le había contado que un profesor muy inteligente le había dicho que la masturbación era salutífera porque descargaba tensiones y propiciaba el adelgazamiento. Y, a pesar de las amenazas y los insultos maternos, ésta fue la versión que prevaleció.

Una clara mañana, sin la bruma de los lagos fantasmear sobre la ciudad, la Chica seductora y el futuro Biotecnólogo se reunieron temprano en el jardín del Taller para llegar juntos a la Dirección. Ante la junta directiva acusaron al profesor de literatura de acoso y denigración de un alumno que se esforzaba día a día por ser mejor. Tras dos semanas de comparecencia de los implicados y de arduas deliberaciones, el profesor de literatura fue expulsado del Taller.

Dos veces a la semana, poco antes de oscurecer, los tres amigos dejaban la biblioteca para compartir lecturas multidisciplinarias, y se iban a tomar el té que les preparaba la diosa madre. Primero se encerraban en la habitación hasta que, hacia la segunda hora, venía reinando sobre el misterio la anfitriona para llevarlos a la sala.

Fue por esa época que el aprendiz de Filósofo enfrentó con mayor decisión el cambio. El viejo loco exigió que los chicos sólo fueran a su casa una vez a la semana; así que los dos amigos empezaron a convivir más tiempo en el gimnasio y en la librería donde el futuro Filósofo solía ayudar a su padre.

El Librero agradecía la visita de los dos jóvenes, y a veces terciaba cuando los oía hablar de ciertos libros que unían la biología con la filosofía y la ética. Un día, sorprendido por la facilidad expresiva de su hijo, comentó irónico: “¡Vaya, parece que las cosas al fin marchan!”. “Sí”, dijo el futuro Filósofo, “estamos acordando que cuando salgamos del Taller y estemos en las carreras respectivas vamos a escribir un libro en el que uno explique con sencillez la evolución de la célula hasta convertirse en organismo pensante, y el otro el desarrollo de la mente hasta convertirse en espíritu, ¿qué te parece?”. El Librero vio algo en los ojos de los dos jóvenes que le hizo recordar de golpe los años más difíciles de su vida, cuando la muerte de su propio padre lo obligó a hacerse cargo de la librería. “Lo que se enseña en las universidades es una

mierda, más les vale que escojan bien los libros”, dijo con su voz ronca que parecía siempre un regaño, aunque no pretendiese ser mandona.

Los tres jóvenes ya estaban acostumbrados a lo que el futuro Biotecnólogo llamaba “la monserga electromagnética”. Pero un día el padre de la Chica seductora les echó encima su locura de una manera más autoritaria. Después de golpear la puerta y pronunciar su habitual anatema: “¡Les prohíbo tajantemente que usen cualquier forma de energía electromagnética!”, levantó aún más la voz: “¡Y les prohíbo tajantemente que hablen de cosas que no entienden ni saben!”. En cuanto el padre se retiró, la Chica seductora le pidió al futuro Filósofo que fuera a asegurarse de que el viejo se había alejado.

Después de ver cómo el viejo energúmeno se encerró en su laboratorio, el futuro Filósofo se desvió para ir al baño. Sólo él sabía lo que en realidad buscaba y lo demás no merecía ninguna reflexión filosófica. Caminó hasta la amplia sala y se detuvo frente a un busto opalino de una diosa de la fecundidad. Mientras observaba la perfección de los pechos, sospechó quién había sido la modelo original de esa escultura, y sintió lo que siempre sentía cuando pensaba en ella. ¿Y si la buscaba en su habitación y le confesaba que le bastaba con verla, con poder mirarla mientras se desvestía? Al dar un paso, sintió que una descarga de energía hacía vibrar todo el cosmos. Apartó la mirada hacia un lado justo para ver el cuerpo desnudo de la diosa en el jardín, al borde de una alberca. Era ella, estaba seguro, acostada boca arriba y totalmente desnuda a excepción de un sombrero negro y ancho que le cubría la cara. Se pegó al ventanal y se quedó quieto alargando lo más posible el instante, para que sus ojos se apropiaran de la llenura del hallazgo. La diosa madre no estaba desnuda, aunque era igual que si lo estuviera: tenía pegado a la piel un traje de sol, hecho de una película de grafito transparente para neutralizar el bombardeo electrónico que

afecta al tejido celular. Pero la parte menos filosófica del futuro Filósofo comenzó a crecer, y a medida que crecía, crecía también su respiración. Lo que veía superaba con creces lo que había soñado. La pubescencia era aun más negra que como se la había imaginado; no obstante, la sensación que transmitía era más suave y lacia... Extrajo su bien dotado implemento y comenzó a encarrerarlo. La animalidad se había desbocado, como un anhelo irracional y gozoso por querer alcanzar lo inalcanzable, la boca abierta y babeante y la lengua lamiente de un saurio. En el momento de la crecida se le activó la alarma: "Cuidado, idiota, no lo puedes derramar". Con una maldad silenciosa, el anciano llegó con su bastón electrónico en ristre y se dispuso a castigar al ferco jadeante. El primer chisguetazo se desparramó sobre la bata del viejo enrabiado, que empezó a lanzar violentas descargas sin importarle las sacudidas epilépticas del muchacho. Aferrado desesperadamente a su virilidad, el futuro Filósofo comenzó a borbotear gañidos como si estuviera escupiendo pájaros. Y todo se salió de cauce.

Lo que sucedió separó irremediablemente sus destinos. Meses después, inmersos los tres jóvenes en el marasmo de sus propias carreras, el estudiante de filosofía fue al Lago de Cristal para ver una transmisión desde la Sede Central del Sistema que integraba a los 607 planetas habitados, y descubrió a los únicos dos amigos que había tenido en su vida tomados de la cintura y embelesados con la transmisión de los seres de tres cerebros que anunciaban la imposibilidad de cualquier otra rebelión planetaria. El estudiante de filosofía se acercó con sigilo hacia la pareja; pero llegó a un punto en que no pudo seguir, y entonces tuvo la certeza absoluta de que ya no había posibilidad de dar marcha atrás, que a partir de ahora estaba condenado a vivir en el silencio enclaustrado de sus propios pensamientos.

V

La Chica seductora eligió la carrera de jurisprudencia con una entrega que a compañeros y maestros les parecía una inclinación anómala en una mente tan dominante y un físico tan dotado para la gratificación sensual. Hacia finales del primer año de universidad le sucedieron tres acontecimientos que fueron decisivos para su vida. Primero, confirmó en un libro de culto de un egregio historiador la importancia filosófica y política que el número tres había tenido en los albores de la civilización continental. Este reconocido historiador de la cultura se había apoyado en los planteamientos trológicos de los antiguos filósofos (tesis, antítesis y síntesis; afirmación, negación y negación de la negación) para esbozar una teoría de los tres poderes que sostenía que toda forma de poder tendía a absolutizarse, por ello era indispensable dividir el poder en tres grandes núcleos: 1) los representantes del poder civil, 2) los encargados de las leyes, y 3) el poder supremo. En un libro titulado *El espíritu del poder* había dejado escritas unas líneas que pasaban por ser de los mayores logros de la raza azul.

El segundo acontecimiento es inseparable del primero y del tercero: simplemente dejó de dedicarle a su aspecto físico la atención que hasta entonces le demandaba. No es que optara por renunciar conscientemente a los atributos que tanto la envanecían, sino que cambió su punto de enfoque cotidiano sin importarle que, al engordar como uno de los paquiceros de las Granjas, la mirada de los hombres ya no se quedara prendida de deseo.

El tercer acontecimiento fue el que precipitó los cambios. La culpa la tenía el cada vez más soberbio estudiante de biotecnología. Acababa de leer una investigación que documentaba la existencia de una comunidad montañesa que parecía vivir al margen de los adelantos tecnológicos, y donde había varios ancianos que pasaban de los ciento cincuenta años. La investigación se centraba en el potencial biótico del agua del lugar, y enfatizaba que lo más sorprendente era la resistencia de los lugareños a las enfermedades. A pesar de que no existía un registro riguroso, los montañeses sostenían que el agua que brotaba de los manantiales, además de estar viva y poseer conciencia, tenía también propiedades inmunológicas, y que al beberla desde niños quedaban protegidos contra los virus y las bacterias más comunes.

En un programa estelar de la Cadena Continental un reconocido buscador de rarezas había hablado de una posible injerencia extraplanetaria. Para el estudiante de biotecnología no podía tratarse más que de una evidente muestra de vigor evolucionario. Con el consentimiento de sus padres programó la expedición para las próximas vacaciones, sin el menor atisbo de que su destino iba a derivar hacia una infinita vorágine de desencuentros.

A la estudiante de jurisprudencia el hecho de que su novio viajara a las montañas que suministraban casi el noventa por ciento del agua del Continente le pareció un capricho tonto y pasajero. Pero al despedirse en la central de transporte colectivo, se dieron un beso inusualmente reprimido, como si los dos barruntaran que no podría repetirse. Al concluir la segunda semana en soledad, en la mente de la estudiante de jurisprudencia sólo había lugar para un tema obsesivo: el número tres. Después de leer un libro extraordinario sobre los tres poderes, que había encontrado en la biblioteca de la facultad, soñó que el tres era la clave de todo el ordenamiento cósmico. Se dejó llevar por la euforia del hallazgo y, en contra

de la más racional previsión, se entregó a dismantelar teóricamente la reglamentación séptuple que regía las normas del poder en el Continente.

Desde hacía poco más de cincuenta años no existían partidos políticos ni sindicatos de ninguna índole y, aunque el Gobierno Continental seguía el modelo tripartito cósmico –ejecutivo, legislativo y judicial–, los mandatarios, los legisladores y los jueces eran elegidos por los Consejos representativos por periodos de siete años sin posibilidad de reelección; y el Tribunal Superior de Justicia constaba de siete miembros, al igual que el Gabinete Presidencial y el Consejo Cívico de Notables.

Como su interés estaba focalizado estrictamente en la jurisprudencia, la estudiante centró sus argumentos sobre el poder judicial y fundamentó que las tres cortes esenciales –municipal, departamental y continental– sufrían un serio agravio por la intromisión de las cuatro restantes –tutelar, educativa, industrial y militar–, por lo que era necesario extender a todos los ámbitos del gobierno el fundamento universal de los tres poderes. Ni compañeros ni maestros tuvieron sólidos argumentos con qué enfrentar a la apasionada sustentadora de los planteamientos. La *Propuesta para la estructuración trilogica de los poderes*, primero como tesis y luego como libro, se convirtió en un referente polémico en el medio jurídico, y pronto la autora comenzó a ser reconocida como la Trilogica.

En las montañas la belleza natural empezaba a estar amenazada. Jóvenes aventureros e investigadores se inmiscuían en la vida sencilla de los lugareños, quienes recibían con ingenua hospitalidad el repentino interés en su austera y longeva forma de vida. Las costumbres de esta gente eran rústicas y sobrias. Se decía que bebían más agua de lo que comían (incluyendo, al parecer, una dieta de sol), por lo que todos sin excepción exhibían una vigorosa flacura. Se decía que los bebés eran sumergidos

desde el nacimiento en los manantiales de agua helada y jamás se les suministraban medicinas provenientes de los laboratorios continentales.

La salud de la comunidad a la que arribó el estudiante de biotecnología estaba en manos de una pareja de ancianos continuadores de una tradición muy antigua, y las recetas que suministraban consistían indefectiblemente en infusiones de hierbas de las montañas. La farmacia comunitaria era una construcción de una sola nave amplia y bien ventilada. Constaba de dos partes separadas por una mampara. En la parte delantera había archiveros que contenían cientos de carpetas con los muestrarios de las plantas medicinales que por siglos habían usado los montañeses, y con la información precisa sobre sus propiedades y usos. En la parte trasera se guardaban en decenas de frascos de vidrio las hierbas para los tratamientos. A cargo de la farmacia comunitaria estaba una mujer joven y muy bella, cuya estatura –un metro sesenta y cinco centímetros– provocaba una inusual simpatía entre los montañeses, cuyas mujeres promediaban un metro ochenta.

Minutos después de haber salido de la farmacia comunitaria con el ánimo espoleado por la belleza impar de la joven Farmacéutica, el estudiante de biotecnología vio en la pequeña pantalla de su cuaderno electrónico la ficha virtual de aquella mujer que repentinamente le había hecho olvidar qué andaba buscando. Lo primero que descubrió fue que esa belleza aniñada era dos años mayor que él. Tenía los ojos dorados y juguetones de un marsupial y los rasgos luminosos de esos seres extraplanetarios que aparecían en las transmisiones de la megapantalla en el Lago de Cristal. Pero los datos del archivo social no eran nada esperanzadores. A los siete años, huérfana de madre, había denunciado ante la supervisora vecinal que su padre la había abofeteado brutalmente por haberle dado un beso en la boca a su

ñañe (una de las mascotas lemúridas –entre perro, gato y mono– que se volvieron muy populares para los niños a raíz del *bestseller El terror que vino del mar*).

Por más que se esforzó, el estudiante de biotecnología no logró imaginarse a aquella niña que se había atrevido a reclamarle al padre: “¿No te da vergüenza pegarle a una niña?”. Al final, en letra cursiva, venía el dato más alertante: el padre había sido un funcionario menor en el Departamento de Administración del Agua. Después de ser cesado por supuesto acoso sexual a una asistente, fue a un evento en el Lago de Cristal y lanzó una granada protónica con un saldo de once muertos y diecisiete heridos graves.

Durante el mes que estuvo en la montaña, el estudiante de biotecnología sólo durmió cuatro noches en la pequeña habitación que había rentado. Las demás formaron parte del ensueño en que la Farmacéutica empezó a atraparlo. Él jamás había oído hablar de que a los hijos de los reos que habían sido condenados a la pena de muerte, se les introducía un microlocalizador satelital entre el cráneo y el cuero cabelludo para monitorearlos. La extracción de este dispositivo estaba penada con cinco años de cárcel la primera vez, y cámara desintegradora para los reincidentes. Ella tenía trece años cuando el padre fue ejecutado en la cámara desintegradora, y desde entonces no había podido resignarse a ser permanentemente monitoreada. “Ahora mismo”, dijo ella con una sonrisa enneblinada, “en un rincón de algún edificio policial seguramente habrá una estúpida máquina registrando este encuentro”. Pero él la corrigió: “No, la estúpida no es la máquina sino quien la utiliza”.

Humores, deseos, sabores... Lo único en lo que no coincidían, él no lo quiso ver como una discordancia radical. Marcada por el estigma de su padre, e influida tal vez por la vida anacrónica de los lugareños, ella se negaba radicalmente a cualquier posibilidad de cambio. Le

dijo que no creía en nada nuevo, que en ciertos lugares, miles de años atrás, ya se había alcanzado la sabiduría a la que ella aspiraba. Entonces él esbozó una sonrisa envanecida y dijo que a esa afección que ella padecía se le llamaba *misonéismo*, miedo a lo novedoso, o en otras palabras: miedo a cambiar. Ella respondió que nunca había oído esa palabreja, pero que sí, lo aceptaba, lo único que quería era seguir haciendo por el resto de su vida lo que hacía en esa comunidad.

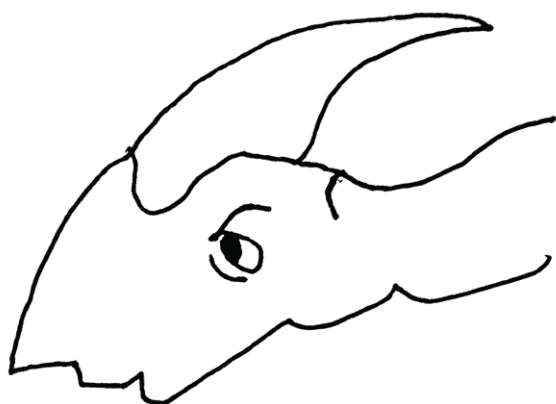
Durante el tiempo que le faltaba para concluir la carrera, el estudiante de biotecnología siguió yendo a las montañas para convencerla de que debía irse con él a la ciudad capital. Ella insistió en rechazar el cambio, y únicamente en dos ocasiones bajó de las montañas. La primera fue anodina. Él la llevó al Lago de Cristal a presenciar una transmisión interplanetaria. Al final de la transmisión ella hizo un comentario desilusionado: “Qué tristeza me da ver cómo la gente se niega a sospechar que este espectáculo no es más que un montaje virtual para distraer la atención de los problemas que tenemos en el sur del Continente”. Él no hizo el menor intento por cambiarle la opinión, ni de explicarle que la gran mayoría de la comunidad científica estaba convencida de los contactos interplanetarios.

La segunda visita fue crucial. Ante un auditorio rebo-sante de maestros y estudiantes, él presentó una ponencia muy polémica (de hecho fue cuando el medio académico empezó a reparar en sus investigaciones) sobre los primeros brotes epidémicos en el norte del Continente. Con argumentos atrevidos y minuciosamente documentados planteó que los consorcios farmacéuticos, en contubernio con los consorcios agroalimentarios, habían sembrado los primeros virus de origen aviar en varias Granjas de reclusión para desprestigiar los productos orgánicos y, a la par, obtener grandes ganancias vendiendo el antiviral que ellos mismos ya habían fabricado. Los estudios cro-

mosomáticos de los virus confirmaban que había habido una manipulación genética para aumentar la nocividad de los virus de origen aviar en los humanos.

Esa misma noche él recibió la primera alerta. Ante la fuerza que ella le infundió para seguir adelante y por los efectos apresurados de la bebida en esos cuerpos ansiosos por gozarse, descuidaron las precauciones y el resultado fue una sorpresa que ninguno de los dos deseaba. En cuanto se enteró del embarazo, ella se lo hizo saber con una llamada. La respuesta de él fue como un escupitazo sobre la cara: “Creo que lo que mi yo interior siente por ti nunca lo había sentido por nadie, pero debo ante todo ser sincero, y en las condiciones actuales sería el peor de los padres”.

Luego vinieron semanas de silencio, la negativa amurallada de ella a recibir cualquier disculpa o pretexto. Seis meses después, aprovechando sus vacaciones, el estudiante de biotecnología apareció en la farmacia comunitaria para rogarle que lo perdonara y que se fuera a vivir con él, pues acababa de cumplir los veintiún años. Ella recordó las horas que estuvo llorando después del aborto y entre sollozos le pidió que se fuera.



VI

En los siguientes años el Biotecnólogo aprovechó sus vacaciones para ir a las montañas a ver a la Farmacéutica y rogarle que lo perdonara. Durante ese tiempo él siguió acumulando éxitos en sus investigaciones, y un día ella lo vio en el noticiario de la Cadena Continental al ser celebrado como el miembro más joven y prometedor del Consejo Continental de Reproducción Humana, un organismo tan respetado como temido, conformado exclusivamente por científicos que habían destacado en el campo de la genética y de la salud social, y cuyo objetivo central era establecer las normas científicas para evitar la procreación de las cepas humanas más retrasadas.

De su principal maestro –Premio Continental de Ciencias Biológicas– el Biotecnólogo había recibido el andamiaje teórico que ubicaba a la vida como un fenómeno exclusivamente natural e histórico. Todo lo relacionado con la mente sólo podía ser explicado a partir de procesos científicamente demostrados, que hacían ilusoria cualquier otra explicación que no fuera evolucionista. Acusado de reduccionista unos años antes de morir, el ilustre Biólogo había defendido en diferentes revistas sus planteamientos, y en la Cadena Continental se había atrevido a desafiar los fundamentos anticientíficos del creacionismo. Con una frase soberbia, arremetió contra los principios de los miembros más conservadores del Gobierno Continental: “Es nuestra infraestructura genética, fundamentalmente las neuronas, la que determina nuestra especificidad biótica”.

En el debate que siguió, el Teólogo del Consejo Cívico descalificó los planteamientos reduccionistas del Biólogo tachándolos de inmorales y perniciosos para el bien público. “El discernimiento del bien y del mal”, objetó el Teólogo, “es la premisa básica de toda decisión moral, y es claro que esta premisa sólo se satisface en virtud del don divino que distingue al hombre de los demás animales...”. Levantando ansiosamente la voz, el Biólogo interrumpió la exégesis del Teólogo: “La moral humana es producto exclusivo de la evolución; el discernimiento del bien y del mal nada tiene que ver con patrañas metafísicas ni religiosas, sino que es el resultado final de la selección natural y su determinación sobre las mutaciones aleatorias”.

Por ese entonces, el Biotecnólogo se había enterado de que su examigo de los tiempos del Taller acababa de ser admitido como profesor auxiliar de una cátedra de ética gracias a la resonancia que habían tenido en el medio intelectual sus *Esbozos epistémicos para una crítica de la teoría de la contradicción*, un ensayo magistral que cuestionaba de manera implacable la validez de la dialéctica negativista y confrontativa. El meollo del planteamiento era que en la naturaleza no existían los contrarios –día y noche, vida y muerte, masculino y femenino, positivo y negativo, etcétera– sino los complementarios; y que por consiguiente había que relegar la vigencia de la dialéctica contradictoria al ámbito exclusivo de la abstracción. Con la arrogancia del éxito, el joven Filósofo había aprovechado la oportunidad, la segunda en que intervenía en el noticiario continental, para derivar el cauce de la polémica –¿se podía o no experimentar la divinidad?– a favor de su visión complementadora: “Está comprobado”, dijo esforzándose por controlar el hormigueo que le producía la atención concentrada de la cámara, “que si bien puede haber individuos que nieguen la existencia de lo divino, no ha existido una

sola sociedad que no creyera en una causa primera de todo lo existente”.

“¿Y cómo se experiencia lo divino?”, le preguntó el clon femenino que dirigía el programa.

El joven Filósofo miró a la cámara con la misma desconfianza con que miraba a los militares: “Dicen algunos místicos que con todo el ser. Pero desde un punto de vista estrictamente racional, tanto valen los argumentos de los que niegan la existencia del espíritu como los de aquellos que lo aceptan como dogma”.

El clon enrostró su mejor sonrisa al preguntar: “¿Y no pueden congeniar la razón y el espíritu?”.

El joven Filósofo acogió agradecido la pregunta, el modo fluido como había sido planteada, y entonces se relajó: “A nivel de significados cósmicos, que es el dominio genuino de la filosofía, es absurdo sostener que la vida en los planetas obedece al azar, que es inseparable del planteamiento evolucionista. Los más recientes experimentos a nivel de supraconciencia nos demuestran que existe algo más allá de las funciones neuronales que no puede ser explicado de manera racional, y a ese algo los creyentes le han llamado por siglos alma o espíritu. Yo sospecho que no podemos negar al espíritu sin negar al mismo tiempo la divinidad en la que todo se origina. Y por el otro lado están las mutaciones bióticas, la prueba irrefutable de lo que los creyentes llaman determinismo evolucionista...”.

Al final, las preguntas del público habían despertado más dudas que certezas. Fueron pocos los que aceptaron esa teoría que complementaba el creacionismo con el evolucionismo. Alguien que llamó sin identificarse dijo que aunque la estupidez fuese el complemento de la inteligencia, había que poner los preceptos civilizadores por encima de los estrictamente naturales. Otro dijo que era indiscutible que cuantas más religiones tuviera una sociedad, con mayor lentitud evolucionaría... ¿Qué pensaba

el invitado al respecto? El Filósofo estiró el cuello como si estuviera emergiendo de la concha que lo aprisionaba, y en una sola frase lo dijo todo sin decir nada: “¡Nadie se puede ufanar de poseer la verdad!”.



VII

Hasta que un día el Biotecnólogo se plantó en la farmacia dispuesto a ser mártir. Llegó con un vehículo lleno de libros y un minilaboratorio. Ella lo vio tan decidido que no pudo evitar las lágrimas al abrazarlo.

Tres meses después la Farmacéutica le anunció el nuevo embarazo. Ella había hecho una relación casi filial con el matrimonio que le rentaba la cabaña. A pesar de su avanzada edad, la pareja de sanadores se conservaba muy bien y había alcanzado el respeto de la comunidad en base a un rigor no exento de ascetismo. Sin decirle nada al futuro padre, la encargada de la farmacia logró convencer a la sanadora de que la asistiera en el parto en su propia casa, opción estrictamente sancionada por la ley, y las dos mujeres iniciaron los preparativos teniendo muy presente la consecuencia que tal acción podría acarrear.

El nuevo programa continental de eugenesia establecía la rigurosa prohibición de cualquier nacimiento que no fuera supervisado por las autoridades competentes. Toda gestación debía ser registrada en el hospital más cercano, donde un equipo de expertos tomaba las decisiones pertinentes para el bien común; esto es, si se permitía la continuación del embarazo o se decretaba su interrupción. La encargada de la farmacia sabía muy bien que la mujer que infringía estas normas era condenada a una cirugía esterilizadora y a una sentencia de cinco a diez años en una Granja de reclusión; y también tenía presente que los antecedentes penales de su padre y su corta estatura serían obstáculos insalvables ante los rigurosos Consejos

Municipales de Control Natal. Cuando el Biotecnólogo le expresó su intención de llevarla a un hospital periférico a cuyo frente estaba un conocido, ella rechazó de inmediato la propuesta y le hizo saber que ya tenía todo dispuesto para dar a luz en su propia habitación.

“Creo que es una decisión que debemos discutir”, objetó él.

“En último caso soy yo la que se arriesga, no tú”, dijo ella.

“Eso es una estupidez”.

“¿Cómo?”, y en los ojos tenía ahora un centelleo beligerante.

El Biotecnólogo tragó saliva y rehusó enfrentarla. “Lo que quiero decir”, dijo mirándose una mancha azulina en el dorso de la mano, “es que no debemos ocultarnos nada”.

¿De dónde había salido esa mancha? La pulsó con el dedo índice de la mano contraria y, junto con el dolor, se irradió una mácula amarillo verdosa. ¿Contra qué se había golpeado?

“Siempre tenemos algo que ocultar a los demás”, dijo ella más controlada.

“Yo a ti no te he ocultado nada”.

La encargada de la farmacia esbozó una pulla resignada: “A veces me sorprende lo ingenuo que puedes llegar a ser”.

“Lo que quiere decir que sí me has ocultado algo...”.

“¡No algo, sino muchas cosas!”, sentenció ella.

El Biotecnólogo bajó la mirada como si hubiera recibido una noticia aplastante y dio unos pasos desmadejados hacia la puerta.

Pero la encargada de la farmacia lo alcanzó y lo sujetó de un brazo: “Está bien, vamos a dejarnos de susceptibilidades... ¿Tienes idea de la cantidad de cosas que no sabes de lo que sucede aquí en la comunidad?”.

“¿Como qué?”, dijo él renuente a dejar el papel de humillado.

“¿Cuántos años crees que tienen mis caseros?”.

“¿Y a quién le importa eso ahora?”.

“Pues los dos pasan de cien”.

El Biotecnólogo no hizo ahora el menor esfuerzo en disimular la sorpresa. “Algo raro les veía, pero jamás me imaginé que pudieran tener más de setenta años”.

“Aquí es normal alcanzar los ciento veinte años e incluso los ciento cincuenta; ni siquiera puedes imaginarte la de cosas raras que aquí suceden...”. Al ver el efecto apaciguador de las últimas palabras, la encargada de la farmacia decidió ir a fondo: “Esta gente es muy especial, y tu actitud egocéntrica nunca les ha merecido confianza”.

En la cabeza del Biotecnólogo la realidad sufrió un contrariante reacomodo. Después, al tiempo que dejaba que los pasos lo alejaran hacia la protección de su laboratorio, masculló derrotado: “Está bien, que las cosas se hagan a tu modo”.

Durante la gestación ella usó ropa floja para ocultar la prominencia del embarazo y siguió atendiendo a los lugareños y a varios visitantes que acudieron a la farmacia. Tres semanas antes de la fecha en que ella suponía que debía nacer el bebé, dos vehículos llegaron al pueblo con la primera luz del amanecer. Traían en el localizador satelital los datos precisos que les permitieron estacionarse frente a la cabaña que habitaban el Biotecnólogo y la encargada de la farmacia. Un vehículo era una ambulancia; el otro traía impreso en sus puertas el temido logotipo de la Agencia Continental de Investigaciones.

Cuatro agentes armados descendieron del segundo vehículo y rodearon la cabaña. De la ambulancia bajaron un hombre y una mujer con uniforme de enfermeros y se adelantaron a llamar a la puerta. El Biotecnólogo fue el primero en despertar. Antes de abrir, corrió discretamente la cortina de la ventana trasera y vio a dos agentes al acecho. Ella, como si estuviera emergiendo de una cueva a la peligrosa luz del día, preguntó qué pasaba. Él abrió

entonces la puerta y vio la orden de detención. Al entrar la pareja de enfermeros en la habitación, la encargada de la farmacia se levantó bruscamente e hizo un torpe intento por escapar. El enfermero extrajo una jeringa, pero el Biotecnólogo se abalanzó sobre su amada y la abrazó hasta que logró calmarla. Luego la enfermera se hizo cargo mientras el Biotecnólogo metía las prendas indispensables en una pequeña maleta.

En cuanto arrancó el vehículo, la Farmacéutica se recostó en la parte trasera de la ambulancia y estuvo sollozando hasta que el ímpetu del sol comenzó a entrar por las ventanillas y sintió que la zozobra dejaba paso a un destello de esperanza. Esta vez él no la podía abandonar, con toda seguridad vendría siguiéndolos a una distancia calculada, con una idea liberadora en la cabeza, la misma idea a la que ahora ella se aferraba y que se materializaba en los movimientos larvarios de esa vida rebosante de amor que llevaba en su seno. Se incorporó sobre las rodillas y golpeó con los nudillos la ventanilla interior.

La enfermera volteó y frunció la nariz de cisne al ver las señas que hacía la detenida. Le dijo al compañero que parase, que la detenida necesitaba ir al baño. El conductor le comunicó la emergencia al otro carro para que los agentes se alertaran. La ambulancia se detuvo cerca de una cañada, y la propia enfermera tomó de la mano a la detenida y la condujo con precaución tras unos arbustos. La Farmacéutica había extremado a propósito el bamboleo, una fina táctica que pretendía ocultar la urgencia de parir en libertad. En un último atisbo de precaución vio que sólo la enfermera había descendido. Y sin pensarlo dos veces se echó a correr por la feraz cañada. No tardaron en llegarle los gritos preventivos que, lejos de detenerla, incentivaban el ciego impulso de la fuga. El luminoso zigzagüeo de varios disparos le cortó el ímpetu. Jadeaba con un siseo cavernoso y fatigado que le decía de manera inequívoca que debía

reponerse antes de seguir adelante, pero enseguida oyó las voces de los agentes que acortaban la distancia. Fijó la vista en un saliente para bajar de un salto, olvidando que su cuerpo ya no era ágil ni su peso el que ella estaba acostumbrada a cargar. Perdió el apoyo y cayó rebotando como un pedrusco adormecido.

En la cabeza del Biotecnólogo las opciones relampagueaban sin que ninguna fuera satisfactoria. Por momentos, sin importarle lo que pudieran significar los doce dedos que sostenían el volante, se convencía de que su calidad genética, además del reconocimiento científico del que gozaba y el hecho de ser miembro del Consejo Continental de Reproducción Humana, serían argumentos de peso al momento en que se tomaran las decisiones. Después se iba al extremo opuesto y se dejaba abrumar por el expediente del padre de ella y por ese fatídico metro y sesenta y cinco centímetros de estatura, diez centímetros por debajo del mínimo permitido a la mujer para procrear (un metro ochenta y cinco para los hombres y uno setenta y cinco para las mujeres). Sin embargo, temía más por la futura madre que por la criatura. Una segunda frustración podría ser definitivamente traumática, sin contar con la amenaza de reclusión durante cinco o diez largos años. De repente, saliendo de una curva, vio a los dos vehículos estacionados. Fue como un latigazo en la cara, un estremecimiento premonitorio que elevó a rojo la sensación de alarma. Salió a paso rápido del vehículo justo para ver cómo entre el enfermero y un agente cargaban en una camilla de manos el cuerpo ensangrentado de la mujer que quería más que a su propia vida. Se descontroló, obligando a que depositaran la camilla en el suelo, y se arrodilló ante el cuerpo y tomó con desesperación la mano ensangrentada del ser amado. “¿Por qué escogiste la peor opción?”, le soltó con dolor encorajado. Ella negó con la cabeza. Luego, intentando en vano una sonrisa, abrió los labios sanguinolentos para

dar salida a un susurro agónico: “No puedes dejar que lo incineren; no lo hagas por mí o por ti sino por él, que es lo mejor de nosotros dos”. Él hizo un crédulo esfuerzo para reprimir el sollozo y apretó con fuerza la mano de ella entre las suyas, como si quisiera detener el violento jaloneo del tiempo. Luego murmuró: “Por favor, no pienses ahora en eso”. “Prométeme que lucharás hasta el final, ¡prométemelo!”, dijo ella aferrándole la mano. Él asintió, pero las lágrimas le ahogaron las palabras. La mano de ella se dio por vencida, y en sus labios quedó una súplica coagulada. Al sentir cómo la vida de su amada se separaba y daba paso a una nada fría y oscura, él ya no pudo controlar las sacudidas del llanto.

El Biotecnólogo no quiso saber quién o quiénes habían delatado a su amada. Guardó las cenizas en una pequeña urna de cristal que se prometió llevar consigo siempre. El bebé, que nació sin daño visible, fue retenido en un hospital para hacerle los estudios que decidirían su casi segura condena a ser incinerado.

En las próximas semanas el Biotecnólogo se dejó derivar fatalmente hacia un abismo de culpabilidad y odio. Perdida la mujer y arrancada la criatura, parecían clausuradas para siempre las ganas de luchar. Se negó al apoyo que le ofrecían sus colegas y renunció a su defensa. En un juicio con atmósfera funeraria fue sentenciado a diez años en una Granja de reclusión.

Desde la llegada vio con la claridad diáfana de una revelación que si no extraía lo mejor de sí mismo, no lograría subsistir en ese medio tan infame. Así que buscó la manera de acercarse al pequeño laboratorio de la Granja para demostrarles quién era y de qué podía ser capaz. Al segundo año de reclusión logró sintetizar una bacteria que lo consagró como el genetista más polémico de su generación. Gracias a la resonancia de este descubrimiento le ofrecieron el indulto gubernamental, pero él se negó. A cambio, solicitó sorpresivamente la dirección de la

Granja; y con el nombramiento le obsequiaron también un superlaboratorio.

En el Continente el exceso de peso estaba castigado por un reciente decreto de ley relacionado con la salud pública. Los hombres y las mujeres que pesaban más del diez por ciento del peso que establecían las tablas de salud pública, no sólo eran multados con el equivalente al salario mínimo de un trimestre, sino que además se les condicionaba críticamente la posibilidad de procrear. La bacteria que había logrado sintetizar el Biotecnólogo era un microdepredador adipofágico que se extinguía al agotar el tejido graso que le servía de alimentación. Las bacterias venían en pequeñas ampolletas que se inyectaban preferentemente en la región abdominal y, aunque su uso debía hacerse bajo supervisión médica, corrían ya rumores –ninguno comprobado– de que varios obesos crónicos habían muerto al invadirle la bacteria adipofágica el tejido graso del cerebro.

Pero al igual que sucede con la desgracia, el éxito tiene siempre un efecto multiplicador. En los mismos días en que la vigilancia satelital detectaba una incursión bárbara en las costas del sur, se decretó una alerta epidemiológica en las planicies del noroeste, donde estaban localizadas la mayoría de las megagranjas de los tres grandes consorcios que eran dueños de la agroindustria en el Continente. El resto de la producción agrícola y cárnica dependía de las Granjas de reclusión, que los grandes consorcios habían tratado de desprestigiar a través de insidiosas campañas publicitarias. A pesar de las grandes sumas que gastaban los tres grandes consorcios para publicitar las supuestas ventajas de sus productos, gran parte de la ciudadanía prefería consumir los productos orgánicos de las Granjas de reclusión por considerarlos más sanos y baratos. Esto sin contar el escandaloso informe difundido en la Red virtual, donde se decía que las megagranjas de un millón de animales eran verdaderos laboratorios patológicos,

pues a los animales se les alimentaba con una mezcla dañina de granos transgénicos, tripas y vísceras cocidas de los propios animales que sacrificaban.

En distintas ocasiones los grandes consorcios habían culpado a las Granjas de reclusión de ser el origen de los focos infecciosos que en los inviernos más crudos solían amenazar a las ciudades del norte del Continente. Pero, haciéndole eco a las polémicas tesis del Biotecnólogo, mensajes difundidos en la Red señalaban a las megagránjas como el posible origen de las epidemias virales.

En medio de un invierno excepcionalmente frío, cinco ciudades del norte fueron azotadas por un nuevo virus que en menos de dos semanas mató a más del cuarenta por ciento de los infectados. El Ministerio de Salud decretó entonces medidas extremas que nunca antes se habían implementado. La ciudadanía entró en estado de pánico, y los voceros de los grandes consorcios agroalimentarios se apresuraron a ubicar el origen de la epidemia en una Granja de reclusión donde, según sus propias investigaciones, mezclaban los granos con los cadáveres de los animales y de los reclusos fallecidos.

En un término de dos semanas, coincidiendo con el exterminio de las fuerzas invasoras que habían desembarcado en las costas del sur, el más grande laboratorio del Continente anunció la creación de un antiviral que neutralizaba en más de un ochenta por ciento de los casos los efectos del terrible virus, que devoraba literalmente los pulmones de los infectados. Al dar a conocer el esperanzador anuncio, el Ministerio de Salud había ya contabilizado más de setenta mil defunciones, y los expertos consultados en los medios hablaban de una cifra tope cercana a los cien mil. Una y otra vez la Cadena Continental pretendió entrevistar al Biotecnólogo; pero éste se negó a través de un escrito en el que aducía que estaba recluso en el superlaboratorio de la Granja trabajando en un proyecto muy importante.

Fue gracias a esta dedicación febril que al cabo de varios meses pudo anunciar al Ministerio de Salud que ya había conseguido una vacuna contra el mortífero virus. En el Canal Continental su nombre y su persona comenzaron entonces a ser aureolados de una fulguración salvífica. Se le concedió el Premio Continental de Ciencias –el científico más joven en ganarlo– y varias academias solicitaron su consentimiento para brindarle un asiento entre sus miembros honoríficos. Ante la avalancha de felicitaciones, respondió con un mensaje agradecido pero impersonal a las atenciones que se brindaban a sus logros. En el correo electrónico que envió como respuesta, al mismo tiempo que rechazaba la seductora oferta del gobierno para que dirigiera el Centro de Investigaciones Epidemiológicas, hizo constar una frase que electrizó a la opinión pública: “Lo que sucede en las Granjas de reclusión es una injuria para el hombre libre”.



VIII

La librería del padre del Filósofo estaba ubicada en el barrio más antiguo del centro de la ciudad capital. Hacía cincuenta años que había vivido su mejor momento, y a últimas fechas sobrevivía como un enclave anacrónico que se resistía a aceptar los dictados del progreso. Su sección temática sobre el poder había atraído por años a una clientela selecta. Pero a medida que los inventos electrónicos fueron desplazando la impresión en papel, un grupo de anarquistas resentidos comenzó a reunirse en el sótano del local dándole una fama nihilista que iba muy acorde con el carácter del dueño. Allí recalaba toda una fauna de amargados que desperdiciaba su corrosiva inteligencia desmantelando las reformas más polémicas del gobierno. Los límites a las fortunas personales, los impuestos onerosos a las herencias, las infracciones al sobrepeso, las condenas a cinco años de reclusión para los que eran sorprendidos transitando en la vía pública en estado de ebriedad, el impuesto especial a los ciudadanos que vivían solos después de los treinta años, las cada vez más estrictas normas de control eugenésico (que incluían la prohibición de procrear y adoptar niños a aquellos individuos calificados de dudosa solvencia moral, como los homosexuales y las lesbianas). Allí, al calor del café y del cigarro, se subvertían las leyes y los valores que, según expresión del propio Librero, estaban llevando al Continente hacia una perfección asesina.

La librería constaba de una sola planta de poco más de ciento veinte metros cuadrados. Estaba sobrecargada

de anaqueles y mesas, pero sería en vano tratar de encontrar entre tantos libros cuestionadores e irreverentes un solo *bestseller*. Fumador empedernido, al igual que lo había sido su padre, el Librero bajaba constantemente al sótano para satisfacer su compulsión alternando el uso de dos diferentes plantas estimulantes; una estaba prohibida, la otra iba en camino de estarlo. Y bastaba que alguno de los contertulios bajara con él para que la escapada se prolongara de manera indefinida.

Todos los asiduos profesaban un anarquismo suicida. En sus críticas mordaces no dejaban pies con cabeza, pero raramente se preocupaban por aventurar opciones superadoras. La tesis recurrente del Librero –recuperar la libertad plena– era aplicada por los contertulios a su propia vida, de manera que cada quien hacía lo que quería y sobrevivía como podía. Tenían claro que el enemigo a vencer era el poder en todas sus manifestaciones represoras; y a fuerza de ser coherentes con su anarquía, no se permitían la menor alusión a asuntos personales ni familiares.

El Librero estaba casado con una mujer diametralmente opuesta a él. Nada en ella era digno de atención, si exceptuamos su patológica propensión a la gordura. En dos ocasiones había sido multada por exceso de peso; en ambas la habían sorprendido a la entrada de un centro comercial con su hijo menor, que también excedía el diez por ciento de tolerancia sobre el peso normado por el Ministerio de Salud. Después de la segunda infracción, la esposa del Librero había conseguido que uno de los contertulios, que era médico, le proporcionara un certificado de dudosa legalidad en el que se atribuía su propensión a la gordura a un desorden hormonal. En su nueva rutina defensiva –de la casa a la librería y viceversa– sólo una vez había tenido que mostrar el certificado que justificaba su gordura. Salía con varios paquetes de galletas de la pequeña tienda de autoservicio que estaba al lado de la librería, cuando fue abordada por dos inspectores del

Ministerio de Salud. Les mostró el certificado que los inspectores vieron y revieron como si se tratase de un documento expedido en uno de los continentes bárbaros. Por fortuna llegó el Librero y su natural agresividad logró alejar momentáneamente a los inquisidores, que era como él les decía a las distintas órdenes de inspectores encargados de sancionar las violaciones al código civil.

La hija mayor del matrimonio había mostrado en su temprana adolescencia una acentuada inclinación hacia el ordenamiento y la clasificación de los objetos con los que interactuaba. Era obsesivamente flaca y acicalada, y desde el tercer año de Taller había obtenido el cargo de auxiliar bibliotecaria. Poco después ingresó en una universidad del sur y, al mismo tiempo que estudiaba, dirigía la sección infantil de la biblioteca de un Taller cercano. En el segundo año de universidad sufrió un accidente fatal al caerse en el baño, y a partir de este suceso el Librero se hizo aún más huraño.

El hijo menor era un gordinflón acomplejado que pasó su infancia subyugado por los juegos electrónicos y comiendo compulsivamente cereales tostados. Pero a partir de un suceso que estuvo a punto de costarle la vida, cuando fue atacado por un enjambre de avispas, experimentó un cambio radical. Después de salir del hospital, y aleccionado por el alumno que lo había salvado y que se había convertido en su único amigo, comenzó a mostrar un interés inusitado por los libros y por la librería, ayudándole al padre a través de la Red a actualizar el acervo sobre el poder. A pesar de su modo huraño, el Librero celebró con visible satisfacción el cambio físico e intelectual de su hijo.

Los fines de semana, el muchacho iba a la librería de su padre a limpiar libros y a leer todo lo que encontraba sobre filosofía con la concentrada seriedad de un bibliófilo. Solía venir a visitarlo su único amigo, un joven físicamente bien dotado y rebosante de vida, y cuya inteligencia dejó sorprendido al Librero la primera vez que decidió

escucharlo. El Librero estaba leyendo un libro donde se hablaba de las posibles causas que habían provocado millones de años atrás la extinción de los grandes ictiosaurios y las gigantescas serpientes marinas. El autor, apoyándose en los descubrimientos geológicos de los últimos treinta años, secundaba la difundida tesis de la caída de dos grandes meteoros con el consiguiente efecto glacial. El Librero dejó por un instante el libro abierto sobre su mesa de trabajo y observó por encima de los lentes a los dos jóvenes que pasaban frente a él. Les hizo una leve inclinación de cabeza como acostumbraba saludarlos y levantó el libro con intención de ocultarse en la lectura. Entonces el amigo del hijo le cortó la retirada: “Las tesis de ese libro son básicamente erróneas”.

El Librero volvió a dejar el libro sobre la mesa y agrandó por encima de los lentes sus ojos voraces. “¿Por qué?”, soltó con su tono rasposo. Sin amilanarse, el muchacho comenzó a explicar que si bien era indiscutible la presencia de restos de meteoros que habían caído millones de años atrás, si hubiera sido ésa la causa determinante de la desaparición de los grandes reptiles, entonces sólo existiría vida microscópica. Sin el menor deje de ironía, el Librero le preguntó qué otra causa podría haber. A lo que el joven contestó que él conocía una mucho más científica. “¿Cuál?”, preguntó el Librero intensificando aún más su mirada sanguinolenta. “La respuesta es relativamente sencilla”, dijo el joven asumiendo una afectación más forzada que la que solía exhibir en clase. “Se trata de la relación inversamente proporcional que existe entre el tamaño del cuerpo y el tamaño del cerebro. Cuando el cuerpo crece de manera geométrica en relación al tamaño del cerebro, el animal no tiene posibilidades de sobrevivir; cualquier ser vivo con una gran masa corporal y una masa encefálica minúscula está inevitablemente condenado a la extinción. Eso, aunque parezca muy simple, fue lo que sucedió con los animales gigantescos hace millones de años”.

El Librero cerró de un golpe el libro y decidió que la respuesta ameritaba ser acrisolada con el sabor de un cigarro. Se levantó del asiento y, antes de encaminarse hacia el sótano, le enseñó al amigo de su hijo su sonrisa oxidada por el uso excesivo del tabaco. “Es una explicación jalada de los pelos, pero me gusta”, dijo mientras buscaba en el bolsillo del saco el envoltorio plástico donde guardaba sus cigarrillos ilegales. “Además podría aplicarse estupendamente a esos imbéciles de casi dos metros que están a favor de la eugenesia”.

Cuando el estudiante de biotecnología dejó de ir a la tienda de libros, el estudiante de filosofía empezó a frecuentar las tertulias del sótano. Solía bajar y subir a intervalos regulados por el interés de las pláticas y por el reclamo de su madre, que lo llamaba desde las escaleras si llegaba algún cliente solicitando un título especial. La madre estaba encargada de la caja y de abrir y cerrar la librería, aun cuando no tenía ni el modo ni el conocimiento necesarios para atender a la exigente clientela. Extrañado por la presencia diaria de su hijo en la librería, el Librero le preguntó por su amigo. “¿Cuál amigo?”, dijo el estudiante de filosofía sin apartar la vista del libro que estaba hojeando. “Creí que al fin tenías un amigo”, dijo el Librero. “Yo también”, añadió con fastidio el joven. Pero los contertulios recibieron favorablemente la seriedad con que ahora se comportaba el muchacho y, aunque ensalzaban su madurez frente al padre, no dejaban de regodearse triturando las convicciones que el aprendiz de filósofo traía de la universidad. A medida que el joven fue ampliando su bagaje crítico con lecturas más selectas, los corrosivos anarquistas se vieron obligados a repensar sus respuestas.

Incentivado por el juego dialogal, el estudiante de filosofía escogía ciertos temas de su predilección y los preparaba con ayuda del maestro de ética, con el que mejor se entendía. Algunos temas, como “Verdad y falsabilidad”, “La muerte y la nada”, “El modelo y la copia”,

habían ocupado dos o tres encarnizadas sesiones. Con sus armas conceptuales cada vez más templadas y filosas, el estudiante de filosofía buscaba las inevitables fisuras del pensamiento anarquista para poner al descubierto la pobreza teórica de cualquier dialéctica negativa.

La hora en que solían llegar los contertulios era hacia la media tarde. Además del Médico, que era considerado como otro miembro de la familia, entre los asiduos estaban dos profesores –uno de mecánica de motores de hidrógeno y agua salada, y el otro de expresiones artísticas–, así como un Historiador especializado en conflictos intercontinentales que, junto con el Librero, representaba el eje más beligerante en contra del gobierno. A veces aparecían por el sótano otros personajes que hacían eco en los debates a las voces dominantes, pero que escasamente tenían opiniones aportadoras.

Poco antes de graduarse, el estudiante de filosofía escribió un ensayo crítico en torno a un libro clásico sobre los héroes, que estaba siendo objeto de veneración por parte de un grupo de profesores partidarios de las medidas perfeccionistas del gobierno. El título del ensayo era “¿Por qué se acabaron los héroes?”, y en él se planteaban, con marcada intención polémica, ciertas tesis relacionadas con la moral y el poder. El Librero le dedicó dos días a la lectura del ensayo, obligándose a consultar algunas referencias eruditas de su propia biblioteca. Estaba agradecido por el buen nivel de la prosa, mas no estaba de acuerdo con mucho de lo que allí se sostenía.

El estudiante de filosofía recordaría como la prueba más difícil de sus años universitarios la tarde en que fue juzgado sin conmisericordia por los contertulios. El primero en hablar fue el Librero. En un tono condescendiente y mesurado elogió el rigor del planteamiento y la claridad de exposición, “superior, por mucho, a la de cualquiera de esos hermeneutas estabulados que hacen lo fácil difícil”. Luego ahogó el cigarrillo contra el fondo del cenicero y enfrentó a

su hijo: “No obstante, hay determinados planteamientos que no comparto. Por ejemplo, no puedo estar de acuerdo con ese filósofo de pacotilla, venerado por autoritario y depredador, que nos coloca frente a una disyuntiva tendenciosa a fuerza de ser falsa: o héroes bajo el imperio de la autoridad y la obediencia, o infinidad de estúpidas medianías en un desorden revolucionario de disolución y muerte”.

“Discúlpame”, atajó el muchacho, “el contexto quiere decir mucho más de lo que tú insinúas”.

“Ah, ya salió el complejo del interpretador”.

“No, ni por asomo. En mi ensayo yo hablo de moral, del héroe como ser moral por excelencia”, reafirmó el estudiante de filosofía.

“Yo no creo que sea necesario leer tantos libros para saber que la moralidad del poder reside en la fuerza”, dijo el Historiador.

El estudiante de filosofía vio en sobrevuelo la calidad moral que podía haber tras lo expresado, y vio también que las demás miradas parecían concertadas para adueñarse del momento. A media voz, como si quisiera dar por sentado que no le importaba la humillación, volvió a encarar al Librero: “A mí no me interesan ni el poder ni la fuerza, tú lo sabes mejor que nadie; y mucho menos la moralidad que emana de ellos. Pero, sinceramente, mi razón no puede aceptar que exista alguna forma de civilidad sin poder. El poder, y en esto estaremos de acuerdo, tiende a la tiranía; pero, ¿dónde estaríamos sin un organismo político que regule nuestro deseo personal de poder? ¿Qué ocurriría, por ejemplo, aquí en la librería si no ejercieras tu poder?”.

“Nada”, dijo el Librero tratando de eludir la paradoja de ser un anarquista autoritario.

“¿Nada?”, ironizó el muchacho.

“Pues las cosas se irían a la mierda o alguien más tomaría las decisiones”.

“¿Lo ves? ¿Y qué es la toma de decisiones sino la esencia misma del poder?”.

“A ver, joven sabio, ¿qué es lo que pretendes demostrar?”, terció el Médico.

“Demostrar, nada. Lo que yo quiero es que cualquiera de ustedes me diga si es que puede existir algún tipo de relación social que no esté sujeta a la dinámica del poder...”.

“Nadie aquí niega que el poder lo abarca todo”, se adelantó el Historiador; “sin embargo, hay que especificar las distintas modalidades del poder: el poder individual libera, mientras que el poder del Estado reprime”.

“¿Reprime qué?”, dijo el estudiante de filosofía con un deje cáustico.

“Pues simple y sencillamente reprime la voluntad de los individuos carentes de poder, que somos la mayoría”, dijo el Historiador.

A medio camino de las escaleras que conducen al sótano, la madre del estudiante de filosofía asomó su cabellera estropajosa solicitando ayuda. El joven está vibrante de indecisión. Sabe que su madre está por naturaleza incapacitada para atender a la clase de clientes que frecuentan esa librería; no obstante, su orgullo apunta fijamente hacia lo que acaba de decir el Historiador. Mientras siente la urgencia de la respuesta escociéndole en el cerebro, su madre lo vuelve a llamar. La voz tiene ahora el tono estridente de una oveja clamando por la guía segura del amo. Alguien dice algo sarcástico al tiempo que el muchacho se encamina hacia la escalera. No está seguro de quién hizo el comentario jocoso. Reduce la velocidad de escape y se pone alerta. Entonces percibe con nitidez el timbre agudo del especialista en medicina familiar que nunca le sugirió nada para remediar sus problemas de compulsión oral y las drásticas secuelas psicológicas que convirtieron su primera adolescencia en un infierno: “Mientras vas y vienes, reflexiona fríamente sobre el hecho de que ningún ciudadano que se pretenda defensor de la libertad puede permitir que el Estado –cualquier forma de Estado– monopolice y legitime el uso represivo de la fuerza”.

IX

El Librero y sus colegas pertenecen a una generación que ha visto superada la posibilidad de sorpresas ante la avalancha de cambios de las últimas administraciones continentales. A diferencia de los otros continentes que aún se debaten en la barbarie, en éste hay poco margen para las catástrofes naturales. Las tecnologías de punta basadas en el uso del hidrógeno, la arena de las playas y el agua salada han posibilitado la elaboración industrial de ciertos materiales resistentes a los incendios, los sismos y las inundaciones. Estos logros, al igual que el grado de prosperidad alcanzado en relación con los demás continentes, rara vez son merecedores de la atención crítica de los contertulios de la librería.

A fuerza de cultivar una negatividad corrosiva, los asiduos a las charlas del sótano consideran que reconocer y ensalzar determinadas aportaciones tecnológicas del gobierno es un imperdonable desperdicio de sus actitudes críticas. La eliminación de los partidos y los sindicatos, la prohibición del endeudamiento público, la sustitución de los trabajadores de las minas y de los más riesgosos desempeños militares por robots, el gravamen del cincuenta por ciento a las herencias, la creación de centros especializados de educación para niños superdotados..., éstas y otras muestras de reconocido progreso social son vistas por los contertulios con el mismo desprecio que asumen ante la noticia de una incursión bárbara en las playas del sur o una nueva transmisión en el Lago de Cristal. El tema de las discusiones gira obsesivamente en torno al poder y sus

perversiones indisociables. ¿Bastará la reclusión para los culpables de fortunas mal habidas y para los funcionarios convictos de corrupción en cualquier grado, o deberán ser condenados como cualquier delincuente mayor a las cámaras de desintegración? ¿No es un escandaloso contrasentido que se prohíban las teocracias, las sindicocracias y las partidocracias parasitarias y se celebre el personalismo exacerbado de ciertos servidores públicos y teólogos?

En algunas ciudades se están erigiendo los primeros templos de filosofía: lugares austeramente amueblados y sin imágenes donde se reúnen pequeños grupos de ciudadanos reconocidos por una apertura de criterio que es duramente criticada por los Perfeccionistas y otras redes del poder que veneran el progreso tecnológico. La divisa que está en el frontispicio de los templos de filosofía no admite conjeturas: “Sin justicia y verdad no hay evolución posible”. Como tampoco puede negarse la fascinación que ejercen las novedades tecnológicas entre las mayorías aleccionadas en el odio permanente a los bárbaros y el respeto sagrado a la ley y el orden.

El joven profesor auxiliar de filosofía ha tratado en vano de convencer a su padre de la imperiosa necesidad de adaptar la librería a las nuevas exigencias que impone la exitosa difusión del libro virtual. Enemigo acérrimo de la tecnología, el Librero está convencido de que los libros de calidad con una letra fácilmente legible, una buena caja e impresos en papel sin ácidos, permanecerán por siempre en el gusto de los verdaderos lectores, y que los libros virtuales acogerán únicamente a los *bestsellers* y al resto de la literatura efímera. En su delirio justificador el Librero ha acuñado una diferenciación valorativa en la que sólo él cree. Los *instant sellers* y los *bestsellers* serán absorbidos por el formato electrónico, pero los *long sellers* permanecerán indefinidamente en el formato clásico del libro.

Año con año han ido muriendo los viejos lectores que visitaban la librería, y con ellos se fue muriendo también la

cadena de producción que tenía su primer eslabón en las reservas forestales de las montañas del norte y el último en la librería en la que debaten los inofensivos enemigos del poder. Los avances tecnológicos han transformado irreversiblemente los hábitos de vida. La tendencia minimalista, que empezó decenios atrás como una moda, terminó consolidándose como una forma de vida donde no hay lugar para lo complicado ni para lo superfluo. Pero los inofensivos enemigos del poder no quieren aceptar el cambio. Los materiales cuya producción y consumo implican cierta contaminación, están siendo desplazados por nuevos productos tecnológicos más sanos y duraderos. Las viviendas unifamiliares y los nuevos edificios del gobierno controlan la energía luminosa como organismos vivos capaces de cambiar la temperatura y la tonalidad de acuerdo a sus necesidades ambientales. Las láminas de vidrio irrompible, de la misma consistencia que la sólida capa del Lago de Cristal, son susceptibles de adquirir todas las gamas del arcoíris a capricho del usuario. De los grandes arenales de las playas del sur se extrae un material silicoso que por su resistencia y ligereza está desplazando definitivamente al aluminio y al acero.

El profesor auxiliar de filosofía ve con impotencia cómo el carácter de su padre se torna más erizado cada vez que habla con él. Nada de lo que sucede afuera le parece bien, y la amargura y la desilusión están convirtiéndose en las señas de identidad de la librería. Prisionero de un mal humor permanente, el Librero no escatima desprecios cuando su hijo realiza un sobreesfuerzo para sacarlo del empozamiento anímico.

Una tarde, tal vez por su buen desempeño en el primer programa para jóvenes talentos en la Cadena Continental, vio que su padre sonreía demasiado. Entonces, aprovechó la penumbra congelada de la librería para decirle: “Deberías dejarte de lamentos y abrir de una buena vez una sección de ciencia y tecnología virtual”.

“Jamás. Antes prefiero quemar la librería”, respondió el Librero de manera sentenciosa.

“Disculpa que te lo diga, pero tu respuesta es una estupidez”.

“Vaya, resulta que por destacar entre esos enanos mentales ya te consideras con derecho a insultarme”.

“No me cambies la intención. Lo que quiero decir es que sin ciencia no hay innovación, y una sociedad que no fomenta la originalidad y los cambios, tú lo sabes muy bien, está condenada al estancamiento”.

“Sí, se oye muy bonito eso de innovación y originalidad. ¿Y qué me dices del culto ruin a la riqueza y al poder, la proliferación del lujo y la degradación de los valores, la esclavitud ante tanta novedad inútil, el ciego militarismo y el odio racial exacerbado? ¿De dónde procede este maldito culto suicida a la velocidad sino de los imbéciles tecnócratas?”.

“No hay manera”, protestó el joven previendo lo que esa crecida temperamental presagiaba. Enseguida se dio la vuelta con intención de entretenerse en la limpieza de algún estante.

“Ven acá, aprendiz de sofista. Sabes de sobra cuánto me corroe las entrañas que me dejen como un idiota con mis argumentos colgados de los labios”, dijo el Librero aferrando el hombro del joven.

El profesor auxiliar de filosofía volteó resignado a oír otra sarta de descalificaciones, y musitó a la defensiva: “Está bien, te oigo”.

“No, no quiero que me oigas como si se tratase de uno de esos deficientes mentales a los que les das clases. Lo que quiero es que razones; y con un mínimo de razonamiento te quedará claro que ni la ciencia ni su engendro tanático que es la tecnología pueden ni podrán jamás ser sustento de los más nobles valores de la vida. ¿Quiénes nos han llevado al militarismo asesino que padecemos sino los científicos y los tecnócratas? Lejos de salvarnos

y protegernos, la ciencia lo que ha hecho es ponernos en un permanente estado de peligro...”.

“Padre, a dónde vas con esa letanía. Perdona que disienta. ¿Acaso tienes argumentos para negar que la diferencia entre los demás continentes bárbaros y el nuestro se debe justamente al desarrollo científico?”.

“¿Y qué me dices de la cultura y el arte?”.

“Por favor, padre, no pretendas jugar conmigo, ¿de cuándo acá te interesan esas cosas?”.

“Mente, mente y razón; lo demás son especulaciones vacías”.

“¿Entonces la ciencia y todos los inventos son especulaciones vacías?”.

“Los inventos tecnológicos esclavizan al hombre, lo apartan de la vida y lo arrojan a una realidad más oscura que una pesadilla”.

“Ése no es más que un burdo prejuicio; sin invención no hay desarrollo cultural...”.

“Y viceversa”, dijo el Librero.

“Lo que quiero decir es que la cultura nunca ha florecido en condiciones de ignorancia y pobreza”.

“Te equivocas otra vez, joven talento, los mejores logros han sido siempre producto de la adversidad. La riqueza y el poder conducen inevitablemente a la corrupción y al fraude”.

“Padre, padre, las civilizaciones jamás se desarrollan bajo condiciones de pobreza. Tal vez algunos individuos alcancen logros notables desde la pobreza; pero una sociedad pobre e ignorante no puede alcanzar ni una gran ciencia, ni una gran filosofía, ni un gran arte, ni nada”.

El Librero metió la mano en el bolsillo del saco y extrajo del envoltorio de plástico un cigarrillo forjado a mano. Para el profesor auxiliar de filosofía la elección de esa hierba significaba un paso decidido a favor de la inteligencia, aunque no pocas veces el cambio se degradase en una necesidad encorralada. Después hurgó en el

bolsillo del pantalón en busca del encendedor. Mientras lo hacía murmuró en tono fugitivo: “A veces se te olvida, aprendiz de pensador, que la vida cuanto más simple y natural es más vivible”.

“¡Mira quién lo dice!”.

“Alguien que te supera en experiencia y visión. Cuando tengas mi edad comprenderás inequívocamente que la ciencia es por necesidad mercenaria del poder. Los tecnócratas son amoraless por naturaleza”, dijo el Librero encaminándose hacia el sótano.

“Espera un momento, ¿tan rápido olvidaste eso de que la huida es la peor forma de enfrentar la vida?”.

“¡Mierda, ahora resulta que ni siquiera voy a poder fumarme un cigarrillo cuando me apetece!”.

“No necesito repetirte que tu suicidio sólo me arrancará un suspiro”.

El Librero lo observa: ojos de fuego y crispación de animal llevado al límite. Luego escupe: “¡Vete a la mierda, aprendiz arrogante!”.

“No me voy, me quedo en ella”, responde el joven profesor auxiliar de filosofía. “Pero antes de que tú te vayas a intoxicar con la tuya, grábate muy bien que todo lo que existe está estructurado matemáticamente, lo que quiere decir científicamente, y que sin esta estructuración matemática jamás habría superado la filosofía sus errores y delirios autocomplacientes, ni hubiésemos podido liberarnos del yugo de las supersticiones...”.

“¡Qué mierda sabes tú de eso!”, bramó el Librero.

“¿Y sabes qué? Apuesto tu vicio a que, más pronto que tarde, aquí se van a vender esos libros electrónicos que tanto aborreces”.

“¡Jamás, mientras yo viva!”.

“Entonces lo testificarán tus cenizas”, dijo el profesor auxiliar de filosofía al cuerpo descoyuntado a tosidos al lado de la escalera. Pero para su fortuna el Librero ya no escuchaba.

X

En pocas décadas el libro virtual dictó la sentencia de muerte en contra del libro impreso. La Asociación de Libreros, que en sus mejores momentos llegó a tener varios miles de miembros en las ciento cincuenta ciudades del Continente, no resistió las pugnas internas entre los que estaban a favor y los que estaban en contra del libro electrónico. Al final, casi las tres cuartas partes de los libreros se decidieron por las supuestas ventajas del nuevo formato y constituyeron una nueva asociación.

En el momento de la escisión había en el Continente poco más de cien librerías leales al formato clásico. La mayoría eran marginales y con un acervo de temas críticos que excluía a los *bestsellers*. El padre del Filósofo encabezaba este grupo marginal que tenía como lema “Lealtad y agradecimiento”, el sello con que autentificaba sus libros el impresor y editor más sobresaliente de la lejana edad industrial.

Los jóvenes renunciaron al libro impreso con la misma facilidad con que cambiaban los atuendos de fibras naturales por los biotejidos que se adherían al cuerpo como otra piel viva y que resistían golpes violentos y drásticos cambios de temperatura. Para los mayores de cincuenta años el culto al formato clásico dio motivo a una especie de feria dominical en la cual se intercambiaban y prestaban libros usados. Los encuentros tenían lugar afuera de las librerías tradicionales y, ante el tumulto que armaban contestatarios y predicadores, algunas autoridades del sur del Continente habían multado y clausurado temporalmente a quince librerías.

El presidente de la Asociación de Libreros Tradicionales apeló las sentencias locales y logró que un juez federal revirtiera el fallo jurídico y ordenara una retribución económica acorde al daño cometido. La noticia trascendió en la Red virtual, y fue entonces cuando el Frente Juvenil de los Perfeccionistas se manifestó por primera vez de manera violenta contra el libro impreso.

Espoleado por los ataques con ampolletas incendiarias contra cuatro librerías del sur del Continente, el presidente de la Asociación de Libreros Tradicionales decidió dar el paso más audaz de su carrera profesional, y que hasta ahora había rechazado a pesar de la insistencia de su hijo: abrir una casa editorial que reimprimiera los clásicos precursores de todas las rebeldías y que se imprimieran también las nuevas tendencias del liberalismo radical. Frente a la “purria del ñaño”, como le decía el Librero a la oferta virtual de *bestsellers*, había que conservar a como diera lugar las propuestas contestatarias que pugnaban por la instauración del autogobierno como única forma de democracia armoniosa y duradera.

El tema era motivo de permanente discusión entre el Librero y el Filósofo. A punto ya de entrar en los cuarenta, el Filósofo acababa de ganar la oposición para profesor de ética en la Universidad Central de Administración Pública, que era la institución hegemónica donde debían titularse los ciudadanos que querían aspirar a un puesto de mando en el Gobierno Continental. Fascinado por la trilogía excelsa –verdad, belleza y bondad–, el joven catedrático no desaprovechaba oportunidad para tratar de convencer a su padre de cambiar odio por perdón, aversión por tolerancia y negación por apertura.

“¿Cómo puedes criticar las teocracias y las burocracias parasitarias si tú incurres en las mismas perversiones?”, le dijo un día de falso otoño en que venía decidido a hacerle una propuesta innovadora.

“Yo no tengo ningún poder para pervertir a nadie”, opuso el Librero.

“Tú sabes muy bien que lo tienes. ¿Acaso no es una forma de poder el oponerte neciamente a todas las novedades?”.

“No extrapoles mis convicciones, profesor de pacotilla. Ya te he dicho que no creo en la evolución cronológica. Cantidad de porquerías tecnológicas que hoy se consideran lo máximo, en los próximos años irán a engrosar el basurero de cachivaches anacrónicos...”.

“Pero, padre, ¿quién cree a estas alturas en la evolución en línea recta?”.

“¡Déjame continuar!”, rugió el Librero, y enseguida fue presa de un violento ataque de tos. Al ver cómo el color del rostro de su padre subía peligrosamente de tono, el Filósofo quiso ayudar tomándolo por los hombros. El Librero despreció la ayuda y golpeó con su puño derecho sobre el escritorio. Una taza mediada de café y varias plumas cayeron al suelo, y sobre ellos, tras un bramido abismal, cayó también un esputo con el color y la consistencia de algo que acababa de ser desprendido de un hoyo infecto.

“¡Mierda, cómo me saca de quicio que vengas a sermonearme!”.

“Padre, contrólate...”.

“Mira quien viene a exigirme control. ¿Ya olvidaste tus años de oralidad y masturbación...?”.

“Estamos hablando de tu presente, no de mi pasado. Deberías verte en un espejo. ¿Cómo puede idealizar el autogobierno alguien incapaz de autocontrolarse?”.

El librero volvió a bramar: “¡Qué mierda sabes tú de autogobierno si siempre hemos estado sometidos a una dictadura donde los mediocres tienen la mayoría de los votos!”.

“Te guste o no, la democracia representativa es lo mejor que hemos podido lograr como gobierno”, objetó el Filósofo.

“Sí, sobre todo en una sociedad que hace posible que las minorías privilegiadas manipulen a su antojo a los imbéciles”.

“Jamás te pediría que seas optimista, pero al menos sé sensato”.

“Tú y yo, aprendiz de filosofastro, nunca nos pondremos de acuerdo sobre nada. Y antes de que me vaya a fumar un cigarro en paz, quiero que te quede claro que, aunque cueste millones de vidas y cientos de años alcanzarlo, el autogobierno es el único futuro posible del Continente”.

El Filósofo se enrisueñó: “Te lo concedo para que el cigarro que vas a fumar no termine de matarte. Nada más quisiera que me respondieras una última pregunta: ¿cómo puede alcanzarse el autogobierno en una sociedad sin el autogobierno de cada ciudadano?”.

“¡Vete a autogobernar tu propia mierda, que yo me encargo de la mía!”.

Al ver cómo el Librero se encaminaba hacia el sótano, el Filósofo lamentó que la visceralidad de la discusión impidiera el planteamiento de su propuesta. Pretendía instalar en la librería un sofisticado equipo de música que reprodujera las obras significativas de los más grandes compositores. Sabía que se enfrentaba a un criterio amurallado en la negación y que, lejos de ceder, se iría enconchando cada vez más en una intransigencia belicosa. Sin embargo, y para su sorpresa, en el próximo encuentro que tuvo con su padre no necesitó recurrir a sus dotes persuasivas. El Librero estaba supervisando tres nuevos títulos de la Colección de Clásicos Contestatarios, y mientras pasaba con el pulgar las páginas y olía a plenitud el singular efluvio de la tinta, dijo que le parecía bien la idea, nada más que la selección de la música tendría que someterse a su criterio.

Fueron los momentos cimeros de la librería. Dos artistas plásticos –un pintor y un escultor reconocidos por su apego al tradicionalismo– ingresaron a la

tertulia del sótano y propusieron que las portadas de los libros fuesen diseñadas por artistas plásticos contrarios a la moda virtual y opositores al gobierno. En una tertulia alguien comentó que el sótano podía ser el espacio ideal para un pequeño foro con cafetería. La idea recibió el apoyo unánime de los contertulios, y la primera conferencia que se impartió estuvo a cargo del Historiador del grupo, quien centró su disertación en desenmascarar la política manipuladora que llevaba a cabo el gobierno a través de las amañadas transmisiones del Lago de Cristal con emisarios ficticios.

En la Cadena Continental y en la Red virtual se habían difundido ciertas noticias relacionadas con un planeta no muy distante llamado Urantia. Ahí la procreación arbitraria, la corrupción política y la voracidad de los empresarios y comerciantes impedían la consolidación de un Estado planetario pacífico y democrático. Este planeta constaba de cinco continentes sumidos en una irremediable violencia. La ignorancia de las masas y la proliferación de todo tipo de fanatismos religiosos propiciaban un crecimiento desmedido de las peores cepas raciales, con el consiguiente desborde de la violencia. Los sacerdotes de estos credos retardatarios, enfatizaba la voz del conductor, junto con la mayoría de gobernantes y empresarios de los continentes más atrasados, rechazaban con escándalo la eugenesia, el aborto y la pena de muerte, lo que hacía que en las grandes ciudades hubiera más cárceles que universidades y más presos que estudiantes. Cerca del veinte por ciento de los ingresos totales eran destinados a la persecución de los delincuentes y al mantenimiento de las cárceles y los centros de reclusión para deficientes mentales...

Sin más argumentos que los propios, el Historiador se entregó a dismantelar la maquinaria manipuladora del gobierno, aduciendo que todas esas historias sobre

planetas vecinos sumidos en procesos distópicos no eran más que invenciones amañadas. Ante la audiencia de cincuentones y ancianos que llenaba el sótano, el Historiador llamó a la desconfianza total y a la desobediencia cívica en contra de un gobierno que había asumido como política de Estado la enajenación de los jóvenes. En el clímax de la arenga, el Historiador fustigó con dureza a los tecnócratas y a los fanáticos de la perfección, y concluyó sentenciando que, si no se tomaban medidas urgentes, más pronto que tarde el Continente sucumbiría a la tentación de una delirante efebocracia.

Esa misma noche, unos jóvenes encapuchados arrojaron desde la puerta de la librería un par de ampolletas incendiarias. Con más aparatosidad que eficacia, el fuego consumió un anaquel y el estrépito fue suficiente para provocar una estampida en el sótano. Dos ancianos tuvieron que ser hospitalizados por fracturas y varios resultaron con contusiones por todo el cuerpo. Mientras el Librero y los contertulios cuantificaban los daños y aventuraban las posibles respuestas, alguien difundió la noticia de que uno de los ancianos con fractura de cadera acababa de morir de un paro cardíaco.

El Librero volvió a congrega a los contertulios en el sótano para decirles que aquella agresión, sumada a las que habían sufrido las librerías del sur del Continente, constituía ya una evidente declaración de guerra por parte de los Perfeccionistas y del gobierno que los solapaba. De no actuar de una vez y con fuerza, el rumor de que se estaba promoviendo la eutanasia obligatoria a partir de los setenta años sería una espantosa realidad.

“¿Y cuál sería la propuesta?”, preguntó el Historiador.

“De un tiempo acá he venido pensando en formar un grupo capaz de enfrentar a esos energúmenos”, dijo el Librero.

“¿Con sus mismos argumentos?”, inquirió uno de los oyentes que se había quedado.

“¿Conocen ustedes otros?”, reviró el Librero.

“¿Pero quién nos apoyaría?”, quiso saber el Escultor.

“Ellos cuentan con el apoyo cada vez más evidente del gobierno”, dijo el Historiador en medio del parloteo discordante.

“¡Un momento!”, convocó el Librero con las manos en alto. Pero antes de que pudiera continuar fue asaltado por una serie de tosidos. Ya medio controlado, empezó a decir que la Asociación de Libreros Tradicionales le daría al movimiento el apoyo necesario, y en caso de que la situación se agravase quedaba como última opción establecer un proyecto utópico de autogobierno mediante un acuerdo con otro continente.

La propuesta desató un aulladero de discrepancias. El Librero quiso asumir de nuevo el control, pero vio que su hijo bajaba apresurado las escaleras. La mirada del Librero arrastró a las demás miradas, y un silencio vibrante enmarcó el pesado desplazamiento del Filósofo. Como nadie se atrevió a romper la repentina mudez que provocó su llegada, fue él mismo el que los enfrentó: “¿Alguien pudo ver quiénes eran?, ¿están seguros de que fueron los Perfeccionistas?”.



XI

Poco antes de que empiece el revoloteo de gritos, están en el sótano el Librero y tres contertulios. En una reunión anterior el Bioético había sacado a colación la necesidad de iniciar una campaña para eliminar del sistema educativo y de la Red virtual el término *raza*. Ahora están en un punto candente.

“Yo no creo en ninguno de los extremos”, dice el Librero empeñándose en seguir desconcertando. “Para mí, tan perversa es la actitud del gobierno al promover la veneración de las razas azul y violeta, como estúpidos son los planteamientos de los que sostienen que todos somos iguales. Por naturaleza y por cultura somos diferentes, y la supuesta igualdad ante las leyes no deja de ser otra mentira”.

“A nivel biológico es absurdo hablar de razas...”, empezó a aducir el Bioético.

“¡Pero qué mierda importa que le digamos raza, subespecie o casta!”, interrumpió el Librero como si escupiera una flema.

“Claro que importa”, intervino el Historiador.

El Librero empezó a toser y levantó los brazos para imponer su criterio. Cuando al fin pudo controlarse, dijo enfático: “Lo único que a mí me importa, en cuanto ser único e irrepetible, es señalar que soy tan distinto de los bárbaros de raza verde, índigo o anaranjada que viven en los otros continentes, como de esos locos supremacistas que proclaman que el azul y el violeta son los colores de la sabiduría y la divinidad”.

“Lo que no quiere decir que el color de la piel y la apariencia física nos hagan esencialmente distintos”, objetó el Médico.

“Querido amigo, si un ñaño pudiera estar aquí dialogando con nosotros, ¿importaría su apariencia?”, preguntó con ironía el Librero.

Ante la extrapolación tan radical, ningún contertulio respondió. El Librero carraspeó para desatorar el gargajo que tenía atravesado en la garganta y, luego de escupir por encima del hombro con desprejuiciada naturalidad, masculló: “A la mierda los vínculos de establo, a la mierda las conmierdas de sacristía, a la mierda la democracia domesticada...”. Y en ese instante estalló la chilladera arriba en la librería.

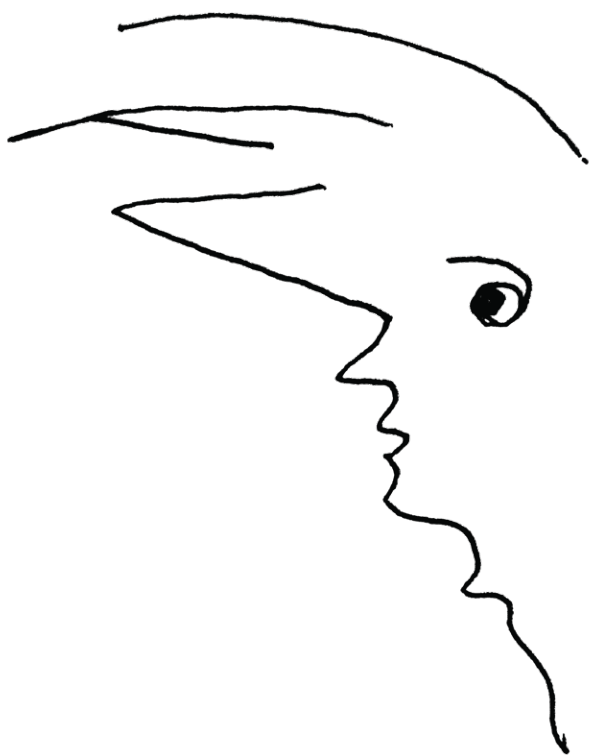
Por fortuna no había clientes, sólo la esposa del Librero. Estaba sentada, tratando de encontrar algo inteligible en el libro más reciente de su hijo, cuando arrojaron por segunda ocasión las ampolletas incendiarias. Fueron tres: una hacia cada extremo y otra al centro, donde ella estaba sentada.

Con su cuerpo fofo y torpe, la mujer corre entre las mesas y los anaqueles incendiados chillando y tratando de liberarse de las llamas que culebrean por su vestido. Va y viene en una danza alocada esperando que alguien ponga fin a la escenografía infernal, hasta que tropieza con un exhibidor y su cabeza estropajosa rebota al caer.

Abajo, tras el estupor propiciado por los graznidos, el Historiador toma la delantera y sube las escaleras. Ya no hay gritos, y como no ve a nadie en medio del humo y de las llamas sale apresurado a la calle.

El Librero es el último en subir. Ve al Médico y al Bioético cargando a su mujer hacia la puerta, y ve también cómo el fuego está consumiendo la Colección de Clásicos Contestatarios. Sin el menor titubeo, su orgullo lo impele a correr hacia los estantes de preciosas maderas de las selvas del sur que crepitan por el barniz que las recubre.

A manotazos intenta tirar los libros al piso, pero comprende enseguida la inutilidad del esfuerzo y busca un extintor. Su pecho protesta con un dolor agudo que irradia por el brazo izquierdo, y tiene que abrir al máximo la boca como si estuviera emergiendo de una prolongada zambullida. De regreso con el extintor, parece una mariposa que aletea torpemente hacia la luz asesina. Al borde del sofocón activa el aspersor y de inmediato un vaho negruzco le golpea la cara. Siente que la garganta y los bronquios se le incendian y se tambalea hacia la puerta. Cae afuera de la librería, tratando de consumir las pocas moléculas de oxígeno que le entran por la garganta requemada. En su mente sólo hay lugar para el temor: un acobardamiento repentino que lo sume en la culpa por no haber querido asegurar la librería. Está viendo la neblina lechosa de un frío amanecer, o más bien tenuemente ambarina: un silencio denso y líquido ajeno por completo a lo que está sucediendo afuera. Sobre él, literalmente encima de sus ojos, está su hijo con una mujer que no identifica. ¿De dónde salieron?, ¿cómo llegaron allí? El hijo lo toma entre sus brazos con un sentimiento férvido que retrocede desesperadamente al pasado, como si quisiera confundir el sentimiento con que él abraza ese cuerpo inerte con el deseo de regresar a la infancia y ser abrazado por su padre. Después le abre la boca y la junta con la suya. Por un instante la neblina se estremece y siente cómo el soplo cálido lo llena de vida. Luego un tosido violento separa las dos bocas. En medio del descontrol el Librero mueve los brazos en busca desesperada de oxígeno. El hijo se aparta y ve cómo el rostro de su padre pasa del rojo al morado a medida que se le escapa la vida. Recuerda lo que ha leído en algún libro y sabe que hay que actuar con rapidez. Pero lo único que tiene a la mano es su pluma; así que la extrae del bolsillo de la camisa y, con un golpe brusco y torpe, la hunde en la tráquea de su padre en un intento desesperado por salvarlo.



XII

A los cuarenta y tres años la Trilógica es una mujer que tiene casi todo lo que otras mujeres desean tener. Jurista reconocida, divide su tiempo entre el envidiable departamento que posee en un exclusivo complejo habitacional para solteros y la universidad en la que imparte clases, y es investigadora. Desde hace poco menos de un año asiste a las reuniones quincenales del honorable Consejo Cívico, organismo que funge como un cuarto órgano de poder, pero sin obligatoriedad jurídica en sus decisiones éticas.

Hace más de una década que la Jurista del Consejo Cívico sustituyó la pulsión sexual por la oral, y ahora es una sublimación de redondeces que atrae a cierto tipo de miradas otoñales. En varias ocasiones ha sido sancionada por sobrepeso, lo que la obligó a conseguir finalmente un certificado de disfuncionalidad congénita. Metódica y autosuficiente hasta niveles obsesivos, no permite la menor observación crítica sobre la forma como degrada su belleza ni incursiones extrañas en su vida íntima. Cada veintiocho días, en un ritual que se remonta a los tiempos en que decidió no soportar las ofensas y la miseria doméstica de los hombres, prepara una cena especial con mariscos de los cálidos mares del sur. Después de cenar va a la recámara y se masturba mientras ve proyecciones virtuales de paisajes bellísimos y solitarios.

Hace años que no frecuenta esa librería, pues además de recordarle la época más sufridora de su vida, cuando fue abandonada por el Biotecnólogo, tiene fama de ser

un reducto de fracasados. Pero esa noche va impulsada por un motivo que supera cualquier rechazo. Uno de sus mejores alumnos, que suele asediarla con preguntas incisivas, la confrontó con una cita demoledora de un libro del que ella jamás ha oído ni leído nada. Sospechando una impostura por parte del alumno, se entregó de inmediato a encontrar la referencia.

Buscó en su facultad y en la Biblioteca Central, pero sólo encontró una referencia cruzada. Fue a la Red virtual y halló lo que buscaba: la ficha remitía a la Colección de Clásicos Contestatarios que publicaba la Asociación de Libreros Tradicionales. El libro se titulaba *El universo dual*, y la cita que había hecho el alumno era el pilar de la tesis central del libro: en el universo hay dos tendencias en constante conflicto, una hacia la permanencia, la otra hacia el cambio. Para una mente que creía haber descubierto en la cima de la soberbia la estructuración trilogica de lo existente, este dualismo representaba un enemigo que había que destruir de inmediato.

Esa misma noche decidió ir a la librería. Estacionó el vehículo híbrido en la sede del Consejo y aprovechó la caminata para observar con repulsa los nuevos biotrajés, ceñidos e irisados como una piel sáurica, que se exhibían en las *boutiques* de moda. Desde una cuadra antes le llegó la ofensiva chamusquina de un incendio. Apresuró el paso esquivando a los jóvenes que admiraban las esculturas virtuales, y en una esquina se topó de bruces con un recio transeúnte. Con el impacto ella rebotó contra la fachada de vidrio y el individuo extendió los brazos para sostenerla. Los dos sintieron lo mismo: lo que estaban viviendo era la reconfiguración de una ruptura que se remontaba al pasado adolescente. Se habían visto en el Consejo Cívico, al que ella recién había ingresado por el renombre adquirido a partir de su *Propuesta para la estructuración trilogica de los poderes*, de gran repercusión en los medios académicos. Pero habían evitado saludarse

y verse de frente, y mucho menos confrontarse ante los demás miembros del Consejo.

El Filósofo se disculpó por la torpeza y cambió la máscara de preocupación por una expresión defensiva; luego dijo: “Bueno, algún día teníamos que hacerlo”. “Parece un mal sueño”, se quejó ella. “De verdad que lo siento”, añadió el Filósofo con intención de reanudar la marcha. Iba con un atuendo informal compuesto de un pantalón deportivo y una camiseta ceñida que destacaba agresivamente el exceso de tantas horas de ejercicio. La Jurista tomó conciencia repentina de que su apariencia, un vestido negro y holgado absolutamente a contracorriente de la moda, ridiculizaba patéticamente su pose soberbia. Pensó que tenía que adelantarse y, antes de que el Filósofo se alejara de manera defensiva, dio paso a otro ámbito más cordial que rompió la pared de hielo que los separaba: “De todos modos, aprovecho para felicitarte por lo mucho que has logrado”. Él agradeció calladamente con un gesto de cabeza y volteó atraído por unos gritos distantes. “¿Qué sucede?”, preguntó ella en dirección al resplandor que culebreaba al final de la calle. “No sé, pero parece que algún edificio se está quemando cerca de la librería”, dijo el Filósofo poseído por un mal presagio.

La jaló de la mano como si acabara de sacar a alguien de un pantano; a la carrera los dos: la ciega fuerza de la sangre y el torpe trato al arrastrarla. Estaba escindida entre el recuerdo de aquel gordinflón torpe y tímido y este hombre fuerte y decidido que la soltó finalmente al llegar a la librería. Un ruidoso grupo de gente rodeaba el cuerpo caído del Librero. El Filósofo abrió un claro, que aprovechó la Jurista para ver a un hombre viejo y sofocado que ya tenía en los ojos el soplo de la muerte. Luego del desenlace trágico, se abrazó al Filósofo con una ternura inesperada que fue derivando a lo largo de la noche hasta concluir en un fogoso acoplamiento en el piso de él.

La muerte del Librero y el fin de la librería fueron piezas clave para la prolongación del reencuentro. Tanto él como ella decidieron no hablar del pasado cuando se vieron por segunda ocasión. La Jurista retomó el asunto que motivara su visita a la librería, y el Filósofo se comprometió a darle la próxima vez que se vieran el único ejemplar de la colección que su padre conservaba en casa.

A pesar de que el Filósofo meditó la estrategia, el desenlace no fue nada fácil. La sola idea de ir al departamento de ella le recordó la imagen acaguengada de un fino semental ñaño que había visto en casa de un colega. Lo trajeron al jardín, amarrado del cuello con una cadena acerada, y lo introdujeron a la fuerza con sendas descargas eléctricas en la jaula de la hembra. El macho se fue a un rincón y se quedó viendo a la hembra mientras lengüeteaba el desconcierto. La hembra se acercó unos pasos y olió. Después, visiblemente decepcionada, retrocedió a su rincón.

Fueron al departamento del Filósofo, por sugerencia de ella. La cena fue a base de mariscos, también sugerencia de ella. El Filósofo aprovechó la ocasión y cambió las sábanas y barrió el polvo de meses que se había engolfado bajo los anacrónicos libreros de madera. La primera parte fue tal como él había pensado. Sin dejar por completo la cautela, la Jurista se fue relajando. Hablaron de actualidades políticas, sobre todo de la aceptación acrítica, por parte de los ciudadanos más viejos, de la publicidad que hacía el gobierno en favor de la seguridad y el orden. A punto de concluir la cena, el Filósofo vertió el último contenido de la primera botella de vino en los vasos y recurrió a una edulcorada apología de la *Propuesta para la estructuración trilogica de los poderes*. Con una sonrisa maliciosa, la Jurista alargó la mano y extrajo la segunda botella de la cubeta. “¿Ya sabes cómo me dicen por culpa de ese libro?”. El Filósofo se regocijó de que ella hubiera tomado la delantera y dijo:

“Sí, la Trilógica”. “Ábrela por favor, para que se airee”, dijo la Trilógica impulsada por un burbujeo animoso. Sentía una relajación placentera que podía convertirse en cualquier momento en total falta de control; pero si ya lo habían hecho una vez, qué podía importar la segunda... Un soplo cálido y sensual le corría por la sangre y le impedía a su razón ejercer el acostumbrado control; algo parecido a lo que le sucedía cuando se entregaba a su ritualidad solitaria, aunque lo que ahora imaginaba era mucho más intenso y enloquecedor.

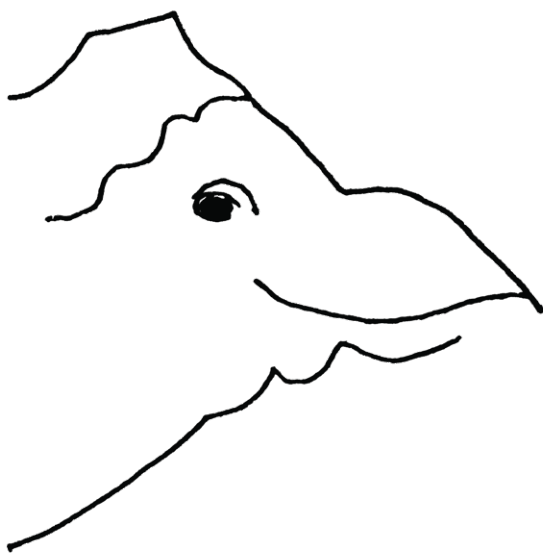
El Filósofo se levantó a poner una proyección acorde a las circunstancias. La Trilógica también se levantó y, propulsada por el soplo relajador del alcohol, fue al centro de la sala y se tendió con los brazos abiertos. En la lisa blancura del techo una ópera tomó vida virtual. La Trilógica se trasladó de inmediato a los palcos, pero no pudo tolerar por mucho tiempo la solemnidad del auditorio. “¿No tendrás algo marino o algún paisaje solitario?”, preguntó esperanzada. Poco después se abrió en el techo una ventana a un mar azul eléctrico en el que brincaba un grupo de alegres délfiros.

Al regresar a la mesa el Filósofo se encontró con una escenografía túrgida que superaba sus expectativas: la Trilógica se mecía con la mano metida en la entrepierna, por adentro de un seductor calzón negro. Parecía inmersa como una succulenta medusa en el ritmo de las olas, y el Filósofo se quedó idiotizado viendo el evolucionar gozoso de la mano. Estaba radicalmente indeciso: una parte de su conciencia no podía dar crédito de que estuviera viendo algo tan delicioso y desinhibido; pero otra regresó de pronto a los torvos momentos en que había sido sorprendido por el padre de la Trilógica y recordó con temor el costo tan grande que le había supuesto. Obnubilado por los jadeos y contorsiones voluptuosas del cuerpo tendido en medio de la sala, el Filósofo se bajó el pantalón y asió la espada palpitante.

En el océano virtual la Trilógica evolucionaba como una diosa de las profundidades. El Filósofo se desprendió a trompicones de la ropa y se acercó con todos los músculos en tensión arrogante. “¡Mastúrbate como si estuvieras viendo a mi madre!”, siseó la Trilógica retorciendo la punta de la lengua en actitud convocante. Él comenzó a desplazar la mano en un ir y venir gozoso que provocó un rápido desborde de la energía por tanto tiempo acumulada. Después de asperjar la cara y el cuerpo de ella, el Filósofo corrió hacia el baño y buscó con torpeza en el mueble la cajita que guardaba de años atrás, cuando la había comprado simplemente para saber qué efectos producía. Extrajo una pastilla y la tragó en seco. Al instante quiso escupirla, pero la pastilla se había incrustado en un lugar tan crucial de la garganta que el Filósofo comenzó a enrojecer por falta de aire. A punto de ahogarse y en medio del golpeteo multisónico de las olas, le llegó un bramido de la Trilógica. El Filósofo se agarró con firmeza al lavabo como único recurso para sobrevivir el naufragio y se dejó caer hacia delante para que los bordes le oprimieran el abdomen. La pastilla salió expulsada como un escupitajo. Luego, desinflado y exhausto, el Filósofo se dejó resbalar hasta el suelo y estuvo boqueando un rato. Al cabo se arrastró hasta la puerta y vio que la Trilógica estaba ya completamente enracimada en el goce. El Filósofo buscó con desesperación la pastilla en el piso, y cuando al fin la encontró abrió la llave del lavabo y se la embuchó junto con dos largos tragos de agua.

Desde la puerta del baño, furtiveando el éxtasis de la Trilógica, el Filósofo esperó a que la pastilla le hiciera efecto. Minutos después caminó con la espada enhiesta hacia la sala, en medio de una nube de gel violáceo que le daba a la realidad un cariz virtual. Se arrodilló ante el cuerpo que flotaba en el mar orgásmico y se entregó a un lengüeteo goloso. Estaba totalmente enlabiado, y

el almíbar aceitoso que manaba de la intimidad de la Trilógica le parecía lo más exquisito que su boca hubiera probado jamás. Pero justo en plena sublimación se activó la alarma energética del edificio, y al cortarse el suministro de energía el cuerpo de la Trilógica se incorporó resorteado. “¿Qué sucedió?”, preguntó mientras se recomponía. “¡Maldita sea!”, masculló el Filósofo al negársele el efecto de la sublime degustación. Había leído que el centro de la energía sexual era el mismo que el de la energía creativa, y llevaba ya varios meses de rigurosa abstinencia con el fin de guardar toda su energía para el nuevo libro de ensayos. Y ahora, en el momento decisivo del delirio sexual, el destino o algún imbécil lo condenaba a un desenlace degradante. Cuando la Trilógica dijo que tenía que bañarse, el Filósofo estaba perdido en medio de la oscuridad.



XIII

La Trilógica impuso sus condiciones: ni vivir juntos ni alterar los proyectos personales. Durante los años que duró la relación se veían una vez a la semana alternando los departamentos. Tras la cena de mariscos, ella repetía su ritual autoerótico y él se enverracaba viéndola. Después se inclinaba sobre el húmedo efluvio y satisfacía sus ansias antes de derramar sobre ella su propio fluido intimal.

Celosa de su privacidad, lo que más odiaba la Trilógica eran los niños y las mascotas. La ginecóloga le había dicho que por el sobrepeso y su edad no le aconsejaba ningún anticonceptivo ingerido. Y como nunca usó ni tenía pensado usar dispositivos intrauterinos (pues le dijeron que impedían la secreción íntima), había decidido que nadie jamás volvería a penetrarla.

La primera vez que el Filósofo tocó de soslayo el tema del Biotecnólogo, la Trilógica le prohibió tajantemente cualquier referencia a la vida y la obra de ese personaje. Pero el Filósofo guardaba una memoria agradecida del momento decisivo del cambio en su juventud, y era imposible separar de ese agradecimiento la presencia del único amigo que había tenido en su vida. Desde el momento del escandaloso encarcelamiento del joven científico, el Filósofo había seguido el caso con cierta atención, y celebró como propio el triunfo del Biotecnólogo con las bacterias adipofágicas y las primeras vacunas. Lo último que había oído, en una tertulia con profesores de su facultad, era que el Biotecnólogo estaba haciendo experimentos sorprendentes con el agua viva de las mon-

tañas. Pero del otro lado había un muro de rencor, y si de algo se enorgullecía la Trilógica era precisamente de su carácter.

La vida personal del Filósofo empezó a hacerse blandengue y antimetódica como una larva. Poco a poco fue dejando de escribir y de hacer ejercicio; y aun cuando podía leer alrededor de cien páginas diarias, no dejaba de pensar obsesivamente que lo que él y la Trilógica estaban haciendo no era bello, ni verdadero ni bondadoso. Entrado el segundo año de relación, el Filósofo llegó un día decidido y, antes de que concluyera la cena, le dijo que estaban incurriendo en un vicio vergonzoso que ninguno de los dos se podía permitir. “¿Te refieres a algún tipo de condena moral?”, inquirió la Trilógica, levantando la copa de vino con la pose soberbia de una reina. “Me refiero al *gañismo* en que hemos caído”, sentenció él.

La lengua continental era el resultado de una sublimación de dialectos arcaicos que aún conservaban algunas metáforas primordiales. En las montañas del norte los referentes metonímicos provenían fundamentalmente del mundo vegetal; en las calientes costas del sur, el mar proporcionaba más de la mitad de todos los giros dialectales.

La *gaña*, expresión dialectal mareña, era un extraordinario mamífero de los mares del sur. En la parte delantera tenía dos grandes aletas, y en la trasera dos patas con seis dedos rudimentarios e interconectados por sólidas membranas en cada pie. La cara era bastante parecida a la de los populares délfros, emblemas de la conservación marina y que brincaban ahora por los litorales del Continente en tal cantidad (a pesar de las capturas clandestinas) que diezaban prácticamente los cardúmenes de sardinillas y juricheles. La carne de gaña –asada con carbón de ébano tropical y hervida luego en bronco rustrido costeño– era uno de los platillos prohibidos con mayor venta en el mercado negro. Sin embargo, lo que más llamaba la atención de este peculiar mamífero marino era su acti-

vidad sexual. El órgano sexual del macho, considerado como el mayor afrodisíaco natural, y las descomunales ubres de la hembra, que despertaban las más delirantes fantasías entre los calenturientos pescadores, constituían un atractivo que incentivaba la depredación clandestina.

En la lengua continental la preposición “en” tiene una intención significativa que va más allá de la ubicación espaciotemporal. Por ejemplo “en-gañarse” quiere decir literalmente “convertirse en gaña”. En la Red virtual circulaban algunas secuencias de acoplamientos de gañas cerca de las playas del sur que duraban más de doce horas. A merced de la corriente, el macho monta a la hembra por atrás sujetándola con dos garfios que posee en sus aletas delanteras, y la penetración dura tanto como dura el abrazo. Es natural, por ello, que para los Perfeccionistas y otros grupos moralizantes, todo lo que tenga que ver con el término gaña esté aureolado de vicio.

Como cualquier rudo pescador que lleva meses de abstinencia forzada, el Filósofo tardó en darse cuenta de que lo que estaba haciendo era depravante. De las pastillas había pasado a un afrodisíaco hecho a base de las gónadas de un marisco, y por último le encargó a un colega de la universidad, cuyo padre era jefe de un puesto de vigilancia militar en una playa del sur, que le consiguiera polvo de pene de gaña. Tuvo que pagar el equivalente al sueldo de un mes por una bolsita con quince dosis; pero, ante los efectos, renunció definitivamente a lo químico. Las pastillas tenían una inducción metálica, como si le inyectasen un metal líquido en el pene y de golpe se le pusiera como un instrumento de acero. Por el contrario, el polvo de órgano de gaña producía una sensación suprarreal: el ir y venir acariciante de una masa cálida y placentera; algo único y prohibido para cualquier moral mezquina.

El punto más álgido de los excesos lo alcanzaron justo dos semanas antes de que el Filósofo decidiera poner

un final decoroso al complejo de culpa. La respuesta que dio la Trilógica –todo acto que no dañe a los demás es moral– no fue una solución, pero contribuyó a que la relación fuera precipitándose poco a poco hacia un irremediable final.

Después de cumplir cinco años de relación, el Filósofo empezó a activar una dinámica confrontativa. Acababa de escribir *El hombre arrogante*, un ensayo en el que se evidenciaba la impronta subyugadora del sexo. La tesis central del libro –el más corto que hasta ahora había escrito y el que mayor esfuerzo le había costado– se apoyaba en su experiencia personal para fundamentar que la inteligencia tendía de manera natural a la soberbia, y que el sexo era una de las maneras más eficaces de ser seducido por la bestia arrogante que llevamos adentro. Esa noche, en la cresta eufórica de la embriaguez, le dijo a la Trilógica que si una mente superior los viera *engañarse* de esa manera lo menos que sentiría sería asco. La Trilógica se dirigió enseguida hacia el baño y su mudez fue cortante y conclusiva como la caída de una cuchilla.

En el aspecto intelectual no habían tenido serios problemas. Por medio de la Red intercambiaban sus proyectos de trabajo, y cada vez era más evidente la confluencia metodológica del número tres en los ensayos de la Jurista y del Filósofo. Desde que había planteado la restauración de la milenaria trilogía sublime –verdad, belleza y bondad– como eje rector de todo nuevo filosofar, el Filósofo se había apoyado en la determinación trilógica como un referente básico de la necesaria interrelación ontológica entre ciencia (hechos), filosofía (significados) y espiritualidad (valores).

Llevaban ya varias semanas de no entregarse al ritual onanístico cuando, en la cima de la disensión, el Filósofo hizo una crítica exacerbada de las parejas egocéntricas y argumentó que la familia, y no la pareja, era la forma más plena de sociabilidad humana. Con gesto despectivo

la Trilógica objetó que una pareja, cuando había total complementación, era más que una familia, era un mundo.

“¿Y dónde queda entonces la fundamentación trilogica?”, reviró corrosivo el Filósofo.

La Trilógica se levantó de la mesa con el fastidio de un felino que es acosado por un tábano, y llevó los platos de la cena al fregadero. Estaban en su departamento y no tenía la menor intención de evitar que empeorasen las cosas. El Filósofo había bebido tres copas de vino, la Trilógica nada más agua. En el momento en que ella regresó de la cocina, él dio voz a su desacuerdo:

“¿Qué pasaría en el Continente si todas las formas de vida se negaran a reproducirse?”.

“No es lo mismo”, gruñó la Trilógica.

“Padre Universal, Espíritu Materno e Hijo Creador...”.

“Dije que no es lo mismo...”, cortó la Trilógica en un tono casi candente.

“Tú sabes muy bien que es lo mismo”, la enfrentó él. “Y me subleva que te engañes al negar tu propia concepción trilogica”.

Los dos se miraron con repulsa y entendieron que algo que había sido muy vital se estaba muriendo.

“Prefiero mil veces *engañarme* que *empreñarme*”, dijo la Trilógica, dándole un giro intencionadamente sexista a la agresión.

El Filósofo perdió el aplomo. Meneó resignado la cabeza y se levantó de la silla:

“En momentos como éste me avergüenzo de pertenecer al Consejo Cívico”, dijo poniéndose su saco negro de cuero.

“Los hombres son incapaces de gozar a plenitud; su moral siempre está impregnada de culpa”, dijo ella con desprecio.

“Es la segunda vez en mi vida que siento que me empujan a volar después de cortarme las alas”, repuso él.

La Trilógica movió el aire con furia y acusó:

“¡No hay nada más odioso en un hombre que huela a niño meado y tenga cara de papá idiota!”.

El hilo podrido que hasta ahora los unía acababa de romperse, clausurando toda posibilidad de razonar.

“¡Puro egoísmo de mierda!”, dijo el Filósofo dirigiéndose hacia la puerta.

“¡Libre albedrío!”, alegó la Trilógica.

El Filósofo apartó la mirada hacia sus zapatos y vio que las numerosas grietas en la piel, consecuencia de una fidelidad resignada, los condenaban irremediabilmente a la pena de muerte. Sin voltear la cabeza giró la manija y salió en silencio.

Sólo volvieron a verse en las reuniones del Consejo. Dos intelectos defensivos cuyos logros profesionales les impedían llevar al límite la fase de desprecio. En los meses que siguieron la culpa fue una sombra permanente. En los momentos más reflexivos la culpaba por el abandono en que él había caído en los últimos años; por ella había dejado de ir al gimnasio, la dieta balanceada, la apariencia física y había sucumbido al maldito cigarro... ¡Si su padre lo viera!

Poco antes de la ruptura tuvieron un altercado que estuvo a punto de ser definitivo. El Filósofo había prendido un cigarrillo hecho a mano con la misma hierba tranquilizante que fumaba su padre, y se acercó a la pantalla para seguir con atención lo que el conductor del noticiario estelar decía sobre los más recientes experimentos del connotado Biotecnólogo con el Agua de la vida. “Se trata”, estaba diciendo el bello clon conductor, “de la creación de unas moléculas conscientes que son capaces de atacar y disolver las células exógenas que invaden un tejido. Ciertos rumores sostienen también que este científico excepcional...”. “¡Si no apagas esa porquería de cigarrillo y la pantalla me voy ahora mismo!”, rugió amenazante la Trilógica. El Filósofo no quiso oírla: “...estaría a punto de sintetizar unas moléculas diseñadas

para registrar y obedecer las decisiones del pensamiento...”. “¡Te juro que es el final!”, lo amenazó como una estatua con el flamígero dedo índice en alto.

El Filósofo apagó la pantalla y el cigarrillo, y al hacerlo oyó la carcajada humillante de su padre: “¡Cómo serás imbécil, el que cede una vez cede para siempre!”. Luego volvió la atención hacia la pantalla oscura, al acecho de alguna imagen bella e inteligente.



XIV

En el Continente la cuenta del tiempo histórico se remonta a diecisiete siglos atrás, cuando los hombres azules provenientes de las montañas del norte comenzaron a exterminar y esclavizar a las etnias nómadas que depredaban los incipientes asentamientos agrícolas y ganaderos de la raza amarilla. Hacia el siglo V de la cuenta histórica, tras un largo periodo de luchas encarnizadas, las tribus derrotadas fueron expulsadas hacia el mar desde el sur del Continente. Mientras la raza azul se adueñaba de los fértiles valles del centro, en el sur terminó imperando un exitoso mestizaje de los agricultores amarillos con los guerreros rojos.

Necesitados de mano de obra para la realización de los magnos proyectos de infraestructura hidráulica y urbana, los dirigentes de los conquistadores azules decidieron hacer una rigurosa selección de los prisioneros de las otras razas que mostraban evidentes rasgos superadores. A estos esclavos de ambos sexos físicamente bien dotados se les permitió aparearse entre ellos, y con el transcurrir de los años, a los mejores vástagos de estos esclavos se les autorizó también el entrecruzamiento con las campesinas de las razas amarilla y roja. A esta época se remonta la oficialmente celebrada Teoría del Arcoíris, que es el fundamento sociobiológico del movimiento de los Perfeccionistas.

En los libros de texto de los Talleres se le rinde reconocimiento al sabio naturalista que, a partir de experimentos con distintas clases de aves, logró plantear que

el mestizaje evolucionario de aves de distintos plumajes tendía progresivamente hacia el blanco. De aquí se extrapolaron las más arriesgadas hipótesis biológicas con la intención de darle una fundamentación científica a la supremacía de la raza blanca. Así, a semejanza del arcoíris, todas las razas humanas tendían a sublimarse en el color blanco.

Durante muchos años la Teoría del Arcoíris fue objeto de duras críticas por parte de distintos credos religiosos y de reconocidos miembros de la comunidad intelectual, que consideraban dicha teoría como científicamente errónea, además de supremacista y autoritaria. Sin embargo, las pruebas basadas en los procesos de mestizaje que presentaron los Perfeccionistas (los hijos resultantes del apareamiento de un individuo de raza roja o amarilla con azul, no tendían al amarillo o al rojo sino al blanco) y el hecho de que la raza azul asumiera un papel dominante en la civilización continental, terminaron dándole a la Teoría del Arcoíris un estamento oficial y dogmático.

Aunque los actuales descendientes de la raza azul se asumen orgullosamente como la base genuina de la evolucionada raza blanca, tienen en realidad un tono de piel y de ojos blanquiazulino que recuerda a los lagos helados de sus montañas de origen. Con la unificación definitiva del Continente en el siglo X, la industriosa raza amarilla se fue desplazando hacia el centro y el oeste, dando lugar a un mestizaje con la raza azul que clausuró oficialmente las pugnas raciales.

Hacia principios del siglo actual, un grupo de notables que usufructuaba el poder decidió formar una hermandad para darle una dirección moral al acelerado proceso de industrialización que experimentaba la civilización continental. Los miembros fundadores eran fervientes devotos de la Deidad única y estaban firmemente convencidos de que, a pesar de las desviaciones y caídas, la civilización continental iba decididamente hacia la per-

fección. Su tarea desde el poder debía por tanto centrarse en acelerar los procesos perfeccionadores y tomar las medidas necesarias para que la eficacia laboral, la ética social y la responsabilidad compartida desplazaran a las imperfecciones sociales que encadenaban al hombre a la barbarie.

El juramento ritual de los iniciados en la Hermandad de los Perfeccionistas era “Hacer el bien y combatir el mal”. La primera parte del juramento no admitía dobleces ni desvirtuaciones: hacer el bien era pensar siempre en el bienestar de los demás y no contravenir en ningún momento los preceptos básicos de adoración al Supremo Creador y de amor hacia todas sus criaturas. Pero la segunda parte fue desde el momento mismo de su planteamiento motivo de desacuerdos. ¿Qué debía entenderse por combatir el mal?

Entre los miembros fundadores de la Hermandad se logró un efímero consenso a favor del uso de la persuasión en vez de la violencia. Los argumentos enfatizaban que la persecución de los que hacían el mal terminaría dándole un papel de mártires a los infractores, además del riesgo de implementar un aparato represor extremadamente peligroso para la consolidación de la incipiente democracia. Se permitió en consecuencia la libertad de cultos y creencias, siempre y cuando no afectasen la buena convivencia y el respeto a las normas cívicas.

Con el paso de los años quedó sobreentendida como una ley no escrita que los que aspiraban a los puestos más altos del gobierno, o bien eran miembros de la Hermandad o contaban con su respaldo. Y para asegurar que la Hermandad de los Perfeccionistas la integrasen los mejores ciudadanos, en la segunda década del presente siglo, dos de los miembros más visionarios propusieron la implementación de un programa especial de observación en todas las escuelas del Continente para seleccionar a los jóvenes más talentosos. Fue de esta manera como surgió

el Frente Juvenil de los Perfeccionistas, un apéndice que no tardó en convertirse en la expresión más dinámica del movimiento.

El liderazgo del Frente Juvenil lo ejerce desde un par de años atrás uno de los seguidores más aventajados del padre de la eugenesia y de la Teoría del Arcoíris. Este joven, dotado de una herencia genética excepcional, es uno de los más radicales oponentes a la nueva tesis de los complementarios, argumentada por el Filósofo del Consejo Cívico, que pretende armonizar el creacionismo (todo lo que existe tiene su origen en el Creador Supremo) con el evolucionismo (todas las criaturas y los procesos de vida y muerte relacionados con ellas son libres e impredecibles). Para el Líder del Frente Juvenil de los Perfeccionistas, la teoría de los complementarios no es más que una patraña filosófica que pretende reconciliar lo irreconciliable.

El padre de la eugenesia era un hombre de un metro sesenta de estatura, completamente calvo, tímido y ferviente partidario del celibato. No hay en su biografía oficial una sola referencia a excesos o morbos, y varios de sus contemporáneos que lo frecuentaron dejaron constancia de que era un hombre justo, moral y contrario a toda forma de violencia.

Para el egregio naturalista, la eugenesia debía ser entendida bajo dos rubros fundamentales: la eugenesia evolutiva y la eugenesia preventiva. La primera tenía que ver con la implementación de programas selectivos que propiciaran la reproducción de los individuos más aptos; la segunda se centraba en prohibir la reproducción de las cepas menos evolucionadas. Después, algunos de sus seguidores dentro de la Hermandad le dieron un sesgo belicoso a los planteamientos del maestro y lo convirtieron en el profeta de la supremacía blanca.

A partir de la llegada del nuevo líder, el Frente Juvenil de los Perfeccionistas enarboló como bandera de lucha el

combate al mal y la prohibición reproductiva de los menos aptos. El culto a la perfección física y ciertas lecturas radicales sobre la herencia genómica, que enfatizaban la necesidad de eliminar a los delincuentes violentos y a los deficientes genéticos desde el nacimiento, terminaron inclinando el movimiento juvenil hacia una dinámica de cruzada que distorsiona claramente los principios rectores de la Hermandad.

El joven que comanda en la actualidad el movimiento es un ejemplo consumado de beligerancia sectaria. Muchos de los jóvenes del Frente lo siguen como a un profeta y aceptan con orgullo el calificativo de “Guerreros de la luz”, que es como se autodenominan. Con el apoyo de algunos de los miembros más poderosos de la Hermandad, entre los que destaca el Teólogo del Consejo Cívico, este joven extraordinariamente dotado de cuerpo y mente introdujo en la estructura programática del Frente Juvenil una inteligente disciplina en el manejo de la Red virtual y en el ejercitamiento en artes marciales.

De un metro noventa de estatura y poco más de ochenta kilos de pura fibra, este treintañero graduado con honores en la Universidad Central de Administración Pública, fue seleccionado en la ventana virtual favorita de los adolescentes como uno de los más notables herederos de los genomas de la raza violeta.

Los Perfeccionistas aceptan como un hecho histórico que hace varios miles de años llegó, procedente de la sede central del Sistema, una pareja de elevadores biológicos de raza violeta. En la épica más antigua de la mitología continental consta que “En las tierras altas del norte los hijos de los dioses se mezclaron con las hijas de los hombres, y los nuevos hijos recibieron la sangre cósmica de divino color violeta”. La belleza de la piel y de los ojos, junto con la excepcional constitución física y el sistema inmunológico resistente a la mayoría de las infecciones que aquejan a las demás razas, hacen que a

los supuestos descendientes de estos elevadores cósmicos de color violeta se les rodee con un halo de superioridad.

El Líder del Frente Juvenil que, según rumores, fue producto de un exitoso programa gubernamental de manipulación genética, no oculta la satisfacción que le produce ver su imagen en la Red o leer alguna nota que lo considera como una de las más sólidas promesas para el Gobierno del Continente. Es diferente y lo sabe. Sin embargo, nunca antes le habían solicitado una entrevista en directo para el programa de mayor audiencia en la Cadena Continental. Ahora está sentado frente a una mesa de cristal, y a través de la cámara su imagen penetra seductoramente en los ojos de millones de espectadores. Luego de una encomiástica introducción, el seráfico clon que conduce el noticiero inicia el diálogo:

“¿Cuáles serían los argumentos para justificar una intervención del Frente Juvenil en contra de los rebeldes?”.

“El primer argumento es el respeto a la ley y al orden, pues sin ellos no hay gobierno posible. Y ya sabemos que como hay gobierno arriba, en el cosmos, debe haberlo aquí abajo. Para nosotros es crucial que exista un gobierno sabio, fuerte y que imponga respeto. Sabemos que en la escala de la perfección a la que tendemos estamos aún muy abajo, arrastramos demasiados prejuicios y nos negamos a usar el más grande don que nos ha dado el Creador: nuestra dote mental”.

“¿En qué consistiría –pienso en nuestra audiencia deseosa de conocer la verdad más sencilla– esa dote mental?”.

“En el soplo iluminador del espíritu, en el discernimiento que tiene cada individuo para enfrentar los imperativos de su animalidad. A nivel evolutivo somos simples animales, pero hemos recibido el don de la percepción cósmica que nos permite superar los deseos instintivos y los temores irracionales propios de los animales salvajes”.

“No dudo de la veracidad de la respuesta, pero seguramente algún espectador estará preguntándose: ¿por

qué estando tan perfectamente diseñados para ir hacia la luz, elegimos la oscuridad?”.

“Yo diría que por falta de percepción cósmica. El individuo poco evolucionado sólo piensa en sí mismo, nunca ve más allá de su propio regocijo...”.

“¿Y si va de por medio la supervivencia de nuestra civilización, como ahora sucede?”.

“Entonces es indispensable actuar sin dudar. No debemos temer en absoluto el fracaso, por eso hay que actuar con decisión, aun sabiendo que para asegurar un futuro más perfecto tenemos que recurrir a medidas drásticas con otros seres menos evolucionados”.

“El respetado Filósofo del Consejo Cívico, al que por cierto no hemos podido localizar, subió esta mañana en su página virtual un aforismo que pretende ser una lección moral: ‘El que priva a un semejante de su libre albedrío, se retrotrae a un estado de naturaleza propio de la animalidad de colmillo y garra’. ¿Cómo conciliar una moral basada en la bondad con un castigo ejemplar?”.

“Yo diría que en los planteamientos del Filósofo del Consejo Cívico hay una deformación de origen. Para la mayoría de nuestros gobernantes, científicos y empresarios los deficientes genéticos que están recluidos en las Granjas no pueden ser considerados como nuestros semejantes, es decir, como sujetos sociales responsables de sus actos ante la sociedad y ante Dios. Ningún animal, aun teniendo el noventa y ocho por ciento de coincidencias genómicas, puede ser nuestro semejante. Desde el momento de su concepción estos deficientes genéticos son anómalos, y esta anomalía los incapacita física y moralmente para recibir la dote mental, por ello se convierten en costosas cargas sociales que es indispensable eliminar. Y esto que acabo de decir concierne directamente a la pregunta que se me hizo. Para mí, el bien individual no tiene la menor importancia; lo que debe regir nuestros actos no es el bien personal, sino el bien social”.

“¿Y cómo piensan actuar ustedes en caso de que el gobierno no responda antes del plazo de veinticuatro horas que le han dado?”.

“Estamos implementando un plan cuya ejecución represente el mínimo costo en vidas; pero tenemos plena confianza en el gobierno y esperamos que la rebelión sea controlada de un momento a otro”.

“¿Es realmente seria la amenaza de los rebeldes?”.

“Los Servicios de Inteligencia están haciendo su trabajo. Nosotros creemos que el temor que ha cundido entre la ciudadanía carece de fundamento. Como sea, no podemos permitir que alguien chantajee y amenace al gobierno electo democráticamente, y menos tratándose de tarados y delincuentes...”.

XV

Si bien ha dedicado una buena cantidad de tiempo y esfuerzo a investigar el pasado de este personaje, jamás lo había visto en la Cadena Continental. Lo que el Filósofo está viendo en la pantalla lo retrotrae a otro tiempo. El Líder del Frente Juvenil de los Perfeccionistas, que ocupa la pantalla, es una copia fiel de un original que sólo tiene la consistencia de un sueño. Hace tantos años que unos ojos como esos dejaron de mirarlo de manera compasiva que no puede asimilar el descubrimiento. Por las exhaustivas investigaciones conoce las vicisitudes por las que pasó su único amigo después de que fue condenado a una Granja de reclusión, y cree conocer también el misterioso pasado del Líder del Frente Juvenil. En los primeros meses de su relación con la Trilógica él había insistido en ir a visitar al Biotecnólogo a la Granja donde estaba recluido; pero ella le dijo que fuera solo, que por ningún motivo estaba dispuesta a encontrarse con un pasado lacrimoso.

Jamás había visto un joven con tanta seguridad y desenvoltura ante las cámaras, y lo que ve lo turba. Aunque conoce lo suficiente sobre su polémico liderazgo en el Frente Juvenil, nunca ha querido darle importancia a los comentarios virtuales que lo destacan como uno de los más notables ejemplares de raza violeta. Y ahora que lo ve y lo oye, ya no tiene la menor duda de que está siendo partícipe de un acontecimiento tan amañado como cualquiera de esas historias extraplanetarias que pasan a las horas pico en la Cadena Continental.

Jamás había visto una imagen tan arrogante y llena de vida, y lo que la imagen está diciendo lo hace pensar. Sabe que lo que está pensando es algo muy trivial, pero no quiere negarse al embeleso gratuito que le produce la idea de un Dios literato que se deleita escribiendo las situaciones más inverosímiles para aprendizaje de sus criaturas. ¿Acaso no son todos los escritores unos diosillos arrogantes que pretenden insuflarle vida propia a sus creaciones literarias? Al descolgar el pensamiento en el pozo del presente reconoce que eso justamente –la carencia de personajes auténticos y con vida propia– es lo que echa en falta en la nueva literatura minimalista, seducida por la representación virtual.

En un par de ocasiones ha intentado escribir una novela. En ambas la erudición, encimada y artificiosa, lo hizo abortar el intento. Al aparecer su tercer ensayo filosófico *El hombre cósmico*, un crítico resaltó su capacidad para “hablar de las cosas del cielo como si se arrastrara”; y al meditar una y otra vez para elucidar si era un elogio o un agravio, descubrió en medio del silencio más apacible una realidad incuestionable: que no se podían escribir novelas seductoras bajo la óptica de la verdad, la belleza y la bondad. Mientras el hombre elija voluntariamente hacer el mal, la sangre y el semen seguirán siendo los efluvios fecundadores del arte.

La imagen seductora está ahora lanzando un ataque directo contra su persona. Una voz defensiva le dice que ese ser perturbadoramente bello fue el que concibió y dio la orden de incendiar la librería. “¿Entonces cómo debemos enfrentar el mal?”, le recuerda la memoria. “Simplemente debemos dejar que se autodestruya y punto”. Ojalá fuera tan sencillo, piensa. Pero cuanto más oye lo que dice la imagen, más siente que la seducción que emana es incuestionable. ¿Cómo puede haber maldad en tanta belleza?

Oír y ver lo que jamás había oído ni visto, eso es lo que está haciendo mientras la mente se desplaza vertigi-

nosamente por los circuitos más íntimos de la memoria y reabre las heridas aún no cicatrizadas. ¿Qué pensaría de esto el único amigo que ha tenido?, ¿estará enterado de sus publicaciones? O lo sabe todo o no sabe nada. Algo que dice el Líder del Frente Juvenil lo impulsa hacia la derrota. Es muy difícil que un perceptor no informado no se deje seducir por esa imagen tan armoniosa y esa voz tan sosegada. Él sabe que en los medios es más importante el parecer que el ser, y esta apariencia que jamás se le había mostrado a plenitud parece que lo sabe todo. Es tan cautivadora la expresión que asume al afirmar lo que dice, que ningún televidente podría aceptar que detrás de ese encanto físico y mental está encarnada la misma maldad que combate. Una verdad que ha aprendido a través de los libros y que ha comprobado en el Consejo Cívico: aquellos que luchan encarnizadamente contra el mal, se convierten en malvados. Sí, un aforismo rotundo que debe subir a su página virtual.

Pero lo que ve y oye no puede menos que sublevarlo. Maldita sea, por más que lo intenta no logra verle las manos. Pero por sus indagaciones sabe que tiene seis dedos como su padre. Como una emanación del espíritu, el Líder del Frente Juvenil está diciendo que la amenaza en realidad es mucho más que un pretexto: “Se trata de desprendernos de una vez y para siempre de esos atavismos animalísticos que impiden que nos elevemos por encima de lo mediocre, lo anómalo y lo degradado. Insisto en que debe ser la razón y no la conmiseración y la ciega voluntad lo que nos guíe: o terminamos de manera definitiva con esta anomalía o tendremos que tolerarla para siempre como un mal irremediable”.

El Filósofo es presa de un descontrol angustiante. Ya le ha sucedido en otras ocasiones: repentinamente se le cruzan las coordenadas espaciotemporales y siente que lo que está viviendo ya lo soñó antes. Como no cree en la superchería de la reencarnación que predicán ciertas

sectas, satisface su razón con argumentos genomológicos (los genes no sólo transmiten información biológica sino también experiencial y gnoseológica) y metafísicos (más allá de las limitaciones del espacio y el tiempo no existe lo fragmentario, todo es simultáneo). No obstante, este saberse al mismo tiempo en diferentes lugares lo escinde, y la consecuencia es una sensación de vacío existencial que identifica con la muerte. Lo que piensa y lo que siente van en direcciones antagónicas. Lo que ve y oye está en armonía con lo que siente; pero lo que sabe desmiente la bondad de la apariencia. ¿Cómo congeniar entonces esta dicotomía con su teoría de los complementarios? La razón, como siempre, le da una respuesta a la medida: los complementarios son en esencia diversos; por lo tanto él y el Líder del Frente Juvenil, diversos por naturaleza y elección, son en realidad complementarios...

Alguien llama al programa y habla de la estampida de gente que va hacia las montañas del norte, donde al parecer existe una cura milagrosa contra el terrible virus, luego pide que se diga la verdad sobre el número de muertos e infectados. El conductor le repite el mensaje al Líder Juvenil, y éste dice que no se dejen mal informar pues no hay ningún motivo para entregarse al pánico.

XVI

Lo que las cámaras captan desde el circuito de seguridad exterior y lo que sucede adentro son dos realidades aisladas. Ni los que están adentro pueden conocer la magnitud del escándalo público que ha producido la rebelión, ni los de afuera han tenido acceso hasta ahora a la locura que reina en el interior de la Granja.

Esta Granja de reclusión, al igual que las restantes ciento cuarenta y nueve que hay en todo el Continente, está sometida a un doble circuito de control electrónico. El primer circuito está bajo el mandato del director y su personal de seguridad; el segundo circuito –el más importante– depende del gobierno y es prácticamente inviolable. En este Continente, a diferencia de los otros seis sumidos en la más violenta barbarie, no hay cárceles y el índice delincuencial es significativamente bajo. A los reos culpables de delitos graves –asesinato, violación, secuestro, robo violento con cualquier clase de armas y corrupción en primer grado– se les ejecuta con prontitud en cámaras desintegradoras. Los delincuentes menores son recluidos por periodos de entre cinco y diez años en las Granjas en las que se concentra a los deficientes genéticos.

No se sabe con precisión dónde ni cuándo se les comenzó a decir “tarados”. El término fue objeto de una larga polémica y, a pesar de que en el Consejo Cívico se propusieron algunos sinónimos (discapacitados, disminuidos, etcétera), las tres órdenes de gobierno rechazaron las propuestas por considerar que sólo reflejaban una postura pusilánime para enfrentar la realidad tal y como

era. Los individuos reclusos en las Granjas eran considerados un lastre social, una *tara*, y por ello el nombre más apropiado para definirlos era el de *tarados*. En una polémica reforma constitucional se había logrado un consenso en torno al término para calificar a los reclusos, así como para determinar la condición de los que ameritaban ser reclusos. Al decreto de reclusión de los deficientes genéticos, débiles mentales e indeseables sociales, se le había hecho posteriormente una adenda constitucional donde se destacaba la aplicación legal y obligatoria de la eutanasia a todos los recién nacidos con síntomas degenerativos. Detrás de la declaratoria legislativa estaba la presión de los Perfeccionistas, movimiento que daba su apoyo incondicional al actual gobierno, así como el cabildeo de la corriente supremacista reconocida como “Los guardianes del destino”, que exigían en llamativos desplegados “la purificación de las cepas mortales mediante la eliminación drástica y sistemática de los residuos retardados y persistentes de potencial intelectual y espiritual inferior”.

La cámara capta ahora un carnaval. Y, como en todo verdadero carnaval, se trastocan los valores (lo inferior se superioriza y lo superior se inferioriza); hasta que se instaura el caos. Se trata evidentemente del deseo de regresar al origen, al momento en que la naturaleza nos reconoce como iguales. La reja electrónica que separaba estrictamente a hombres y mujeres ha sido desactivada y en los dormitorios, establos, invernaderos y pasillos, los cuerpos desnudos copulan y chillan en un aquelarre sexual. La guardia interna de la Granja, conformada por los reclusos enanos, ha desaparecido inexplicablemente y los tímidos llamados al orden de los más cuerdos han sido rebasados por la estampida de emociones y deseos largamente reprimidos. Aquí y allá pueden verse varios cuerpos sin vida de débiles mentales de ambos sexos, desnudos y empuercados de semen y heces.

En el salón recreativo un nutrido grupo sigue con atención hipnótica los comentarios de los expertos que son invitados por la Cadena Continental. De manera abierta y decidida, los funcionarios del gobierno y los miembros consultados del Consejo Cívico han inclinado a la ciudadanía a favor de una acción inmediata, contundente y ejemplar. Entre las múltiples llamadas a favor del castigo, sólo dos cuestionan la parcialidad de los expertos consultados y preguntan por qué no se consulta también al Filósofo del Consejo, que ha defendido públicamente el derecho natural a la diversidad.

Al programa transmitido en Cadena Continental se le sumó una conductora clonada que combina la sonrisa más atractiva con una inteligencia tolerante. Con voz desapasionada leyó los reclamos del público y dijo que seguían intentando comunicarse con el Filósofo del Consejo Cívico.

Sumidos en un silencio triste, los más de cien granjeros que llenan el salón ven imágenes alusivas al pasado del director y oyen los méritos acumulados a lo largo de una vida dedicada a la investigación genética con resultados excepcionales. Él descubrió la vacuna contra la maligna cepa viral que ocasionó el pánico colectivo años atrás. Desde entonces, y aunque las vacunas han hecho disminuir el riesgo de pandemias, ya nadie saluda de beso ni de mano, ni se dan los efusivos abrazos de la época anterior a la epidemia. Ahora basta llevarse la mano derecha al corazón en señal de afecto –como aún seguían haciendo en las montañas de los continentes bárbaros– e inclinar ligeramente la cabeza en actitud respetuosa.

En medio del bombardeo informativo ni siquiera los granjeros que están más cercanos a la pantalla saben qué es lo que en realidad está pasando. ¿De verdad han tomado al director como rehén? Las miradas van de la pantalla a los rostros más cercanos compartiendo el mismo azoro. “¿Sabe alguien qué está pasando?”, pregunta una voz

electrizada. Tras el silencio miedoso otra voz se atreve a mascullar: “Están preparando a la opinión pública para masacrarnos”. La mujer que habló está sentada entre dos enanos barbones, y su rostro excesivamente maquillado y su pelo corto y lustroso transmiten una sensación de anacronismo genial. En la Granja, esta misteriosa contraparte del director está aureolada de poderes. Unos dicen que es consecuencia de trastornos genéticos, que por eso está recluida, otros que es una adelantada, conocedora como pocos de los complejos entramados del sistema virtual.

Las imágenes que ahora están compartiendo en la sala son captadas y reproducidas por un ojo satelital. Cuerpos desnudos o semidesnudos entran y salen de los invernaderos, y los comentarios críticos que acompañan a las imágenes caen como una lluvia infecta sobre la aleccionada audiencia. Nadie se atreve a hablar, son los mudos testigos de un desenlace para el que no están preparados. Y en la puerta aparece un enano greñudo y embutido en su uniforme blanquiazul, que grita empuñando un arma paralizadora: “¡Granjeros! Esas imágenes pretenden ser nuestra sentencia de muerte, pero no lo vamos a permitir. Que nadie salga del salón mientras se instaura el orden”. Luego se da la vuelta como un autómata sin alma y cierra con fuerza la puerta.

XVII

El ojo satelital registra un ir y venir de extraños personajes. Trabajan en silencio cumpliendo su cometido con una impecabilidad que no admite el menor asomo de sentimentalismo. Levantan los cuerpos y limpian los pasillos y jardines sin que parezca importarles que alguien pueda estar atento a sus movimientos y expresiones. Pero, a decir verdad, sus rostros no expresan nada. Todos sin excepción son greñudos y barbones y, por el bamboleo propio de su estatura, difícilmente se podría dejar de reconocer que son enanos.

Aun cuando de manera oficial se sostenga que las Granjas de reclusión no tienen comunicación directa entre sí, el solo hecho de que los enanos y los ciegos estén encargados de los mecanismos de seguridad interna y control en todas las Granjas es un indicio de que existen ciertos vínculos secretos que posibilitan esta forma subrepticia de poder. Hasta el momento de la rebelión, el Gobierno Continental no había tenido mayores motivos para cuestionar el funcionamiento de las Granjas de reclusión. Durante la primera gran epidemia las Granjas habían sido objeto de un desprestigio generalizado. Y a pesar de que en la Red virtual se difundió la noticia de que la epidemia había tenido su origen en las megagranjas privadas del norte, las Granjas de reclusión y sus productos orgánicos ya no recuperaron el aprecio de la ciudadanía.

En la información clasificada que poseía la Dirección de Seguridad no existía la menor alerta sobre una posi-

ble rebelión, y menos aún la sospecha de que la amenaza de los rebeldes pudiera tener un sustento tan peligroso. Los informes de inteligencia previos a la rebelión enfatizaban la higiene y la disciplina que imperaban en las Granjas gracias al desempeño ejemplar de los ciegos y los enanos. La información confidencial resaltaba los juramentos iniciáticos de estas hermandades, entre los que destacaban la absoluta lealtad y el más estricto sigilo en torno a ciertas prácticas sexuales transgresoras. Y aunque las redes de vigilancia externa no habían podido captar el menor indicio de intercambio nocturno o diurno entre las secciones masculina y femenina de las Granjas, en la Cadena Continental había un programa jocoso con mucha audiencia: en él dos conductores divertían a los televidentes con vulgares alusiones al comportamiento sexual de los ciegos y los enanos.

Aleccionadas por el ejemplo de rebeldía, otras Granjas se han atrevido a quebrantar las normas de seguridad, lo que aprovechó la Cadena Continental para radicalizar a la opinión pública en contra de la rebelión. Además de la libertad inmediata e incondicional del renombrado director de la Granja donde se inició la rebelión, los mensajes exigen una investigación rigurosa para aclarar las causas de la rebelión, con el consiguiente castigo a los ciegos y a los enanos. El mensaje de la comunidad científica con varios miles de firmas tuvo una repercusión masiva y lo divulgó la Red. Luego las bocas más insospechadas lo repetían en público: “¿Cómo es posible que el gobierno permita que este científico excepcional siga secuestrado y vejado por esa chusma de tarados?”.

Acostumbrada por más de un siglo a la prohibición de mítines, bloqueos y manifestaciones en los espacios públicos, la ciudadanía ha venido siguiendo los pormenores de la rebelión con el ánimo dispuesto a asimilar cualquier acción represora. Algunos miembros de las sectas minoritarias ortodoxas, que creen en la rueda de

las reencarnaciones y en la igualdad natural de todos los seres vivos, han convocado a una manifestación frente a la Granja donde inició la rebelión para evitar que los granjeros sean masacrados.

Lo que ahora está sucediendo afuera obliga a las cámaras a cambiar drásticamente de enfoque. En los receptores del Continente ya no se ven los laboriosos y enigmáticos enanos, sino a poco más de un centenar de hombres, mujeres y niños vestidos con túnicas blancas que invocan con sus cantos la misericordia del Todopoderoso. Al frente llevan un panel luminoso que dice: “Supremo Creador, ilumina la mente de los gobernantes y llena de amor los corazones de los ciudadanos”. Miran hacia el cielo con una convicción de martirio que parece prever el desenlace que les está deparado. A los cantos armoniosos se le sobrepone un clamoreo marcial cada vez más cercano.

En los receptores aparece una vanguardia de jóvenes ataviados con camisetas que traen inscrito el logotipo de los Talleres de Educación Preuniversitaria (TEP). Los que vienen al frente enarbolan pancartas que no dejan la menor duda sobre sus intenciones: “La obediencia celestial es indisociable de la obediencia terrenal”. “Las rebeliones son como los virus, si no se combaten con rapidez y contundencia se convierten en epidemias”. “La desigualdad natural es la base de toda evolución”. “Los tarados y los delincuentes no tienen derechos, sólo obligaciones...”. Con ensayada precisión, el batallón de jóvenes vociferantes se abre para rodear al atribulado grupo de pacifistas. Poco después comienzan a aullar las sirenas de las patrullas de seguridad, provocando la desbandada de ambos frentes. En las pantallas de los monitores una niña de piel transparente y violácea, bella como una criatura celestial, anuncia las bondades de un jabón que retarda el envejecimiento de las células cutáneas. Enseguida se ve a una pareja de jóvenes universitarios en el interior de un nuevo vehículo impulsado por hidrógeno

y que puede volar con una autonomía de mil kilómetros. Luego, las pantallas parpadean unos instantes como si despertasen de un sueño y en el centro de la imagen aparece el rostro rollizo y severo del Teólogo. El miembro más influyente del Consejo Cívico está a sus anchas, apoltronado en un sillón que lo entrona en los receptores.

“¿Por qué el Filósofo del Consejo lo acusa a usted de ser el enemigo a vencer?”, le pregunta el conductor andrógino, la imagen más oficiosa de la Cadena Continental.

“No, un no rotundo sin dejar de ser respetuoso. Yo no soy enemigo de nada ni de nadie, simplemente creo que lo que existe y pasa en el Continente y en todas partes es obra concebida y ejecutada por Dios. Esta rebelión, como las invasiones bárbaras que a menudo sufrimos en las costas del sur, no puede ser azarosa ni gratuita. Por el contrario, debe ser considerada como una nueva oportunidad de cambio”.

“¿Y qué es lo que hay que cambiar?”.

“Pues esa anacrónica celebración del desorden, esa irresponsable identificación con las criaturas insanas y con las causas perdidas de antemano. Así que como no tengo la menor duda de en qué parte está la luz, sostengo y seguiré sosteniendo que ni el caos ni lo deforme pueden ser gratos a los ojos de Dios. Si permitimos como ciudadanos que nuestros derechos sean violentados con protestas y rebeliones, estaremos dando un salto mortal hacia el más oscuro atrás. No hay posibilidad de duda ni de confusión, las imágenes son irrefutables, lo que empezó como una orgía de sexo y sangre está ya convirtiéndose en una epidemia de rebeldía que amenaza a la seguridad continental”.

“Hemos recibido algunas llamadas apelando a la justicia, tanto a la divina como a la humana, ¿qué nos puede decir al respecto?”.

“No podemos confundir la justicia con la irrestricta libertad. Si todosuviésemos la libertad para hacer lo

que queramos, no habría justicia, ni orden, ni civilidad. El fundamento de la justicia es la ley; a nivel cósmico la ley divina, a nivel continental la ley humana. ¿Y qué hace la ley? Justamente controla y regula las tendencias transgresoras propias de nuestra animalidad. Si no respetamos la ley, si permitimos que afloren de nuevo los instintos salvajes que ya superamos hace siglos, el Continente, con sus instituciones civilizadoras y sus logros morales y espirituales, será presa fácil de los bárbaros que llegan a nuestras costas. Y entonces sí que lamentaremos no haber actuado con firmeza para cortar de raíz estas expresiones de rebeldía que atentan contra el bienestar general”.

“¿Por qué se ha difundido en la Red que en el Consejo Cívico no hay consenso?”, preguntó el coqueto andrógino asumiendo un falso papel inquisitivo.

“Consenso claro que lo hay”, borboteó el Teólogo, “como en todo gobierno representativo lo debe haber. La mayoría del Consejo ha llegado a una decisión que no admite malentendidos: el levantamiento rebelde debe ser reprimido de inmediato, y han de tomarse las medidas judiciales necesarias para evitar que un desorden semejante se pueda repetir. A ese consenso llegamos, y estamos plenamente convencidos de que tenemos los mejores argumentos de nuestra parte”.

“¿Cuáles serían esos argumentos?”.

“No serían, son. Con el debido respeto yo los resumiría en dos líneas. Pero antes permítaseme una referencia muy pertinente al venerado Profeta gnóstico: ‘Expulsen a los mercaderes de la Casa de Adoración del Padre, que los ciegos continúen siendo guías de los ciegos, los tarados de los tarados. Reconstruyan la jerarquía de la inteligencia y la santidad, reconociendo sólo a los que saben como guías de los que apenas alcanzan a leer y a creer...’ Más claro imposible”, gorjeó el Teólogo. “La jerarquía de la inteligencia, he aquí el primer argumento. Por siglos la

civilización continental no ha hecho más que aprender a separar la buena semilla de la cizaña, al animal sano del rebaño enfermo, al fruto sano del podrido. Separar es discernir y discernir es usar la inteligencia a su máxima capacidad. Entre la inteligencia y la idiotez hay la misma diferencia que entre lo sano y lo podrido. Si no impedimos el contagio y la proliferación de los menos dotados, más pronto que tarde el Continente entero terminará estupidizado. Pero el argumento de peso va más allá de la jerarquía de la inteligencia. Y sé que muchos se preguntarán: ¿qué puede haber para el interés mundano más allá de la inteligencia y de la razón? La respuesta es decisiva: la jerarquía del espíritu. Seamos congruentes, el individuo que ha optado deliberadamente por el mal o que nace imposibilitado para distinguir el mal del bien, no tiene la menor posibilidad de supervivencia cósmica; nunca en esas mentes dañadas o enfermas podrá crecer el fruto del espíritu. Entonces, ¿para qué malgastar los recursos públicos en brindarle una atención especial a esas pobres criaturas incapacitadas para recibir el soplo del espíritu? Tenemos noticias de que en dos de los continentes menos evolucionados de nuestro planeta a los deficientes mentales los aureolan de sacralidad; y sabemos también que en uno de los planetas más próximos a nosotros, conocido como Urantia, incluso realizan grandes eventos musicales, que podríamos llamar taratones, con el fin de recaudar fondos para mantener a estas criaturas degradadas...”.

Las imágenes cambian bruscamente. Lo que se ve en la pantalla carece de explicación. Miembros del cuerpo de seguridad arrastran a algunos heridos y los introducen en los furgones de reclusión. En poco tiempo la Granja rebelde es sitiada por los elementos de seguridad, que apuntan sus armas de rayos ultimatónicos hacia posibles blancos con una rigidez asesina. Mientras la imagen está detenida en el apabullante operativo, una voz en *off*

informa que varias Granjas rebeldes están siendo sitiadas con operativos similares. Las fuerzas especiales del gobierno sólo esperan la orden para intervenir.

En el Continente no hay bares ni cantinas ni discotecas ni clubes nocturnos; únicamente están permitidos los Centros de Convivencia Social. En dichos Centros el consumo máximo por ciudadano adulto es de dos copas, además de la prohibición estricta de fumar. En uno de estos Centros de Convivencia hay un par de centenares de personas observando los monitores ubicados en dos amplios salones. Si bien en algunas mesas prefieren prestarle más atención al juego, la mayoría ha venido siguiendo los pormenores de la rebelión y las opiniones dominantes están a favor de una intervención rápida y ejemplar.

Sin motivo específico se corta el suministro de energía. Tras el coro de protestas y maldiciones que dura poco más de diez minutos, se restablece la conexión y las miradas que emergen de la torpe oscuridad tardan en detectar el cambio. Tirado en el centro de la primera sala yace un individuo en estado febril y convulsivo, con los rasgos inconfundibles de un deficiente mental. En los que lo ven crece por momentos un desasosiego crispante, entre el asombro temeroso y el odio visceral. Lo que las expresiones reclaman se resume en una sola frase: “¿Quién demonios arrojó aquí a este tarado?”.

El cuerpo sigue encogido en el piso, abrazando las rodillas como si quisiera controlar el estremecimiento maligno que lo posee. En sus ojillos asustadizos de lechón hay un fulgor irracional, el pánico que se apodera de los que ven en total indefensión la danza de su propia muerte. En las cuencas oculares se le ha instalado una escenografía sangrienta, que se magnifica con los esputos rojizos que le escurren de la boca. Asqueada, la concurrencia comienza a alejarse del cuerpo babeante. Algunos clientes quieren salir del local, pero alguien grita

que la puerta está bloqueada. Sobre los reclamos cada vez más desbordados comienza a sobreponerse el ulular de las sirenas. Un individuo fornido de casi dos metros levanta una mesa y la arroja contra una ventana. Las miradas más cercanas se dejan atraer por el estruendo, mas lo que ven a través del espacio liberado les hiela el alma: decenas de soldados con los uniformes blancos, que no se veían desde la gran epidemia, están descendiendo de vehículos pesados y desplegándose estratégicamente en torno al Centro de Convivencia.

XVIII

El Jefe de los enanos lleva poco tiempo en la mira de los Servicios de Inteligencia Continental. Todos los Consejeros están sorprendidos por el grado de peligro que conlleva la amenaza. Por eso su expediente ha ido pasando de mesa en mesa hasta llegar a la Presidencia. Le gusta acompañar los alimentos con una pródiga cantidad de vino tinto, y también le gusta refocilarse en las noches de cada viernes con alguna enana o delincuente común que le traen de la sección femenina de la Granja. Las investigaciones más recientes, aunque no lo han podido confirmar directamente, señalan que este tráfico ilegal se realiza seguramente a través de un túnel. Sin embargo, el rastreo satelital realizado un par de meses antes de la rebelión no mostró ninguna fisura en los sistemas de seguridad que mantienen a las Granjas en un aislamiento total. El informe de inteligencia sugería que era necesaria una inspección directa y minuciosa de ciertas Granjas; pero la amenaza de otra invasión en las costas del sur obligó a la posposición temporal del programa.

Los informes que los Servicios de Inteligencia Continental mandaron al Consejo Cívico, señalan que en los últimos años se efectuó un cambio notable en el poder interno de las Granjas de reclusión. Durante la primera mitad del siglo los ciegos controlaron la seguridad interna de las Granjas, manipulando a los directores a su conveniencia. Pero una década atrás, un enano ciego que diseñaba botas en la sección de curtiduría en la Granja donde se inició la rebelión, había corrido la voz de que era

un contactado y que por las noches recibía ciertos dictados cósmicos. Con su modo extravagante y pseudoprofético logró convencer a un ambicioso grupo de enanos de que era el momento para que ellos asumieran el poder.

El nuevo Jefe de los enanos no pertenecía al séquito más cercano al pseudoprofeta. Pensaba que su comportamiento y su forma de hablar eran propios de un advenedizo que había estado respirando durante mucho tiempo el hedor mefítico de las pieles. No obstante, evitó la confrontación directa con el Profeta del cambio, que era como se autonabraba el pseudoprofeta, y se dedicó a hacer prosélitos entre los enanos más aguerridos y los ciegos dispuestos a conseguir ciertas prebendas.

El Profeta del cambio oyó una vez que en la sección femenina de la Granja había una enana que al parecer tenía visiones semejantes. Hizo que se la trajeran al pequeño templo de adoración de la sección masculina y ese aciago día principió su perdición. Contra toda prevención y mesura, la enana ambiciosa se trasladó definitivamente a la sección masculina y poco a poco fue asumiendo el control. Para los ciegos, que detestaban el olor y el tono mandón de la intrusa, la profanación de las normas significó la oportunidad que estaban esperando para recuperar el poder. Sin embargo, los propios enanos tomaron la iniciativa y aislaron al antiguo curtidor. Los ciegos rumoreaban que el aposento de la pareja de visionarios hedía a pocilga de ñaños. Pero fueron los enanos los que encontraron la causa de la sonsera progresiva del Profeta del cambio y de que su rostro se convirtiera en pura nariz y bigote.

El espionaje interno puso al descubierto que la enana ambiciosa practicaba con el excurtidor todo lo que había aprendido tras quince años de ordeñar manualmente en los establos. Dos veces al día, una en la mañana al despertar y otra en la noche antes de dormir, la enana ambiciosa realizaba su ritualidad simiesca. Hasta que una mañana

los gritos de la enana ambiciosa obligaron a la guardia de enanos a derribar la puerta y lo que encontraron dio lugar a múltiples especulaciones.

Los reos de delitos comunes se inclinaron por la versión de que ella lo había matado. Los ciegos dijeron que el pobre Profeta del cambio, harto de tanta ignominia, había decidido suicidarse. Los enanos sólo hablaron de un accidente. Pero en cuanto el nuevo Jefe de los enanos asumió el control de la guardia, haciendo una virulenta crítica a la moral relajada de la Granja y a la falta de respeto a la autoridad y el orden, a nadie le quedó duda de que este discurso flamígero presagiaba tiempos difíciles.

El nuevo Jefe de los enanos es un fanático de la legalidad. Constantemente habla del respeto a las leyes como única forma de convivencia pacífica; y las leyes, como él las entiende, son un conjunto de deberes y obligaciones indispensables para la preservación de la autoridad –su autoridad. Curiosamente casi nunca recurre a la palabra “justicia”, y cuando lo hace es para enfatizar la condición indigna en que viven los reclusos en las Granjas. A diferencia de los ciegos, que eran más permisivos y abiertos al cambio, el nuevo Jefe de los enanos ha instaurado una forma de gobernar que hace de la intolerancia una virtud y que ve en toda actitud crítica una amenaza conspirativa. En su visión maniquea –los que están con él representan el bien, los que lo critican son los esbirros del mal– la moral es indisociable de la legalidad. “El bien común y el respeto al orden”, dice a menudo, “son las condiciones indispensables para merecer los favores de Dios; y todo aquel que atente contra estos preceptos básicos debe ser duramente castigado”. A pesar de que los ciegos y los reclusos por delitos comunes lo acusan de profesar una doble moral y de que su pasión por la legalidad carece del más elemental sentido de justicia, el Jefe de los enanos justifica el desprecio y la represión de los deficientes mentales aduciendo que es una actitud

hipócrita, además de onerosa, procurar cuidado y sustento a esos seres irremediablemente imposibilitados, no solamente para cumplir la voluntad de Dios, sino también para contribuir al bien común y el respeto al orden.

De todos es bien sabido que el Jefe de los enanos aborrece los libros y todo lo que tenga que ver con la reflexión crítica. En el último informe antes de que estallara la rebelión, dijo sin ambages que la crítica era una facultad del maligno que sólo apelaba a las emociones más bajas y obedecía a los peores instintos. Por eso, al solicitar en su última declaración la intervención del Filósofo del Consejo Cívico para mediar en el conflicto, originó una confusión generalizada dentro y fuera de las Granjas. Para los reclusos representaba un paso esperanzador, para los ciudadanos libres parecía una artimaña más de un deficiente perverso.

XIX

El Servicio de Inteligencia aún no encuentra la falla en el sistema de seguridad que permitió la difusión del virus letal. ¿Cómo fue posible que sacaran al deficiente mental infectado sin ser descubiertos por los dispositivos electrónicos de seguridad? Es la pregunta que brinca de boca en boca desde la cúpula del poder hasta los ciudadanos que siguen con creciente malestar las transmisiones en torno a la rebelión. En la Red circula ya alarmante información sobre el carácter ultraletal de este nuevo virus. Se menciona una mortalidad del cien por ciento y la carencia absoluta de medicamentos efectivos para controlarla.

El nuevo cauce que adquirió la amenaza dio pie a que el poderoso movimiento de los Perfeccionistas, fervientes partidarios de las medidas drásticas del actual gobierno, haya intensificado su campaña a favor de un castigo implacable contra los rebeldes. Las llamadas a la Cadena Continental y los mensajes en la Red virtual desbordan toda medida, y el tono de los reclamos tiene ya un peligroso cariz de linchamiento.

Los epidemiólogos que hablaron ante las cámaras no han dejado de remarcar que, a pesar del hermetismo del gobierno, hay sospechas fundamentadas de que todos los que estuvieron en el Centro de Convivencia la noche en que arrojaron al deficiente inoculado ya han muerto. Los opinólogos por su parte han encontrado en el nuevo Jefe de los enanos un referente ideal para canalizar las fobias de la ciudadanía. La relación entre el gradiente

de maldad y la corta estatura está siendo objeto de delirantes discusiones, con ejemplos históricos que parecen confirmar la tesis planteada por los Perfeccionistas: los más crueles tiranos de la historia han sido enanos y deficientes genéticos.

Los estudios practicados al cadáver del deficiente mental que fue usado como vehículo propagador, indican que la estructura cromosomática del nuevo virus y su diseño genético requirieron de un conocimiento y un equipo de laboratorio a los que sólo puede tener acceso un reducido grupo de científicos. Tras la declaratoria de emergencia continental, varios agentes de élite se han reunido con algunos de los más renombrados biotecnólogos del Continente para elaborar un informe preliminar que le permita al gobierno atemperar el estado de pánico que impera entre la ciudadanía.

Uno de los agentes, especializado en circuitos virtuales de seguridad, aventuró en la reunión la casi segura participación de un experto en cibernética para inutilizar desde adentro la vigilancia virtual durante el tiempo –no más de quince minutos, recalcó– que emplearon para sacar de la Granja el cuerpo infectado. Pero la hipótesis más preocupante es la planteada por el director del Instituto de Investigaciones Biotecnológicas, en el sentido de que un virus tan superespecializado y destructivo sólo podía ser producido por un verdadero experto en el tema, por lo que la explicación más verosímil podría ser que el Jefe de los enanos haya obligado al renombrado director de la Granja a elaborar el virus mortal.

Uno de los científicos objetó la hipótesis, aduciendo que él había estudiado con el actual director de la Granja rebelde, y que consideraba inadmisibles que un científico de tanta talla moral pudiera dejarse chantajear por los enanos y los ciegos. Se abrió un incómodo silencio, hasta que el agente de mayor rango no dejó lugar para más elucubraciones: “Es que ustedes ni alcanzan a imaginar de

lo que puede ser capaz el Jefe de los enanos con tal de conseguir sus propósitos”.

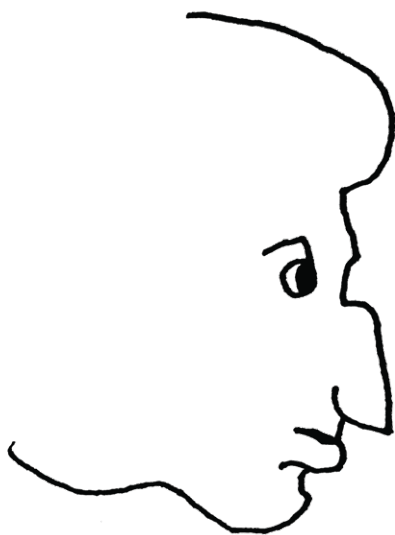
En el mensaje que traía escrito en la espalda el deficiente mental no había exigencias ni referencia alguna al primer video. La letra era vibrante y anacrónica, con el trazo acuchillado de una voluntad dispuesta a todo. Los datos cibernéticos coinciden con el perfil caracterológico proporcionado por los grafólogos y con las sospechas del Servicio de Inteligencia. Se trata, sin la menor duda, de la escritura de un sujeto con una estima desproporcionadamente desarrollada y que no está dispuesto a permitir el menor cuestionamiento sobre su autoridad. La amenaza no admite dobleces ni deja margen para estratagemas espectaculares: “Éste es el segundo aviso. El tercero sembrará la muerte por todo el Continente”.

Si bien la Granja donde se inició la rebelión ha sido sometida a un riguroso cerco militar –que incluye la puesta a punto de varios misiles ultimatónicos capaces de convertir instantáneamente toda la zona en polvo cósmico–, los informes de inteligencia conceden un considerable margen de certeza a la sospecha de que, junto con el deficiente inoculado, sacaron también de la Granja las dosis virales suficientes para exterminar a la civilización del Continente.

El arrogante laconismo del mensaje escrito en la espalda del deficiente mental, ha llevado al Ministerio de Defensa a la convicción de que, además del mortífero virus, los rebeldes poseen también el antiviral capaz de neutralizarlo. En medio de este mar de especulaciones, el ala más conservadora del alto mando militar se ha reunido en secreto con los representantes de los tres poderes para encontrar una solución urgente al problema.

Proponen un operativo que efectuará un grupo de élite con el fin de rescatar con vida al director de la Granja, para después incorporarlo a un proyecto de máxima seguridad. A la pregunta del Presidente sobre la naturaleza

específica del proyecto, el Ministro de Defensa, cabeza ostensible del plan estratégico, responde sin titubeos: “Se trata, señor Presidente, de hacernos de esa arma excepcional que nos pondrá en condiciones de exterminar de una vez a los bárbaros de los demás continentes”.



XX

La Cadena Continental sigue concentrada en la rebelión. La cabezota del Jefe de los enanos abarca ahora la pantalla. Por su boca comienzan a salir borbotones de palabras edulcoradas y falsas con un deje prediquero: “Amigos y amigas continentales”, dice fingiendo ignorar el odio que siente hacia él la mayoría de los telespectadores, “me dirijo a ustedes en este momento tan difícil con el único fin de lograr una salida honrosa a esta crisis motivada precisamente por la injusticia que padecemos los que estamos aislados en las Granjas de reclusión. Si bien reconocemos que los culpables de delitos menores merecen ser recluidos precisamente por delinquir, nos parece una injusticia mayúscula que los que hemos nacido en condiciones desiguales, por el solo hecho de ser diferentes, hayamos sido recluidos y aislados de por vida como si fuésemos deficientes mentales o peligrosos delincuentes.

”Amigos y amigas, lo que nosotros exigimos no puede ni debe ser considerado como un acto de rebeldía o un intento de quebrantamiento del orden continental. Lo que pedimos es precisamente lo contrario, que se respete el orden natural que nos otorga a todos los ciudadanos, sin distinción de credo, color o forma, los mismos derechos a una vida libre, digna y en igualdad de oportunidades. Exigimos, por lo tanto, que se suspendan de inmediato los programas de selección genética y el injusto control natal que atenta precisamente contra la libertad natural de los ciudadanos y que promueve el asesinato de los

nonatos que no reúnen las características genéticas impuestas por los consejos supremacistas que controlan los embarazos y los partos. Exigimos igualmente que los medios electrónicos dejen de considerarnos seres anómalos y malignos, sin tomar en cuenta ni respetar nuestro particular sentido de la belleza y de la apreciación de los valores de la vida. Los ciudadanos como nosotros, que no han cometido ningún delito, sin importar cuáles sean sus aptitudes y capacidades físicas, deben gozar de los mismos derechos que cualquier ciudadano continental, porque precisamente así lo establecen las dos leyes: la divina y la humana.

"Amigos y amigas, en un gesto de buena voluntad y absoluto apego a la ley, estamos dispuestos a seguir administrando las Granjas productoras de alimentos de probada calidad, pero sin que tengamos que convivir con delincuentes comunes y que podamos gozar de la libertad de tránsito, de unión en parejas y de procreación que tienen los demás ciudadanos continentales. Estamos enterados y tenemos información precisa de las intenciones criminales con que ciertos militares pretenden responder a nuestras legítimas demandas. Es por ello, y precisamente por la gravedad del caso, que hacemos de su conocimiento que ya hemos instalado en lugares estratégicos del Continente los dispositivos que, en caso de que nuestra Granja sea atacada, diseminarán el virus mortal.

"Amigos y amigas continentales, como fervientes partidarios de la verdad y de la ley, les pedimos que no se dejen engañar por los falsos rumores difundidos por el gobierno y los militares. No es cierto que nosotros seamos malos precisamente por las deficiencias con las que nos dotó la naturaleza, y tampoco lo es que el Ministerio de Salud ya posea el remedio o la vacuna contra este terrible virus. Yo les aseguro que no existe medicamento ni vacuna contra este virus, y que de no ser cumplidas

nuestras exigencias diezmará al noventa por ciento de la población continental en menos de un año.

”Amigos y amigas, sé cuál es su sentimiento en estos momentos y los entiendo, mas quiero que sepan que los enemigos de la diferencia no nos han dejado otra opción. Estamos dispuestos a morir por la causa si es necesario. A partir de esta declaración ya no vamos a aceptar ninguna dilación ni intento de engaño. Con la ley y la moral de nuestro lado, decidimos que a partir de este momento sólo aceptaremos como interlocutor al Filósofo del Consejo Cívico, por considerarlo un ejemplo de lo que debe ser un espíritu compasivo y tolerante. Esto es precisamente lo que teníamos que decir. Oremos para que el Dios misericordioso que nos creó a todos y ante el que todos somos iguales, nos guíe en estos momentos aciagos”.

Tras la publicidad gubernamental, el conductor hace unos comentarios alusivos a la gravedad de la amenaza y luego lee el cúmulo de llamadas del público, la mayoría solicitando que se entreviste al Filósofo. El conductor pide disculpas y aclara que desde el inicio de la rebelión han estado tratando de comunicarse con el reconocido miembro del Consejo Cívico, pero hasta ese momento no han podido localizarlo. Lee enseguida algunas llamadas extremadamente críticas en contra del Jefe de los enanos, y reacomoda sutilmente el minúsculo auricular para recibir con mayor claridad el mensaje. “Me acaban de decir”, añade viendo con expresión sumisa a la cámara, “que mientras seguimos intentando localizar al único mediador que aceptan los rebeldes, vamos a pasar al aire el más reciente debate del Consejo Cívico, durante el cual el Filósofo expuso una serie de argumentos que nos pueden aclarar los motivos que tienen los rebeldes para aceptarlo como mediador en el conflicto”. Por un instante la imagen se diluye en la negrura y aparece luego una amplia sala con siete personajes sentados en torno a una mesa rectangular.



XXI

La pantalla la llena un rostro de mujer otrora bello, pero excesivamente redondeado como consecuencia de una afición compulsiva a los pasteles de higo. Aunque es doctora en jurisprudencia, no le molesta que la reconozcan como la Trilógica.

“Yo no creo, como jurista, que el concepto de libertad deba retrotraerse a un estado de naturaleza anterior a toda normatividad legal”, está diciendo en respuesta al planteamiento hecho por el Bioético del Consejo, en el sentido de que la libertad natural debe ser el fundamento de toda regulación social.

“Si me lo permiten”, terció el Teólogo, “quisiera recordarles que, en gran medida, los conflictos internos que nos aquejan, así como el permanente estado de guerra en que estamos con los demás continentes, tienen su origen en un concepto mal asimilado de libertad. Nuestro planeta, al igual que aquellos con los que ya hemos establecido contacto, sufrió un drástico retroceso debido a una falsa interpretación de la libertad. La libertad total e incondicionada de lo que aquí se reconoce como estado de naturaleza, para mí no es más que la salvaje condición de los animales. La falsa libertad es eso: deseo incontrolado de comer y aparearse motivado por fines egoístas. Sin un móvil religioso, la libertad es necesariamente maligna”.

Varias voces discreparon al mismo tiempo, pero la cámara seleccionó al Filósofo. “El hombre”, dijo concentrando las atenciones, “es el único animal con plena

capacidad de elección. La libertad es una conquista y como toda conquista debe estar sujeta a los principios éticos y jurídicos que rigen el comportamiento civilizado...”.

“En efecto”, interrumpió el Teólogo con tono condescendiente, “y por ser una conquista hay que merecerla. ¿Cómo vamos a permitir que los individuos imposibilitados para el bien común, y que únicamente piensan en la autogratificación pecaminosa de su animalidad, exijan el derecho al pleno goce de sus libertades? Eso, permítanme subrayarlo, no es libertad sino el más peligroso libertinaje”.

“Quisiera recordarles que ante la justicia todos los ciudadanos tenemos los mismos derechos y gozamos de las mismas libertades”, puntualizó la Trilógica.

“Estimada Jurista”, replicó el Teólogo, “¿de qué sirven las prerrogativas cívicas cuando un individuo no sabe o no puede distinguir el bien del mal?”.

“¿Y quién puede afirmar categóricamente qué es el bien y qué es el mal?”, objetó el Bioético.

El Teólogo sonrió indulgente: “Vamos, cualquier jovenzuelo que no registre ninguna tara de nacimiento sabe distinguir perfectamente cuando hace el mal o cuando hace el bien. Pero aun a riesgo de simplificar al extremo esta disyuntiva tan crucial, me arriesgaré a decir que el mal es desobediencia al mandato divino y el bien es la ejecución del designio divino; el mal conlleva indefectiblemente la discordia, el bien la armonía y la paz”.

El Filósofo volvió a intervenir: “Ustedes saben muy bien que no estamos aquí para entretenernos y entretener a los ciudadanos con juegos dialécticos, y mucho menos para tratar de imponer criterios dogmáticos. Como ya he señalado en repetidas ocasiones, en nuestra propia condición evolutiva está inherente la posibilidad de hacer el bien o hacer el mal, de escoger la luz o preferir la oscuridad, en fin, de ser libres o vivir subyugados. Como seres imperfectos que somos, es imposible que nuestra

elección, cualquiera que sea, pueda prescindir por completo de su contraparte o, por decirlo en mis propios términos, su *complementaria*. Yo creo que los siete miembros del Consejo tenemos una visión viciada por nuestra propia especificidad. La visión de la ciencia privilegia lo fáctico, la de la religión los principios, y la de la filosofía, que es la mía, enfatiza las dudas. Yo quisiera proponerles, aun a riesgo de aumentar las dudas, que ampliemos nuestras miras y pongamos a discusión los límites posibles de la libertad, que es hoy nuestro tema de debate”.

“¿Y cuáles serían según su punto de vista estos límites?”, preguntó la Trilógica simulando ignorar los años que vivieron juntos.

“Usted lo sabe muy bien”, respondió el Filósofo con un deje irónico. “Son tres: la libertad individual, la libertad social y la libertad cósmica”.

“Pero antes, creo yo, habría que distinguir la verdadera libertad de la falsa libertad”, se inmiscuyó el Teólogo.

“¿Cuál sería la diferencia?”, intervino por primera vez el Socioecólogo del Consejo.

“Pues que la falsa libertad es maligna y pecaminosa, destruye los valores y propicia la deslealtad y la traición; mientras que la verdadera libertad rechaza el error y busca el bien...”.

“Esos planteamientos no tienen la mínima validez jurídica ni constitucional”, cortó la Trilógica.

“Por supuesto que la tienen”, brincó el Teólogo. “Una sociedad inmoral y pecaminosa no sólo es injusta sino que retarda el progreso social y espiritual, además de ser esclava de sus vicios”.

“Les repito que estamos confundiendo la libertad individual con la social, y ésta con la cósmica”, dijo con forzada mesura el Filósofo.

El Teólogo no quiso dejar pasar la oportunidad para ahondar en el desacuerdo: “Pues yo quisiera aprovechar esta ocasión para insistir en mi desconfianza hacia su

tan celebrada teoría de los complementarios. ¿Acaso no está escrita con la suficiente claridad en nuestro Libro sagrado la prevención que por haber sido ignorada tan alto costo tuvo para nuestros antepasados?”.

“El Libro sagrado está lleno de prevenciones”, ironizó la Trilógica.

“Me refiero, querida Jurista, a aquella que dice: ‘El día que mezclen el bien con el mal, con toda seguridad morirán’. El bien y el mal jamás se podrán complementar ni combinar; el que escoge el bien está con Dios, el que elige el mal está con sus enemigos declarados”.

Desprendiéndose con hastío de su máscara defensiva, el Filósofo aceptó el reto: “Permítame recordarle que los siglos más oscuros de nuestra historia están signados por el necio empeño de confundir las cosas del espíritu con las del Estado. El bien y el mal que la visión religiosa confronta de manera irreconciliable, nada o muy poco tienen que ver con el bien y el mal desde el punto de vista del Estado. Hacer el bien en tanto que ciudadano es cumplir con los preceptos señalados en la Constitución y no quebrantar las normas de convivencia pacífica que rigen entre los ciudadanos y entre éstos y el Estado. Hacer el mal es actuar contra la integridad de otro ciudadano o del Estado. Por lo mismo, y desde un punto de vista estrictamente filosófico, hacer el bien es *indisociable* de la posibilidad de hacer el mal”.

Antes de que el Teólogo pudiera responder, la Trilógica tomó la palabra: “Si les parece bien, vamos a procurar que nuestras convicciones personales no obstaculicen la exposición de los conceptos jurídicos básicos”. Al ver cómo el Teólogo se relajaba en el asiento a la manera de un rey indulgente que acepta oír las razones de un súbdito descarriado, la Trilógica fue derecho al grano: “El tema toral que aquí debatimos es, desde mi particular punto de vista, la relación libertad-culpa en un Estado de derecho como el nuestro. Y en este sentido debo aclarar que el

concepto de culpa como pecado es inexigible legalmente. Ante la Constitución y el Estado no hay maldades ni pecados sino delitos y sanciones. Como juez, yo jamás aceptaré que alguien sea juzgado por negar la existencia de Dios o del espíritu...”.

“Mi querida Jurista”, interrumpió con aire teologal el Teólogo, “la ley humana siempre ha estado por debajo de la ley divina. El que ofende al Creador, ofende necesariamente a cualquiera de sus criaturas”.

El Filósofo mira hacia el extremo de la mesa donde están sentados la Genetista, el Estratega militar y el Planificador del Consejo que hasta este momento han permanecido en una alerta silenciosa ante el ir y venir de las discusiones ajenas a sus respectivas disciplinas, y dice displicente: “Supongo que todos los aquí presentes estamos de acuerdo en que por encima de la libertad jurídica y la libertad religiosa deben estar los tres preceptos básicos de toda evolución social. Sin la rectoría de estos preceptos, ustedes lo saben muy bien, no tiene caso hablar de forma alguna de libertad. Solemos olvidar, un olvido por cierto muy común en ciertos estratos intolerantes”, y al decirlo fijó incisivamente la mirada en el Teólogo, “olvidamos, insisto, que como razas evolucionarias estamos condenados a una irremediable imperfección. Con esto no quiero decir que no valga la pena hacer el intento por ser cada día más perfectos; pero no confundamos el intento con el logro: como seres evolucionarios jamás alcanzaremos la plenitud de la verdad, la belleza y la bondad que anhelamos. De ahí la inadaptación, la insatisfacción y los conflictos permanentes que hemos de sufrir por causa de la imperfección de nuestras vidas y nuestras obras”.

“¡Qué bueno que nuestro Filósofo trajo a colación la trilogía excelsa!”, exclamó el Teólogo abillantando con un matiz marino el destello inquisidor de sus ojos. “Y yo les pregunto: ¿qué es el mal sino la desviación irreflexiva

y oscura de aquellos que se niegan a la bondad, rechazan la belleza y desprecian la verdad?”.

“De acuerdo, siempre y cuando tengamos presente que puede haber tanta perversidad en rechazar la trilogía excelsa como en aceptarla de manera estática e invariable”, dijo el Filósofo con firmeza.

“¡Cuidado!”, protestó el Teólogo, “precisamente es en ese relativismo donde se enraíza el mal”.

“Honorable Consejeros, ¿de qué nos sirve aquí reconocer que somos imperfectos y malos por naturaleza?”, dijo el Bioético.

“Con el debido respeto”, dijo la Jurista, “yo quisiera recordarles que nuestro propósito debe ser clarificador, pensando en todo momento en la posible intelección de la audiencia. De nada nos sirve llevar la discusión a los niveles más abstrusos si...”.

XXII

En la pantalla reaparece la perfección sintética del conductor más popular del Continente. Pero ahora no hay en la estudiada pose el menor atisbo de autocelebración. La voz contenida y sin relieves sólo busca acentuar la gravedad del caso: “Estamos recibiendo un comunicado mediante el cual se nos confirma que el Frente Juvenil de los Perfeccionistas ha lanzado un ultimátum: si en las próximas tres horas no se resuelve el conflicto, ellos se encargarán de sofocar la rebelión”.

Un llamado electrónico suena en algún lado. Primero el Filósofo cree que es un reclamo dentro de la pantalla, pero en cuanto vuelve a sonar ya no duda de que alguien está en la entrada principal. Se acerca en dos trancadas al monitor y ve con alarma que se trata de un grupo de militares. Traga saliva resignado y pregunta qué quieren. Una voz se identifica, y mientras la escucha, ve en el monitor que sobre el pecho del militar que está hablando hay más condecoraciones de las necesarias para intimidarlo.

Poco antes de la tragedia de la librería, una noche ya a punto de cerrar, el Librero y el Filósofo discutían el tipo de relación que debería tenerse con los demás continentes bárbaros. Inesperadamente llegó un oficial de alto rango y se plantó desafiante en medio de ellos. Era raro que los militares frecuentasen esa librería contraria de raíz a sus ideales; pero lo inaudito era que un general relativamente joven y arrogante se introdujera personalmente y sin escolta en esa cueva de revoltosos. El Librero no hizo el

menor esfuerzo por ocultar su desagrado y le dijo que ya estaban cerrando.

“Pues mientras cierran tal vez puedan ayudarme”, dijo el militar sin alterar un ápice su soberbia.

“Depende de lo que quiera”, masculló el Librero.

“Necesito que me muestren todo lo que tengan sobre cárceles”.

“Granjas de reclusión, querrá decir”, aclaró el Librero.

El militar se encumbró en una sonrisa: “No, dije cárceles. Quiero comprarles todo lo que tengan sobre la filosofía y la administración de las cárceles...”.

“Que yo sepa no tengo ni un solo libro al respecto, pero aquí está un *profesor* de filosofía que le encanta poner en orden todas las cosas”, dijo el Librero aprovechando para zanjar a su favor la disputa que tenía pendiente con el Filósofo.

“Ah, nunca había tenido la ocasión de conocer personalmente a uno de nuestros mayores detractores, y lo digo sin ánimo de ofender”, socarroneó el militar.

“Pues aunque le cueste creerlo, también hay profesores de filosofía que veneran a los de su gremio”, le devolvió el Filósofo.

“En el fondo todos queremos mandar”, adujo el militar mientras levantaba un libro del anaquel. Luego de mirar la portada, en un tono que pretendió ser más amistoso, le preguntó al Filósofo qué libro le recomendaba sobre el tema.

“Ése no es mi tema”, cortó el Filósofo.

“Ah, pero alguna opinión habrá de tener...”.

“Las Granjas de reclusión son la prueba más fehaciente del fracaso...”, empezó a decir el Librero.

“Ya le dije que lo que a mí me interesa es el concepto de cárcel, no las Granjas de reclusión”, atajó el militar regresando el libro con displicencia al anaquel. “Es decir”, dijo dándole ostensiblemente la espalda al Librero para enfrentar al Filósofo, “¿cree usted que las cárceles tienen una razón natural de existir?”.

“No, yo no creo que la razón sea natural, sino histórica”, dijo el Filósofo dando un paso hacia la puerta.

“¡Es lo que yo pienso!”, celebró inusualmente el militar. “Una sociedad tan evolucionada como la nuestra no puede permitirse un lastre carcelario de ninguna índole”.

“Ni carcelario ni represivo”, enfatizó el Librero.

“Lo que quiero decir es que en una civilización como la nuestra no debe haber ni cárceles ni delincuentes”, dijo ufano el militar.

El Filósofo sacudió la cabeza y aumentó el distanciamiento.

“Espere, espere, si vine personalmente a la librería es porque tengo entendido que ustedes están aquí para atender al cliente, ¿o no?”, respingó el militar.

Lo primero que le vino a la cabeza al Filósofo fue la posible actitud que asumiría su padre al señalarlo como el único responsable del lugar. Buscando una salida menos beligerante se encontró con la rígida expresión del militar. “Mire, general”, dijo decidido a acabar de una vez con esa farsa, “no creo que lo que yo crea le pueda servir de algo a una mentalidad como la suya, que tiene ya las decisiones bien tomadas; pero cuando digo que la razón de todo centro de reclusión es histórica, me refiero a su condición temporal finita, de manera que en un futuro no muy lejano, al menos eso espero, cuando ya aprendamos a convivir de acuerdo a los valores supremos que nos impiden hacer a los demás lo que no queremos que nos hagan a nosotros mismos, entonces ya no habrá razón histórica para que existan las cárceles”.

“¿Y mientras no llegamos a ese punto qué?, ¿no me diga que es usted de esos que piensan que, como sucede en los continentes bárbaros, debemos mantener en las cárceles a los delincuentes a costa de nuestros impuestos?”.

“No, lo que yo pienso es que el infractor que es recluso por un delito debe trabajar para costear tanto su reclusión como para reponer socialmente el daño cometido”.

“¿Pero conoce usted la cifra de los que salen realmente regenerados de las cárceles en los continentes bárbaros?”.

“No la sé, ni me interesa saberla”, dijo con intención conclusiva el Filósofo. “Y ahora, discúlpennme, pero tengo que retirarme”.

Eso fue antes, mucho antes de la rebelión, antes de que las Granjas de reclusión asumieran un papel protagónico. Una vez abajo, les abre la puerta y se planta como un árbol desprotegido frente a un vendaval. No les ofrece pasar ni ninguna opción que implique aprecio. El militar de mayor rango lo intimida con la mirada y después dice: “He venido con la orden de conducirlo ante mis superiores, por la seguridad continental y por su propia seguridad”.

A estas alturas de su vida, el Filósofo no cree que una mentalidad militar pueda merecer admiración. No obstante, no puede dejar de reconocer que son necesarios, que sin estos individuos que se niegan a sí mismos en beneficio del Continente jamás hubieran podido rechazar las oleadas bárbaras del sur. Para él, un hombre especializado en matar –defendiendo o atacando– no ha dejado aún por completo los hábitos predatorios del animal salvaje. Oye la voz de su padre adentro de la cabeza diciéndole que sea imperativo en el desprecio, pero se niega a enfrentar el destello de crueldad propio de la raza amarilla que hay en los ojos del militar de mayor rango.

“¿Puedo cambiarme de ropa o me van a obligar a ir con este disfraz?”, dice el Filósofo fingiendo una integridad que no posee. Lo que en él es inteligencia desvoluntarizada, es en el militar adiestramiento de músculo y de voluntad.

“Si desea usted ponerse una ropa más apropiada, dispone de diez minutos”, dice el militar enfatizando con la mirada el atuendo hogareño del Filósofo: unos *pants* negros y viejos de cualquier material sintético y una camiseta blanca con tres símbolos azules concéntricos en el pecho.

“¿Puedo hacerle una pregunta, coronel?”.

“Está en su derecho, lo que no puedo asegurarle es que la responda”.

“¿Hacia dónde me llevan exactamente y cuál es el motivo?”.

“Si entendí bien, me hizo usted dos preguntas. Yo nada más voy a responderle una: usted es el único miembro del Consejo Cívico que los rebeldes han pedido como mediador”.



XXIII

El primer libro de filosofía que se conoce en el Continente trata sobre los procesos de aprendizaje del discipulado solar: los hombres que dejaron de ser guerreros para dedicarse a curar y enseñar. Estos sabios de la antigüedad decidieron darle la espalda a la autogratificación y al poder, para ir de pueblo en pueblo curando y enseñando la verdad de la vida. Como las caminatas a veces eran largas, practicaban un tipo especial de ejercicio meditativo que llamaban *especulación centrante*. Mientras los pies ejecutaban automáticamente la orden de caminar, la mente vagaba sin cesar y en total fluidez en torno a un tema específico tratando de abarcar las distintas facetas de la Forma.

Durante casi cinco siglos estos curadores de cuerpo y mente legaron a sus discípulos las reglas de oro de la vida, y la necesidad del camino especulativo como liberación de las ataduras del momento. Pero los antiguos reyes de la raza azul prohibieron la entrada en sus dominios a estos hombres ejemplares que hacían remontar su particular visión del mundo a las enseñanzas de los descendientes directos de los elevadores biológicos de raza violeta. Los sabios curadores empezaron entonces a ser acusados de corromper a la juventud con sus ideas ociosas, y con el triunfo unificador de la raza azul el verbo *especular* se cubrió con un óxido de desprecio.

Al Filósofo estos escritos anfibológicos y míticos le llegaron a través de la Colección de Clásicos Contestatarios. En aquel tiempo la fascinación era engañosa; ahora está convencido de que la vida moral de aquellos

primeros filósofos superaba con mucho a la de la mayoría de los jerarcas actuales del progreso y la perfección. No obstante, bajo ningún argumento estaría dispuesto a condenar la especulación como rutina ejercitante. Sabe que sin experiencia vital no puede haber sabiduría, pero desde que conoció aquellos escritos míticos no ha dejado de practicar el método especulativo. Sin especulación, especula ahora de camino hacia la Granja, simplemente no puede haber filosofía.

Lo escolta un convoy militar que él cree excesivo. Va a su lado el militar que fue a recogerlo a su departamento, dándole unas instrucciones que al Filósofo le parecen propias de un aprendizaje virtual. Sospecha –sin que se atreva a preguntar– que el coronel que comanda la operación ha tenido experiencias directas de combate en las costas del sur. Sin embargo, por su propia experiencia en el servicio militar como reeducador de prisioneros, está al tanto de la deformación que experimentan los militares al desplazar las prácticas objetivas por las virtuales.

En el dorso de la mano derecha, bajo la piel, lleva escondido un microtransmisor, y en un ojal del zapato derecho le instalaron una microcámara digital. Hasta ese momento a nada dijo que no, aunque poco le importan las promesas (si coopera de manera inteligente y persuasiva) que le hicieron los funcionarios de alto rango con los que se entrevistó. Su misión: convencer a los rebeldes de la banalidad de su rebeldía. “¿Y qué les ofrezco a cambio?”, preguntó intuyendo la banalidad de la respuesta. “La posibilidad de seguir viviendo en tanto se encuentra una solución digna a sus demandas”, respondió sin titubear el Jefe de Seguridad Interna.

Pura palabrería, piensa mientras los vehículos blindados se acercan a la Granja rebelde. Ni él ni el oficial que va a su lado visten equipo especial, pero el resto de los militares van embutidos en los característicos trajes blancos que usa el ejército para protegerse contra posi-

bles ataques con armas químicas y bacteriológicas. Ya en las inmediaciones de la Granja el flujo especulativo se topa con una realidad peliclesca: decenas de militares con el mismo uniforme blanco tienen cercado el acceso. Un grupo estruendoso de militantes del Frente Juvenil de los Perfeccionistas, que lanza consignas ofensivas contra los granjeros, se dirige hacia el convoy. Entre las pancartas que enarbolan puede verse un llamativo reloj digital en el que consta el tiempo límite que le han dado al gobierno para solucionar el conflicto. Realzados en un rojo sanguíneo los números de la cuenta fatídica indican que quedan menos de dos horas.

El convoy aminora la velocidad y enseguida se forma una valla de militares para proteger al vehículo que lleve con el Filósofo. La noticia divulgada por la Cadena Continental, donde los rebeldes pedían la intermediación del Filósofo, ha sido recibida con general repulsa por parte de los Perfeccionistas. En las pancartas que blanden agresivamente los jóvenes pueden leerse los ataques más ofensivos –que no lo bajan de traidor y reaccionario– contra el miembro más tolerante y conciliador del Consejo Cívico, que baja del vehículo con ánimo ofrendante.

El encargado de la operación se coloca al lado del Filósofo y le pasa un brazo protector sobre el hombro para encaminarlo hacia la reja virtual. Mientras caminan, no deja de dar las órdenes necesarias para que coincidan las aperturas de los circuitos de seguridad exterior e interior. Por el aire vuelan varias bolsas con nauseabundos excrementos de fercos, y una de ellas revienta a los pies del Filósofo embadurnándole los zapatos. A pesar del hedor, el Filósofo se complace con el enmierdamiento de la microcámara, y sólo lamenta que la incipiente nanotecnología no pueda aún transmitir olores y sabores.

Entre las fétidas bolsas de plástico revienta una ampolleta incendiaria. Los militares responden con gases dispersores, pero el Filósofo es ajeno a la barahúnda que

queda a sus espaldas. Pasa solo el circuito exterior de seguridad y sigue caminando hasta el control interior, donde lo esperan un par de enanos barbones y greñudos. Tanto él como ellos se sorprenden al verse. El Filósofo se resiste a creer que después de tanta seguridad lo dejen a merced de dos enanos malencarados. Los enanos ven al Filósofo y fruncen las jetas deformes: ¿cómo es posible que lo hayan enviado sin equipo de protección?

Los enanos se ven grotescos incrustados en sus trajes sintéticos; mas es el Filósofo el que aparenta estar fuera de enfoque. Trae su sobado saco negro de piel sobre una camisa y un pantalón blancos que parecen hechos para contener la blandura de una tripa demasiado complaciente. En los ojos del Filósofo no hay el menor destello de sabiduría. Sin embargo, es al revés: son los enanos los que ignoran. Ignoran, entre otras cosas, que el Filósofo sabe que los rumores sobre los misiles ultimatónicos que van a destruir todas las Granjas tienen un fundamento creíble. Pero a pesar de eso, y en uno de sus típicos desplantes antiautoritarios, rechazó el equipo protector que le ofrecían y prefirió vestirse como si fuera a cenar con algún colega de la universidad.

Ni le preguntaron el nombre ni le expresaron el más mínimo gesto de bienvenida. Se pusieron al frente y caminaron en silencio por unos jardines requemados. El Filósofo pudo ver cómo varios granjeros reparaban las puertas y ventanas que habían sufrido las consecuencias de la rebelión.

La mirada del Filósofo busca información, expresiones, detalles, cualquier cosa que represente para él una novedad. Sabe que ningún miembro del Consejo Cívico ha entrado jamás en una Granja de reclusión. No obstante, la curiosidad que siente no tiene que ver con nada ni nadie del exterior, es como si alguien le estuviera señalando en la pantalla de su cerebro que esa visión era única y final, que ese mundo pertenecía ya más al pasado que al presente.

XXIV

Cruzaron varias galeras repletas de aves y paquiceros y se detuvieron frente a una puerta de chapa metálica. Uno de los enanos golpeó tres veces la chapa. Al rato la puerta se abrió y salió el Jefe de los enanos, con lentes de montura dorada y embozado en el mismo conjunto albiazul que uniforma a los enanos. A diferencia de sus guardias, el Jefe de los enanos fue afable y le tendió la mano. Como estaba acostumbrado al saludo que había impuesto la última epidemia –inclinando respetuosamente la cabeza y llevándose la mano derecha al corazón–, el Filósofo tardó en reaccionar, lo que hizo exclamar al Jefe de los enanos: “¡La desconfianza es hija natural de la mentira!”. Le ofreció un asiento y rodeó la austera mesa metálica para sentarse del otro lado. El Filósofo volteó instintivamente y vio a los dos guardias parados como esfinges. No lo miraban a él ni miraban a su Jefe; en realidad no miraban nada, simplemente estaban ensimismados en su disciplina esperando cualquier señal que los impeliera a actuar. Sin hacer caso del desencanto que reflejaba el rostro del recién llegado, el Jefe de los enanos asumió el papel que tanto le gustaba: hablar.

“Me da un enorme gusto, querido amigo, que haya aceptado mediar y, por encima de todo, que venga con ese atuendo que desafía la paranoia oficial...”.

“Odio esos uniformes de cabeza de insecto que están de moda”, dijo el Filósofo.

“Sí, como habrá visto, a nosotros tampoco nos gustan”, le siguió el juego el Jefe de los enanos, pero enseguida

frunció su frente colosal para decir: “Quisiera darle las gracias más sinceras por haber defendido nuestra causa contra tanta mentira difundida”.

“Bueno, la verdad es que yo no defendí su causa, nada más argumenté la legitimidad de su derecho a ser tratados como cualquier ciudadano que no violente la convivencia social”, dijo el Filósofo a la defensiva.

“Precisamente para nosotros viene a ser lo mismo. Y porque sé que estamos en la misma lucha...”.

“Perdone, pero no creo que estemos luchando por lo mismo, yo amo la paz. Para mí es pernicioso todo lo que atente contra la convivencia social...”.

“Tengo entendido, amigo mío, que usted ha defendido en sus libros el derecho a la libertad y a la justicia, y que además pone por encima de cualquier otro principio la guía de la verdad, la belleza y la bondad”.

“Ésa es otra cuestión”, matizó el Filósofo pensando en cuánta verdad, belleza y bondad podía haber en este personaje deforme.

“Para nosotros es lo mismo. Pero permítame decirle que la gravedad del caso nos obliga a saltarnos toda clase de sutilezas. Tenemos información fidedigna de que el gobierno está decidido a aniquilarnos, y sospechamos que el alto mando militar y el gabinete de seguridad han impuesto una férrea mordaza para evitar que se difunda la naturaleza extremadamente letal del virus...”.

“Hay un bombardeo muy bien calculado de mentiras”, masculló el Filósofo.

“Sí, desde luego; precisamente por eso hablo de la necesidad de conocer la verdad sobre el virus. Y no me refiero a cuántos han muerto ya, sino a que este virus, amigo mío, tiene una eficacia del cien por ciento. A menos, claro está, que hayamos sido vacunados o dispongamos de un antiviral eficaz. Mas para lograr esto tardarán al menos medio año y entonces será demasiado tarde. ¿No

son conscientes del grave riesgo que están corriendo al ignorar nuestros derechos?”.

“No creo que sean muchos los que desean la desaparición de la civilización continental”.

“No se trata de deseos, sino de saber con certeza que la mayoría de la población continental y muchos de sus animales domésticos desaparecerán en menos de un año”.

“¿No es un poco ingenua esa pretensión de saber con certeza?”.

“Nosotros no tenemos la menor duda de que la verdad está de nuestro lado”.

“El gobierno y la mayoría de los ciudadanos no piensan lo mismo”.

“Sí, nos han etiquetado como rebeldes, y ya sabemos que los que disfrutaban de los privilegios del poder son precisamente los enemigos naturales de los luchadores sociales. ¿A quién le creería usted como ciudadano consciente: al gobierno autoritario o a los que sufren las consecuencias del autoritarismo?”.

“Para mí la verdad no admite ningún matiz político”.

“Sí, en eso también coincidimos”, dijo el Jefe de los enanos con intención conciliadora. “Sin embargo, déjeme hacerle una pregunta más precisa: ¿a quién cree usted, al ciudadano común o al gobernante?”.

“A ninguno de los dos, pues unos seducen y los otros se dejan seducir por la mentira”.

“Los tiranos necesitan mentir para seguir en el poder, pero los ciudadanos necesitamos la verdad para ser libres”.

“No, yo creo justamente lo contrario, que la falsedad es tan propia de la masa como lo es para el gobernante inmoral el arte del engaño”.

“¿Qué es para usted la mentira?”, respingó el Jefe de los enanos.

El Filósofo titubeó unos instantes y al cabo dijo: “En principio podría aventurar que la mentira tiene un doble componente de ignorancia y de maldad”.

“A todos nos consta que los gobiernos intolerantes han manejado siempre la mentira como arma”.

“Y supongo que eso continuará sucediendo en los continentes bárbaros”, dijo resignado el Filósofo.

“Pero, ¿acaso no es de ingenuos pretender decir siempre la verdad?”, dijo el Jefe de los enanos deslizándose con fluidez sobre el escabroso tema.

“En lo que a mí concierne prefiero pecar de ingenuo antes que ser insincero”.

“Pero usted, querido amigo, es precisamente un caso raro. Los ciudadanos comunes sabemos que los gobernantes son mentirosos por naturaleza...”.

“A los ciudadanos comunes lo único que les interesa es que las mentiras sean comunes, o lo que es lo mismo, que sean verosímiles”.

“No, en este punto no puedo estar de acuerdo con usted: a los ciudadanos nos interesa conocer la verdad. El hecho de que la maquinaria del poder pretenda ocultar la verdad o disfrazar con argumentos tramposos la mentira de verdad, es otro asunto”.

“Creo que de nuevo confunde el deseo de conocer con la posesión de la verdad”.

“¿En qué sentido?”, reviró con postiza preocupación el Jefe de los enanos.

El Filósofo no tuvo el menor reparo en exhalar el fastidio, a estas alturas poco le importaba ya lo que el micrófono estuviera transmitiendo. Los ojos inquisitivos de su interlocutor lo apuntaban a través de los lentes como dos flechas que inevitablemente se dispararían de un momento a otro. Haciendo acopio de resignación recurrió a su acostumbrado tono profesoral: “El conocimiento es un producto fáctico, limitado al corto alcance de la mente; la verdad tiene que ver más con valores que

con hechos y sólo se alcanza a través del discernimiento espiritual...”.

“¿Debo colegir de lo que dice que el ciudadano común está imposibilitado para conocer la verdad?”, aguijoneó el Jefe de los enanos.

“No sólo el ciudadano común: la búsqueda de la verdad no es más que un intento, por eso nadie puede vanagloriarse de poseer la verdad”.

“El problema, amigo mío, es que la verdad de los gobernantes no es nunca la verdad de los gobernados”.

“Simples individuos, seres conscientes de sus límites y de sus alcances, eso es lo único que debe interesarnos”.

“Oyéndole hablar así podría creerse que no es usted el mismo que ha defendido nuestros derechos en el Consejo Cívico”.

“Puede parecer que me estoy contradiciendo, pero usted debe saber muy bien que para mí lo determinante no son las palabras sino los hechos. Y permítame insistir en este punto, pues deseo que no le quede duda alguna sobre mi posición en este conflicto. Como filósofo rechazo toda clase de mentiras, es decir, tanto las tanatofílicas como las erotofílicas. Para mí tan condenable es el engaño catastrofista basado en el temor, como el engaño eudemonista que nos pone al alcance de la mano una felicidad que jamás será consumada...”.

“O sea, si le entendí bien, lo que quiere decir es que para usted son igual de condenables nuestras razones que las de los Perfeccionistas”.

“Igual de condenables tal vez no, pero sí igual de criticables”.

“Pero, ¿acaso no tenemos todos los ciudadanos el mismo derecho a ser felices?”.

“Usted sabe muy bien que hay otros motivos por encima de los jurídicos. Además no creo que la búsqueda de la felicidad deba ser el objetivo supremo”.

“¿Entonces usted no busca la felicidad?”, reviró con maña el Jefe de los enanos.

“Si esa fuera mi meta no me hubiera enredado en este conflicto. En primer lugar déjeme decirle que nadie tiene derecho a ser feliz a expensas de los demás; y en segundo lugar, al menos en lo que concierne a mi propia experiencia, el camino de la verdad suele ir acompañado de más sufrimiento que de felicidad”.

“Lo acepto. Nada más que me gustaría recordarle lo que usted escribió precisamente sobre el libre albedrío...”.

Como el Jefe de los enanos se le quedó mirando con expresión corrosiva, el Filósofo preguntó: “¿A qué se refiere exactamente?”.

“Si me lo permite, podría simplificarlo de la siguiente manera: que no es igual el sufrimiento que elegimos libremente al sufrimiento que nos imponen”.

“Como tampoco es igual el sufrimiento que nos degrada al que nos engrandece”.

“Precisamente nuestra lucha va encaminada en esa dirección: exigir nuestro derecho a la propia felicidad y rechazar el sufrimiento que nos imponen al degradarnos a una condición de animales. Y ya que llegamos a este punto, quiero que usted tenga el panorama completo. Nosotros los enanos somos seres humanos en plenitud de facultades; ciertamente tenemos una deficiencia en nuestra estatura, como otros tienen las orejas o la nariz más grandes, pero nada más...”.

“Yo nunca sostuve lo contrario”, adujo el Filósofo.

“Nosotros tenemos una mente y una capacidad de organización que superan el promedio continental, y somos capaces de llevar nuestra voluntad hasta límites que ningún otro ser racional es capaz, ¡ni siquiera los ciegos!”.

“No lo dudo”, dijo maquinalmente el Filósofo.

“Pero hay algo que odiamos de manera visceral, y es que se nos iguale con los delincuentes comunes y con los deficientes mentales”.

“Mi opinión al respecto siempre estuvo con su causa”, dijo evasivo el Filósofo.

“¿No le parece significativo que sea éste el único punto en que coincidimos con el Teólogo del Consejo Cívico?”. Ante el silencio del Filósofo, el Jefe de los enanos continuó: “Cualquier individuo que tenga dañada su mente y que no sea capaz de autocontrolarse y de autosustentarse, no puede gozar de los plenos derechos de un ciudadano. Después de lo que vimos y vivimos durante los primeros días de la rebelión, me refiero precisamente a esas escenas sin control propias de animales depravados, ya no podemos permitir que se nos siga confundiendo y reclusando con los deficientes mentales en las mismas Granjas”.

“Los derechos son los mismos para todos”, objetó el Filósofo.

“No, en esto está bastante equivocado. Además de estar imposibilitados para la evolución cósmica, como dice precisamente el Teólogo, los deficientes mentales carecen de autoconciencia, por lo que no pueden distinguir el bien del mal y tampoco pueden valerse por sí mismos. Son mentes sin guía, ¿me explico?”.

El Filósofo se perdió un instante en el rechazo. A qué niveles de insensibilidad e impiedad podía llegar la soberbia. Inmovilizó al Jefe de los enanos con mirada crítica y de pronto volvió a oír en su mente la voz daimónica que últimamente le había hablado un par de veces: “Ponte en su lugar, ve a los deficientes mentales como los ven los enanos”.

El Jefe de los enanos rompió bruscamente el silencio: “¿Cuál sería, según su criterio, la diferencia entre un tarado y un fero?”.

“Aun considerando que esos hermanitos hayan perdido la posibilidad de crecer cósmicamente, eso no impide que seamos compasivos con ellos y tratemos de ayudarles”, dijo el Filósofo viendo con desazón cómo la charla se estaba malogrando.

“¡Pero cómo vamos a ser compasivos con unos seres degradados que únicamente nos han traído problemas! Nosotros apelamos a la justicia. ¿Con qué derecho nos privan de nuestra libertad y nos tratan como si también fuésemos subnormales?”.

“Comparto las razones legales del rechazo, pero no la violencia que el rechazo conlleva”.

“Precisamente yo también me opongo a la violencia. Pero las circunstancias han contribuido a que llegásemos a esta situación extrema. Fue la decisión final del director de la Granja, y la acatamos...”.

“Hasta donde alcanza mi información son ustedes los que lo tienen secuestrado”, dijo el Filósofo en tono filoso.

“¿Nosotros? ¿Lo ve? Una mentira más del gobierno autoritario para confundir a los ciudadanos. ¿Cree usted, querido amigo, que nosotros estaríamos en condiciones de producir semejante arma viral?”. La duda que cruzó por los ojos del Filósofo animó al Jefe de los enanos a proseguir: “A fuerza de tanto mentir terminan creyéndose sus propias mentiras. ¿Quién fue el que dijo que la mentira y la traición están en la raíz de todas las tiranías?”.

“Y también en la de todas las rebeldías”, replicó el Filósofo poniendo inmediatamente en duda lo que el Jefe de los enanos le acababa de decir.

Pero el Jefe de los enanos no quiso reparar en la incisiva observación del Filósofo y prosiguió con su argumentación persuasiva: “¿Por qué le difaman a usted en la Cadena Continental siendo un ciudadano de conducta irreproachable? Precisamente porque en un medio de mentirosos un hombre íntegro y que busca la verdad es una amenaza permanente. Y convénzase, ¿quiénes provocaron la primera pandemia del Continente? Casi nadie se atrevió a decir que la habían provocado los grandes consorcios agroalimentarios en connivencia con las empresas farmacéuticas para desprestigiar a los

granjeros y al mismo tiempo obtener unas ganancias estratosféricas...”.

“Si no me equivoco, el propio director de la Granja escribió en su momento algo al respecto que fue muy difundido”.

“Sí, en efecto. Pero, ¿tuvo alguna repercusión legal? La versión oficial sigue siendo que el virus se originó en nuestras Granjas”.

“Con la amenaza actual les están dando más argumentos...”.

“De acuerdo, pero yo quisiera preguntarle: ¿qué opción nos queda a los que no creemos en la viabilidad de la violencia para enfrentar la confabulación mentirosa del gobierno y de los grandes consorcios?”.

“El ultimátum que usted le mandó al gobierno no tiene nada de pacífico”.

“Ya le dije que fue una decisión del director de la Granja”.

El Filósofo recordó el dictamen grafológico que habían hecho los expertos y musitó con clara intención crítica: “Las mentiras que nos encumbran son las mismas que nos condenan”.

“Sí, de nuevo le concedo la razón. Pero tenga en cuenta que precisamente en la raíz de todas esas mentiras está la clara intención de aniquilarnos. ¿Qué ley humana o divina puede justificar la reclusión de otros seres humanos nada más porque son diferentes? ¿Es un delito ser ciego o corto de estatura? Le ruego que se ponga en nuestro lugar para entendernos. ¿Con qué argumentos pueden apelar a Dios esos Perfeccionistas que nos niegan el derecho a ser libres y de procrear nuestras familias? Con mentiras y más mentiras. ¿Para qué inventan esas pretendidas invasiones en el sur del Continente? ¿Y qué me dice de las espectaculares transmisiones en el Lago de Cristal? ¡Mentiras y más mentiras! ¿De verdad cree usted que existan seres más inteligentes que nosotros

en otros planetas y que se preocupen por transmitirnos todas esas patrañas evolucionarias que nada más sirven a los intereses de los que detentan el poder?”.

“Creo que no vine aquí a sembrar certezas, sino a tratar de encontrar una salida pacífica al conflicto”.

“Si solicitamos su mediación fue precisamente porque creemos que usted es uno de los pocos ciudadanos que busca la verdad”.

“Sí, la busco. Mas eso no quiere decir que la posea”.

“Al menos es sincero y no usa la mentira como arma”.

“Desgraciadamente la mentira no sólo es arma de los vencedores, también es recurso de los vencidos”.

“Nosotros no engañamos a la ciudadanía, lo que decimos es cierto”.

“¿Qué es lo que es cierto?”, reviró el Filósofo tratando de encontrar una rápida salida a ese embrollo dialéctico.

“Pues que si no nos respetan como seres humanos y no nos conceden nuestros derechos ciudadanos, estamos dispuestos a seguir hasta las últimas consecuencias...”.

“¿Ese ‘estamos’ incluye al director de la Granja?”.

“Por supuesto, fue él quien ideó la rebelión. ¿Conoce usted los motivos por los que fue recluido?”.

“Sí, algo sé al respecto. Aunque dudo que un hombre tan dotado sea capaz de poner en riesgo a toda la civilización...”.

“Usted nunca podrá imaginar lo que sufrió ese hombre cuando le mataron a su mujer y a su hijo... Pero no, no a toda la civilización. Olvida usted que nosotros poseemos la vacuna, y que además existen otros seis continentes que por estar aislados del nuestro pueden sobrevivir al contagio”.

El Filósofo meneó la cabeza con actitud indulgente.

“¿No me cree?”, insistió el Jefe de los enanos.

“Sí le creo, pero el director de la Granja sabe muy bien que de cumplirse la amenaza todas las Granjas serán borradas de la faz del Continente”.

“Sabemos cuánto lo desean, pero dudamos que quieran suicidarse al optar por esa respuesta”.

El Filósofo volteó por encima del hombro y vio que los dos guardias permanecían rígidos como estatuas de piedra. Luego vio el dorso de la mano y pensó en los imbéciles que estarían evaluando la plática. “¿Cuál es su propuesta final?”, preguntó resignándose a la derrota.

El Jefe de los enanos dejó caer las manos abiertas sobre la mesa con el propósito de que el impacto sonoro fuera convincente. “Dígales”, dijo adelantando la testuz desproporcionada de animal prehistórico, “que estamos en la mejor disposición para llegar a un acuerdo, pero a condición de que respeten nuestros derechos y nos concedan plena autonomía en el manejo de las Granjas”.

“¿Y el virus?, ¿cómo controlarían la epidemia que ha costado ya varios cientos de muertos a partir de ese cuerpo contaminado que tiraron?”, inquirió el Filósofo con un claro deje acusatorio.

“Ah, ése no es problema, tenemos vacunas suficientes”, sonrió triunfal el Jefe de los enanos.

“¿Millones de vacunas?”.

“Por supuesto que no disponemos ahora de esos millones, pero le daríamos al gobierno las fórmulas para elaborar tanto las vacunas como los antivirales”.

“Mientras eso se logra morirán muchos miles de ciudadanos inocentes...”

“Sí, desafortunadamente no nos han dejado otra opción para que nos consideren como ciudadanos con plenos derechos”.

Durante un largo minuto los dos se escrutaron en silencio tratando de encontrar en los ojos lo que no podían transmitir las palabras. Comprendiendo que ya todo estaba dicho, el Filósofo se levantó sintiendo la urgencia de un trago de agua. Enfrentó al Jefe de los enanos por última vez y dijo con voz atemperada: “¿Podría hablar unos minutos con el director de la Granja?”.

“Sí, claro”, dijo sin el menor reparo el Jefe de los enanos. Enseguida les dio la orden a los guardias para que lo llevaran ante el director. Pero al despedirse del Filósofo, dejó escapar con más ironía que prevención: “El director es un hombre sumamente inteligente y capaz de embaucar...”.

“Sí, lo sé muy bien”, cortó el Filósofo.

“Confío en que usted sabrá encontrar la verdad...”.



Los enanos caminan por una vereda de tierra porosa y gris. Parecen dos mecanismos insensibles que sólo existen para cumplir un mandato, o lo que es lo mismo: servir.

El Filósofo los sigue sin desconfianza, nada tiene que temer. A últimas fechas perdió la mayoría de las convicciones que lo amarraban a la vida. Lo que piensa, sin embargo, es mucho más acuciante que lo que ve. Piensa, por ejemplo, en lo que el Jefe de los enanos le dijo sobre el Biotecnólogo, y piensa también en la poca información que posee sobre los enanos, ¿son tan crueles y astutos como dijo el militar? Como sea, estos dos mecanismos que lo dirigen no despiertan la menor sospecha sobre su obediente impecabilidad. En cierta forma al Filósofo le simpatizan, hasta donde pueden simpatizarle dos personajes idénticos que en su anomalía carecen de relieves. Al instante se da cuenta de que el concepto de *anomalía* puede ser el tema de otro ensayo. Mas no la anomalía entendida como degradación, sino lo anómalo como discontinuidad y ruptura. ¿No son anómalos los Perfeccionistas?, ¿no son anómalos los granjeros?, ¿no es él mismo anómalo?

La vereda entra en un cañaveral. Los enanos y el Filósofo también entran. En medio de las sombras el Filósofo tropieza con una raíz. El cuerpo trastabilla, pero en la mente no hay lugar para la caída. Se abre un pasadizo y aparece un marco mohoso de piedra y unas escaleras, aún más mohosas, que bajan hacia las entrañas de la tierra. Al cabo, los detiene una puerta tan oxidada y mohosa

como el resto del entorno. A la altura de la cabeza de los enanos se abre una rejilla. Poco después de activarse un circuito se abre la puerta, y ante los ojos del Filósofo se instala un paisaje idílico. Se trata de una montaña con una gran cañada al fondo y un valle parcelado que parece contener todos los verdes posibles. El Filósofo se detiene para que sus ojos absorban la luz primordial que llena de vida la estampa. “¿Qué es esto?”, piensa en voz alta. Y por primera vez oye la voz de uno de los enanos: “Guela-che, lugar de las sementeras”.

Al reanudar la marcha, el Filósofo distingue una construcción al otro lado, empotrada en la montaña. Por la forma, no duda de que se trata de un Templo de adoración. Cuanto más se acercan, más lo es. La entrada está recubierta de pasto y rodeada de una fila de lirios blancos. Se abre la puerta y aparece un enano con la barba y la pelambrera reblanquecidas por los años. Una verdadera rareza, pues el Filósofo tiene entendido que los enanos no llegan a una edad avanzada. El anciano hace una inclinación con la cabeza e invita al Filósofo a pasar. Adentro hay una constelación titilante de veladoras y al fondo está el altar rebosante de lirios blancos.

El enano rodea el altar y se para frente a una sólida pared recubierta de lápidas con viejas inscripciones. Jala una de las anillas que están debajo de las inscripciones y aparece un ataúd vacío. El anciano hace una señal conivente y espera a que el Filósofo entre en el ataúd. Pero el Filósofo siente un frío estremecimiento y prevé que esta prueba no va a ser nada fácil. Precisamente los objetos que más le aterrorizaban en su infancia eran los ataúdes. En el taller escolar había oído que en un continente bárbaro introducían a los niños en ataúdes durante tres noches para que vencieran para siempre el miedo a la muerte.

Primero metió las piernas y se sentó, con la mente dividida entre el pánico absoluto de la infancia y el

desasosiego actual. ¿Cuánto tiempo tendría que estar metido allí adentro sin aire y en total oscuridad? Se acostó y vio cómo el rostro rugoso del anciano esbozaba una sonrisa de aprobación. Luego cerró la tapa y en total oscuridad sintió que el ataúd se movía hacia algún lado. De pronto le dieron ganas de orinar; luego empezó a angustiarse por la falta de aire. Pero antes de que empezara la temida taquicardia el ataúd se detuvo y alguien levantó la tapa. Allí estaban dos enanos igual de feos y barbados que los guardias que lo habían encaminado. Uno de ellos le tendió la mano para ayudarlo a salir.

Al tiempo que se incorporaba en el ataúd, el Filósofo descubrió que se encontraba en el interior de un laboratorio extraordinariamente bien equipado. Varios enanos trajinaban afanosamente, pero ninguno dio importancia a la llegada del extraño. Los nuevos guardias lo condujeron ante una puerta de vidrio que el propio Biotecnólogo abrió. Caló a su viejo amigo con una mirada inquisitiva y después sonrió. Pero el Filósofo se quedó frío y rígido como una estatua de hielo, ¡cuánto había envejecido el único amigo que había tenido en su vida!

El Biotecnólogo saludó al Filósofo, y éste se fijó en la mano tan solo para comprobar que allí estaban los mismos seis dedos aunque más viejos y delicados. Pensó en una sola palabra que pudiera definir tamaño cambio: huida. No, ¿huida de qué o de quién? Más bien caída. Sí, ésa era la expresión más precisa: el Biotecnólogo había caído de su pedestal seráfico y ahora no era más que un *engendro antivital* de su propio laboratorio. Se sentaron frente a una mesa redonda de vidrio y el Filósofo se quedó viendo los doce dedos entrelazados.

“Lamento que las circunstancias del reencuentro sean tan desagradables”, dijo el Biotecnólogo.

“Para mí las circunstancias nunca han sido lo más importante”, masculló el Filósofo.

“Sí, lo sé; he leído tus ensayos y sé que prefieres las experiencias subjetivas”.

El Filósofo levantó los ojos en busca de certeza.

“Pero me refería en concreto a ese absurdo pasaje en el ataúd. Recuerdo el pánico que le tenías a los ataúdes”.

“También recordarás que gracias a ti casi lo superé”.

“Sí, casi”, musitó el Biotecnólogo mientras rebuscaba en el pasado. Luego de un silencio añadió: “Yo, en cambio, con el paso de los años tengo cada vez más miedo”.

“Mi padre solía decir que el temor está en el origen de todas las perversiones”, dijo el Filósofo.

“Sí, me acuerdo de su peculiar modo de pensar. Pero no sólo en el temor, sino también en el hambre, en el deseo sexual... Tal vez varíe la intensidad, pero todos sucumbimos de una u otra forma. Como puedes ver, yo también sucumbí”.

“No creo que el hambre y el deseo sexual te hayan hecho sucumbir”.

El Biotecnólogo ensayó un conato de carcajada, y el Filósofo prosiguió: “Yo diría más bien la vanidad y el temor”.

El Biotecnólogo hundió la cabeza entre los hombros evidenciando desacuerdo.

“Tú sabes muy bien a qué me refiero cuando hablo de vanidad”, añadió el Filósofo sin importarle hacia dónde pudiera derivar el desacuerdo.

“Yo enfermo de vanidad y tú de temor”, concedió el Biotecnólogo. “Esos eran nuestros fantasmas...”.

“Esos son los fantasmas de todos”.

“Pero al parecer los papeles se invirtieron. ¿Sabes de qué tengo miedo?”.

El Filósofo negó con la cabeza.

“De que desaparezcamos como especie”.

“Es inevitable que los que no creen en la supervivencia del espíritu relacionen la muerte con la desaparición total”.

“Lo dices como si fuera lo más natural”, ironizó el Biotecnólogo.

“Mi padre también decía que sin miedo no habría religión alguna. Y yo le replicaba que sin religión no hay sociedad posible”.

“¿Te acuerdas de nuestra amiga la Jurista?”, inquirió sorprendentemente el Biotecnólogo.

El Filósofo asintió poniéndose de inmediato a la defensiva.

“Pues decía que el autocontrol era la llave para adueñarse del mundo”.

“No lo era, lo es”, sentenció el Filósofo. “Y también es muy fácil pasar del autocontrol a la autogratificación. Ella sabe mucho de esto...”.

“Tengo entendido que ahora está contigo en el Consejo Cívico. ¿Te ofrezco algo?”.

“Té estaría bien, cualquier té”.

El Biotecnólogo abrió la puerta y dio la encomienda a los enanos. Luego volvió a sentarse y a mirar descarnadamente a su ex amigo. Sabía por dónde empezar, pero la actitud defensiva del Filósofo lo había convencido de que cualquier cosa que dijera no sería creíble. Así que comenzó hablando de la conspiración de los enanos, cómo su Jefe había urdido la rebelión para deshacerse de los retrasados y enfermos mentales, a quienes los enanos aborrecían de manera irracional; de cómo lo habían encerrado en su laboratorio y lo chantajeaban amenazando con quitarle la vida a la Esfinge, “que seguramente ya debes saber quién es”. El Filósofo negó. “Es mi compañera, una mujer extraordinaria, el único ser que amo en la vida, igual de bella que inteligente, pero bipolar. La sorprendieron robando en un centro comercial el sujetador y los calzones más finos, por eso la recluyeron... Pero te decía que los enanos son los seres más maléficos que puedas imaginar, desconfían de los demás individuos como lo harían de cualquier animal ponzoñoso, ignoran por completo la

gratitud y son avaros y crueles a un grado extremo. Confunden la voluntad con la necedad y en su cerrazón son incapaces de reconocer los mínimos errores”. Como el Filósofo se mantuvo expectante, el Biotecnólogo le refirió las humillaciones que le habían hecho pasar aislándolo en el laboratorio y obligándolo a producir ese virus letal.

“¿Te obligaron?”, dudó el Filósofo.

“A eso y a mucho más”, dijo con firmeza el Biotecnólogo. “Ellos son los que controlan la Granja y pretenden controlar todas las Granjas de reclusión del Continente. Todos los enanos, sin excepción, son de un autoritarismo espantoso. Su principal arma es la mentira, son capaces de embaucar al mismísimo Teólogo del Consejo Cívico”.

“Lo dudo”, dijo el Filósofo.

“Bueno, seguramente ya te habrán convencido de su condición de víctimas”. El Filósofo lo miró sin parpadear. “¿Lo ves? Por lo menos ya te han inoculado la duda, que es lo primero que hacen”.

“La duda es el principio de todo filosofar”, dijo el Filósofo.

“Y también de todo desconfiar, ¿te acuerdas de cómo confiabas en mí?”.

“No fui yo el que dejé de verte”.

“Reconozco mi culpa, aunque debes saber que jamás te mentí. Pero bueno, ahora estamos ante un dilema mucho más acuciante. La Esfinge, mi compañera, es una experta cibernauta y se han servido de ella para burlar la seguridad virtual y sembrar el virus en varios lugares estratégicos que pueden ser activados en cuestión de minutos”. El Filósofo le recriminó que un científico tan respetado como él se prestara a colaborar en ese plan macabro que tenía al Continente al borde del holocausto. “¡Ya te dije que me obligaron!”, protestó el Biotecnólogo. “A mí ni con la más terrible tortura me hubieran sacado nada, pero se adueñaron de mi compañera, que la amo más que a mi propia vida”. El Filósofo

objetó que afuera se creía que las secciones masculina y femenina de las Granjas estaban completamente aisladas. Y el Biotecnólogo respondió que afuera se creían todas las estupideces que propagaba la Cadena Continental.

Los enanos llegaron con el té y esperaron a que el Biotecnólogo abriera la puerta. Después de dejar las tazas con los demás utensilios sobre la mesa de vidrio, salieron igual de silenciosos que como habían entrado. El Filósofo aprovechó el primer sorbo para remirar el entorno por encima de la taza. En una esquina había un sofá cama y enfrente, atornillada a la pared, una pantalla de plasma; en la otra esquina, sobre un mueble metálico, estaba encendida una computadora. Atrás había una puerta y el Filósofo dedujo que adentro estaría el baño.



XXVI

“Hace tiempo que quería decirte algo”, dijo el Biotecnólogo dejando su taza sobre la mesa después de darle una sucesión de pequeños sorbos. “Tiene que ver con tus planteamientos filosóficos que, si no me equivoco, algo le deben a la tesis de nuestra amiga la Jurista, o la Trilógica, que es como ahora le dicen, ¿no?”.

“Para estar recluso y secuestrado me sorprende lo bien informado que estás”, dijo con aire socarrón el Filósofo.

“Sí, cuando estás aprisionado entre dos enemigos fundamentalistas, la información es cuestión de vida o muerte. Pero te quería decir que desde que estoy aquí recluso he tenido la posibilidad de repensar algunos dogmas que allá afuera se consideran verdades incontrovertibles”.

“¿Cómo cuáles?”, quiso saber el Filósofo.

“Yo no creo, por ejemplo, que existan múltiples universos sino uno; ni que la estructuración trilógica tenga más validez que la séptuple; ni que la uniformidad de raza, lengua y religión sea un determinismo evolutivo...”.

“Cada quien es dueño de su propio pensamiento”, cortó el Filósofo.

“Desde luego, pero cuando un pensamiento tiene una repercusión social debe ser analizado como si se tratase de un crimen. Si alguien posee el don de la palabra, lo primero que debe hacer es oír. Todas esas ideas perfeccionistas que ahora celebran los jóvenes se hacen añicos contra la absurda realidad que vivimos. ¿De qué vale poner a la familia como fundamento natural de la evolución si

ese principio no se les concede a todos los individuos? ¿Para qué predicen las bondades de la justicia si son los primeros en incumplirla?”.

El Filósofo hizo un reparo, poniendo la mano al frente a manera de clausura: “Yo jamás he despreciado a nadie por su deficiencia mental o su corta estatura...”.

“Lo sé, pero no dejo de preguntarme con quiénes estás: ¿con ellos o con nosotros?”.

La voz del Filósofo derivó hacia riesgos más calculados: “Lo mismo me pregunto yo ahora: ¿con quiénes estás tú, con los rebeldes o con los ciudadanos libres?”.

El Biotecnólogo sujetó con las dos manos la taza de té como si ése fuera el último baluarte de su defensa antes de capitular: “No, el remanente de luz que aún brilla dentro de mí no me permite estar del lado de los enanos. El solo hecho de pensarlo me da pavor; casi tanto pavor como la inminente posibilidad de la diseminación del virus. ¡Dios mío, tan soberbios son como para no llegar a un acuerdo!”.

“Lo que ofrece el Jefe de los enanos es como si no ofreciera nada”, dijo el Filósofo.

“Lo sé, por eso estoy doblemente preocupado, porque ni estoy con los malditos enanos ni con esos locos Perfeccionistas...”.

“¿Qué tan letal es el virus?”, preguntó el Filósofo complacido de que empezaran a coincidir en algo.

“Está terriblemente bien diseñado. Sólo se salvarán los que tengan la vacuna”.

“Fue la opción más absurda entre todas las posibles”, objetó el Filósofo.

“Fue la opción más difícil que tuve que tomar en mi vida”.

“¿Más aun que la de desprenderte de tu hijo?”, preguntó el Filósofo con intención acusadora.

“¡Mi hijo y su madre murieron a causa de la misma intolerancia!”, casi gritó el Biotecnólogo.

El Filósofo permaneció al acecho, ahora estaba empezando a ver en la superficie virtual de la mesa la llegada del holocausto: exterminio y putrefacción, hambre y suciedad; el regreso brutal a la barbarie. “¿Y cuánto tiempo se podría subsistir en un refugio?”, preguntó sin apartar la vista de la pareja de salvajes que corrían sobre la pradera de vidrio.

“Créeme que aun aquellos que sobrevivan gracias a la vacuna se enfrentarán a un mundo desesperanzador y vacío”.

El Filósofo dio un buen trago al té, tal vez el último que iba a tomar en su vida. Y pensó si en todo el Continente había algo que de verdad le importara más que su vida, alguien que mereciera prolongar la agonía. Empezó a ver fuego en la superficie de la mesa y ñaños y fercos y paquiceros quemados retorciéndose en fogatas apocalípticas y barricadas con individuos armados y embutidos en trajes antivirales, y por último vio los doce dedos abiertos del Biotecnólogo, como apéndices violáceos derrotados sobre la mesa.

“¿Qué probabilidades hay de que nos aniquilen?”, preguntó el Biotecnólogo con una humildad que parecía emanar del corazón.

“Todas”, dijo tajante el Filósofo.

“No puedo creer que estén tan ciegos como para dar ese paso”.

“Seguramente allá afuera ya habrán tomado las medidas necesarias para darlo”.

“Como las ha tomado aquí adentro el Jefe de los enanos para protegerse”.

El Filósofo sonrió indulgente: “No creo que exista ningún refugio capaz de resistir el efecto devastador de las nuevas armas ultimatónicas...”.

Los dos se vieron y entendieron que ya no había impostura ni fingimiento. En el fondo acuoso de los cuatro ojos estaban dos adolescentes tendiéndose con

desesperación las manos. El primero en hablar fue el Biotecnólogo:

“¿Crees que te han incluido entre los que deben sobrevivir?”.

El Filósofo negó con la cabeza. “¿Y a ti, aquí adentro?”.

“Puede ser, me necesitan demasiado”.

“¡Maldita intolerancia!”, escupió el Filósofo no resignándose al fracaso.

“Es una ley evolutiva”, dijo el Biotecnólogo, “la especie que triunfa siempre desprecia a las demás”.

“Somos mucho más que simples animales”, objetó el Filósofo.

“Yo cada día lo dudo más”, sentenció el Biotecnólogo.

El Filósofo extrajo entonces del bolsillo interior del saco un pequeño cuaderno y una pluma y escribió en una hoja: “Nos están grabando, no pude evitarlo”. El Biotecnólogo asintió, y el Filósofo continuó escribiendo: “La microcámara que me pusieron en el zapato está inutilizada”, y adelantó el pie con el zapato embadurnado de excremento de ferco; “pero en la mano derecha traigo instalado un micrófono”. El Biotecnólogo se incorporó mientras decía: “Bien, quiero que sepan allá afuera que yo desaprobé desde el primer momento esta absurda rebelión; pero también desearía expresarles mi absoluta convicción de que si no cumplen con las exigencias del Jefe de los enanos, las consecuencias serán tan terribles que ni las podemos imaginar”.

Mientras observaba cómo el Biotecnólogo llenaba un recipiente con agua, el Filósofo dijo: “Les haré saber la gravedad del caso, pero me aterra el solo hecho de pensar en la magnitud de la respuesta que seguramente ya han decidido dar”.

Luego el Biotecnólogo le hizo señas para que metiera la mano derecha en el recipiente con agua. Antes de que la mano del Filósofo se hundiera, el Biotecnólogo dijo enfático: “Tarde o temprano todos seremos juzgados”.

Una vez que la mano estuvo bajo el agua, el Biotecnólogo fue hacia la mesa en la que estaba la computadora y susurró: “Todavía hay una oportunidad”. Tomó una cajita y regresó para depositarla sobre el vidrio. “Son diez vacunas”, dijo atento a la reacción de su examigo; “las más potentes de una nueva serie que no necesita refrigeración”.

Ante la mirada incrédula del Filósofo, el Biotecnólogo lo incitó a recogerlas. “Una es para ti y otra para tu compañera, la distribución de las ocho restantes queda bajo tu sabio criterio, y recuerda que tal vez sean las únicas cinco parejas que sobrevivan”.

“Yo no tengo pareja ni podría ser capaz de seleccionar a nadie, ni siquiera podría ocultar las vacunas...”, quiso desentenderse el Filósofo.

“Pues yo estoy seguro de que no sólo sabrás arreglártelas para llevar las vacunas hasta donde tengas que llevarlas, sino que también sabrás encontrar a las mejores parejas que merezcan perpetuar la especie”.

El Filósofo tosió un risido. Luego sacudió la cabeza y dijo con un matiz incrédulo: “Es una locura estúpida”.

“La respuesta más natural a una cordura estúpida”, replicó el Biotecnólogo.

El Filósofo volvió a sopesar la integridad de su ex amigo, el único que había tenido, el que le había salvado la vida... No, no podía dejarse atrapar por las conjeturas de un maníaco solitario; probablemente esas ampollitas contuvieran agua y todo lo que le había dicho sobre los enanos y el virus no fuera más que parte de una escenificación bien ensayada. El Biotecnólogo esperó. Dejó que la mirada del Filósofo alcanzara un considerable grado de desconfianza y entonces le soltó de golpe que en diez puntos estratégicos del Continente había diez contenedores climatizados con fercos inoculados con el virus, y que serían abiertos con un mecanismo electrónico diez minutos después del primer ataque.

El Filósofo se vio descubierto y aflojó el rechazo.

“Ya te dije que yo te fallé, pero no te mentí; y ahora te digo que no te estoy mintiendo ni te voy a fallar. Guarda las ampollitas donde creas que las debes guardar y vete”, dijo el Biotecnólogo asumiendo una seriedad repentina.

El Filósofo se acercó y tomó la cajita con las vacunas. Antes de salir dijo que tenía que decirle algo desagradable que no podía seguir ocultando por más tiempo.

“¿Qué es?”, preguntó el Biotecnólogo dispuesto a oír cualquier insensatez.

“Que tu hijo está vivo y es el Líder del Frente Juvenil de los Perfeccionistas”.

“No, una vez más estás equivocado”, dijo con firmeza el Biotecnólogo. “Ese personaje sintético es el resultado de una manipulación genética con el maldito semen que vendía mi padre”.

Afuera había una atmósfera que semejaba la de un planeta en plena exhalación de fuego y gas. Al borde del colapso, el Filósofo vio cómo del humo casi irrespirable salió corriendo el militar cubierto con un traje antiviral y le ofreció una máscara. Ante la expresión depredadora del militar, la cajita con las vacunas que el Filósofo llevaba oculta en la entrepierna adquirió una repentinidad áspera y sentenciosa.

Un vehículo se acercó macheteando con sus luces las tinieblas, y el militar empujó al Filósofo hacia dentro con una violencia acorde a la ominosidad atmosférica. Ya adentro, la voz metálica del oficial arrancó al Filósofo de su defensiva especulante:

“La transmisión fue muy deficiente, seguimos sin poder precisar quién es realmente el que encabeza la rebelión...”.

“Lamento compartir la misma ignorancia”, cortó el Filósofo mientras trataba de encontrar una apertura al cielo azul entre el humear holocaustico.



EL HOMBRE SOBERBIO

I

Esta es la historia de un héroe excepcional, uno de los más grandes guerreros que registran nuestros archivos planetarios. Apareció de golpe, sin que ninguna secta o visionario lo anunciara. Y llegó en uno de los momentos más críticos en la entera historia del planeta, cuando la corrupción de los valores enseñados miles de años atrás por las mentes más sabias alcanzaba un punto de ruptura: la amenaza de un regreso brutal a las más oscuras edades.

Desde niño ya era ostensible su diferencia, con un cuerpo y una salud excepcionales, y con la inteligencia de un felino salvaje que observa en máxima tensión las rutinas del herbívoro que va a devorar. En la legendaria imaginería que después se construyó en torno a sus años pueriles, lo más realzado era la seductora fragancia que emanaba de su cuerpo y la fascinante claridad de sus ojos, que tan celebrados serían al ser enfocados durante el fragor de las contiendas; así también era admirada y mediáticamente muy reproducida su armoniosa arquitectura corporal y la impresión de fuerza invencible que emanaba su agigantada figura.

Nadie supo la razón que motivó al asceta Amonio, que fungió como padre y maestro en su niñez, a ponerle el arrogante nombre de Helioson; pero muy pronto, en cuanto los medios comenzaron a magnificar sus hazañas, se le reconoció a nivel planetario como el Hijo del Sol.

Nadie podría sospechar que este superniño representaba una peligrosa arma en potencia hasta el momento

en que fue raptado. No existía el menor expediente en la Red virtual, ni el menor registro público sobre el día y el lugar donde había nacido esta criatura solar que pasaba horas acechando y destruyendo gozosamente toda forma de vida reptante, con una voluntad tan decidida que ni el mismo Amonio la podía controlar.

“¡Te he dicho que no vuelvas a hacer eso, que sólo lo hacen las bestias!”, lo reprendía a menudo.

Y el chico respondía con una contundencia que paralizaba de raíz las intenciones punitivas del riguroso filósofo:

“¡Padre, tú mismo me dijiste que para hacer el bien tenemos que destruir el mal!”.

“No, hijo mío, el mal se destruye a sí mismo”.

Una tarde, después de perseguir y dar alcance a un hambriento perro montés que se había acercado a la cabaña con intención de llevarse un cabrito del corral, fue sorprendido mientras observaba con sus ojos radiactivos la ensangrentada cabeza que acababa de separar del cuerpo del animal con una violencia excesiva.

“¿Qué has hecho, desgraciado?”, le increpó Amonio.

El muchacho arrojó con desdén la cabeza del animal y fijó los dos soles azules de su mirada en las ensangrentadas manos.

“¡Mírame, te estoy hablando!”, exigió el padre, ya molesto por la facilidad con que a últimas fechas el chico lo sacaba de sus casillas con sus caprichos bárbaros.

El chico lo encaró adelantando la mano derecha para hacer más visibles los tres círculos azules impresos en el centro de la palma ensangrentada:

“Quiero que tú también me respondas muchas cosas. Podrías decirme, como el padre compasivo que eres, ¿qué significa esta seña de identidad?”.

“¡Cuántas veces te he dicho que no debes responder a una pregunta con otra pregunta!”, replicó el padre, recordando los ya lejanos años de docencia universitaria en que tenía que enfrentarse con los académicos hermeneutas.

“Mientras no me des una respuesta satisfactoria, seguiré insistiendo para conocer lo que no conozco”, respondió con arrogancia el adolescente.

“Yo no puedo, y dudo que alguien pueda algún día colmar esa esperanza... Esa marca ya la tenías en tu mano cuando te arranqué de los brazos exánimes de tu madre”.

“Sí, eso ya me los has dicho...”.

“Pues es todo lo que sé. Lo que ahora importa, hijo mío, es que domines esa tendencia irracional a la destrucción, propia de las bestias sin alma. Ninguna conciencia superior se regodea en el castigo o la destrucción de sus enemigos. A veces lo que veo en tus ojos me asusta, y quisiera que hubieras aprendido de mí el costo avasallador de la soberbia, para no cometer los mismos errores ni dejarte seducir por los mismos desatinos”.

El chico buscó la mirada del padre y masculló con intención confrontante:

“Ojalá pudieras decirme, con la suficiente claridad para que yo lo entienda, la diferencia entre soberbia y verdad”.

“Lo que yo pudiera decirte en este momento no sería más que palabrería vana, hijo mío. Tú mismo tienes que aprender a enfrentar ese rencor ciego que te posee; y nada me da más tristeza que verte así, malogrando la grandeza de tu destino”.

“¿Acaso serías más feliz sin mí, o preferirías que fuese un niño cobarde como esos animalitos del corral pegados a sus madres?”, dijo el muchacho ante la mirada indulgente de su padre.

“Hijo mío”, balbuceó el filósofo al tiempo que enfaticaba con movimientos de cabeza el desacuerdo, “hace muchos años que renuncié a juzgar para no ser juzgado. Sé muy bien que tendrás que aprender por ti mismo a vencer la violencia que te tiene subyugado”.

Pero los momentos más arrogantes vendrían después, al competir con los demás compañeros en el colegio militar. Resultaban siempre muestras injuriantes de ofensiva

superioridad, el mismo regodeo cruel del depredador que doblega a sus víctimas y las hace chillar como bestezuelas destinadas al sacrificio. Uno de los maestros encargado de enseñar disciplina, se deleitaba en extremo con los inverosímiles recursos violentos de este adolescente superdotado. El multicondecorado coronel, al conocer por la información que recabó que el chico no tenía padres ni familiares, decidió entregarse por completo a la tarea de moldear al más eficiente defensor del orden social: el soldado más perfecto de su tiempo. Sin embargo, la relación entre el aprendiz superdotado y el maestro implacable se quedó muy por debajo de las expectativas. Ante la multiplicación de acusaciones y expedientes disciplinarios, la dirección de la academia militar acordó asignarle la tutoría del cadete al reconocido filósofo Aristóbul, que hizo todo cuanto estuvo a su alcance para encauzar los excesos beligerantes del joven.

Algunos maestros de la academia culparon al antisocial Amonio por no haber reprimido durante la infancia del adolescente esas tendencias destructivas que representaban una amenaza a toda forma de ley y orden. Mas a decir verdad, ni el asceta Amonio ni el profesor Aristóbul pudieron neutralizar la perversa inclinación del muchacho a la rebeldía; desobediencia que se acentuó aún más con los torpes aleccionamientos de los maestros militares, y con sus rutinas de ensalzamiento de la fortaleza y el consiguiente desprecio de los débiles. Toda esta glorificación del héroe invicto terminó moldeando de manera definitiva el carácter marcial del joven guerrero, y lo aisló bajo una membrana de fría desconfianza que lo condujo fatalmente al desprecio implacable hacia todo lo masivo.

Los registros videograbados del momento en que el chico fue separado de la tutela de Amonio, muestran un adolescente bello e inusitadamente agresivo. En las imágenes pueden distinguirse los sorprendentes movimientos con que el joven deja inconsciente al oficial del grupo que

intentó someterlo. El militar, en una acción que reflejaba su adiestramiento implacable, no reparó en la actitud amistosa del muchacho y lo agarró por el cuello con su brazo derecho desde atrás, mientras el izquierdo sostenía con agresividad el arma. Nadie del comando militar, ni el propio Amonio, daban credibilidad a la rapidez con que este adolescente de apenas trece años se encogió y metió las manos entre sus piernas para jalar la pierna derecha del militar y derribarlo de manera fulminante, inutilizándolo luego con un pie sobre el cuello. Al voltear hacia el segundo militar con intención belicosa, la voz de Amonio se impuso con jerarquía:

“¡Un momento, dejémonos de comportar como salvajes!”.

Para sorpresa del joven, Amonio, después de ver las órdenes brillar en la tablilla electrónica, le pidió que se disculpara y que se dejara conducir sin violencia, pues estos emisarios sólo cumplían mandatos superiores. Sin embargo, al darle un emotivo abrazo de despedida le susurró al oído:

“Te están raptando, pero si sacas las mejores enseñanzas de esta nueva experiencia pronto podrás liberarte y asumir tu destino”.

No era la primera vez que su padre le mencionaba la palabra ‘destino’ con implicaciones libertarias. Así que, mientras se lo llevaban, se lo quedó mirando en espera de alguna otra señal que contribuyera a dilucidar esa humillante sensación de desencuentro.

Ya familiarizado con las rutinas de la academia militar, se le permitió el acceso a la Red global Nevis (Nexos Virtuales Intercognitivos). Pronto se aficionó a los juegos de guerra y a buscar las biografías de los más grandes héroes y de los más osados personajes literarios. Hasta que un día recibió en la red un mensaje anónimo que hacía referencia a Amonio, y al abrirlo descubrió los por menores de la deshonrosa expulsión de su padre-tutor de

la Universidad, con la posterior condena al ostracismo. Desde entonces su desconfianza hacia los guardianes del poder se tornó ofensivo desprecio.

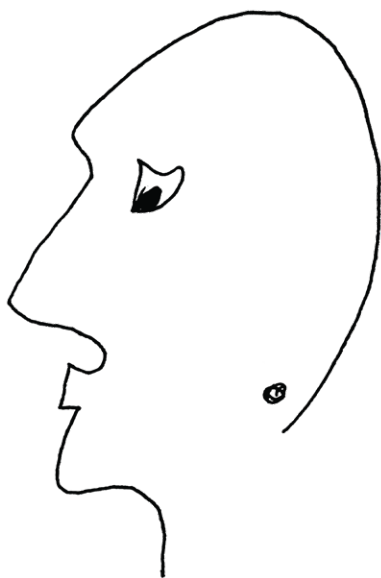
En consonancia con el potenciado odio que corroía su corazón a partir del descubrimiento de las humillaciones que le habían infligido a su padre, su soberbia precoz, producto del desprecio y maltrato de toda forma de vida reptante en sus años pueriles, le indicó que ya no debería obedecer órdenes. De manera que, mientras fingía coincidencias con los militares, también incrementaba su rechazo visceral hacia la población más sumisa, que aceptaba todo tipo de injusticias y arbitrariedades a cambio de garantizar su alimentación y seguridad.

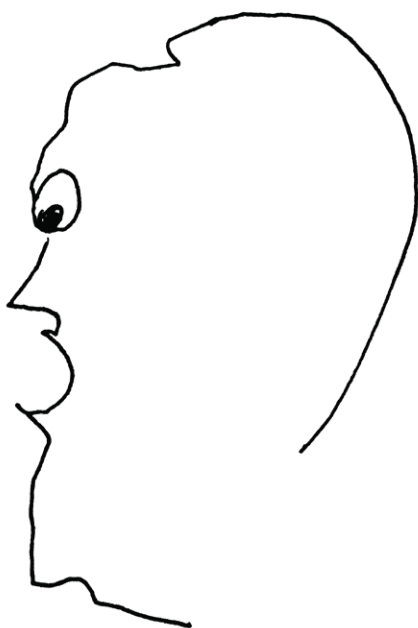
Un par de años después, y en contra de las sabias prevenciones de Aristóbul, acuñó uno de los más desafortunados términos con que injurió, ya abiertamente, a la mayoría de los ciudadanos llamándolos ‘conciencias estabuladas’.

Mas todo parecía estar diseñado en el comportamiento de este adolescente para que se convirtiera en el ídolo incuestionable de las mismas masas que criticaba. Las primeras enseñanzas del maestro Amonio, indisociables de su vida metódica, habían logrado que la falta de compasión que parecía connatural al niño prodigio se atemperara positivamente con cierta moral ascética. De esas enseñanzas de mesura y acato, renovadas, en parte, después por el filósofo Aristóbul, conservó el joven guerrero la repugnancia hacia lo sofisticado, y también el sobrio comedimiento ante el placer y la riqueza. Desafortunadamente, el esfuerzo de los dos sabios para evitar que la supremacía genética oscureciera los valores morales, fue en gran parte nulificado con la férrea disciplina militar.

Como el asceta Amonio vivía con lo mínimo indispensable, el muchacho nunca había visto su imagen reflejada claramente en ninguna superficie. El primer día que se

paró ante un espejo, la imagen que vio de sí mismo dejó inmóvil su imaginación durante un buen rato. No esperaba esa armoniosa reproducción, ni se había imaginado esa sensación abrumadora de autocomplacencia. Su voz segura se tornó entonces imperativa, y su modo armonioso fue adquiriendo los matices propios de la soberbia y la ambición de mando.





II

Al cumplir los quince años transmitía una fascinación turbadora. En las pantallas, pequeñas y grandes, apareció como el nuevo héroe, salvando de una muerte casi segura a un numeroso grupo de niños a punto de resultar calcinados. Los jefes militares decidieron exhibirlo por primera vez para que el planeta entero viera ese modelo de perfección heroica. Y él se sintió halagado con la oportunidad, sin sospechar que abría la puerta al abismo de su soberbia.

La ira, es bien sabido por todos los seres autoconscientes, emana de manera desigual de un cuerpo débil que de uno fuerte; en el primer caso nos produce lástima; en el segundo nos predispone a un temor admirativo. Tal es lo que sentían los millones de espectadores que pudieron ver los sucesos en todos los noticieros, y fueron muy pocos los que no experimentaron la repentina revelación, la certeza de que aquel joven estaba destinado a cambiar la historia del planeta. Parecía, hay que señalarlo, un montaje virtual: el estrépito socorrista, la danza inquietante de las llamas que, como lenguas infernales, relamían con sus destellos dramáticos los rostros desencajados de las madres. Las primeras imágenes lo mostraron apartando a un robot que arrojaba agua sobre la pared de la guardería. Enseguida se puso un casco protector y derribó la puerta con una patada frontal para introducirse en el infierno. Por la manera tan deshumanizada como extraía y depositaba los humeantes niños en las camillas, parecía él mismo una invención sin alma. Dos madres, esposas

de dos de los más respetados Defensores de los Derechos Ciudadanos del Continente, se arrodillaron suplicantes ante los guardias de seguridad; y sus imágenes estaban llegando hasta la más apartada periferia satelital. En el momento en que la ennegrecida figura salió cargando al último par de niños, las dos madres ofrecieron al mundo entero el fotograma de sus labios besando las gigantescas botas del héroe.

Muchos de los que veían las imágenes, subyugados por la inercia de una voluntad habituada a la cobardía, no podían asimilar en su justa medida la superioridad del mensaje. Ante los más logrados acercamientos, las preguntas se perdían masivamente en el estupor: “¿Quién es ese gigante?”, “¿cómo es posible que no sucumba en medio de las llamas?”. Y con la misma fugacidad con que apareció, desapareció, después de levantar amorosamente a las madres. Algunos representantes de los medios trataron de cortarle el paso para amplificar el acontecimiento, pero sólo pudieron registrar un enfoque fugaz de su expresión ensobrecida. Caminaba compacto y rápido, como un alud atemorizante e insensible a las miradas ajenas. La expresión adusta parecía una impostura; aunque a decir verdad nunca había aprendido de nadie a sonreír.

Los Defensores de los Derechos Ciudadanos y el Consejo de Notables acordaron entonces, por unanimidad, convertir al Hijo del Sol en modelo de los millones de jóvenes desencantados de todo el continente, para que pudieran ver en él la posibilidad de encontrar una salida digna a sus desilusiones.

A los primeros estudios que le habían hecho, se le sumaron ahora nuevos análisis que arrojaron resultados sorprendentes en relación a la invulnerabilidad de su cuerpo y la misteriosa resistencia a todas las enfermedades. Tanto sus neuronas como las terminales sicomotrices obedecían a una sinapsis de una precisión algorítmica nunca antes vista. El Centro de Investigaciones de Nanotecnología

Militar y las dos más grandes corporaciones privadas de ingeniería genética, solicitaron que se les concediera prioridad para investigar pormenorizadamente a este ser excepcional. Por fortuna, el desempeño del Consejero Aristóbul, como tutor del nuevo héroe planetario, logró posponer por un tiempo, y a través de comprometedores acuerdos éticos y jurídicos, que el planeta se enterara maravillado de la impresionante facilidad con que este adolescente superdotado regeneraba sus tejidos al sufrir cualquier herida.

Fue entonces que la subsecuente rumorología magnificó la leyenda del mítico niño de siete años instruido por seres de luz. No obstante, los más inteligentes opinólogos se preguntaban con calculada ironía: “¿Cómo un hijo de la luz podía cazar y matar con tal deleite toda clase de insectos, roedores y pájaros?”. Algunos de sus más acervos enemigos traerían a colación estos malos hábitos de su infancia años después, cuando, en un arrebatado demofóbico, hizo la odiosa comparación entre “la irremediable cobardía de las masas y las más despreciables expresiones de vida mínima”.

De nada le sirvieron las prevenciones que le hicieron el filósofo Aristóbul y algunos miembros del Consejo de Notables; parecía que no sólo no quería escuchar a los más prudentes, sino que hallaba un retorcido regusto en injuriar a las expresiones defectivas de la ciudadanía.

“No puedo soportar a los cobardes y a los débiles, es algo superior a mí. Y cuando los veo me enfurezco”, dijo en su defensa al ser reprendido por agredir a un compañero de instrucción.

Al difundirse en Nevis, que el padre del Hijo del Sol era un ser extraplanetario, los rumores dejaron paso a la fascinación. Aprovechando esta escenografía delirante, los líderes de opinión mencionaron sin prevención alguna la palabra *gloria*, remarcando, con la deriva inmoral propia de los vendedores de noticias, que la vestidura

indestructible del Hijo del Sol nada más la habían poseído los seres cósmicos que miles de años atrás habían traído la civilización al planeta.

Todavía son poco usadas las palabras que han logrado imponerse a la confusa multidiversidad de las desaparecientes lenguas nacionales. A tales vocablos imperativos puede llamárseles con toda propiedad ‘planetarios’, porque constituyen el núcleo lingüístico del incipiente Estado planetario. Y una de esas expresiones genuinas es el sustantivo *gloria*, que ha sido desvirtuado por el culto usurpador al vulgar vocablo *éxito*.

Ni en el más remoto Oriente ni en las lejanas islas de los cálidos mares del sur ignoran que la palabra gloria es la más significativa clave de acceso a lo superior. Incluso los ciudadanos menos cultivados saben que la gloria no se obtiene por cocinar, jugar, cantar o actuar –como ha venido sucediendo en todos los tiempos de decadencia signados por el culto al éxito–, sino por una proeza épica. Todos ansían alcanzarla, mas sólo a los elegidos les es concedida la posibilidad de permanecer como ejemplos inmortales en la Historia. Y si ser digno de gloria es tarea heroica, el perderla es uno de los mayores castigos concebibles, pues no hay grandeza que en su caída no convoque al desprecio colectivo. Tal fue lo que le sucedió a este titán solar que alcanzó la gloria desde su primera mocedad; después fue humillado por la omnimoda inmoralidad del poder.

A pesar de la confesión del tutor, de que había encontrado al niño recién nacido al lado de la madre muerta, no pudieron evitarse las fabulaciones. Los medios, a los que en afortunada ocurrencia el propio Amonio llamó ‘entelequias profanas’, le concedieron la máxima atención a ese ser “semidivino”, como le decían con propósitos impactantes; incluso algunas empresas, paradigmáticas de la voracidad comercial, le ofrecieron escandalosas ofertas para que publicitara ciertos productos exhibiendo

la supremacía biótica que habían confirmado los análisis practicados. Asimismo, los intelectos sin escrúpulos que promueven los espectáculos que estupidizan a las masas, ágiles y fáciles para mercantilizar insensateces, le ofrecieron al héroe solar grandes sumas para que se prestara a una espectacular exhibición de las facultades extraordinarias que poseía. Entre estas cualidades destacaban el don de la regeneración celular, la telepatía y la clarividencia. La negativa del joven, y la predisposición colectiva a su favor, incentivada por una misiva anónima que circuló a través de Nevis, contribuyeron a aureolar de más encanto su figura.

Sorprendía en el conjunto de sus atributos que su cuerpo jamás traspirara al hacer el mayor esfuerzo o al soportar un calor extremo; y, en consonancia con su hermosura, exhalaba una fragancia que el filósofo Aristóbul, referencia moral y sin duda el más influyente de los miembros del Consejo de Notables en el Continente, atribuyó con perspicacia a su condición de criatura solar: “Había nacido de la luz para la luz”.

Sólo los que han tenido la oportunidad de conocer la luz del trópico podrán entender la predilección del Hijo del Sol por las esplendentes playas de las costas del sur (desde que las contempló por primera vez poco después de ser raptado por los militares). Allí se iba a *solarizar* cuando tenía un descanso en su preparación militar; y allí también, en cuanto se supo de su atracción por el lugar y de sus insólitos poderes, comenzó a celebrarse un festival carnavalesco donde se consagró al Hijo del Sol como la encarnación más perfecta del numen tutelar de las sectas solares.

En la información que luego difundieron los organizadores del ritual orgiástico, el exceso imaginativo llegó al grado de identificar al joven guerrero como hijo de un divino rayo de luz, engendrado en el seno virginal de una encarnación de la fantástica diosa marina Nisis. Cinco

años después, la vacua mercantilización de estos ritos que concentraban por miles a los jóvenes más viciosos y erotizados, propiciaría las drásticas medidas represivas dictadas por las autoridades continentales en complicidad con el Consejo de Notables y los Defensores de los Derechos Ciudadanos.

Una vez que hubo decidido el lugar, el Hijo del Sol se tomó el tiempo necesario para protagonizar una teatralización delirante que concordaba perfectamente con el singular temperamento del trópico. En el transcurso de una semana, sin razón justificable, las playas se llenaron de tortugas y delfines muertos. En pleno clímax apocalíptico de temor y de ira, el joven guerrero solar descubrió la causa e incendió los barcos pesqueros que faenaban con sus redes de manera clandestina.

Los registros que se exhibieron públicamente más tarde, con motivo de su posterior condena al exilio, confirmaron la periodicidad de las idas del Hijo del Sol al trópico, que aprovechaba al máximo para cargarse de energía. Hablan en favor de esta excesiva heliofilia los datos suministrados por las autoridades costeñas, así como los registros del celeberrimo *Diario* de Amonio, donde se destaca que ya desde niño el Hijo del Sol se pasaba varias horas al día desnudo y expuesto bajo los rayos solares, hablándole al cielo en susurros indescifrables. Se entiende entonces que este enigmático personaje rechazara enfáticamente las geografías sin sol, y que se negara, salvo por órdenes superiores, a hacer visitas a los lugares más fríos, donde, según su propia declaración, “junto con el músculo se adormece el alma”.

III

Nada más lógico y natural que en un planeta donde la inteligencia volitiva se sustenta sobre cinco dedos en cada pie y alcanza sus más elevados logros utilitarios con cinco dedos en cada mano, el número diez sea la medida básica de todo lo que se pesa, mide y gobierna. Desde hace cientos de años la gran mayoría del planeta se rige por el sistema decimal. Sin embargo, fue apenas en el siglo pasado que la Organización Mundial de las Naciones acordó que la forma más evolucionada de gobierno era la democracia representativa decimal. El voto mayoritario dio recientemente el aval definitivo a un nuevo sistema representativo de gobierno –global, continental y nacional–, conformado por una cámara honorífica de diez individuos elegidos libremente por la ciudadanía, y otra de diez ciudadanos notables que representan los intereses de las minorías más afortunadas. Estos veinte personajes públicos conforman un órgano de decisión plural en constante conflictividad con los tres poderes ya desprestigiados de la democracia representativa: ejecutivo, legislativo y judicial.

La desmedida ambición de poder, que terminó ridiculizando a los partidos políticos, ha adquirido ahora la forma de una contienda virtual entre los políticos profesionales, con su experiencia y malas mañas, y los improvisados miembros de las dos cámaras, decididamente más favorecidos por la ciudadanía. Esta disensión, que no es más que otra expresión evolutiva de la lucha por el poder, ha motivado un sinnúmero de controversias y sátiras, pues,

según el dictado moral de Aristóbul, “insensibiliza con el hielo de la soberbia los corazones y deshumaniza las pupilas con los engañosos colores de la envidia”.

No faltan, en un mundo regido hasta el día de hoy por la ambición y la violencia, líderes de dudosa moralidad que tratan de predisponer a la ciudadanía en contra de lo que llaman la ‘dictadura decimal’. Los preceptos científicos imperantes, a los que se suma la prestigiosa escuela filosófica encabezada por Aristóbul (los Elevadores de Conciencias), enfatizan que así como los planetas giran alrededor de los soles de manera armónica y predeterminada, dentro de los átomos los electrones giran alrededor de los protones obedeciendo a un ordenamiento decimal; de manera que en nuestro universo, al no poder existir más de cien electrones girando alrededor de un núcleo central, la materia toda –incluyendo la existencia humana– está determinada por el número diez y sus múltiplos.

Los opositores objetan que, aunque la materia esté sujeta a esta ley decimal, de nada sirve esta teoría para la vida cívica, pues para la toma de decisiones es indispensable una conformación impar. A pesar de que en repetidas ocasiones el asceta Amonio se ha deslindado de estos grupúsculos disidentes que lo reconocen como la máxima referencia filosófica y moral, circulan en Nevis copias del libro titulado *Hebdomadario*, cuya autoría la crítica especializada atribuye a la época más corrosiva del pensamiento de Amonio, y que es la referencia bibliográfica quintaesencial de la secta que engloba a los que se autodenominan Misántropos. En ese texto hermético (que consta de siete partes, con siete capítulos cada una y siete páginas cada capítulo) se dice que el número diez sólo tiene validez en el ámbito grosero de la materia, y que el siete –además de normar los días de la semana y regir la diversidad armónica de los colores– es el número que determina la evolución de la conciencia cósmica y terrenal.

Algunos científicos radicales, que han venido apoyando esta polémica tesis, afirman que en la propia estructuración química de la materia puede comprobarse su validez, dado que las propiedades físicas y químicas de los elementos tienden a repetirse con una regularidad séptuple.

Más que las formas de gobierno, todas defectivas, lo que aquí interesa hacer constar es que en este planeta, después de siglos de atrocidades, parece que al fin ya no habrá guerras entre naciones por intereses económicos; tan sólo habrá conflictos por ideologías fundamentalistas y malentendidas autonomías: expresiones intimidatorias de terror y de rencor que, junto con la delincuencia ligada a empresarios inmorales, enervan la incipiente democracia representativa global.

Los ciudadanos, en su mayoría, aún temen y desconfían del Estado planetario; pero cada vez son más, sin duda gracias a Nevis, los que ya están hartos de la esclavitud de una satisfacción engañosa basada en seudonecesidades impuestas por los medios de comunicación al servicio de comerciantes voraces y funcionarios corruptos.

Aristóbul, el líder incuestionable de los Elevadores de Conciencias, acuñó una frase que concitó la bendición de todos los poderes: “Sólo en la adversidad alcanza el hombre la grandeza”. A decir verdad, de todos menos de Amonio, al que el propio Aristóbul calificó, en un gesto que desconcertó a sus seguidores, como “el mayor elevador viviente de conciencia. Amonio había hecho de la renuncia a la autogratificación el principio rector de una nueva eticidad que consideraba indisociable el bienestar de los demás del propio; y en el mismo opúsculo, que había tenido una extraordinaria acogida en Nevis, postuló también la necesidad imperiosa de dejar de matar para vivir, anunciando el inminente tránsito de la especie humana hacia una condición más armoniosa con el entorno y donde se lograría al fin el desarrollo de la biotecnología que permitiría a los humanos alimentarse de la energía

solar. Pero los Misántropos, con intención belicosa, pusieron a circular en Nevis la hipotética respuesta que habría dado Amonio a la socorrida frase de Aristóbul: “En la adversidad sólo se forja la idiotez masiva”.

Evidentemente, como sucede en toda democracia, el voto de las masas es el que decide la balanza del poder. No obstante, cualquiera de los diez miembros del Consejo de Notables o de los Defensores de los Derechos Ciudadanos tiene un poder muy superior al de las numerosas órdenes de funcionarios descendentes, y, desde luego, al de los filósofos que encabezan las escuelas *redistribuidas* en el imaginario virtual.

En los medios más escandalosos el reclamo mayoritario es contra el poder exagerado que han adquirido las dos cámaras de Consejeros y Defensores. No obstante, la casta militar y la cada vez más poderosa casta de empresarios y comerciantes apoyan con interesada firmeza a estos referentes morales (tanto a nivel continental como planetario). Recientemente este frente recibió también el apoyo decisivo de seis de los diez votos del Consejo Global Universitario, en cuya declaración final está impresa la huella inmistificable de Brandán, uno de los más aventajados discípulos de Aristóbul: “Concedámosle a nuestros dignos representantes el poder y la autonomía que su cargo amerita; mas cuando caiga alguno de ellos por inmoral, concentremos sobre él nuestro absoluto desprecio”.

Contra este orden decimal mayoritario se enfrentó el Hijo del Sol con una implacabilidad de felino herido, con más aversión hacia sus contrarios de la que experimenta la Naturaleza hacia ciertos bípedos prepotentes e ignorantes que se empeñan en destruirla.

En medio de esta escenografía masiva de desconfianza y desprecio hacia el poder político y empresarial, el imaginario colectivo convirtió a Nevis en la principal referencia de libertad. Y en Nevis comenzaron a

divulgarse imágenes escandalosas del Hijo del Sol en sensuales escarceos con exuberantes costañas. Eran escenas que excitaban la pupila como un destello solar, pero que, enseguida, ante la rectoría moral, se perdían en una atmósfera de aciagas culpas. Aunque la mayoría de los medios coincidieron en que eran las escenas sexuales más bellas jamás grabadas, el más fundamentalista de los Defensores de los Derechos Ciudadanos del Continente condenó los acoplamientos como “vulgar y pecaminoso protagonismo”.

Fueron decenas de miles las solicitudes obscenas que le empezaron a llegar al Hijo del Sol, donde se exhibían sin recato los deseos más bestiales y se le convertía en el símbolo concentrador de todos los erotismos. Nunca antes había echado tanto en falta las sabias recriminaciones de su maestro Amonio; y ahora que el destino lo colmaba de tentaciones, no tenía a nadie en quien confiar más que en el Consejero Aristóbul.

A sus inmediatos superiores les dijo que él no tenía nada que ver con el montaje mediático, que se avergonzaba del fervor hacia su cuerpo y que estaba dispuesto a someterse a la necesaria disciplina. Fingieron creerle y lo mantuvieron en una vigilada cuarentena; y en adelante se le canceló toda visita al trópico.

La respuesta en las regiones más cálidas fue alarmante, y ante la generalización de los disturbios, el ejército implantó el estado de sitio y dio por abolidas todas las expresiones festivas.

Instigados por el rechazo de los Defensores de los Derechos Ciudadanos a la conducta libertina del Hijo del Sol, algunos líderes de los cultos más puritanos exigieron la expiación pública de la culpa. En consecuencia, se desató en los supercircuitos de Nevis una contienda de gustos que, manipulada astutamente por los empresarios, obligó a los mandos militares a decretar una estricta restricción de la vida pública del héroe solar. En

represalia por el castigo, el Hijo del Sol decidió exornar su vocabulario con expresiones burlonas que rebajaban a la casta empresarial a niveles de establo, y acusó a los publicistas de “viles mercaderes inmorales sin más fines que promover el éxito de cualquier estupidez pensando únicamente en la ganancia”. Cuando comprendió las consecuencias de convertir en enemigos a los manipuladores de las masas, el rencor ya le había corroído el alma.

Lo que se sabía públicamente sobre el origen del Hijo del Sol tenía una fuente que nadie había puesto en duda: el asceta Amonio. Pero después, con la confusión de comentarios cuando apareció la madre, cualquier información al respecto adquirió el estamento oficial de fantasía. A menudo encriptados y llenos de revelaciones sorprendentes, los *Diarios* de Amonio están escritos por una inteligencia crítica que sólo pudo florecer en soledad, después de haber conocido el trasfondo perverso del alma humana. En esos escritos, que transmiten con encomiable rigor la soledad de su vida ermitaña, se encuentran también algunos de los momentos más sublimes de reflexión de la criatura finita ante el cosmos; y, por si ello no fuera atractivo suficiente, constituyen el único acervo humano sobre la infancia del heroico Hijo del Sol.

El chico tenía apenas diez años cuando sorprendió inesperadamente a su maestro con un comentario desquiciante:

“Yo siento que todo lo que mato vive en mí”.

Amonio lo miró en silencio y tuvo miedo de lo que vio. Sintién dose dominador, el niño insistió:

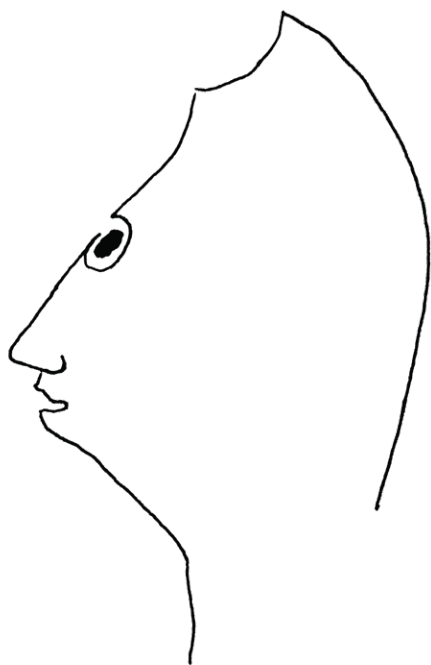
“¿Padre, por qué nos gusta tanto matar?”.

Ese día Amonio no supo que responder, y tras un silencio culposo tuvo la sospecha de que no habría forma de atemperar el instinto destructor de este portento suprahumano.

En los mencionados *Diarios* consta que, meses después de su veleidosa expulsión a la lejana isla habitada por

rústicos salvajes, meditando un día en la cima de una montaña sintió que un vórtice de energía cósmica descendía sobre él obligándole a abrirse al exterior. Enseguida, en vuelo metafórico, se desprendió un ave carroñera. Al tenerla más cerca comprobó que en realidad no era un buitre sino un águila, que lanzó unos graznidos cortos y acerados, y después se quedó silenciosa, como si el canto hubiera sido absorbido por el indescifrable ulular del viento. En espirales descendentes el águila lo condujo a la entrada de una cueva donde berreaba una criatura recién nacida, y a cuyo lado yacía la madre muerta.

En los *Diarios* se narra, en el modo sentencioso y diáfano propio del filósofo desencantado, cómo llevó a la criatura huérfana consigo y la alimentó con leche de cabra, convirtiendo su infancia en una quimera: se cuenta que pasaba largas horas mirando al sol, que hablaba con seres invisibles y con las águilas, que era inmune a todos los venenos y extraño a cualquier forma de temor. Después, con las primeras exhibiciones públicas de sus poderes, la infancia legendaria cedió su lugar en el imaginario colectivo a las portentosas hazañas que sirvieron de tema para las más exitosas historietas.



IV

Sólo una nación en todo el planeta condenaba a muerte a los acusados de ateísmo o herejía. En ese extremo del milenario Oriente gobernaba un teócrata que, con el lema de “Guerra total contra los vicios”, había logrado el respaldo mayoritario de los ciudadanos de más de sesenta años (la edad para el retiro). La posesión de cualquier clase de sustancias sicotrópicas, al igual que la lectura de libros prohibidos por el Índex gubernamental, ameritaba la pena de muerte. En el país casi no había delincuencia, y tenía fama de que sus trabajadores eran los más disciplinados y agradecidos del planeta.

El Consejo de Notables del Continente más poderoso y desarrollado había acordado en un debate secreto darle el apoyo necesario a este tirano que ya había sido reelegido en cinco ocasiones, y que era, además, un aliado incondicional en esa zona considerada como la más inestable del planeta. Su gobierno era ejemplar en transparencia administrativa (la corrupción tanto pública como privada se castigaba también con la muerte) y sus programas de salud pública estaban entre los tres primeros lugares a nivel continental. Pero la opinión en Nevis, incentivada por el público rechazo del más demagógico de los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos, era decididamente adversa, y a nivel global se contaban por millones los que pedían la caída del dictador y la instauración de un gobierno que permitiera las libertades individuales proclamadas hacía más de un siglo por la Organización Mundial de las Naciones.

Las protestas juveniles fueron brutalmente reprimidas, lo que dio pie a diversas expresiones violentas de rebeldía. Entre los movimientos más radicales había uno que apelaba a la inmediata separación de los dos poderes: el terrenal y el celestial; acusaba a todas las iglesias y teocracias de pervertir las enseñanzas de sus fundadores al optar por el lujo y la corrupción de los valores espirituales. Esta secta, llamada Los purificadores, ponía al libre albedrío como referencia suprema de la paz social. Su lema había conseguido el respaldo inmediato de millones de seguidores en Nevis: “Todo ciudadano tiene derecho a hacer de su vida lo que quiera, siempre que no dañe a otro”.

Como era de esperar, los medios se adelantaron para dirigir la función circense. El tema fue debatido durante meses por opinólogos, editorialistas, académicos y líderes sociales. Hasta que por último el Consejo Planetario declaró que: “Bajo ningún axioma de libertad se permitirá la violentación del orden”.

A veces, la historia de la humanidad parece comportarse de manera irracional y azarosa; mas nada de lo que es decisivo para el desarrollo de la conciencia cósmica desaparece. Las caídas y retrocesos son tan sólo desvíos temporales, demoras de cientos o de miles de años que carecen de importancia a nivel cósmico. Pues bien, la primera gran expresión de rebeldía en esa singular nación fue también la última. Sin embargo, para ello tuvieron que confluír una serie de sucesos que ningún medio había previsto.

Desde que se difundieron las primeras imágenes, la sensación unánime fue que aquello terminaría en tragedia. Ningún medio dejaba de realzar la manera tan precisa como había sido ejecutada la operación terrorista. Y la noticia global era ahora: “El gobierno conservador de la nación más conservadora del planeta está secuestrado por un grupo de rebeldes fundamentalistas”.

Más que ningún género, educación, regla o casta, lo que separa radicalmente a los seres humanos es la edad, la irrevocable condena de tener dos visiones confrontadas: la de ida y la de regreso. Los ancianos de todos los Consejos se sumaron a la petición de los funcionarios y comerciantes que exigían una respuesta estricta, tanto en el ámbito jurídico como en el militar. Los jóvenes, por el contrario, infestaron a Nevis con la campaña más agresiva que jamás había existido contra los ancianos. Y así estaban las cosas cuando un grupo de siete rebeldes encapuchados decidió tomar la sede del Congreso local durante la declaración oficial del dictador como Padre Salvador de la Patria.

Durante meses, valiéndose de instrumentos de alta tecnología, los terroristas excavaron un túnel de más de un kilómetro para introducirse justo en la bodega de limpieza del recinto legislativo. Las imágenes que empezaron a difundirse en Nevis mostraban la magnitud del terror reflejado en los rostros de los representantes de los tres poderes sometidos a la voluntad del férreo gobernante.

Las condiciones para liberar a los rehenes eran demasiado radicales para ser aceptadas: 1) Libertad absoluta de credos. 2) Libertad para consumir toda clase de sustancias. 3) Libertad para juzgar a todos los funcionarios inmorales.

Tres de los encapuchados portaban mochilas en la espalda; los otros cuatro estaban armados con fusiles de asalto de última generación y se desplazaban profiriendo amenazas arriba y abajo del amplio estrado. Hasta el momento de la intervención del Hijo del Sol ya habían muerto ocho personas: siete guardias de seguridad acribillados y un anciano legislador de un infarto.

Un obús derribó la puerta frontal del palacio legislativo para que el héroe entrara sin prisa ni azoro. En la entrada misma recibió sobre el pecho varios impactos de bala, pero siguió caminando. Llevaba en la mano derecha una nueva arma de protones que era la primera vez que se

exhibía públicamente. Con la excepción del terrorista que se autoinmoló, causando con el estallido de los explosivos que llevaba en la mochila catorce muertos y más de treinta heridos, los seis restantes fueron calcinados por el mortífero rayo de protones. En las imágenes que difundieron los medios se veía al joven titán cautivante, con su sonrisa solar y sin ningún rasguño.

Las multitudes comenzaron entonces a adorarlo. En los medios habían falseado la identidad de los terroristas, inventándoles personalidades agresivas e inadaptadas. De poco sirvieron las protestas de los artistas e intelectuales de vanguardia: el noventa por ciento de los ciudadanos entrevistados celebraban con efusión la epopeya del héroe solar. Y el reconocimiento se tornó viral.

V

Con el paso del tiempo fueron creciendo las proezas, aunque ya nunca más quiso usar el arma de protones por los terribles daños colaterales que producía. Y justo al cumplir los veinte años, en la cúspide de la veneración masiva, apareció una mujer que dijo ser su madre.

En una sesión que la ciudadanía más consciente consideró como la mayor ofensa contra la ética humana, el Consejo Continental de Notables (en consenso con sus representantes nacionales) había declarado ilegal toda forma de negociación con los grupos terroristas, sin importar la capacidad de daño de los delincuentes ni el clamor de repulsa masiva que tan cruel medida concitaba. En un par de años los actos delictivos que atentaban contra la seguridad del Estado bajaron notablemente, y los comerciantes y los empresarios celebraron el logro como una prueba fidelísima de la inteligencia y justicia con que había legislado el Consejo de Notables. Pero no faltaron teatros autoritarios donde la irracionalidad de la violencia llegó a tal nivel, que la ciudadanía saturó los retículos virtuales con llamados a la desobediencia cívica. Y uno de los más sonados tuvo que ver sentenciosamente con el destino del Hijo del Sol.

Esta vez eran cinco enemigos declarados del Estado planetario, y en las imágenes que circulaban en Nevis tenían la misma expresión suicida que los integrantes de los últimos grupos (unos habían tomado rehenes en un sofisticado banco y otros en un lujoso centro comercial) de terroristas liquidados implacablemente por el héroe

solar. Este último grupo había escogido como escenario espectacular una nave de pasajeros a punto de despegar en el más sofisticado aeropuerto. Y de nuevo repetían sus exigencias: “Cese inmediato a las medidas dictatoriales de selección genética que se están implementando en las regiones más pobres del sur, y queremos el nombramiento de una comisión encargada de investigar a los grandes consorcios y empresarios que pretenden privatizar el agua y el aire”.

En medio de la confusión, en las redes se expandió una pregunta como sangre derramada: “¿Cómo habían podido pasar las armas por los controles de seguridad del Centro Aeroespacial más sofisticado del planeta?”.

La negativa al diálogo del gobierno continental fue contundente, y sirvió una vez más para exhibir la facilidad con que las masas son capaces de pasar de un estado de conciencia beligerante a otro de increíble agradecimiento domesticado.

Nunca antes había ocurrido tal apertura, ni se había logrado un consenso tan rápido entre todos los poderes, incluyendo a los Defensores de los Derechos Ciudadanos. Al momento de la transmisión en vivo, eran cientos de millones de ojos que seguían los movimientos del Hijo del Sol con la inconsciente avidez de un espectáculo deportivo.

La nave de pasajeros estaba detenida en una sección lateral de la pista, sin que cámara alguna pudiera exteriorizar lo que allí adentro estaba pasando. Los terroristas sabían que su única opción residía en el escándalo que se desataría a partir de los dos primeros rehenes sacrificados. El primer cadáver en ser arrojado fue el de una anciana; una hora después le siguió el de una niña. Ante la falta de respuesta, demoraron una hora más la ejecución de un anciano y una hora después le siguió un niño. En este punto tan dramático, que los medios teatralizaron al máximo con intenciones de *rating*, en Nevis circuló un

llamado ciudadano a bloquear de inmediato la terminal aérea. Miles de compactas autonaves se dirigieron hacia el Centro Espacial en una confusión que originó varios percances fatales. Las vías terrestres también fueron tomadas por grupos agresivos que se atrevían a desafiar la eficacia represiva de los robots antibloqueos. Mas no tardaron las excepcionales medidas de fuerza en someter implacablemente a los revoltosos.

Sumidos los ánimos en este caos, los secuestradores de la nave con ciento setenta y cinco pasajeros a bordo ya se disponían a arrojar la decimotercera víctima sobre la sangrante conciencia ciudadana. Y entonces apareció el Hijo del Sol para darle la certeza definitiva a los que lo veían ocupando un escaño en el Consejo de Notables del Continente. Descuajó de un tirón el brazo del terrorista que pretendía arrojar el último cadáver por la puerta delantera, y, tras empujar el cuerpo a la pista, entró como una bocanada solar, aniquilando toda rebeldía a su paso.

Lo que el Hijo del Sol más odiaba eran los gritos acobardados de los que se resistían a enfrentar la muerte; esa animalidad despersonalizada y temerosa que empuñecía cualquier victoria.

“Sólo lamento que mis servicios den tranquilidad a los peores y posibiliten su espantosa reproducción”, le dijo a su viejo tutor la segunda vez que lo visitó en su aislada cabaña.

“Modérate”, lo reprendió Amonio. “La ambición y lo despreciable mueren por su propio exceso”.

Al asomarse a la cabina después de aniquilar a dos terroristas, vio los cuerpos sin vida del equipo de vuelo, y en ese mismo instante recibió un impacto en su espalda que desapareció de manera instantánea e inverosímil como un fugaz microsól de oro. Le bastó luego un solo disparo con su vieja pistola de balas de vanadio para fulminar al terrorista al hacerle un pequeño cráter de lava rojiza en la frente. Enseguida ejecutó al cuarto secuestrador, que

en su desesperación había disparado contra una fila de pasajeros.

Al fondo de los gritos estaba el último rebelde; apocado en la adversidad y protegido por el cuerpo de una mujer de rúbea cabellera, que gritaba:

“¡Dispárale! ¡No le tengas piedad que es una alimaña!”.

Para el héroe solar, que tantas veces había visto los estragos del temor, esa valentía ante la muerte no era común; y menos en una mujer que tenía el cañón de un arma sobre la sien derecha. Pero el rebelde sabía, como todos los que estaban allí dentro, que el Hijo del Sol había recibido impactos que ningún humano podría haber resistido, y que el tejido se había reintegrado asombrosamente. Atribulado al intuir que el piso que sostenía su temor iba a ser también su propia tumba, sin atreverse a pensar en el alcance de su ofensa, el secuestrador golpeó con el arma la cara de la mujer, y sin dejar de apuntarle gritó al ser inmortal que caminaba inclinado hacia él:

“¡Si das un paso más la mato!”.

El gigante levantó su arma. Y entonces la mujer, aprovechando el cambio de la mirada, mordió la mano que la amenazaba haciendo que el secuestrador gritara como sólo puede gritar quien está convencido de que su sacrificio es un canto a la libertad:

“¡Vivan los nacionalismos y la diversidad de razas! ¡Libertad de procreación para todos! ¡Alto a la privatización de los recursos natu...!”.

El impacto se inclinó un par de centímetros hacia la ceja derecha, y el cuerpo del rebelde nacionalista al desplomarse dejó libre a la mujer.

Había rescatado a decenas de personajes llorones y humillados por el temor, a los que aborrecía desde su filosofía heroica como productos fallidos de un proceso evolutivo fuera de control. Sin embargo, esta mujer era muy distinta, demasiado valiente para haber aguantado con esa integridad el secuestro. Como si estuviera oyendo

estos pensamientos, la mujer adelantó desde el piso la mano derecha y mostró la palma con tres círculos azules. Él se desprendió del guante derecho y comparó el enigma con el suyo: los mismos círculos concéntricos, la misma pertenencia cósmica.

“¿Quién eres, que te presentas así con esa extraordinaria seña de origen?”, le preguntó sintiendo cómo el corazón se le encarcelaba en hielo.

La mujer aún era naturalmente bella, a pesar del golpe del terrorista que le había mancillado el rostro con un hematoma sanguinolento arriba de la ceja izquierda.

“¡Soy tu madre!”, le respondió con los ojos brillantes por el llanto.

“¡No, mi madre murió cuando yo nací!”.

“¡Eso te hicieron creer, como a mí me obligaron a callar!”.

“¡Cómo te has atrevido a tatuarte esto!”, y volvió a señalar los tres círculos azules concéntricos de su mano.

“Tú padre me lo contó todo antes de que desapareciera. Tú naciste con esos círculos, a mí me los tatuó él, para que no olvidara jamás el significado de su linaje. Aunque te cortaran la mano o me quedara ciega, tu fragancia disiparía cualquier duda: nadie más que tú tiene ese aroma a jazmín y cereza”.

“Mujer, ni siquiera estás en sano juicio. No eres consciente de las blasfemias que inventas”.

“¡Soy tu madre, mírame y siénteme, como yo te miré y te sentí cuando te traje a este mundo!”.



VI

“No, no puedes rechazarla sin tener una prueba sólida como una montaña fuera de tu cerebro”, dijo Amonio.

“La mejor prueba soy yo; no siento lo que tú sientes”, replicó el Hijo del Sol.

“No deberías estar tan seguro en creer saber lo que yo siento”.

“Como sea, no puedo amar lo que no conozco; aprendí de ti que es la mente quien ama, no el cuerpo”.

Estaban afuera de la cabaña de Amonio, y las oscuras nubes semejabán una mano enguantada que no se decidía a abofetear el mundo. Era la tercera vez que el Hijo del Sol salía del Continente para regresar al lugar donde había crecido y de donde había sido arrebatado de niño sin su consentimiento ni el de su padre-maestro. Ahora los papeles parecían haberse distribuido de manera incorrecta: el hijo rechazaba la posibilidad de tener una madre terrenal y despreciaba los consejos del que lo había criado como un padre.

“Hazle la prueba decisiva”, dijo Amonio dando unos pasos en la austera terraza.

La vista de las nubes tormentosas era el único privilegio del lugar a esa hora declinante de la tarde. Doblegando la mirada con humildad, el discípulo susurró:

“¿Y si de verdad fuese mi madre?”.

“Tendrías que someter tu afecto al mandato de los genes”.

“¡No, eso nunca!”.

“No reconocerlo sería igual de estúpido que rebelarse contra los dictados del cielo”, sentenció el maestro.

La prueba dio el resultado que el tutor ya conocía, porque le había visto la cara a la mujer veinte años atrás, cuando había en aquel rostro lívido la belleza desconcertada de una cierva agonizante. La madre habló y habló hasta que los medios se quedaron ahitos de detalles: que el padre de la criatura se había empeñado en llevarla a esa isla para que diera a luz allí; que al empezar los dolores del parto, el padre había sido arrebatado por una misteriosa luz; que al despertar en un hospital, a cientos de millas de la isla, la criatura ya no estaba a su lado...

Muy pocos pusieron en duda la verosimilitud de esa historia sincera disfrazada de agradecimiento cósmico. La mujer transpiraba fascinación; y los medios les proporcionaban a las mayorías lo que necesitaban para salir de sus rumias de establo. Hasta que el júbilo del *rating* le dio al Hijo del Sol la prueba que buscaba para confirmar su recelo.

“Sólo la mueve un afán protagonístico”, dijo con fastidio.

“Ante el éxito y la muerte todos somos principiantes, hijo mío”, respondió Amonio.

El colmo se sobrepasó pocas semanas después, cuando el Consejo Continental de Notables la nombró Madre Continental, que era el más grande reconocimiento que se le podía rendir a una mujer en el continente más permisivo del planeta. Y ella, sin medir el alcance de la seducción, cedió al halago.

Nueve meses más tarde, y en plena celebración del salvamento heroico de un congreso de empresarios que habían sido tomados como rehenes en un lujoso hotel en el sur del Continente, el Hijo del Sol volvió a visitar a su padre-maestro para confesarle que estaba seguro de que los círculos pintados en la mano de esa mujer eran falsos.

“De todas maneras, aunque sus marcas sean artificiales y las tuyas naturales, tenéis la misma sangre”, le dijo

Amonio. “¿No se te ha ocurrido pensar que los círculos azules seguramente se los grabó tu padre para que tú y ella se reconocieran y se cuidaran, como debe suceder con toda verdadera madre y todo verdadero hijo?”.

“No es lo mismo reconocer que cuidar”, respingó el joven.

“Como sea, es tu madre. Venimos al mundo a través de un canal de luz, y ese canal que nos trajo a la vida y nos cuidó es nuestra madre”.

“Permíteme expresar mi desacuerdo”, discrepó el Hijo del Sol con ironía. “Son demasiadas incongruencias: una madre de la que fui arrebatado poco después de nacer y un padre-maestro del que me separaron cuando apenas empezaba a comprender. No, ya ni siquiera puedo creer que esta señal imborrable signifique algo”, y adelantó la mano abierta a manera de credencial cósmica.

“Es probable que se hayan equivocado contigo. Creyeron que serías un sabio y saliste un necio guerrero; por eso tal vez te pusieron los tres círculos que rigen el ordenamiento cósmico”.

“¡Celebremos que me hayas educado para ser un guerrero sabio!”.

“No quiero ser nuncio de desastres, pero se acerca el momento en que tendrás que elegir entre el bien y el mal”.

“¡Maldita sea! ¿Por qué no hablas más claro?”.

“No pretendas ser más irrespetuoso de lo que eres. Ya sabes que los que sembraron la semilla vendrán a reclamar su cosecha, y entonces no podrás jugar a ser inflexible, como has hecho hasta ahora con todos, incluyéndonos a mí y a tu madre”.

Con una voluntad defensiva, reflejada con exacta desgana en el sentimiento, buscó a su madre. Sin embargo, su madre estaba en una gira, compartiendo su éxito con grupos de chicas que aspiraban a ser auxiliares aeroespaciales y con asociaciones filantrópicas que veían en ella la consumación del modelo ideal de madre. Entonces,

templando su cautela en el gimnasio militar, esperó el momento oportuno. La sincronía tuvo un claro origen, aunque él se negó a reconocer que su pensamiento pudiera ser una orden y no un acontecer azaroso para las mentes más impresionables. Por eso decidió traer clandestinamente a su tutor, para evitar la falsa opulencia discursiva y melodramática. Escenas familiares de reencontro como esa se habían convertido ya en parte del imaginario colectivo.

El Hijo del Sol descendió de una nave militar con intención de subir enseguida y sin más preámbulos al asceta; pero éste se negó rotundamente y objetó que había tardado muchos años en acostumbrarse a ser libre, y que ahora no estaba dispuesto a exponerse a más humillaciones ni a arriesgar su libertad por nada. El Hijo del Sol todavía insistió en la importancia que revestía para él ese encuentro con su madre, por lo que necesitaba el contrapeso de la experiencia. Amonio, esbozando una sonrisa condescendiente, le dio unas palmaditas en la espalda al tiempo que concluía:

“Lo único que ahora me importa es mi preparación final para el tránsito cósmico”.

La madre, presa de sospechas y maquinaciones interesadas, decidió traer consigo a su primera asistente, recientemente reconocida como la más bella sonrisa de toda la compañía aeroespacial. Las dos llegaron a la cita desplegando una energía seductora, como dos aves agradecidas con el reflejo del sol en su plumaje.

“¡Dios, es más bella que un atardecer tropical!”, murmuró el Hijo del Sol con el razonar embotado ante la donosura de la chica que venía con su madre.

La mirada pasó como un susurro regocijante sobre la sensual joven, y se prendió en la agradecida resignación que había en los ojos de la madre. Los dos parecían sentir lo mismo: una sensación desvanecedora de pesares que los unía en un solo ser, como si hubieran sido incluidos en

la misma virtualidad simultánea. Rechazando la culposa llamada del recuerdo, el Hijo del Sol masculló al tiempo en que la joven le era presentada:

“Sí, un diamante capaz de envilecer al más fino mármol”.

Con las risas envainaron los recelos. Luego, al calor del primer trago y para evadir la incomodidad que tanta belleza le provocaba, el hijo le preguntó a la madre por qué razón no lo había buscado antes. Y la respuesta confirmó que aquella mujer era como algunas flores que alcanzan la plenitud de su esencia odorífica al ser arrancadas del entorno donde han crecido. Fue una sola frase, con el alma puesta en el empeño:

“Si de verdad puedes leer las mentes, como hacía tu padre, la mía está abierta para que encuentres las respuestas”.

“La verdad es que los tres nos idiotizamos”, le diría después el Hijo del Sol a Amonio para justificar el repentino desvarío. Los jóvenes, tras varios encuentros efusivos, y tal y como lo había planeado la madre, decidieron vivir juntos. Los militares pusieron estrictas condiciones que fueron insolentemente objetadas por el Hijo del Sol; no por la joven, que vivía en un mundo disfrazado de estúpidas sonrisas y enrarecido de ingratitudes. Además de los excepcionales atributos corporales, la chica quedó fascinada con la pureza de corazón y con la claridad de mente del Hijo del Sol. Estar con él era como degustar un fruto crecido bajo el influjo de la más pura luz solar, acceder por un momento a la máxima expresión de humor, ironía e inteligencia en un mundo regido por personajes solemnes e imbéciles con poder y dinero. Esto, debe decirse con franqueza, es lo que vio la auxiliar aeroespacial; una sensibilidad demasiado inexperta y que aún no había malogrado su integridad en diferentes lechos.

El momento decisivo aconteció justo un mes después de la aceptación de las condiciones que el alto mando militar había impuesto para la realización de la boda:

tendrían que vivir en una de las bases militares más seguras y secretas.

Estaban en una velada en el hermético nuevo hogar de la pareja modélica cuando la bella auxiliar aeroespacial, con los ojos burbujeantes de alegría, le comunicó que estaba embarazada desde hacía dos meses. La repentinidad de la noticia llevó al Hijo del Sol a un arrebató carnal que sólo se interrumpió cuando una voz extraña pronunció adentro de su cabeza una sentencia que terminó por disolver la resonancia entre los cuerpos:

“¡La lascivia es un puñal de luz lanzado por el ojo!”.

Al suspender los escarceos, el Hijo del Sol fingió que había olvidado hacer una llamada.

“¿Qué sucede?”, lo enfrentó la mujer con intuitiva desconfianza.

“Nada que deba preocuparte. A partir de ahora vas a tener que acostumbrarte a mis extraños monólogos”.

“No quiero que entre nosotros se interpongan sutilezas que luego, con el paso del tiempo, se conviertan en falsedades. Así que dímelo de una vez, ¿con quién hablas?”, quiso saber la esposa.

“Con mis protectores”, dijo enigmáticamente el Hijo del Sol.

VII

A los veintitrés años y tras reñido concurso, Amonio se convirtió en el profesor más joven de la Facultad de Filosofía en la universidad más reconocida del Continente. Con su activismo en Nevis había conseguido que más de cien alumnos se inscribieran a su novedoso curso de metodología crítica, donde se replanteaban, con pensamientos llenos de ironía filosófica, los temas que más tentaban a la nueva ciencia: azar, entropía y caos.

Los primeros meses fueron como una revelación. En sus clases había maestros y oyentes de otras disciplinas; todos apretujados y entregados incondicionalmente a esa voz seductora que recurría a las más sorprendentes metáforas para acoplar los más bellos pensamientos. Después, ya envanecido por el reconocimiento, comenzó a atacar a los hermeneutas, que tenían el control de la Academia. Y así, sin proponérselo de manera consciente y sin medir las consecuencias, predispuso en su contra a la mayoría de los colegas.

El Consejo de Profesores lo amonestó por primera vez, pero él no hizo caso y siguió despreciando y arremetiendo. En el transcurso de dos años despreció a los regionalismos, a la diversidad de lenguas y a las empresas voraces. Y en una memorable conferencia sobrepasó el límite superior de las ofensas diciendo que había que expulsar para siempre del poder a los funcionarios corruptos y a los perversos usufructuadores de miserias, que conspiraban para implantar la dictadura de los peores.

En la siguiente junta del Consejo Universitario se rechazó de manera unánime la ofensa y se acordó exigirle al arrogante profesor una disculpa a toda la comunidad universitaria.

El joven filósofo amaba la polémica, quería que la confrontación de ideas desplazara a la confrontación de golpes, por lo que rechazó la exigencia y extendió su crítica a los intelectuales que, por mantener sus puestos, se habían convertido en viles mercenarios del poder y que pretendían seguir haciendo del culto al éxito y a las prebendas las señas de identidad de una educación suicida.

Cinco meses después de la primera recriminación, los estudiantes que se identificaban con la rebeldía reprodujeron en las paredes de la Universidad una máxima que precipitó la condena: “No queremos obediencia ciega ni orden vertical incuestionable, sino autodeterminación plena”.

Tras las investigaciones de rigor, se declaró que el autor de la frase era el profesor Amonio.

Resulta difícil concebir mayor desventura; el ventarrón de las acusaciones se llevaba de un soplo los discursos providenciales, con el agravante de la arrogancia matizada de rebeldía con que el joven profesor acusaba en Nevis a la Academia de estar enferma de autoritarismo y arrogancia. El día de la comparecencia se corrió la voz de que el acusado no concurriría. Pero llegó, imponiendo una condición: que el juicio estuviera abierto al estudiantado. La condición no se aceptó y, previéndolo, el joven profesor de filosofía les dio ofensivamente la espalda a quienes iban a juzgarlo.

El Presidente del Consejo Universitario, un reconocido científico entrado ya en la edad de declive, con su presencia pulcra y una cultivada dedicación al orden y al esmero, trató de mediar para lograr un acuerdo digno entre las partes en conflicto. Al no recibir respuesta

alguna del altivo profesor, dejó que las acusaciones se acumularan sin medida.

En las pantallas divulgadoras de la rectoría aparecieron entonces las acusaciones contra el arrogante profesor Amonio: 1) Niega la objetividad de una inteligencia creadora de todo lo que existe. 2) Sostiene que no tenemos ningún imperativo cósmico que obedecer. 3) Que no existe ningún orden ni medida que puedan evitar que las civilizaciones, al llegar a cierto punto, tiendan de manera natural al desorden y al caos. 4) Plantea absurdamente la más radical autonomía, por lo que considera a toda forma de gobierno como ilegítima y usurpadora. 5) Enseña en sus clases un programa distinto al oficial, donde tienen cabida las más descabelladas concepciones de la libertad y se sostiene que toda autoridad es, por sí misma, vertical y tiránica.

Pintado en la pared, al lado de una de las pantallas, se podía leer este agresivo aforismo: “El poder tiende de manera natural a transformar el bien en daño”.

Apenas un año antes, cuando había aparecido en Nevis como una de las más prometedoras conciencias de su generación, el joven profesor no sentía la aversión que ahora lo embargaba hacia el liderazgo y el poder. A partir de la envidia ladina por parte de algunos profesores con aspiraciones de mando y control, aprendió a odiar la mezquindad del éxito, la hipócrita dictadura de los medios y las mentirosas zalamerías de los que buscan con obsesión las dádivas del poder.

A un lado de la frase lapidaria que todos atribuyeron a Amonio, alguien escribió con un plumón la que fue considerada como la respuesta definitiva de la rectoría: “Es entendible que la soberbia se muestre más reticente al momento de caer”.

En medio de la efervescencia estudiantil, el profesor más joven de los miembros del Consejo Universitario dijo abiertamente en su clase de ética que, aunque reconocía

que la actitud del profesor Amonio no era un modelo a seguir, le concedía el derecho que tenía a cuestionar los principios y valores de ésta y de cualquier otra institución, pues nadie podía vanagloriarse de poseer de manera incuestionable la razón.

Mas de poco le sirvió al rebelde el apoyo del profesor Aristóbul. Ante la abrumadora decisión de la mayoría, el profesor Amonio fue expulsado de la Universidad. Cuando llegó a su cubículo e introdujo la tarjeta en la ranura comprobó que nada de lo que hiciera podría ya regresarlo a su ansiada cátedra. Con el odio desbordado comenzó a patear la puerta, hasta que varios guardias de seguridad lo sacaron a los jardines de la entrada. Allí, ante la atención de algunos estudiantes desconcertados, arrojó sus últimos rencores:

“¡Copias fidelísimas de originales degradados! Me voy, y tal vez algún día agradezca esta decisión que ahora me pone, al igual que un perro que ha roto el amarre que lo subyugaba, en libre situación de calle”.

De regreso caminaba como una caríátide, con el peso del mundo encima; pensamientos aciagos aplastaban su mirada y no podía dejar de culparse por ser esclavo de lo peor de sí mismo. ¡Adiós para siempre al sueño universitario! ¡Nunca más podría compartir con los jóvenes el amargor de sus rebeldías! Y entonces, mientras renegaba del precio de su temeridad, oyó a la entrada de una sofisticada plaza comercial una voz tronante que decía:

“¡Los ojos ignorantes desprecian lo que no pueden entender, y el oído oye, pero no puede discernir! Yo proclamo que los que celebran con gran aparato los vicios atraen irremediablemente las desgracias, y los que persisten en llorar las desgracias se condenan a atraerlas”.

El anciano vestía totalmente de blanco en consonancia con su crecida barba y cabello largo. En el centro del pecho lucía un gran ojo dentro de un triángulo, y al menos medio centenar de ciudadanos lo escuchaba con atención.

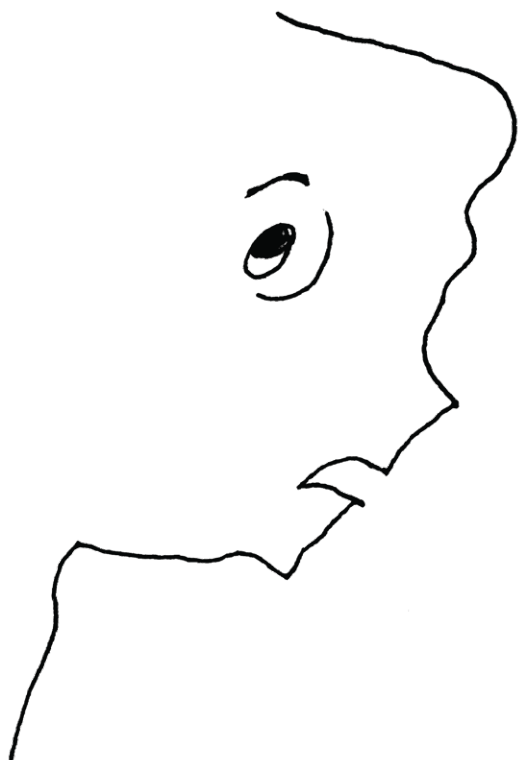
“¿Quién es?”, preguntó Amonio.

“Es el misántropo Andrónico, que no para de lanzar escupitajos de odio”, respondió un hombre aún joven y vestido impecablemente de aprendiz de especulador financiero.

Dos días después, el profesor expulsado de la Universidad Central encontró al filósofo callejero en un céntrico parque y le dijo que quería ser su alumno. El anciano lo remiró y lo sintió, como si se tratara de un ave exótica extraviada en un desierto, antes de imponer su voz de mando:

“¿Tienes algo qué decir? ¿Sabes hablar? ¡Pues habla!”.

En los meses siguientes, Andrónico le explicó el significado que el ojo y el triángulo tenían en su filosofía, y le inculcó que por ningún motivo diera entrada en su corazón al resentimiento y la autoculpabilidad.



VIII

Sólo una voz, disidente de toda opción autoritaria y del aburrido consenso, se puso del lado de Amonio e insistió para que se le permitiera regresar a su cátedra: el profesor de ética Aristóbul. Reconocido por la relación coherente entre su vida y su pensamiento moral, era también la voz más prometedora de la nueva generación de intelectuales. Aunque era partidario estricto de la pedagogía universitaria, este aventajado profesor de ética sabía que si no se modificaba la mentalidad de la masa inculta ningún cambio sería duradero. Por eso asistía de cuando en cuando a las charlas de Andrónico y no tenía el menor reparo en hacer preguntas incisivas e inoportunas, a semejanza del vuelo enrabietado de una avispa. Fue en esas prédicas, al oírle pronunciar a Amonio sus agudos anatemas filosóficos, cuando se quedó definitivamente prendado de la inteligencia del joven profesor degradado que ahora ensayaba como aprendiz de profeta.

En una ocasión que predicaba a las puertas de un concurrido centro financiero, Amonio rubricó el ataque a los especuladores sin alma, que se negaban a oír los justos reclamos de los débiles, con una frase a corazón abierto:

“Lo que con intolerancia se consigue, sólo con intolerancia se sostiene”.

Y entonces Aristóbul aprovechó la ocasión para abrir el diálogo que había venido posponiendo para evitar confrontaciones:

“¿No es la rebeldía la forma de intolerancia más rencorosa y destructiva?”.

Amonio estaba complacido con la presencia e intervención de ese sagaz personaje que lo había apoyado ante el Consejo Universitario, y que, a pesar de ser pocos años mayor que él, asumía en el porte y en la expresión una arisquidad ofensiva. Templado apenas en el yunque democratizador del ágora callejera, Amonio reviró con garbo:

“¿Y no son precisamente los intolerantes los que dan pie a toda rebeldía?”.

Fue así como estos dos singulares buscadores de la verdad dieron inicio a un diálogo que se interrumpió bruscamente con la condena de Amonio al destierro.

Durante miles de años, ciertos hombres virtuosos que vivían en la austeridad y la templanza habían enseñado en las plazas públicas e incluso en los mercados. Algunos de ellos llegaron a ser reconocidos como profetas, y todos eran queridos y escuchados a pesar de sus ofensivas ironías, porque sus vidas constituían el más creíble aval de lo que predicaban. Ninguno dejó escrito nada, pero casi todos coincidían en señalar el deseo de poder como el mayor enemigo de la sabiduría.

En la época en que Andrónico aceptó a Amonio como discípulo, la filosofía pasaba por su peor momento. Académicos, opinólogos y la más ambiciosa fauna burocrática se habían aliado con el Consejo de Notables y con los Defensores de los Derechos Ciudadanos para acabar de una vez con el pensamiento ofensivo y crítico de esos beligerantes argüidores que confundían a los ciudadanos con sus malintencionadas oscuridades. Y fue Aristóbul, en una memorable defensa del profesor estigmatizado, el que le apodó el Hijo del Trueno, por la electrizante brillantez con que a todos estremecía.

Amonio tomó del filósofo Andrónico la dicción sentenciosa y la contención en el vivir. Y a este legado le juntó los dones sublimes de su alma y de su carismática presencia. Al gentío que se arremolinaba a oírlo no le importaba los forcejeos ni los pisotones, se abalanzaba

hacia él con la misma confusión con que los insectos alados buscan la luz; y cada día eran más los personajes encumbrados que mandaban a un mensajero para que Amonio se dignara a asistir a su mesa. Tras cumplir varios años de enseñanza pública y gratuita, se convirtió en uno de los más destacados líderes de opinión. Fue entonces, después de recriminarle uno de los oyentes su éxito, que pronunció aquella agraciada frase que fue comentada y reproducida hasta la saciedad: “El éxito y la opinión pública son tan etéreos e insustanciales que se pueden colgar de un solo hilo de araña”.

Durante casi dos décadas estuvo enseñando en espacios públicos de todo el Continente, rechazando tentadoras ofertas y dudosas donaciones. Muchas de sus sentencias eran ya recogidas por la ciudadanía y redistribuidas en Nevis sin censura oficial. Pero su incisiva franqueza atrajo al cabo la emboscada atención de espías oficiales. Mas él parecía insensible a la carga explosiva de sus palabras y los peligros que concitaban. Dejándose llevar por la apoteosis libertaria, pronunciaba frases que el propio Andrónico le objetaba por la innecesaria virulencia que las animaba; aunque no faltaban raras bisuterías engastadas en la susceptible alma del pueblo, y que incluso los funcionarios más críticos se las apropiaban. Así, algunos gobernantes, cuando les preguntaban en qué consistía la democracia, no tenían el menor reparo en repetir la celebrada respuesta que una vez le había dado Amonio a un joven político: “En buscar el mayor bien, para la mayor cantidad de gente, el mayor tiempo posible”.

Los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos estaban aún lejos y ciegos respecto a las acusaciones que el filósofo callejero lanzaba, y no pudieron intuir la inminencia de la confrontación ni entendieron el significado de las profecías de Amonio, hasta el momento mismo en que se le identificó en Nevis con los

grupúsculos fundamentalistas que clamaban por una transformación social violenta.

En inesperada oposición a su maestro Andrónico y a la estirpe de iluminados que se habían negado a escribir lo que hablaban, Amonio comenzó a aficionarse a Nevis y a sus infinitas posibilidades seductoras. De tres en tres fue subiendo en la superpista virtual las más afiladas sentencias que pronto pasaban a formar parte del acervo de rebeldía colectiva. En pocos años logró atraer el interés de varias centenas de miles de seguidores, y con ello incentivó la respuesta punitiva de los Consejeros.

He aquí algunas muestras que el Consejo Continental de Notables calificó como *Aforismos del odio*:

“La única virtud del poder es que ridiculiza a los demás vicios”.

“Sólo pueden entender las cosas del cielo quienes han renunciado a poseer las de la tierra”.

“Si ignoramos lo que somos, menos sabremos lo que podemos llegar a ser”.

“Los tribunos de la plebe que creen en sus propias mentiras jamás darán crédito a las verdades ajenas”.

“La ingratitud es la moneda corriente de los funcionarios inmorales, y gusta acompañarse de unas mentes soberbias y de corazones de hielo”.

“¡Bestias insaciables, no hagáis que el sol se lamente por haberos calentado!”.

Fue la primera vez que los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos se sintieron directamente aludidos como “tribunos de la plebe”. Como consecuencia, ya no hubo la menor oposición a juzgarlo por ácrata y corruptor de los valores cívicos.

Ningún medio público pudo tener acceso a la “esceñificación patibularia” (así le llamó al juicio el propio

Amonio) donde se le condenó al ostracismo. A través de Nevis algunos seguidores de Amonio llamaron a una manifestación de apoyo a la libertad absoluta de palabra, y concurrieron varios miles de ciudadanos fúricos exigiendo la revocación incondicional de la condena.

A los pocos días dejaron de aparecer mensajes de Amonio en Nevis y corrió la noticia de que lo habían detenido; de manera que el reclamo ciudadano era ahora doble: “Lo queremos vivo y de regreso”.

La orden de intervenir fue dada por los ofendidos Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos: “Si no detenemos en el arranque el desorden, después habrá que lamentar muchas víctimas”.

Y lo detuvieron. Sacaron a las calles a las fuerzas disuasivas y las protestas se tornaron virtuales. Poco después una frase desesperanzada en Nevis atribuida a Amonio consumó el desgaste de las derrotas: “Una vez puesta en duda mi pasión por la verdad y mancillada la honorabilidad de mi magisterio, me niego a seguir recurriendo al engañoso poder de las palabras”.

El ostracismo, sólo los muy necios pueden dejar de reconocerlo, es una de las expresiones más irracionales e injustas de un Estado que aún no ha alcanzado su mayoría de edad o ya está en franca decadencia. En este caso el Estado no hizo más que repetir los reclamos de los Defensores de los Derechos Ciudadanos, pastores de los sentimientos domesticados de la ciudadanía, que exigían la estricta conservación de las tradiciones democráticas y el castigo ejemplar que debía aplicarse a los que pretendieran sublevar al pueblo con ideas incendiarias. No todos los ciudadanos condenados al ostracismo lo han sido por causas morales; pero las más graves faltas morales ameritan la expulsión inmediata e irrevocable del Continente.

A partir de entonces, Amonio vivió exiliado en la isla de Acarnia y alejado de toda polémica. Atemperó los

ardores naturales de su juventud sometiendo el cuerpo a penurias extremas; y cuando ya el rencor se había enfriado, se encontró ante la desolación culposa y resentida con que había recubierto sus defectos juveniles.

Acarnia era una isla perdida en medio del Gran Océano, una región misteriosa y temida que sólo tenía renombre por las cactáceas y otras hierbas medicinales que crecían en la zona y por la brujería de los isleños semibárbaros. En una comunidad cercana a una cantera de piedra roja vio afuera de un tugurio una riña emperrada entre beodos, y sin mediar reflexiones se vio de nuevo poseído por el furor profético. Con palabras ígneas logró cauterizar los rencores, y tras dos meses de prédicas consiguió de aquella gente indócil la retribución de cuatro cabras, un macho cabrío, un gallo y media docena de gallinas. Luego escogió un ojo de agua que había en las estribaciones de una serranía y levantó una choza e hizo crecer un pequeño huerto, donde ocupaba una buena parte de su tiempo dialogando con la vida que de la tierra emanaba. También llegó a domesticar un aguilucho que le regalaron y que, con el tiempo, se convirtió en pródigo medio de abastecimiento de conejos, codornices y palomas. Cada año sacrificaba los cabritos nacidos de la camada y convertía la carne en cecina, que secaba al sol y luego asaba en las brasas. Aprendió, además, a hacer un queso excelente cuajando la leche con trozos salados de vientre de cabra.

Hacia el final de los diez años de condena, Amonio había domado por completo a su ego y ya no esperaba ninguna gratificación que quebrantara su austera vida cotidiana. Entonces recibió la visita inesperada de Aristóbul, quien volvió para pedirle que regresara a la Universidad. Mas no venía solo; conocía muy bien al personaje que admiraba, por lo que se había hecho acompañar por un portavoz del Consejo Universitario. El asceta oyó en silencio y con los ojos cerrados las razones, asintiendo

condescendiente al sonido de esas voces que años atrás lo sublevaban. Enseguida abrió una rendija bajo los párpados y dijo:

“Agradezco con mi mente y con mi corazón la propuesta. Pero no quiero dejar este lugar; si es que algún día tengo algo que decir, entonces saldré”.

Y no volvió a salir a pesar de la llegada de los Isos. Aparecieron ante él como dos figuras de luz dibujadas por el más armonioso torbellino de átomos; sus cuerpos dorados eran de una belleza superior a toda palabra y sus ojos solares transmitían una seductora benignidad. Parecían en todo semejantes a los humanos; sin embargo, sus cuerpos sobrepasaban los dos metros de estatura, y de ellos emanaba una sensación de paz que Amonio jamás había experimentado ante ningún humano. Los entendía con una claridad fascinante, como si el lenguaje fuera hablado al mismo tiempo por tres mentes perfectamente sincronizadas.

Una vibración dentro de la cabeza de Amonio resonó afable:

“Nos presentamos ante ti trayéndote luz y paz. Por tu integridad has sido escogido entre muchos para la tarea de educar al nuevo evolucionador planetario. Nosotros somos seres de un planeta muy cercano a vuestro sistema, y puedes nombrarnos Uno y Dos; a través de nuestros encuentros irás sabiendo más de nosotros y de tu misión tan elevada”.

Se encontró con ellos varias veces a lo largo de los meses, y respondieron sin el menor titubeo a las interminables dudas de Amonio. La última vez, justo una semana antes del llamado decisivo del águila en la colina, Uno y Dos le hicieron saber que ellos ahora iban a concentrarse en la llegada del nuevo ser; que a partir de ese momento, y con los conocimientos que ellos le habían transmitido, él podría convertirse en el tutor de un héroe, un sabio, un tirano o un rebelde.

“Nosotros sólo somos interlocutores, no maestros”, dijeron al unísono las dos voces dentro de la cabeza de Amonio.

En uno de los encuentros, Amonio quiso saber en qué consistía realmente esa sensación de unisonidad, y lo único que le quedó claro es que, a diferencia de este planeta donde él había nacido y vivido, en el de ellos estaba abolido el espacio-tiempo sensorial, pues todo era simultáneo; y dentro de esa unicidad esencial había siete dimensiones cósmicas. De inmediato le vino a la mente la confirmación de su creencia en la septuplicidad del cosmos. Pero no, no se dejaría llevar por esa marejada de conocimientos, ni renunciaría al libre ejercicio de su voluntad, sin importar cuál pudiera ser el costo para su afán de alcanzar la verdad.

Sin reparar en que ellos ya habían leído el mensaje en la raíz mental de la palabra, Amonio decidió enfrentarlos:

“¿Y de qué me vale toda la renuncia al mundo y el conocimiento adquirido si aún sigo siendo incapaz de perdonar y amar a los que me humillaron?”.

“En verdad que ese conocimiento mancillado de odio no vale más que para acelerar la caída”, dijo Uno.

“Quisiera creer que la ignorancia sigue siendo un argumento de perdón”.

Antes de que pudiera continuar, oyó en su cabeza la armoniosa prevención de Uno adelantándose al rebalsamiento de rencores:

“Deja atrás tu odio y aprende a perdonar”.

“Perdonar tal vez sí lo logre, en eso he empleado mis mejores momentos de aquietamiento; lo que no puedo es olvidar”.

“Pues debes entender de una vez y para siempre que no podrás acceder a la verdad que buscas si no aprendes a perdonar y a amar a los que te han hecho daño”.

“¿Y de qué me serviría aquí poseer la verdad; acaso son verdaderas todas esas consignas irreflexivas que repiten las mentes domesticadas?”

“Sé humilde, hijo de la duda, porque te esperan grandes retos como maestro del elevador planetario”.

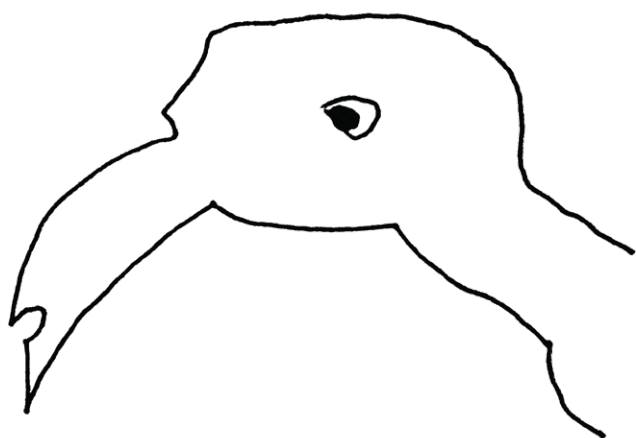
“¿Y cómo he de ser humilde con quienes me despreciaron y humillaron!”.

“Vemos en tu mente tu aspiración a lo sublime, mas estás errado de origen si piensas que el conocimiento por sí mismo te habrá de dar mayor sabiduría. Apréndelo de una vez: sin los valores morales y espirituales que crecen ayudando a los demás, serás presa cierta de la soberbia y de la tiranía que tanto crees despreciar. Ahora hemos de dejarte, pero no sin antes darte este complemento alimenticio para la criatura que tendrás a tu cuidado”.

Amonio tomó la pesada bolsa que le ofrecieron y vio en su interior cientos de capsulitas doradas. Uno, al leerle el pensamiento, se adelantó a las conjeturas:

“Deberás darle una cápsula cada semana durante los primeros años de vida, y algún día sabrás lo que contienen sin necesidad de abrirlas. Si por curiosidad o desconfianza cometieras el desacato de abrir una, nosotros lo sabríamos al instante y de todos modos seguirías en la misma ignorancia”.

Desde esa vez, pasaría mucho tiempo para que volvieran a contactarlo.



IX

Nada más natural al aprendiz de filósofo que generar dudas. No obstante, a medida que la razón se hace aguda y precavida, el filósofo señorea con su impecabilidad el horizonte; y en esa grandeza imaginada la impecabilidad tiende a convertirse en implacabilidad y la fluidez en inflexibilidad. Águila, azor o neblí, el vuelo de la mente necesita descender con humildad en la acuciante vida diaria para aceptar la sumisión a un mandato superior. Los que no lo hacen se condenan sin remedio a transformar el vuelo en vida reptante.

Amonio dejó definitivamente de dudar cuando fue guiado por su águila hacia la montaña donde se encontraba el recién nacido evolucionador planetario. Estaba acostumbrado a que el águila descendiera como un relámpago sobre las pequeñas presas a las que él tanto se había aficionado. Pero esta vez el descenso fue en calculadas espirales que contribuyeron a incrementar la extrañeza del asceta. Después, el encuentro de la criatura en los brazos de la madre que creyó muerta lo convenció de que los Isos tenían poderes excepcionales que les permitían adelantarse en el tiempo. A partir de esa confirmación en la mente de Amonio ya no hubo dudas; simplemente dejaba que la disformidad exterior fuera decantándose en el crisol del espíritu, hasta recibir el relámpago de luz que le indicaba el camino a seguir.

El método formativo que eligió le fue dictado por la nueva visión armonizadora: ayudó al niño a crecer como a él le hubiera gustado que le ayudaran, sin coartar

las libertades ni reprimir las precoces expresiones de violencia. Lo dejaba cazar toda forma de vida que estuviera a su alcance, y tan sólo atemperaba su instinto al ponerse el sol, cuando el incipiente brillo de las estrellas lo armonizaba con el conocimiento que Amonio le transmitía. Sin embargo, el Hijo del Sol rebasó muy pronto las expectativas del asceta. El dilema entonces alcanzó un grado de opresión que hizo regresar a Amonio a los peores momentos de los torturantes laberintos de la duda: ahora que el pupilo iba a cumplir doce años y hablaba y discernía como el más lúcido adulto sobre cualquier asunto relacionado con su vida, ¿le contaría o no su verdadera misión?

Por fortuna, el día que el Hijo del Sol cumplió doce años los Isos aparecieron para hablarle de su naturaleza y destino. Uno y Dos no tuvieron que bajar sus vibraciones para hacerse visibles, y por primera vez en su joven vida el Hijo del Sol puso en práctica a plenitud los mecanismos que había venido apenas ensayando con su tutor: la telepatía y la clarividencia. Esa misma noche el joven esperó el momento propicio para decirle a su padre-tutor que ya era tiempo de que saliera a conocer el escenario donde realizaría sus hazañas.

“¿Ya has hablado con ellos?”, le preguntó Amonio enserienciendo el semblante al presentir la conclusión de su magisterio.

“Me dijeron que tú ya los conoces”, dijo el muchacho sin voltear a verlo, mientras removía la fogata.

“Así que ya los conociste. Bien, eso facilitará las cosas”.

“Sí, y me dieron algo para completar mi aprendizaje, querido padre”, dijo el muchacho al tiempo que se introducía en la cabaña. Enseguida salió mostrándole una tableta de luz y un cargador solar.

Se comprende que Amonio dejara constancia en su *Diario* de la sorpresa que le produjo el desconocido ar-

tilugio solar que le mostraba el adolescente, y que tenía acceso rápido a Nevis y a todo el conocimiento que allí estaba virtualmente acumulado.

En el planeta los combustibles fósiles habían sido prohibidos, e incluso las energías emergentes como la eólica y la solar habían sido relegadas a un lugar secundario por causa de la utilización masiva del agua como fuente de vida y de energía. Casi el noventa por ciento de los mecanismos generadores de energía funcionaban utilizando pilas y acumuladores de hidrógeno. Los capitales privados, el gobierno y la ciudadanía se disputaban el control de los ríos, lagos y manantiales. El tema se había convertido en uno de los mayores focos de interés, a tal grado que ningún funcionario dejaba de apelar en sus discursos a la “recuperación incondicional de la Naturaleza”.

Aunque no había pruebas indiscutibles, era ya un dogma global que el ingeniero Indar había encontrado en un sueño la fórmula que le permitió construir el primer motor de hidrógeno. Desde entonces habían transcurrido más de cincuenta años, tiempo suficiente para que la encanallada ambición de los empresarios alcanzara al fin su deseo. En Nevis, y en los medios aún independientes, se alertó a la sociedad sobre la conspiración global de los gobernantes más corruptos con los empresarios más voraces para privatizar definitivamente el agua. Fueron varias semanas de tensión, hasta que la aparición de vallas electrificadas en torno a manantiales y fuentes naturales convenció a la opinión pública que la privatización del agua era ya un acuerdo consumado. Poco después, con la difusión virtual del encuentro secreto entre gobernantes y empresarios, estalló el escándalo.

Las imágenes habían sido seleccionadas con tanta sagacidad, que aun en palabras su filo habría sido mortal. Fueron captadas en el hotel más exclusivo del balneario más ofensivamente lujurioso de los mares del sur. Ejecutivos de consorcios de bebidas, militares de alto rango y

representantes de los poderes globales cenaban y reían y bailaban con chicas semidesnudas que impregnaban la visión con una sensualidad marina. Pero lo más comentado fue el testimonio del Gran Defensor, donde aparecía su rostro de tortuga negando categóricamente su voto a esa “entrega antidemocrática de los recursos del pueblo”. Las voces más críticas dijeron que la forma tan protagónica en que aparecía el líder moral de los Defensores Continentales oponiéndose a la privatización del agua era muy sospechosa, y que todo era un estudiado montaje para distraer la atención ciudadana del agravio que se había cometido contra el planeta entero.

Los consorcios privados que resultaron favorecidos con los permisos de los tres ámbitos de gobierno (local, continental y planetario) pusieron de inmediato, además de las vallas eléctricas, una guardia robótica en torno a los más aislados ríos, lagos y manantiales, e incluso tramitaron los permisos correspondientes para privatizar el agua del mar y de la lluvia. En respuesta, las calles se llenaron de multitudes enojadas que terminaron atentando vandálicamente contra las sucursales de los grandes consorcios que controlaban la venta del agua. La represión fue excesiva; los cuerpos abatidos de cientos de ciudadanos, en su mayoría jóvenes con los rostros embozados, circulaban por Nevis en busca de una venganza que nadie podría consumir.

En improvisadas asambleas, distintas comunidades decidieron defender su inalienable derecho al agua, lo que suscitó una serie de enfrentamientos que se extendieron de manera peligrosa e incontrolada. Fue entonces que apareció de nuevo el Gran Defensor anunciando la resolución democrática que la presión social había logrado, por la que se garantizaba a perpetuidad el suministro social del vital líquido. Una vez garantizado el consumo social, los consorcios podrían privatizar las restantes reservas acuíferas.

Aquí y allá surgieron brotes radicales de inconformidad que fueron reprimidos al instante. Hasta que por último sólo quedaron aisladas expresiones terroristas que se oponían a toda forma de entrega amañada de los recursos naturales a los consorcios privados. Nevis se convirtió entonces en el único baluarte ciudadano contra los abusos del poder, multiplicando el rechazo de la ciudadanía hacia la manera tan despreciable cómo se dejaban corromper los gobernantes por los empresarios, quienes, mediante la erogación inmoral de grandes sumas a los Defensores y a los Consejeros más reconocidos, eran en realidad los que gobernaban.

Pero los acontecimientos se precipitaron de manera impetuosa. Un comando militar rodeó la cabaña de Amonio con la orden estricta de evitar en la medida de lo posible cualquier forma de violencia. Sin embargo, el chico clarividencializó el despliegue y sólo la cordura de Amonio evitó que la operación tuviera un desenlace preocupante.

Durante tres semanas el joven fue sometido a un curso intensivo de reeducación, y después lo trasladaron a una de las playas más visitadas por los morbosos somatofílicos que abrillantaban las pupilas viendo el deslizamiento majestuoso de los cuerpos sobre las olas. Allí, como habían previsto los supervisores del secuestro, el adolescente se hizo adulto; y el despliegue de satisfacción, al ver el efecto que su extraordinario cuerpo producía entre todas las preferencias sexuales, le dio a su carácter una altivez que Amonio relacionaría más tarde con la exuberancia sensual del trópico.

El incursionar en Nevis fue para el vivaz adolescente una extraordinaria experiencia noseológica, y decidió que esa euforia era una sensación demasiado personalizada e incompatible. De manera que fue aislándose de sus instructores en una burbuja de recelo, incluyendo, en el punto de máxima soberbia, a su nuevo tutor Aristóbul.

La velocidad con que su mente obtenía información era diez veces superior al promedio de los chicos de su generación; pero esa sublimación tenía un límite: su libertad.

En Nevis estaban registrados todos los eventos sublimes y todas las expresiones de rareza; sin embargo, eso no era más que hojarasca que cubría el oro; “amagos enraizados en la ignorancia”, como les decía Amonio. En uno de sus múltiples diálogos silenciosos, Uno le dijo que nadie sabía, y que en ningún documento constaba, que fueron los Isos los que le habían dado a la especie humana los más grandes inventos desde muchos siglos atrás; el más reciente era el uso del hidrógeno, que se lo dictaron en un sueño lúcido a un ingeniero hidráulico. Le habló también del gran avance que supondría el uso masivo del morfeno, mineral irrompible que se adaptaba a capricho a cualquier forma. Y el sagaz adolescente hubiera alcanzado el límite de la credulidad si Uno no concluyera su revelación afirmando categórico:

“Para nosotros la luz tiene vida y conciencia”.

Buscando en Nevis encontró esta descabellada definición de Elevador biológico: “Especie de Avatar o Enviado que algunas sectas reconocen como visionario y cuya descendencia traerá luz al nuevo reino que vendrá”. No obstante, la amonestación por parte de los Isos había sido como el tajo de una espada:

“Ningún Elevador biológico puede procrear sin antes recibir la orden de los Altísimos”.

Cada vez que entraba en Nevis sus sentimientos se lastraban de desconfianza; y al “desconfiar de las cosas efímeras del cielo”, como le decía su profesor de estrategia militar –pues todo lo que veíamos era ya pasado inalterable–, las desgracias terrenales le parecían previsibles y falsas. A fuerza de practicar y meditar transformó la renuncia en aprendizaje. Supo todo lo que había en Nevis sobre su maestro-padre, y poseído por el rencor ante la injusticia cometida, terminó apropiándose el ácido estilo

aforístico del asceta, cuyo libro *La conciencia estabulada* era, junto con *Hebdomadario*, una de las referencias fundamentales para los liderazgos rebeldes.

En forma de breves sentencias fue sacando su rencor juvenil contra las bajezas de que había sido objeto su padre-tutor. A los diecisiete años ensayó el proyecto virtual *Aforismar*, que lo convirtió en referencia global.

El Consejo en pleno de los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos hizo saber a la opinión pública que el verdadero autor de las “rebuscadas iniquidades” que circulaban en Nevis era el filósofo Amonio. Pronto la opinión extendió su virulencia implícita, y tal vez hubiera merecido la condena del Consejo Continental de Notables si no apareciera en la propia Nevis la siguiente amonestación de Aristóbul: “Las ideas que se expresan en *Aforismar* no son más que una degradación de las bellas sentencias de Amonio”.

Había un gesto de ciega rebeldía en ese rechazo visceral a lo masivo; como si quisiera arrojarle de manera torrencial contra todo lo feo, malo y falso que imperaba en el planeta. Comenzó enfocando sus rencores contra los “rebuznos tediosos de los tribunos de la plebe”; y, poseído por la arrogancia insensata del navegante que desafía la furia del mar en plena tormenta, se atrevió a calificar a los servidores públicos de “conciencias pútridas supuradoras de muerte”.

Aunque la magnitud de sus servicios fue recompensada con el general reconocimiento como héroe, los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos y los líderes demagógicos nunca le perdonaron los exabruptos con los que, a través de su proyección virtual, infectó masivamente a Nevis.

He aquí algunas sentencias que reflejan los delirios de una mentalidad juvenil obsesionada por el culto al héroe, y que fueron celebradas por la secta de los Misántropos como resultado de una rebeldía en potencia:

“De qué vale exigir a gritos la libertad de los que son esclavos por conveniencia”.

“Es inevitable la caída cuando en lugar de los más sabios gobiernan los imbéciles”.

“No hay rango más ínfimo en la especie humana que el de aquel que busca seguridad en la sumisión”.

“La ignorancia y la pobreza son los más fieles fámulos del demagogo”.

“Cuando impera la mediocridad, sólo los mediocres adquieren dignidades”.

De haberlos conocido en el momento en que fueron concebidos, Amonio hubiera sido el principal crítico de estos “escupitajos odiosos” (así los calificó el portavoz de los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos). Y no por lo desatinados que pudieran ser, sino porque le quería evitar a su hijo y alumno la humillante agonía por la que él había tenido que pasar. No obstante, la recepción entre los jóvenes más rebeldes fue sobresaliente. Toda una generación había sido neutralizada con una planificada campaña de consumismo oral, genital y visual, y ahora despuntaba una nueva generación de hijos de Nevis que ponía en un lugar preponderante la inteligencia filosa e indomesticable. Fueron ellos los que en realidad fundaron esa especie de mitología en torno al Hijo del Sol, con las funestas consecuencias que luego siguieron.

X

Las penas por dañar los bienes públicos y privados eran cada vez más severas. Mas si algo ha mostrado en demasía la historia humana, es que el orden extremo y las severas restricciones a la conducta del individuo concitan fatalmente a la rebelión. A lomos de este galopar confrontativo, algunos hijos violentos de la noche perdieron la vida, y las madres, ignorantes de que el mal había sido incubado en el propio hogar, clamaron justicia en contra de las despiadadas medidas represivas.

Los reclamos violentos de los jóvenes pocas veces han merecido ser tomados en cuenta por el poder, porque cuando la ignorancia se pone a corregir emborriona o destruye todo lo que no entiende. Sin embargo, en esta ocasión en lugar de las “acusaciones putrefactoras de la moral”, como les decía el Gran Defensor, había dos aforismos pintados de negro sobre una pared blanca. Aristóbul, que caminaba al lado de su pupilo, los observó de reojo y vio y sintió que el Hijo del Sol veía y sentía lo mismo que él.

Habían aceptado ese día una reunión en el Centro de Adiestramiento Estratégico, ubicado en la periferia de uno de los más repulsivos barrios de la capital del Continente. Allí se habían refugiado muchos adolescentes huérfanos o cuyos padres vivían al margen de la ley, provenientes en su mayoría de las zonas tórridas del sur. Entre estos jóvenes se reclutaban a los encargados de cometer los más violentos crímenes y a los sexoservidores y sexoservidoras dispuestos a satisfacer los

más bestiales deseos de la clientela. La pervivencia de esta tierra sin ley se había convertido en un escándalo mediático, y era cada día mayor el reclamo ciudadano para que se cambiara la Constitución que impedía castigar severamente a los delincuentes menores de dieciocho años.

Entre los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos sobresalía una mujer, experta en física teórica y directora del Instituto de Investigaciones de Teoría de la Ciencia. Con poco más de cincuenta años y una apariencia de clase incuestionable en el vestir y el actuar, esta mujer encabezaba una corriente de opinión que se oponía a que se sancionase a los menores de edad con las mismas penas que a los ciudadanos adultos, priorizando la asistencia social y la educación sobre el castigo. En un frágil acuerdo, el gobierno había logrado atemperar los reclamos autoritarios de los grupos empresariales instalando en el corazón mismo de este infierno una base militar, donde recibían adiestramiento los grupos represivos de élite.

Sin importarle la premura del tiempo ni la peligrosidad del espacio, Aristóbul insistió en caminar; y al llegar ante la pared donde estaban escritos los mensajes, él y su pupilo escenificaron libremente una esgrima verbal que no tardó en alertar a un grupito de adolescentes de aspecto beligerante.

Los dos aforismos resaltados exhibían un desprecio meditado:

“La ignorancia sólo a la ignorancia puede gobernar”.

“Yo nada tengo en contra de las mujeres, lo único que lamento es que hayan convertido los lechos en escuelas de sumisiones”.

Aristóbul hizo con la cabeza un gesto de rechazo, anunciando el enfrentamiento:

“¿Quién crees que escribió esas ofensas?”.

El Hijo del Sol miró con recelo hacia los jóvenes que se acercaban y masculló con desprecio:

“Seguramente alguna de esas bestezuelas resentidas y vulgares”.

Aristóbul también reparó en la amenaza:

“Sí, tan bestezuela fue el que las concibió como el que las reprodujo”.

“Podría muy verosímilmente decir que no fui yo, pero ante ti, respetado maestro, no tengo más remedio que reconocer mi autoría. ¿Qué hacemos?”, hizo una seña con la cabeza en dirección a la pandilla.

“¿Sólo ésas?”.

“No, algunas más”.

Aristóbul alzó la mano para acercar a su pupilo:

“Te he querido como a un verdadero hijo, al igual que lo hizo el virtuoso Amonio, y hasta donde pudimos te educamos para no esperar jamás de ti nada infausto”.

“¡Los dos me enseñasteis que había que despreciar lo despreciable!”, reclamó el discípulo.

“A estas alturas, ya deberías saber que también los infortunios de los demás nos conciernen”, dijo Aristóbul alcanzando la cadera del discípulo para tratar de neutralizar la violencia que empezaba a crecer en su imponente tórax.

A diferencia de Amonio, que se había conservado robusto por su vida montaraz, Aristóbul era de una delgadez quebradiza; y tan sólo su cabeza erizada de grisáceas púas y su tupida barba blanquecina le daban la aureola de grandeza que toda su obra respaldaba. El Hijo del sol rompió el abrazo en actitud de alerta:

“Hablas como aquel antiguo filósofo que creía que todo conocimiento era un recuerdo”.

“Hablo como una conciencia que, a diferencia de tu padre Amonio, no quiso forjarse en el dolor, y por eso te pido que no respondas a la ingratitud con ingratitud y a la violencia con violencia”.

“Nada les debemos, querido maestro, y de ellos sólo hemos recibido ofensas”, dijo el Hijo del Sol mientras ojeaba a la pandilla que se acercaba peligrosamente.

“Te equivocas, ellos son una oportunidad extraordinaria para vencer a nuestra soberbia”.

“Tú nunca has sido un guerrero, sino un filósofo. Y no creo que pueda hablar de soberbia alguien que nunca fue humillado”.

Aristóbul vio que el grupo de pandilleros, armados con tubos y navajas, se abría en actitud de ataque. Mas lejos de preocuparse, rompió la sensación de peligro con una sonrisa que parecía emanar directamente de su espíritu:

“Deduzco por la rotundidad de tus respuestas que estás muy orgulloso de tu poder”.

El Hijo del Sol se puso en guardia en espera del ataque:

“También estoy satisfecho con mi razón, que me permite discernir los peligros, y con mi cuerpo, que sabe cómo debo enfrentarlos”.

La apariencia física de Aristóbul tenía, cuando menos, diez años más que los vividos. Una naturaleza agotada y que en toda su existencia no había lanzado un solo golpe contra nada ni nadie. Pero el cansado filósofo sabía muy bien que los medios difundían a menudo en los noticiarios su labor moral dentro del Consejo Continental de Notables, por lo que su cara era, aunque menos conocida, mucho más respetada que la de cualquier deportista o estrella del espectáculo. Así que antes de abrir la boca se dijo a sí mismo: “Ojalá me reconozcan”. Y enseguida expresó: “La soberbia y la violencia son plantas que parasitan la rama muerta que las sostiene. La tarea del hombre sabio no debe limitarse a buscar el bien propio, sino también a remediar el mal ajeno”.

El Hijo del Sol levantó entonces la voz para mostrar autoridad como respuesta a la incertidumbre que percibía de los pandilleros, y evidenciar al mismo tiempo el desacuerdo con su maestro:

“¿Y no es una muestra de debilidad y cobardía intentar dialogar con los que se niegan a dialogar?”.

El joven moreno, musculado y de cabeza tatuada que encabezaba la pandilla abrió entonces los brazos para detener el avance. Observó primero al anciano y trató de abarcar luego con la mirada la imponente apariencia del Hijo del sol. Tras el silencioso escrutinio, inclinó la cabeza en actitud reverencial y exclamó:

“¡Hijo de Nisis, eres nuestra última esperanza, no te dejes engañar por el poder!”.

Ante la sorpresiva respuesta, Aristóbul evidenció su agrado:

“Una esperanza que día a día se empeña en alejarse de los más grandes ideales y que se niega a reconocer que sólo perdonando los errores de los demás podremos superar nuestros propios desatinos”.

Los pandilleros se retiraron en silencio, que rompió el Hijo del Sol enfatizando el rechazo:

“Dame argumentos para convencerme de que esta plebe no es desleal, desagradecida y odiosa”.

“Y aunque lo fuera, más odioso es odiarla. Hay que hacer todo cuanto esté al alcance de nuestra voluntad para que lo defectivo se encamine hacia la perfección”.

“¿Cómo? ¿Conoces acaso una respuesta contra la violencia que no tenga que ser violenta?”.

“Sí, el autocontrol”, dijo Aristóbul complaciéndose con el silencioso alejamiento de los pandilleros.

Reiniciaron la marcha, pero el alumno se rezagó intencionadamente. El maestro desaceleró entonces el paso, presintiendo lo que implicaba esa demora. Después de cruzar la calzada se detuvo a esperar al joven guerrero que se resistía a ceder un ápice de su soberbia.

“¿Qué es lo que te conturba y te niegas a compartir?”, le dijo Aristóbul en cuanto lo tuvo a su alcance.

“Son los Isos, que no cesan de repetir en mi mente un mensaje que parece más tuyo que de nadie”.

“¿Y puedo saber qué dicen?”.

El alumno fijó sus soles zafireños en el apacible rostro de Aristóbul y añadió con voz avergonzada:

“¡Hijo del Sol, témele más a tu soberbia que a tu muerte!”.



XI

Los Isos habían seleccionado a la chica más apta y planearon el encuentro de una manera tan sutil que todos lo creyeron producto del azar. El primer acercamiento se dio cuando la jefa de auxiliares aeroespaciales tuvo que prender en la solapa de la modelo auxiliar, ganadora del concurso de ese año, una pequeña reproducción en oro de un endor, la ya extinta y mítica ave de cinco metros de envergadura que podía volar quinientas millas sin detenerse. La chica ganadora enrostraba la sonrisa más linda y gentil que la experta jefa jamás había visto en muchos años de vuelo, y exhalaba una sensación de felicidad natural irresistible, como la exacta complementación de claridad y belleza en un cuadro bien logrado. La jefa pulsó los acordes burocráticos necesarios para hacerla su asistente, convencida de que ayudando a esa chica se ayudaba también a sí misma, aunque de una manera imprecisa. Por eso no opuso la menor resistencia cuando una voz en un sueño le dijo que tenía que presentársela a su hijo.

El Hijo del Sol sintió un regocijo indescriptible cuando vio la misma sonrisa, en bizarra irradiación sensual, caminando al lado de la madre; y multiplicó el regocijo al notificarle los Isos que con esa mujer podría procrear libremente. Se trataba de un espécimen de historial biótico envidiable, el fruto más exquisito de un árbol genealógico que remontaba su código genético a la llegada de los primeros elevadores biológicos al planeta treinta mil años atrás. Sus dos únicos defectos no eran graves, y podrían

ser corregidos con paciencia y amor: el primero era su limitado conocimiento, que ensombrecía su belleza y la rebajaba a un rango de inculta rareza; el segundo, lógica consecuencia del primero, estaba enraizado en una altivez tan seductora como desespiritualizada. Había en la repentinidad de la seducción más de acontecimiento natural que de logro estético. Pero los Isos la habían escogido, y la elección era irrevocable.

Las palabras amistosas son como los buenos amigos: carecen de dobleces; y la mejor relación es aquella donde no hay dobleces. Los dos jóvenes conformaban un nosotros lleno de promesas donde no había lugar para la mentira ni la deslealtad. Aunque el papel protagonista que de él exigía la sociedad alcanzaba por momentos niveles delirantes, era tan sensible y amoroso que en el poco tiempo que compartían a plenitud, ella se sentía agradecida con este regalo que le había dado el cielo.

Desde el primer embarazo no hubo en la relación eclipse alguno. Al enterarse, ella convino con el futuro padre que debía dejar de volar para dedicarse de lleno a la gestación y a colmar de conocimientos esenciales la inmensa laguna de su ignorancia. El proceso fue potenciador de claridades para esta mujer que había malgastado la mayor parte de su vida tratando de ser agradable; un aprendizaje de sutilezas que hacían vibrar las cuerdas íntimas del alma. Entendía al fin lo que significaba la vulgarizada frase “dejar que todo fluya con provecho”, acechando en su mente las ideas que le llegaban con la silenciosa prevención de una cierva, y viendo en el espejo los cambios armoniosos de su yo figurado. Sí, verdaderamente era la luz interior la que le daba a su rostro esa emanación tan apacible y bella.

Uno y Dos reaparecieron ante el Hijo del Sol hacia finales del primer embarazo de su mujer. Le dijeron que ella, al ser seleccionada como madre planetaria, se conver-

tiría en la diseminadora de una nueva humanidad menos violenta y más sabia, que dejaría atrás para siempre los malos hábitos de envidia y odio que aún pervivían en las cepas humanas degradadas. No obstante, había una prevención que debía ser rigurosamente acatada: ella, al ser completamente humana, tenía prohibido el acceso al conocimiento solar.

“¿Qué debo entender por conocimiento solar?”, preguntó el Hijo del Sol sabiendo sin el menor asomo de duda lo que eso significaba.

“Sí, eso que piensas”, musitó Uno, “la manifestación del mundo superior del que nosotros somos precursores”.

“Y si no podrá saber de nuestros encuentros, ¿qué le diré cuándo pregunte sobre la naturaleza y la misión de nuestros hijos?, ¿cómo podría negarle a mi amada compañera el conocimiento esencial de nuestro destino?”.

“Ni una sola palabra. Cuanto menos sepa de nosotros, mejor madre y compañera será. Mi parte complementaria y yo entraremos en sus sueños y le permitiremos saber lo que cualquier mortal puede saber, e incluso más”.

Antes de que desaparecieran, Uno le entregó para la criatura que iba a nacer la misma cantidad de cápsulas que le había dado a Amonio, para que las disolviera en leche, con las mismas instrucciones y el mismo énfasis preventivo.

Siete meses después del nacimiento de la nueva criatura solar, una tarde en que el Hijo del Sol parecía agobiado por los crecientes ataques que en Nevis los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos lanzaban contra él, aparecieron Uno y Dos en medio de una atmósfera epifánica. Al final del pacificador silencio resonó la voz de Uno, confirmandole una vez más que las voces celestiales eran pura luz derramada:

“Traemos un saludo de paz y armonía. En nuestro mundo hay regocijo, porque al fin enraizó la nueva simiente”.

“Pues en el mío sólo hay desencanto y duda”, contrapunteó el Hijo del Sol con intención de compartir su desánimo. “Todo lo que le doy a esa chusma viciosa y egoísta me lo agradece criticándome”.

Uno y Dos estaban al tanto del rechazo en contra del Hijo del Sol que habían promovido con dolo los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos. Como a todo redentor, las masas lo habían aclamado luego de liberar a rehenes y liquidar terroristas. Pero de golpe, en el medio impreso de mayor circulación, donde según rumores el Gran Defensor era el mayor accionista, aparecieron una serie de artículos que reprobaban la poca sensibilidad del héroe para con las mayorías que lo veneraban, así como la peligrosa inclinación hacia el autoritarismo que había exhibido en el trato con los honorables integrantes de las instancias superiores del poder. La respuesta del Hijo del Sol fue un vómito venenoso. Entre una variada selección de improperios dirigida a todos los ámbitos del poder, negó de manera categórica su reconocimiento a la rectoría moral de los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos, echándoles en cara que se preocupaban más por la defensa de los delincuentes que por la de los ciudadanos honorables. Ante el desplante, los Defensores lo acusaron de “soberbia insolente”, a lo que el Hijo del Sol respondió enconado:

“La apariencia desdeñosa es un arma defensiva que no pretende más que mantener a los seres inferiores a distancia”.

Fue entonces, sin que nadie pudiera precisar el origen del apodo, que el Hijo del Sol comenzó a ser reconocido masivamente como el Hombre Soberbio. Casos como éste ya no existían; tan sólo en la memoria mítica se hablaba de “aquellos gigantes de antaño, hijos invencibles de los dioses que se mezclaron con las hijas de los hombres”, y que pertenecían ya a un mundo expulsado de la Historia. Un año después, a merced de las más resbalosas

conjeturas, aparecieron las imágenes del primer domo, una burbuja de luz instalada inexplicablemente en el corazón de un aislado desierto. Los acercamientos satelitales mostraban cómo, en medio de la pertinaz ventisca y de las quemantes arenas, se levantaba la impresionante membrana de luz, de una transparencia tan vacía que helaba la sangre. Las especulaciones mediáticas desbordaron la sensatez y, ante el silencio expectante de los órganos del poder, alcanzaron una nocividad mediática.

Hasta entonces la economía había tenido por sustento racional el oro. Todas las formas de gobierno, incluyendo el planetario, basaban su estabilidad financiera en reservas de oro que provenían de minas y yacimientos considerados estratégicos para la economía global. Y de golpe, punto cúlmine de los desvaríos mediáticos, cundió la noticia de que el oro estaba siendo acaparado por intereses privados.

A pesar de los desmentidos gubernamentales y empresariales, la locura no cedió y el precio del oro se elevó como humo. Poco después se hizo inocultable la noticia de que el Gobierno Planetario estaba investigando seriamente la misteriosa desaparición de las reservas de oro. Fue entonces que el Gran Defensor habló en los medios por primera vez de una conspiración mundial contra la democracia.

Había nacido ya la segunda criatura, una niña, cuando el acoso mosquífero de los reporteros infectó de rencor el ánimo del Hijo del Sol. Colocó al frente de su casa una sentencia laserizada, que tenía el inmistificable sello de los más incisivos *Aforismos del odio*:

“A los entrometidos nadie los quiere, pues son emblema de bajeza”.

Los acontecimientos de los meses siguientes confirmaron una vez más que es signo fatídico del héroe rechazar la medida y transformar la salvación en tragedia.

Con el objeto de distraer las tensiones, los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos habían propuesto una ley emergente que reducía a la mitad los impuestos de las empresas promotoras de los espectáculos masivos, sobre todo para los jóvenes y adolescentes que recientemente habían tomado las plazas públicas y los centros comerciales como escenarios para expresar cualquier inconformidad. En pocos meses la industria del espectáculo proliferó de manera desmedida, y por encima de los publicitados encuentros deportivos se ubicaron escandalosamente los eventos musicales.

En esta ocasión había en el Tecniseum más de setenta mil espectadores, jóvenes *fans* que veneraban la androginia seudomística del grupo musical de moda, cuyo cantante se atrevía a gritar en pleno éxtasis:

“¡El que no usa la noche para gozar, la malgasta malgastándose!”.

Era el grupo vanguardista con más liderazgo de opinión entre los jóvenes que aullaban por un cambio.

Los diez terroristas entraron por una pequeña puerta lateral media hora después de que el concierto ya había comenzado. Ejercitaron con destreza su plan y neutralizaron en menos de diez minutos a los guardias. En la euforia de la vibración multitudinaria, el cantante pronunció la estrofa desencadenadora de la hecatombe:

“Yo digo que sois verdades encarceladas;
y hay que acometer las acciones claves
para hacer que las verdades encarceladas sean libres”.

A continuación se activaron las alarmas del estadio y se desató una contienda de estruendos que necesariamente tenía que ocasionar destrozos. La voz que al cabo concitó la calma dijo:

“Tenemos secuestrado el estadio. No nos han dejado otra opción, por lo que estamos dispuestos a morir libres antes que ser esclavos de cualquier tiranía”.

Un temor líquido se derramó entonces por las gradas ahogando en sangre los aullidos. Varias ráfagas desdibujaron con fuego y humo las imágenes de la transmisión, y tras la primera propagación alarmante, que desapareció con la misma rapidez con que había crecido, la voz del terrorista retumbó como si fuera la única poseedora de la verdad en el planeta:

“Exigimos el cese total e inmediato de las excavaciones que están haciendo las voraces empresas en las montañas sagradas de Tulán para extraer oro”.

En ese momento había en el planeta más de cien millones de espectadores siguiendo la retransmisión de las amenazas. Uno de los guardias, que había sido esposado y obligado a tenderse en el piso, experimentó de pronto un ataque de heroicidad suicida y aferró con sus piernas la pantorrilla de un terrorista. La ofensa provocó tres detonaciones, y las detonaciones una estampida de miles de voluntades aterrorizadas que en la huida pisoteaban a los cuerpos más indefensos.

En Nevis se divulgó al instante que había cientos de muertos, y la noticia rebasó los diques de control mediático para constituirse en una fuerza natural impredecible. Las imágenes mostraban la sangre derramada y los impactos en los cuerpos de decenas de adolescentes tendidos en los graderíos.

Y de pronto apareció el héroe solar sobre el templete donde estaba arrinconado el grupo musical por el temor. En el sonido ambiental se empezó a llamar a la calma sin que nadie hiciera caso. En medio del caos generalizado, la nave que tenía que sacar a los terroristas del estadio adelantó el aterrizaje a un lado del templete, y el Hijo del Sol corrió hacia ella. Con la precisión asesina con que agujereaba la frente de los rebeldes y de los delincuen-

tes globales, desmaterializó el rostro negro y fiero de la nave. Y lo mismo hizo con los rostros cubiertos de los terroristas; en ellos fue abriendo pequeños hoyos que parecían expeler el último aliento de una vida inútil; en palabras del propio héroe: “irremediablemente nacidos para perder”.

Una vez que hubo aniquilado a los terroristas, el Hijo del Sol giró hacia las gradas desde el centro del estadio complacido por las muestras de afecto de los jóvenes que corrían hacia él para tocarlo. En el tumulto histérico una chica rebosante de encanto se acercó para abrazarlo, y cuando el Hijo del Sol le leyó el pensamiento ya no tuvo tiempo para separarse. La mochilita que la chica cargaba a la espalda hizo explosión, y los efectos de la microbomba de hidrógeno cegaron a todas las pantallas. La onda expansiva barrió con su soplo de luz la cancha; y por un instante millones de telespectadores se quedaron sin alma. Un silencio de fuego y polvo se adueñó del ánimo colectivo en una escenografía de completa desolación.

“¡Dios mío, lo han desintegrado!”, dijo al cabo el locutor de la cadena global.

Nunca tantos millones de ojos se habían quedado tan fijos y atónitos. Al aclararse paulatinamente la visión, pudo verse al esplendente Hijo del Sol reintegrado y desnudo dentro del enorme cráter que había abierto la explosión, y el grito masivo de júbilo estremeció al planeta entero.

Aprovechando el creciente fervor popular, el portavoz del Consejo Planetario de Notables anunció en una entrevista masiva la solicitud ya oficial que le iban a hacer al Hijo del Sol para que se incorporase a dicho Consejo. La manera tan implacable como había exterminado a los terroristas parecía aureolarlo de definitiva gloria. Tal era ahora su aceptación colectiva y tan grande el poder de su imagen desnuda, que podía verse incluso proyectada en algunas de las más sofisticadas *boutiques* de cremas

y perfumes. Los empresarios y los comerciantes no dejaron pasar la oportunidad de consagrarlo. Para ello hicieron, sin su autorización, una serie de campañas publicitarias con la imagen militarizada del Hijo del Sol destruyendo toda forma de vida nociva –desde bacterias e insectos hasta terroristas barbudos y sucios–. Fue la gota que hizo rebalsar el coraje. En Nevis apareció una enérgica denuncia del Hijo del Sol, acusando a los viles mercaderes de ser igual de inmorales que los tribunos de la plebe.



XII

La labor pedagógica de Aristóbul alcanzó su punto más alto cuando se atrevió a sostener que desde hacía quinientos años ya no existían ni podrían existir tragedias literarias como las clásicas, pues los héroes actuales estaban supeditados a los intereses profanos de los cuantificadores de utilidades, y lo que ahora se conocía y veneraba mediáticamente eran degradaciones espectaculares y deportivas de los semidioses fundacionarios.

No tardaron algunos académicos en hacer propia la sentencia, y el juicio estético fue consolidándose hasta el preciso momento en que se empezaron a difundir en Nevis las acciones suprahumanas del Hijo del Sol. No hay en la historia reciente del planeta un caso similar; ningún funcionario público, ni deportista, ni actor ni cantante había cautivado a la opinión pública de manera tan repentina y con tales muestras de poder. Pero tampoco ha existido un personaje heroico que pasara con tanta rapidez del culto entronizador a la caída más afrentosa.

En la primera fase había sido el filósofo Aristóbul, en su papel de defensor a ultranza de la autoconciencia crítica, quien lanzara una abierta prevención contra la euforia veneradora en torno al superhéroe. Luego del trágico desenlace del concierto multitudinario, en plena apoteosis colectiva, había aparecido en Nevis este mensaje desmitificador de Aristóbul:

“Las acciones violentas, aun en el triunfo, no deben ser objeto de veneración, pues incentivan la irracionalidad que combaten”.

En la segunda fase, al sufrir directamente los cáusticos insultos, los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos recurrieron al uso malintencionado de los medios para advertir a la opinión pública que la vanidad y la soberbia del Hijo del Sol lo convertirían en el peor enemigo de la ciudadanía si entraba en el Consejo Continental de Notables.

Entre los diez Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos, había dos que se enfrentaban al Hijo del Sol convencidos de que encarnaba el mayor peligro para la consolidación de la democracia planetaria. Ambos provenían de las regiones más populosas del planeta; uno del oeste agrícola y el otro del sur plenamente turístico tropical; los dos con una tez cetrina y poco agraciados de rostro y cuerpo. El más corrosivo caminaba con un bamboleo patético, pues había sufrido en la pierna derecha un accidente que lo había obligado desde niño a recubrirse con una ultradefensiva membrana de susceptibilidad. Recogía su largo cabello negro en una cola lustrosa, y vestía una indumentaria anacrónica –camisola blanca y pantalón negro siempre impecablemente planchados y almidonados– que le daba a su metro y sesenta y siete centímetros de estatura un matiz de fatua autoridad. A semejanza del árbol que dirige su voluntad de crecimiento hacia donde no es agredido, el adolescente discapacitado focalizó sus esfuerzos en la defensa de los menos favorecidos, de manera que apenas abriéndose a la florecencia de los veinte años logró convertirse en una de las más destacadas referencias en Nevis. Este personaje feo, contrahecho y pestilente, pues ingería sangre y aceite de tortuga marina para remediar su patológica carencia

de hierro en la sangre, era la viva antinomia del Hijo del Sol, y se volvió también su mayor enemigo.

Se llamaba Abulio, y al aparecer, con estudiada improvisación, en un centro comercial o una plaza pública, aprovechaba el menor saludo afectuoso para dar paso a las arengas matizadas de demagogia. Era muy frecuente que en la cima del arrebato democratizador, los ciudadanos de a pie le gritasen: “¡Que vivas mil años, Gran Defensor!”.

Fue él mismo, en su empeño caudillesco, quien aprovechó la estruendosa garrulería de los noticieros para declarar al Hijo del Sol como el mayor enemigo de la sociedad democrática. Desde entonces el Gran Defensor no dejó de maquinarse la caída del héroe solar. Habló de su orgullo imperativo, de su propensión a la tiranía, de su ofensivo culto a la supremacía genética y de su desprecio hacia los ciudadanos. Por último, reunió a cinco de los más leales Defensores y les planteó la solución definitiva al dilema:

“Ya que es inmortal, tomemos como rehenes a su esposa e hijos y condenémosle al ostracismo”.

Uno de los Defensores menos aguerridos evidenció entonces la temeridad de la propuesta:

“¿Pero cómo, con qué pruebas?”.

Abulio, que ya tenía resabido el oficio, respondió impertérrito:

“Llevémosle a su propio ámbito; echémosle en cara, con la autoridad que representa nuestro cargo, la necesidad ineludible de pedirnos perdón por las acusaciones y las infamias que lanzó contra nosotros, y que le pida perdón de igual modo a toda la ciudadanía. Busquemos sus puntos más débiles: la facilidad para incendiarse, para imponerse; tratemos de contrariarle para que más fácil se condene. Deberá comprometerse a respetar sin condiciones los votos ciudadanos, y a respetarnos a nosotros, que somos los fideicomisarios permanentes de esos votos. Escarbemos en su ambición de mando, en

su culto desmedido a la belleza racial, en la inclinación criminal a exterminar a los más débiles”.

Afuera, en la intemperie ciudadana había otra temperatura. Se hacía cada vez más notoria la desconfianza hacia toda forma de poder, señal premonitoria que le daba la razón a un viejo aforismo de Amonio: “Cuando todos quieren mandar y ninguno obedecer, es inevitable la anarquía”.

Los hechos tal y como sucedieron cumplen la lógica de la circunstancia candente que se vivía. La continua especulación con el oro, con la consiguiente presión inflacionaria, tenía al ciudadano común al borde del desquiciamiento; y la generalización del descrédito, aunada al creciente rumor de la confrontación entre las dos cámaras supremas del poder, había contaminado el ánimo de la sociedad global con un énfasis epidémico. De manera emergente los dos bandos llegaron a un acuerdo que representó una concordia temporal. Los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos se beneficiaron con un doble éxito: de manera preponderante, la rebaja de la carga personal impositiva en un cien por ciento a los ciudadanos con capacidades disminuidas y hasta un veinte por ciento a los ciudadanos de más bajos recursos; en un grado secundario, el incremento en un veinticinco por ciento de los gastos destinados al mundo del deporte, el rescate del folclore rural y los espectáculos masivos. Los miembros del Consejo Continental de Notables consiguieron a cambio el apoyo de la mayoría de los Defensores –con la disonante oposición de Abulio– para restringir, de manera radical y mediante una ley que entraría en vigor de inmediato, la libertad procreativa de los genéticamente defectivos y mal dotados.

Y una vez más, fue el anciano Aristóbul el único que se atrevió a discrepar públicamente, objetando que las medidas populistas y supremacistas que las dos cámaras habían acordado constituían un muy bien perfilado

ejemplo de demagogia y antidemocracia, por lo que se veía impelido moralmente a abandonar el Consejo. El escándalo alcanzó tal magnitud, que varios de los Defensores acusaron al filósofo moral de haber divulgado de manera irreflexiva en Nevis los acuerdos que eran secretos de Estado.

El primer aforismo que el Hijo del Sol subió en Nevis después de la renuncia pública de Aristóbul venía enmarcado de veneno:

“¡Jamás consentiré que se humille a los mejores, y que el destino del planeta quede al entero capricho de los que hacen esgrima en la oscuridad con los bajos intereses de los ignorantes!”.

Los Notables encajaron con ironía la ofensa; pero los Defensores hicieron del dominio público su oposición incondicional a la entrada del Hijo del Sol al poderoso Consejo Continental de Notables. Y en los siguientes días Nevis volvió a llenarse de reconocibles belicosidades:

“Para los ovejeros de la plebe: vuestra política está hecha de ventosidades con abominable olor a cloaca”.

“Os prevengo: el odio fúrico ha alcanzado ya por igual al pastor y a los estúpidos rebaños”.

“No me compadeceré jamás de los parasitarios dueños de las ovejas, ni de los ojos anegados de agradecimiento ovejuno”.

Parecía una desafiante ruptura, un claro desprecio de los representantes ciudadanos y, con ello, de la constitucionalidad misma. Sin embargo, aún faltaba lo peor, y la ocasión llegó sin simulaciones ni fingimientos cuando fue requerida la inmediata presencia del Hijo del Sol en el Comando de Operaciones Antiterroristas. Cinco misántropos habían tomado por rehenes a varios centenares

de fieles congregados en una gran basílica, y exigían la transmisión en directo de un diálogo abierto con el Gran Defensor. Éste objetó la imperativa prohibición de cualquier forma de diálogo con rebeldes y secuestradores, por lo que se acordó en el pleno de Consejeros y Defensores la intervención del Hijo del Sol. Ante la consternación del alto mando, el Hijo del Sol se negó por primera vez a obedecer.

Todo el bloque donde estaba ubicada la basílica fue aislado mediante un operativo de máxima seguridad. Varios grupos de ciudadanos, que clamaban a gritos por el rescate con vida de los seres queridos que estaban adentro, fueron introducidos en furgones y alejados de la conflictiva escenografía que ahora protagonizaban los robots-policías de última generación. Mientras con altavoces se conminaba a los secuestradores a una rendición inmediata e incondicional, las máquinas fueron posicionándose para un ataque repentino.

En cuanto las dos entradas –la puerta principal y una lateral– fueron franqueadas, los robots buscaron con asesina precisión a los encapuchados que les disparaban con armas de diferentes calibres. Varios robots dañados fueron enseguida sustituidos por otros, y a pesar de la precisión asesina con que cumplían sus programas no pudieron impedir que, antes de ser aniquilados, dos de los secuestradores abrieran fuego contra los rehenes enracimados frente al altar originando una masacre que se desbordó noticiosamente a través de las redes sociales en Nevis. Ante la magnitud de la tragedia, surgió un potenciado clamor virtual pidiendo el regreso del Hijo del Sol. Pero ningún funcionario apareció en los medios para calmar la animosidad ciudadana, lo que dio lugar a una serie de disturbios que tuvieron que ser implacablemente reprimidos.

XIII

El visitante se presentó sin anunciarse. Por la forma tan sobria y discreta como llegó, era presumible un total desapego en relación con su estima. Le abrió la deslumbrante esposa y al reconocerlo le dio un emotivo abrazo. Al oír la voz del anciano, el Hijo del Sol dejó lo que estaba leyendo y se acercó interesado.

“Vengo a decirte lo que hace mucho debí haberte dicho: yo fui el causante de tu desarraigo”, le dijo el recién llegado al sorprendido Hijo del Sol con la misma facilidad con que un dedo derrumba una pared que ya estaba a punto de caerse.

El joven le hizo una seña a su mujer para que los dejara solos y en seguida le ofreció un asiento al frágil filósofo. Después de Amonio, era el único personaje vivo a quien podía llamar maestro.

El filósofo Aristóbul vestía un traje azul claro que armonizaba con su nívea cabeza. Después de sentarse, asumió la rectoría moral con su reconocida sencillez:

“Gracias a tus dones podrás autentificar mis palabras, aunque tengo la seguridad de que sabes más sobre mí que yo sobre ti”.

“Sé que estás en discordancia con el Consejo, a pesar de que no quieras hacerlo público”, dijo a la defensiva el Hijo del Sol. “¿Algo de beber?”.

Aristóbul negó la oferta con la mano y enseguida dijo, tratando de seguirle la corriente:

“Sí, es uno de mis puntos débiles, lo reconozco. Tal vez sea una manera de equilibrar mi creciente desprecio hacia algunos de los Defensores”.

“Y ha trascendido también que eres el único miembro del Consejo que ha crecido a la sombra de tres generaciones vengativas: abuela, madre y hermana”.

Aristóbul sonrió ante el despropósito invencionero que alguien había introducido en Nevis.

“Con el agravante del abandono de mi padre, a los cinco años”, dijo en tono despreocupado.

“Un historial parecido al mío, rebosante de sicopatología familiar”, añadió con intención congraciante el Hijo del Sol.

Aristóbul lo miró con el mismo desapego que asumía ante las propuestas autoritarias de los Consejeros:

“Querido discípulo, ni la más fuerte naturaleza sale indemne de una pugna de rencores. Así que busquemos los acuerdos y no las disensiones. Si bien tu maestro Amonio no estaba de acuerdo con esto, yo creo que sólo se puede cambiar al poder desde el poder mismo, y que nada es más pernicioso para una sociedad que el aislamiento escéptico de los que más saben”.

El Hijo del Sol trató de entremeterse en los pensamientos del filósofo, pero éste no se ofendió, venía preparado para el juego prefigurando la intrusión. Y aunque él no pudiese ocultar lo que pensaba, podía leer e interpretar con una facilidad pasmosa los sentimientos envanecidos del Hijo del Sol. Enrostró un semblante de derrota y continuó:

“Ya que ha salido a relucir el tema, debo decir que mi verdadera desgracia no fue la familiar”.

“Bueno, es muy confusa la información que existe en Nevis”, quiso disculparse por la intromisión mental el Hijo del Sol.

El viejo filósofo soltó el aire como si se desprendiera de un incómodo agobio y apoyó las manos sobre la mesa:

“Ninguna de las invenciones que circulan en Nevis sobre mi persona es verídica. Nadie más que yo conoce la historia; bueno, y ella si aún siguiera con vida. Ya que no lo hice antes, ahora te la compartiré. Yo acababa de

doctorarme con nivel de excelencia, y las mujeres de la casa decidieron que debía convertirme en profesor, porque así aseguraba mi futuro, que era en realidad el futuro de ellas. Me ofrecieron una subdirección en una universidad regional ubicada en el corazón mismo de la miseria. Se trataba de una población estudiantil de diez mil jóvenes que traían en la frente un letrerito luminoso que decía: “Sácame de aquí”. A los dos meses contraí una enfermedad transmitida por un parásito, y, por órdenes superiores, me condujeron ante la sonrisa más pacífica e inocente que yo había visto en mi vida. Detrás de la sutil delineación de su rostro cobrizo, había un fondo de ternura contagiosa; nada que ver con las rubicundas arpías que me habían robado la plenitud de la niñez, y gracias a cuya protección ignoraba todo sobre el cuerpo y la psicología femenina. Le pregunté si era de allí, y negó sin dejar de sonreír. En fin, que decidí no compartir con nadie el hallazgo, y al decir nadie me refiero primordialmente a mis queridas arpías. Ella estaba estudiando un postgrado en inmunología, y en la clínica de la universidad cumplía con los requisitos del servicio social. Fueron los años más bellos que hasta hoy he vivido: dos años, tres meses y cinco días que jamás olvidaré”.

Al hacer el anciano un alto en su respiración, el joven no pudo contener su contrariedad; sin importarle la fluidez natural de la narración, esbozó un gesto impreciso con la mano, vaticinios errabundos indignos de un guerrero, y apuntó:

“Odio las narraciones patéticas”.

Aristóbul remiró condescendiente la soberbia apariencia del Hijo del Sol, y continuó sin inmutarse:

“Y entonces una tarde se paró detrás de la silla donde yo leía y me soltó de golpe que la habían nombrado directora en una rica región vecina. Y por supuesto que la acompañé; pedí el traslado a la única plaza que había disponible –Filosofía de la Ética– y me aceptaron. Cuando

al cabo de unos días tomamos conciencia de dónde nos habíamos metido, ninguna opción sensata era viable. Una cepa virulenta de una enfermedad hemorrágica tradicional había mutado de repente; y mucho se habló de que la epidemia había sido planeada con intenciones aviesas. Lo cierto es que el índice de morbilidad era del noventa por ciento, y quiso el destino que ella, precisamente, estuviera entre el milagroso diez por ciento”.

Como si lo hubieran puesto de pronto frente a una página en blanco, el Hijo del Sol musitó:

“Otro caso de aislamiento de lo mejor”.

“No. Me evacuaron a mí y a todo el cuerpo docente. Ella desapareció o la desaparecieron sin dejar rastro. Ni siquiera me permitieron una lacrimosa despedida. Y de golpe mi vida entera se vació de sentido; odié como nunca había odiado a todo lo que me concernía: odié a Dios, a mis arpiás, a mis alumnos, y, sobre todo, odié al maldito mecanismo de poder que me había arrebatado la única razón que me permitía creer que, a pesar de tanta ruindad, la vida merecía ser vivida. Pulsé hasta el último resorte de mi voluntad y llegué una y otra vez a un vacío burocrático magistralmente diseñado. Así que decidí dejar de comer para morir en una agonía degradante; y lo hubiera logrado de no mediar un sueño que tuve a la semana justa de dejar de ingerir alimentos, donde vislumbré con una claridad vivísima el rostro luminoso de mi amada y oí su cristalina voz diciéndome: “Siempre estaré contigo”.

A sus cansados setenta años Aristóbul no quiere disimular el inoportuno patetismo; se limpia la incipiente lágrima con el dorso de la mano mientras piensa que por ningún motivo volverá al Consejo a pelear, sin importarle que el Hijo del Sol tenga razones de sobra para reclamarle e incluso para faltarle al respeto. Luego de enmascararse con una mirada confesional, el filósofo se decide a borrar con un soplo conciliador los malentendidos:

“Vine aquí por dos motivos: para pedirte perdón por haber cambiado bruscamente el horizonte de tu vida, y para poner a tu disposición mi lugar en el Consejo, pues seguramente ya sabrás que me retiro”.

El Hijo del Sol se desprendió entonces de su altivez:

“Ya no hay motivo para las disculpas, desde muy pequeño me di cuenta que las decisiones cruciales en mi vida no las tomaba yo. Entiendo perfectamente lo que son los mandatos imperativos”.

“La tarde en que la pareja extraplanetaria se me apareció, continuó Aristóbul, me reblandecí y estuve a punto de desplomarme como un muerto. Su energía vibrante me hizo pensar en algún tipo de programa virtual malicioso; un triunfo más de la soberbia tecnolátrica. Pero cuando sentí lo que ellos sentían ya no tuve la menor duda de que debía ser anuente. Me dijeron que debía apartarte de la sombra rencorosa de Amonio cuanto antes. Así que obedecí las instrucciones y organicé tu rescate con un comando especial que me asignaron”.

“¿Rescate? ¡Cómo aborrezco esa clase de eufemismos!”, protestó el Hijo del Sol.

“Bueno, puede ser visto como un rescate para las mayorías más humilladas o como un secuestro para las minorías encumbradas, de las que tú, lo quieras o no admitir, eres parte. Y en relación con mi renuncia, lo que tengo que decir es aún más desencantador. Por eso vine a desemboscar de una vez mis propósitos. Uno de los aforismos que más me gusta de tu maestro es aquel que dice: “Todo desborde desprecia su propio cauce”. De un buen tiempo atrás vengo acechando la salida de cauce de tu conducta: la soberbia innecesaria con que desprecias los derechos de las mayorías. Vi la predisposición al daño desde su origen; y, antes incluso de que te admirara, me preocupaba por la efectividad mediática de tus proezas. Sé de ti lo suficiente como para convencerme de que estamos luchando en el mismo bando; sin embargo,

no comparto esa facilidad con que te dejas seducir por la confrontación. No, querido mío, no podemos permitir que un ser de tu condición superior sucumba ante la tentación de la violencia irracional y del desprecio hacia las mayorías menos favorecidas, ¿dónde quedan entonces la justicia y la ética social por las que tanto luchamos?”.

Aunque intentó inhibir la sonrisa, el Hijo del Sol no pudo ocultar el gusto de ver al anciano filósofo siendo otra vez fiel a sí mismo. Y ante el efecto confirmativo que había producido su aserción, Aristóbul se abrió del todo:

“Cuando Uno y Dos me pidieron que te trajera a la civilización, tenía más fe en ti de la que tengo ahora. Casi puedo leer en tu mente como tú lees en la mía, y sé que vas a rechazar mi proposición; aun así, debo confesar que fuiste la mejor opción, porque tu soberbia, por más repulsiva que sea, no logra ensombrece a tu nobleza ética. Si rechazas mi lugar, otro lo ocupará agradecido. Tan sólo quería darte la oportunidad de ser el primero en elegir, porque lo mereces, y por ser el discípulo del hombre que yo más he admirado. Ve, pídeles perdón en un gesto de humildad y acepta mi puesto en el Consejo”.

El Hijo del Sol se abrió al fin en franco sinceramiento:

“Querido maestro, el día que leí los *Principios de filosofía cósmica*, alguien dentro de mi cabeza me dijo que ése era un buen camino a seguir. Después, en cuanto supe más del autor, ya no me quedó duda de que era un verdadero sabio. Y ahora ese anciano sabio viene a verme con un ánimo enfermizo y contrariado, y a pedirme que asuma un puesto en el engranaje del poder que lo ha enfermado. No, admirado maestro, nunca me aceptarán los Tribunales de la plebe ni me verán como alguien en quien confiar los Consejeros más conservadores”.

Con un vaiveneo de su reluciente cabeza, el anciano enmarcó la desazón de sus palabras:

“Vienen tiempos difíciles, ni duda cabe, y los de mi generación debemos apartarnos para dejar paso a las

nuevas voluntades que habrán de poner los valores supremos por encima de todos los éxitos banales. Cada personalidad es única e intransferible, y yo ya agoté mis posibilidades personales”.

“Pues el mismo cansancio siento yo en relación al culto de admiración y odio que me profesan; estoy asqueado por igual de la corrupción del poder y de la cobardía de la plebe”, respingó el Hijo del Sol como si lanzara un escupitajo.

“Mi caso, apreciado discípulo, es mucho más sencillo; nunca hice ejercicio, ni me preocupé por hacer una dieta equilibrada, ni siquiera he dormido bien desde que era niño. En fin, a diferencia de ti nada en mí es heroico. Pero me habría ido mucho más satisfecho si antes del no prematuro que acabas de darme lo hubieras consultado con tu maestro Amonio”.

“No, no tengo que consultar lo que ya he decidido: a partir de hoy viviré para los que en verdad amo y me aman: mi familia”.

El filósofo comprendió sin necesidad de mayor ahondamiento que su papel en el juego ya estaba concluido. Con el mismo deslizamiento armonioso de energía con que había llegado, se levantó y salió, dejando al Hijo del Sol aún más convencido de que las certezas más sólidas de la razón suelen empequeñecer al universo.



XIV

En Nevis todo era ahora ruidiscencia. Los ataques más taimados erraban sin que nadie tuviera certeza de su autoría. Y detrás de todas las desconfianzas estaban las reuniones semiclandestinas que sostenían representantes de las dos cámaras. El pleno de los Defensores –espoleado por los dos integrantes más resentidos y sustentado en el demagógico reclamo de los extractos sociales más castigados– seguía exigiendo una disculpa mediática del Hijo del Sol y que reconociera públicamente a los Defensores y a los Consejeros como formas supremas del poder ciudadano.

Cuando el Hijo del Sol conoció las exigencias de los Defensores, mandó una respuesta categórica:

“En tan sólo un día puedo acabar con ese paramal de rebeldías, esa bestia ansiosa de cerrar al unísono sus millones de mandíbulas hambrientas”.

El Consejo Continental de Notables le rogó a Aristóbul que recapacitara sobre su renuncia y que mediara para regresar al Hijo del Sol a su natural estado de cordura. El filósofo no quiso concordar con nada ni con nadie. En esos momentos despreciaba más que amaba; despreciaba la necia altivez del Hijo del Sol, y despreciaba también la manipulación demagógica de los Defensores Continentales de los Derechos Ciudadanos. Manifestó que su negativa era una decisión irrevocable, con lo que, al decir de los más inteligentes líderes mediáticos, condenó a muerte la posibilidad de un acuerdo conciliador. Lo que siguió está signado con el ánimo aciago de la tragedia: la oposición

irreconciliable entre la naturaleza semidivina del héroe que triunfa y la naturaleza demoniaca del héroe en desgracia.

El Hijo del Sol fue convocado de urgencia ante el Consejo Bicameral. Pero se negó a comparecer. Una semana después su casa fue cercada. Había en el operativo una sensible desazón, pues muchos de los altos mandos militares estaban molestos por el trato que se le estaba dando en los medios al “guerrero más noble de todos los tiempos”. Los Defensores, previendo el más aciago escenario en que el Hijo del Sol hiciera una violenta exhibición de lo peor de sí mismo, ordenaron un fuerte dispositivo de seguridad en las calles aledañas; mas no tuvieron que llegar a emergencia alguna. En pose inesperada, el Hijo del Sol salió a la calle sonriendo, con sus brazos abiertos como si expresasen ideas amantes de la luz y no fascinadas por las tinieblas. Las súplicas de la madre y de la esposa ablandaron su corazón de acero, y el Hijo del Sol aceptó debatir ante el pleno de las dos cámaras. La noticia se desbordó expectante, y la mañana del debate casi la mitad del planeta estaba al acecho en Nevis.

En el Consejo Bicameral avispaban los rumores, ruines cuchicheos que pretendían enmascarar las más odiosas intenciones. El Gran Defensor, el personaje contrahecho que había convertido el odio al Hijo del Sol en la razón determinante de su vida, era el encargado de dirigir la acusación. Con gesto engatillado de rencor hizo tremolar la campanilla, y una vez convocado el silencio leyó las acusaciones:

“Honorables Consejeros y Defensores Continentales, el motivo de esta reunión extraordinaria no es otro que el de la consolidación del gobierno legítimo y democrático que representamos como autoridades máximas. En anteriores ocasiones hemos acordado homenajear a este mismo ciudadano que hoy está ante nosotros acusado de insubordinación y desprecio a la autoridad que representamos. El pleno de los Defensores acordó, en aras de la seguridad y la concordia, que bastará con que el héroe,

por nosotros tantas veces celebrado, pida una disculpa a los ciudadanos por sus declaraciones insolentes, se comprometa a no reincidir en las blasfemias arrogantes y a reconocer de manera absoluta las decisiones que se tomen en este Supremo Consejo Bicameral”.

Al Hijo del Sol lo habían sentado en la cabecera de la gran mesa que ladeaban los diecinueve personajes encumbrados, con la evidente falta de Aristóbul. Todas las miradas recaían sobre el acusado en espera de una señal asertiva. Y al fin el Hijo del Sol habló:

“¡Cuántas veces, Consejeros, he muerto y renacido por salvar vidas inocentes! Al igual que a los antiguos dioses de que hablan las mitologías, se me usa y se me pide más que agradecerme. A mis logros en defensa de la ciudadanía se les llaman ambiciones, y se me acusa, con total vileza, de ser autoritario y pretender el poder. A todos los que así piensan los nombro ahora, y para no dar pie a la menor duda, alimañas de lúgubre vuelo que infectan el aire de lamentos, parásitos del intestino social cuyos pensamientos agusanados encuentran la muerte en sus propios devaneos. Y quiero resaltarlo: a nadie odio más que a las conciencias desagradecidas y a los necios que sólo reconocen el daño cuando ya es irreparable”.

El acusador levantó la voz, congratulándose del éxito de su estrategia:

“¡Helo aquí en toda su soberbia!”.

Prisionero de su propia ira, el acusado volcanizó sus emociones e hizo estallar con un golpe fulminante la recia mesa. Después ya no pudo medir el alcance de sus ofensas:

“¡Cómo aborrezco este teatro de mentiras! Tantas veces se me ha encendido el corazón con vuestros agravios que lo tengo ya de fuego. No os basta con engañar a la chusma con ofertas de gordura y ocio, ahora queréis también que me humille para igualar lo inigualable. ¡Sois peores que buitres, esas tumbas aéreas!”.

Uno de los Consejeros, proveniente de la más industrial y avanzada región del Continente, pidió entonces la palabra:

“¡Ya es suficiente la enumeración de afrentas! Lo que aquí nos reúne es un afán de concordia, no de confrontación. Todos estamos agradecidos con los dones que el Altísimo te ha otorgado, celebramos el orden y la seguridad que emanan de tu persona, y te pedimos tan sólo un gesto conciliador para que se allane el camino al nombramiento que deseamos ofrecerte”.

El Gran Defensor aprovechó entonces la coyuntura para reenfocar el ataque:

“Conviene tener presente que este ciudadano no está aquí para ser homenajeado, sino para que explique las razones de su comportamiento antidemocrático. Además, tenemos fundadas sospechas sobre un posible acuerdo del Hijo del Sol con ciertos grupos terroristas que tienen como guía moral al antisociable Amonio. Y le exigimos al acusado que sea menos agresivo en su lenguaje, porque no está hablando con el tipo de delincuentes que está habituado a exterminar”.

El Hijo del Sol ya no pudo contenerse y permitió que su coraje saliera como un aullido atemorizante:

“¡Cómo me gustaría que fueras uno de esos delincuentes! Y lo voy a dejar dicho de una vez por todas: prefiero mil veces el destierro que la deshonra de tener que rendirle pleitesía a las manifestaciones más resentidas y envidiosas del poder. Me niego a fingir lo que no siento, y no soy yo el que tiene que convenceros de mi inocencia. Si de verdad creéis en la libertad, dejadme ser libre, vivir y opinar a mi manera”.

Ante el asentimiento de algunos Consejeros, el acusador optó por una salida demagógica:

“No tiene sentido hablar de libertad mientras se desprecian las leyes y a quienes las protegen, mientras existan grupos fundamentalistas que pretenden quebrantar el orden social, mientras unos pocos usufructúen...”.

El Hijo del Sol cortó la arenga al expresar con violencia su desacuerdo:

“¡Ahí está vuestro principal sostén: el gran embaucador, el profeta liberador de la chusma miserable y vulgar que sólo piensa en la satisfacción de su vientre y de sus genitales, y encumbra a los imbéciles que la engordan!”.

“¡Es innoble y ofensivo confundir la miseria con la vulgaridad!”, protestó el acusador en un tono escandalizado.

Pero el Hijo del Sol no estaba dispuesto a ceder un ápice de su ofensa:

“No, no soy innoble ni estoy confundido, la miseria siempre es y será vulgar. Y tú eres la prueba más fehaciente de mi afirmación”.

El otro Defensor, que lo odiaba menos aunque le temía más, brincó electrizado:

“¡Oídlo, porque así como habla ha de legislar!”.

“¡Juzgadme por mis obras, no por mis palabras!”, reclamó enfático el Hijo del Sol.

El Gran Defensor aprovechó el desacuerdo generalizado para evidenciar su afición a los moralistas clásicos, que la plebe tanto le celebraba:

“¡El que no puede gobernar sus emociones tampoco puede servir al bien público!”.

En medio de la barahúnda nadie prestó atención a las propuestas contrarias de Consejeros y Defensores:

“¡No le concedáis al odio sus reclamos!”.

“¡Dejadle, no hay castigo más apropiado que el que uno mismo se busca!”.

“Habla como si ya tuviera el poder que aún no le hemos dado”.

El acusador se levantó del asiento con ánimo imperativo y conminó al silencio sacudiendo la campanilla.

El Hijo del Sol removió los rescoldos de su soberbia y exhibió su imponente fortaleza como un tornado que empequeñece todo lo circunstante. Vio y sintió que las energías además de temerosas le eran hostiles; leyó

las mentes y sólo encontró rechazo. Entonces, como si extrajera de lo más profundo de sus pulmones todo el desprecio acumulado, rugió:

“¡He aquí la inmoralidad que aborrezco! Por esa hipocresía, por esa avaricia disfrazada de compasión sois la peor amenaza contra la vida armoniosa y fraternal que predicáis. ¿Acaso no podéis ver cómo el poder, cualquier forma de poder, convierte al más deforme en hermoso, al más ruin en filántropo y al asesino en soldado?”.

El Gran Defensor antes de hablar dio unos pasos renqueantes en dirección al acusado. Se detuvo a una distancia prudente y adelantó la mano derecha con el índice dispuesto para el ataque:

“Está enfermo de soberbia; enseñémosle que en una verdadera democracia la justicia debe primar sobre la fuerza”.

El Hijo del Sol aferró la mesa con sus grandes manos para lanzarla por el aire. En los ojos de los Consejeros y Defensores apareció de golpe un fulgor miedoso, momento que aprovechó el Hijo del Sol para repetir el aforismo más difundido en Nevis la reciente semana:

“En una verdadera democracia los peores ciudadanos no son idiotizados con dádivas demagógicas, ni se les concede a las minorías inmorales sus caprichos irracionales”.

“¡Hay que expulsarlo para siempre, sepultémosle en el más alejado desierto!”, clamó el Gran Defensor, apuntando de nuevo en actitud justiciera hacia el acusado.

“¡Sí, sentenciémosle al ostracismo!”, coincidieron las voces de los Defensores.

Entre los Consejeros hubo algunas voces discrepantes que exigían mayor cordura, pero sucedió lo inevitable: la larga y pesada mesa voló huracanada, golpeando al Gran Defensor y a los que no lograron prever a tiempo el arrebató. Así consumó el Hijo del Sol su caída, como un torbellino sobrenatural de fuego y viento que arrasa todo a su paso.

XV

En medio del escándalo público por la condena al ostracismo del Hijo del Sol, los militares, empresarios y el Consejo de Notables guardaron un silencio ofendido. En Nevis, trepándose a la condena generalizada, pudieron verse unos videos del Gran Defensor con la cabeza vendada, y que, después de celebrar la decisión del Consejo Bicameral Planetario, concluía en tono confesional:

“Hagamos ahora profesión de humildad, que es la más noble de todas las profesiones”.

El ostracismo, después de desaparecer durante siglos, había renacido con una fuerza que sólo podía atribuirse a la luciferina repercusión mediática. El hecho de que únicamente los grandes personajes morales, y no los asesinos y viles delincuentes que eran condenados a muerte, fueran expulsados para siempre del Continente, le daba al castigo un cariz mítico. A favor o en contra, millones de ciudadanos conscientes tomaban partido y expresaban agresivamente en Nevis sus razones.

Se entiende que infringir la condena tuviera un castigo brutal que ningún humano, hasta ahora, se había atrevido a afrontar: la total reclusión de la estirpe familiar. El Hombre Soberbio concibió desde el principio una sola salida, sin posibilidad de represalias hacia los seres que más quería. Los reunió a todos, madre, esposa e hijos, y les aseguró que en cuanto tuviera un lugar adecuado vería la manera de llevarlos, que ahora era expulsado con deshonra pero que algún día irían a rogarle que regresara.

La esposa parecía una orquídea deslucida aferrándose al tronco del gigantesco árbol que acaba de ser desarraigado; la madre una rama repentinamente seca que se resiste a aceptar un destino que la condena a perder su fruto más querido. Una vez que todos lo abrazaron, él acorazó a sus hijos con las manos contra sus largas piernas y les dijo con dignidad trágica:

“Cuando llegue el momento y os lleven, no quiero que sucumbáis ante el martirio de exámenes y análisis. Yo haré todo cuanto esté a mi alcance para que se os respete; mas os advierto que vendrán días difíciles en los que sólo el recuerdo de este momento os dará fuerzas para resistir. Y sé que así como yo resistí, vosotros resistiréis”.

“¡Por favor, llévanos contigo!”, imploró la mujer juntando las palmas de las manos en gesto de súplica.

“Sabes muy bien que es imposible; ellos jamás lo permitirían”, objetó él apartando a sus hijos.

La mujer rompió en llanto, y le siguieron los chicos. Sólo la madre, dando un par de pasos hacia adelante, se atrevió a apoyarlo:

“Por mí, y tú sabes que no miento, deberías matarlos a todos, aunque te quedes solo en el planeta; sólo tú y la eternidad por delante. Yo, hijo querido, estaré siempre donde tú estés”.

“¡No, yo no, mis hijos y yo lo queremos con nosotros!”, dijo la esposa poniendo en evidencia una repentina contrariedad, como si al fin pudiera desahogar sus desacuerdos esenciales. Ante el silencio, prosiguió: “Nos prometiste a mí y a tus hijos que no ibas a recurrir a la violencia, que pensarías siempre en nuestro bien: cuidarnos, protegernos, darnos amor; porque eso es lo que debe hacer un verdadero padre por sus hijos, lo que nosotros queremos y esperamos de ti, lo que me juraste mil veces que harías por mí y por nuestros hijos. Lo mismo te pido ahora: ya que no puedes llevarnos contigo, prométeme que vendrás a buscarnos cuando tengas un hogar.

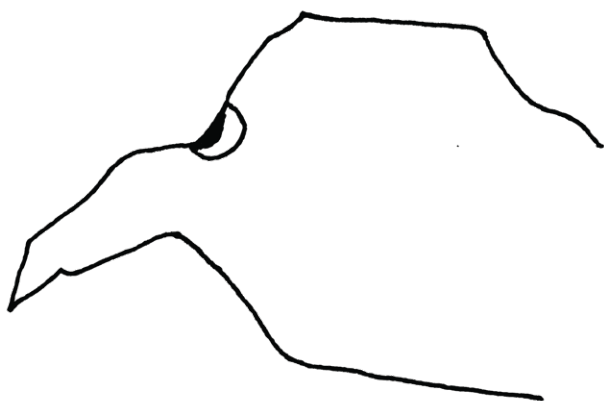
“¿Por qué os negáis a ver, mujeres, que los que me condenan saben muy bien que vosotras sois mi lado más débil?”, replicó de forma acusadora el Hijo del Sol. Y como ninguna de las mujeres se atrevió a enfrentarlo, continuó: “No fue el Consejo Bicameral el que me condenó, sino la corrupción de los poderosos y la acomodaticia cobardía de la plebe. Sólo los más jóvenes lucharon por mí, y es por ellos, por vosotros y por mí mismo que no puedo fallar, jamás podría perdonármelo”.

En un operativo nocturno y secreto, lo llevaron al centro del infierno. El calor era opresivo como una pesadilla y el aire estaba inflamado de maliciosas premoniciones. Su rostro comenzó a matizarse de rencor y maldijo una y otra vez su impotencia: la humillante prueba a que lo sometía su razón. No obstante, sabía muy bien que un solo amago de oposición de su parte traería amargas consecuencias a sus seres queridos.

Era una población polvorienta hecha de escoria y vicio, que había permanecido al margen de las noticias después del efímero esplendor de una riquísima mina de oro. Todavía, mediante artes y recursos caseros, se podía hurgar entre los enormes montones de tierra y extraer un par de decenas de gramos del preciado mineral a la semana. Poco le importó la manera hostil de los militares. A partir de ahora estaba dispuesto a sufrir toda clase de zozobra.

Lo condujeron hacia una entrada lateral de la gran mina abandonada. El Hijo del Sol entró doblándose y tras él los militares, quienes lo inyectaron sorpresivamente en la baja espalda y lo arrojaron al piso. Mientras caía, experimentó una sensación extrañísima, como si su cuerpo se fragmentara en infinidad de partículas que se perdían en el cosmos. Se sintió enseguida dentro de un sueño que lo dejó en las faldas de una montaña soberbia, en una plenitud lunar jamás contemplada. Sobrepasó la fría cima y comenzó a descender con la majestuosa fluidez de un águila. De pronto vio la luna reflejada en un grandioso

lago de cristal, sembrado en una quietud beatífica que él jamás había sentido, sin nada que temer ni confrontar, y cayó de rodillas ante ese vislumbre de eternidad.



XVI

Despertó en una confortable residencia de cristal, bajo el influjo de una luminosidad que neutralizaba toda intención agresiva. Miró el entorno con ánimo reconocedor y distinguió sobre una mesa transparente, al lado de la cama, una prenda unitaria de vestir hecha de un material radiante y desconocido. Detuvo luego la mirada atónita al frente, no pudiendo aceptar que aún siguiera en el sueño, que esa laguna tan grande y diáfana pudiera existir allí afuera de su mente.

Al tiempo que oyó su nombre adentro de su cabeza, sintió un leve aleteo y vio las radiantes materializaciones de Uno y Dos en el centro de la estancia. Sólo entonces reparó en que, justo por encima de él, lucía el sol en todo su poder pero sin calentar.

“Sin duda algo hay de censurable en la intención; a nosotros nos gusta mucho materializarnos”, resonó la voz de Uno.

“¿Dónde estoy?”, preguntó el Hijo del Sol sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su desasosiego.

“Seguramente quieres saber si estás despierto o soñando”, dijo Uno.

El Hijo del Sol palpó la trabazón de los músculos de sus brazos y luego de sus piernas, cerró los ojos y murmuró:

“Parece que desperté dentro de un sueño”.

“¡Qué bello que lo veas así!”, exclamó Uno con inusitada euforia.

“¿Pero dónde estoy?”, volvió a preguntar el Hijo del Sol.

“Estás en la parte más profunda de un volcán gigantesco que hizo erupción hace más de cien mil años”, aclaró Uno. Y ante la generalizada incertidumbre del Hijo del Sol, prosiguió: “Antes eras el guerrero más temible del planeta; ahora serás un pacífico guardián de la luz”.

Después de ponerse el biotraje que le habían dado, decidió reconocer su nueva morada. El lago era de agua pura y transparente como un vidrio. El entorno estaba poblado de manzanos, nogales y almendros muy frondosos, además de abundante variedad de otros frutales. Por instrucciones de los Isos, dedicó los primeros días a reconocer el vergel, y descubrió que bajo los árboles y en su ramaje retozaban distintos animales y aves que no se inmutaban a su paso. Entre ellos reconoció a venados, faisanes, ardillas, armadillos, palomas, loros y guacamayas.

Al cumplirse la primera semana, Uno y Dos lo despertaron con la titubeante claridad para decirle que esa iba a ser una jornada de meditación y descanso. Lo pararon en la orilla del lago y le pidieron que cerrara los ojos para entrar en estado de gracia, luego lo impulsaron electrónicamente y cayó en el lago con la vivísima sensación de entrar en un cerebro líquido en el que podía desplazarse fluidamente hacia el futuro y el pasado. Vio desfilar ante sí todo lo que quería saber sin tener que hacer una sola pregunta. Como si siguiera dentro de un sueño, vio el planeta inmenso del que los Isos provenían y comprendió el motivo de su llegada a la Tierra. Súbitamente, lo que veía se complementó con la voz interior inconfundible de Uno:

“Hasta el momento más crítico faltan aún varias decenas de vuestros años. Hemos enviado numerosas expediciones por los sistemas más cercanos y ningún otro planeta tiene tal abundancia del principio básico para nuestra vida como éste. Así como el animal humano necesita el hierro de los glóbulos rojos para oxigenar las células y eliminar el dióxido de carbono, nosotros necesitamos el

oro. No nos alimentamos más que de sol y de oro; por eso no producimos desechos ni tenemos que matar para comer, como hacen todas las formas de vida inferiores y agresivas. Los humanos tienen que erradicar para siempre la violencia animal que ha llevado a su civilización al borde del abismo. Hubo un filósofo que aborreció la violencia irracional y que preconizó la purificación de la animalidad humana a través del espíritu, pero no fue bien comprendido. Este visionario proclamó hace varios miles de años, “que los que mataban a Dios en su mente sólo mataban la posibilidad de ser eternos”. Y es claro que nunca como en los tiempos recientes tantas mentes conspiraron para matar a Dios con tanto éxito. Los que se dejan seducir por la fácil tentación del caos y el azar sólo pueden creer en una evolución ciega, una vida sin transcendencia que duplica la posibilidad pecaminosa de comportamiento: la autogratificación y la autoadmiración; y que entrona dos recursos degradantes de convivencia: la adulación y la mentira. Tú, por fortuna, ya poco tienes que ver con ellos. Ahora eres un verdadero Hijo del Sol, y en tu nueva vida también alimentarás tus circuitos vitales con oro y sol; aunque por un tiempo aún necesitarás el suplemento de almendras, nueces, frutos y huevos, como hicieron treinta mil años atrás los padres edénicos de los que hablan vuestros libros sagrados. A partir de ahora tú decidirás si escoges una vida larga y sabia como la nuestra, que dura cientos de años, hasta que nos fusionamos con el espíritu inmortal, o prefieres regresar al mundo violento y caótico de los humanos”.

Y con el mismo impulso vibratorio regresó a la orilla. Al ver a Uno y Dos a su lado, el Hijo del Sol agradeció el entendimiento y supo que a partir de ahora podía tener la total confianza en que los Isos decidirían siempre en razón de lo que más le convenía. Entonces su mente se llenó de un solo pensamiento enmarcado en un paisaje de sombra y duda: ¿y cómo iban a conseguir el oro? La

voz de Uno le dio la decisiva pincelada a la escenografía onírica:

“Los humanos están ante una disyuntiva crucial: dar con nuestra ayuda un salto evolutivo hacia una nueva civilización pacífica y armoniosa o enfrentarnos con su rudimentaria tecnología militar, lo que sin duda nos obligaría a usar nuestro poder a un grado que ni pueden imaginar”.

Todo el entorno parecía diseñado de manera virtual. En los paseos, aves y animales se le acercaban y le hacían gorjeos y movimientos seductores como si quisieran comunicarle su beneplácito. Nunca antes, ni siquiera en su niñez con el asceta Amonio, había establecido un diálogo tan armonioso con el entorno. Trabajaba una buena parte del día en un huerto donde hacía crecer, entre otros vegetales, tomates, cebollas y ajos, que constituían los ingredientes de la salsa con que gustaba acompañar los huevos de faisanes, guacamayas y palomas. Antes de levantarse y al acostarse, daba gracias al Creador por todos los dones recibidos y, como si hablara con el padre terrenal que nunca conoció, le pedía perdón por los excesos cometidos en su vida pasada. A diario iba al templo del Padre Celestial a pedir protección para los suyos; después se tendía desnudo a la orilla del lago cuando el sol estaba en su apogeo, intentando vaciar su mente del único pensamiento que lo importunaba y torturaba: “¿Cuándo iré a buscar a los que amo?”.

XVII

Afuera comenzó a darse una patológica concentración de infortunios. La intolerancia se había matizado de soberbia y día a día crecían los disturbios. A la desbordada inflación debida a la escasez de oro y a la especulación con divisas, se le sumaron la inseguridad y los saqueos de centros comerciales. El Gran Defensor, consumado experto en la manipulación de las conciencias poco reflexivas, recurrió a la probada eficacia del temor para detener el desborde de reclamos.

Primero desapareció el filósofo emérito Aristóbul, por haber hecho público su rechazo a la torpe insensibilidad de los gobernantes; y enseguida le siguió Amonio, tras subir en Nevis este aforismo irrefutable: “Es vano esfuerzo intentar convencer a los que se niegan a ser educados”. Millones de jóvenes exigieron en Nevis que se castigara penalmente a los empresarios que se enriquecían especulando con el oro. Mas esta exigencia fue soslayada por los medios progubernamentales.

En las calles se pudieron ver entonces manifestaciones masivas de estudiantes y trabajadores que gritaban consignas en contra de la corrupción de los gobernantes. Por temor al vandalismo ya vivido en otras ocasiones, cerraron casi todos los comercios y centros recreativos. Los medios, ante la magnitud y el nivel organizativo de las marchas, se sumaron hipócritamente a la causa y en pocos días, mediante comentarios demagógicos, lograron aureolar con un halo redentorista a las protestas. Pero de pronto se desbordó la violencia; jóvenes de comple-

xión fornida y con la cabeza cubierta se desprendían de las marchas para destruir e incendiar todo a su paso, poniendo especial empeño en los comercios de joyería. Los organizadores los acusaron de ser infiltrados con intención de desprestigiar los legítimos reclamos de la ciudadanía, y en los medios hubo un cambio radical de enfoque que enfatizaba las desastrosas consecuencias a que podía llevar la violencia descontrolada.

Los Defensores y los Consejeros Continentales coincidían al fin en que había que aplicar mano dura, y como resultado de esta decisión los robots represivos salieron a las calles. En los medios, un portavoz de los Defensores y otro de los Consejeros acusaron oficialmente a los Misántropos de ser los culpables de la desaparición de Aristóbul y de Amonio, los dos sabios insignes, con la perversa intención de generalizar el desorden. En Nevis fue total el rechazo a los gobernantes, acusándolos de manipuladores y tiranos.

Dada la radical desavenencia entre la ciudadanía y el poder, reaparecieron los secuestros de empresarios y comerciantes; esa práctica bárbara que todos creían ya superada para siempre, además de una inusitada proliferación de actos terroristas. Entonces los empresarios, los comerciantes y los Consejeros subieron el tono y pidieron el retorno inmediato del Hijo del Sol. A lo que se opuso con vehemencia el Gran Defensor, secundado por la mayoría de los colegas de su bancada.

Una primera embajada de los Isos, conformada por la más experta pareja en cuestiones humanas, se materializó cuando estaba por finalizar una reunión del Consejo Bicameral convocada de emergencia. La extraordinaria aparición de esa pareja de colosos tan bellos como atemorizantes, produjo en los Consejeros y los Defensores una sensación defensiva encarcelada en la más suspicaz desconfianza; miradas fugitivas de temor que parecían anunciar una deshonrosa huida. El brillo áurico de los

cuerpos atómicos proyectaba en las pupilas de los representantes de los ciudadanos una intensidad acobardada.

Primero habló la brillantez más apacible y bella:

“Soy una embajadora de luz y paz, enviada desde un circuito solar próximo al vuestro con la intención de lograr un acuerdo armonioso y equitativo con los mandos supremos de este planeta; y él es mi compañero. En nuestro mundo todas las misiones, sin excepción, se realizan en parejas; y a nosotros se nos ha encomendado la misión de haceros saber que somos portadores de una civilización que está miles de años más avanzada que la vuestra. En nuestro mundo no existe la mentira, así que no mentiremos. Estamos aquí por una urgencia planetaria extrema y necesitamos vuestro oro, pero nada más ajeno a nuestras intenciones que robarlo. Sabemos que vuestra dinámica económica aún depende del oro, mas pronto podrán disponer de una divisa virtual que no necesita el respaldo de ningún mineral”.

No tardó el Gran Defensor en manejar el desconcierto en su provecho. Dijo con voz imperativa que tan sólo se trataba de un montaje virtual, una mala broma que había que castigar con firmeza. Sin embargo, al acercarse a los Isos con intención de desbaratar sus imágenes, fue repelido por una fuerza electrónica que lo lanzó bajo la mesa y entre las piernas de los colegas.

“¡Nosotros no podemos mentir!”, dijo el varón con autoridad. “Nada les quitaremos que no sea de mutuo provecho, ni nada les daremos que no sea recibido con agradecimiento. Necesitamos el oro que hay en este planeta, pues sin él no podríamos sobrevivir”.

“¡Mentiras!”, gruñó bajo la mesa el Gran Defensor. “Viles mentiras virtuales que deben conocer los ciudadanos para obligarnos a actuar cuanto antes con la requerida resolución”.

Varios de los asistentes usaron sus comunicadores para alertar a los cuerpos de seguridad, que irrumpieron

en la sala con la irresponsable violencia de una jauría. Y con la misma impredecibilidad con que habían llegado, los Isos desaparecieron.

Por estrecho margen se impuso la cordura de no hacer público el encuentro. Un margen en el que cabían, sin embargo, los pensamientos más infectados de bajezas. Como esponjas de múltiples ojos, los ciudadanos veían sin comprender. En cualquier momento una nueva ola de desconfianza se propagaría en Nevis y ya no habría manera de contener la locura. Hasta que el portavoz de los Consejeros filtró a un grupo de grandes empresarios la aparición que había filmado con su tableta electrónica; y fue entonces, al enterarse de la felonía, que el Gran Defensor ya no tuvo obstáculos para masificar con alarma la noticia.

Aunque fracasado de cuerpo, el Gran Defensor tenía una inteligencia que podía ser muy peligrosa si se desdeñaba. Los que le conocían estaban siempre atentos a su mirada y a sus gestos, pues reflejaban fielmente su veleidoso estado anímico. En los momentos de mayor agobio lograba concentrar en su voz tal poder de persuasión que, al igual que al más fanático predicador, era difícilísimo contradecirle. En una escenificación impecablemente montada, habló al mundo de la inminente invasión de seres extraterrestres que pretendían adueñarse de todas las riquezas. Dijo a los cientos de millones que lo vieron virtualmente que esos invasores solares en el último siglo habían venido manipulando el clima del planeta, y que eran los causantes de la ola de desórdenes y de la creciente delincuencia. Que ellos promovían la especulación y el caos con su hambre insaciable de oro y de mando.

En ciertos puntos del planeta estalló la más irracional anarquía, inundándose Nevis de oleadas de imágenes procedentes de los países del profundo Oriente, donde podían verse personajes de todos los aspectos y edades enjambrados en los más bárbaros saqueos. Y fue ante este

nuevo desorden que amenazaba con generalizarse, que los Consejeros Continentales consiguieron persuadir a los Defensores para traer inmediatamente de regreso al Hijo del Sol.

El comando seleccionado para encontrar al héroe solar regresó con la noticia de que la mina entera había sido arrasada por una microbomba de hidrógeno. De inmediato se filtró la noticia en Nevis con la pregunta obligada: “¿Quién había dado la orden para arrojar la bomba?”. En consecuencia, varios Consejeros exigieron una seria investigación y pidieron la comparecencia de los familiares del héroe que suponían sepultado.

Con débiles argumentos, el Gran Defensor pretendió desplazar la atención hacia otro tópico, pero pronto se supo que la mujer y los dos hijos del héroe solar vivían en la misma mansión del Gran Defensor, por lo que éste no tuvo más remedio que inventar la poco creíble historia de que los había llevado a su casa para protegerlos.

La comisión encargada de interrogar a los familiares estaba conformada por dos Consejeros y dos Defensores. La mesa la presidía el Gran Defensor y en su rostro era notorio el afán protagónico. Las dos mujeres y la pareja de niños habían tenido que pasar una revisión humillante a la entrada del Limbo, que es como se conocía en Nevis al reluciente edificio de metal donde sesionaban las dos cámaras, y miraban hacia los encumbrados personajes como si estuvieran frente a animales ponzoñosos. Antes de que nadie hablara, una voz virtual repasó las últimas noticias que había en Nevis sobre el Hijo del Sol, incluyendo la explosión de la mina. Luego siguió un silencio cargado de indecisiones, en que sólo se percibían los sollozos de la mujer más joven enmarcados con la vibración negativa del edificio.

“¿Y bien?”, dijo con evidente ironía el Gran Defensor.

“Yo no sé nada”, dijo enfatizando su malestar la madre del Hijo del Sol.

“¿Y tú?”, reviró a la esposa.

La mujer se limitó a frotarse las lágrimas y a negar con la cabeza.

“Es una pena que una madre y una abuela tan cariñosas nos obliguen a tener que interrogar a los nietos”, continuó el Gran Defensor. “El planeta entero está en peligro y necesitamos que el superhéroe solar nos ayude”.

“Aunque nos maten no diremos nada, porque no sabemos nada. Jamás ha vuelto a comunicarse con nosotras. Vosotros lo sepultasteis”, afirmó la madre.

Uno de los Consejeros solicitó la palabra:

“Le pedimos disculpas, señoras, por el modo tan imperativo de interrogarlas. La verdad es que estamos en una situación de emergencia planetaria, por lo que debemos encontrar cuanto antes a vuestro hombre. Y podéis estar seguras que encontraremos también al culpable de la explosión de la mina”, dijo enrostrando al Gran Defensor.

La madre intuyó entonces la celada:

“¿Qué queréis de nosotras?”.

El Gran defensor no quiso dejar pasar la oportunidad de demostrar su rango:

“Si bien ha desaparecido del mundo para nosotros, estoy casi seguro de que aparecerá en menos de dos días en cuanto le llegue la noticia de que su madre, esposa e hijos se perdieron al buscarlo en las desoladas tierras áridas próximas a la mina”.

La más joven de las mujeres miró con llorosa fijeza la expresión risueña del Gran Defensor, y sólo tuvo valor para abrazar a sus hijos en medio del naufragio moral que la embargaba.

Los dos primeros días protegieron y alimentaron a toda la familia como si se tratase de una excursión. Al tercer día el jefe del comando conformado por cinco oficiales de élite recibió la orden de regresar, dejándolas abandonadas sin protección y con muy poco sustento. El Gran Defensor, que era el único que estaba convencido de la

inutilidad de la búsqueda, les dijo a los Consejeros que radicalizando la presión el Hijo del Sol vendría, a como diera lugar, a liberarlas. Pero cuando fueron a rescatar a la familia en una gruta polvosa una semana después, los chicos ya mostraban los síntomas de una deshidratación severa.

La segunda vez, las recibió el Gran Defensor a solas en su ostentosa mansión. En esta ocasión traía ensayada una expresión de total derrota. Tras saludar con una inclinación de cabeza a las dos mujeres, masculló con un deje esforzadamente lúgubre:

“Siento mucho tener que confirmar esta noticia: nuestro gran héroe invicto, el predilecto Hijo del Sol, fue sepultado por toneladas de piedra al derrumbarse la vieja mina donde buscaba oro. Se está investigando para conocer a fondo lo sucedido. Todos nos sumamos a la consternación, y con toda seguridad, señoras, pueden contar con nosotros para lo que venga al caso”.

Las dos mujeres y los chicos se abrazaron conformando una escultura sollozante. La sensación de patetismo que transmitía el sufrido conjunto dibujó en la cara del Gran Defensor una mueca de desagrado, y sin decir palabra salió cabizbajo como si hubiera visto en el piso una ponzoñosa vida reptante.

XVIII

Después de múltiples maquinaciones, el Gran Defensor decidió visitar a los ancianos filósofos que tenía secuestrados en una cárcel clandestina. Algo enraizado en lo más profundo de su ambición le decía que el Hijo del Sol aún estaba vivo, por lo que en cualquier momento vendría a llevarse a la mujer que, a fuerza de engaños y con la promesa de que no les haría daño a sus seres queridos, ya estaba a punto de sojuzgarla. Primero visitó la celda de Amonio; el asceta ni siquiera se dignó a mirarlo y mucho menos a contestar, con lo que firmó su inmediata sentencia de muerte. Luego fue a la celda de Aristóbul y trató de embaucarlo con dulces palabras, justificando su reclusión como la manera más segura de protegerlo contra la violencia irracional que se había desatado.

“A mi edad, el simple hecho de hablar con alguien que no está dispuesto a cambiar de opinión es un desperdicio de tiempo imperdonable”, dijo el filósofo con la amabilidad que siempre lo había caracterizado.

“El motivo no soy yo, admirado maestro, sino que es el planeta entero el que está amenazado. Necesitamos encontrar a como dé lugar a tu pupilo, el Hijo del Sol”, dijo con fingido tono de derrota el Gran Defensor.

El anciano esbozó una sonrisa indulgente y masculló convencido:

“No sería descabellado aventurar que habéis sido vosotros mismos lo que originasteis con fines aviesos los problemas, y ahora no sabéis cómo solucionarlos”.

“No, estimado Consejero, los disturbios son tan sólo una distracción que usan los emisarios del mal que quieren invadirnos y exterminarnos”.

“¿Emisarios del mal?”, inquirió el filósofo con ironía.

“Sí, dicen que sólo quieren nuestro oro, aunque en realidad pretenden esclavizarnos”.

“Si es como tú dices, sin duda podrían serle de mucha utilidad tus conocimientos de la maldad. Siempre me he preguntado si mentes como la tuya están capacitadas para distinguir el bien del mal”.

“Maestro, yo no soy de los que solamente creen en el bien, sino de los que lo hacen”.

“¿Qué palabras tan bellas y vacías!”.

“¡Basta ya de simulaciones!”, explotó agresivamente el Gran Defensor abofeteando en la mejilla al anciano.

“Estimado Defensor, ambos sabemos que siempre hemos ido en direcciones opuestas. Para ti los demás son los ingredientes digestivos de tu gratificación egoica; para mí los demás, la especie entera de humanos con sus millares de variaciones y caracteres, suponen la única razón de mi existir, la única justificación a la que me agarro humildemente cuando estoy ante seres tan viles como tú...”.

Impulsado por un brinco dictatorial, el Gran Defensor golpeó con el dorso de su mano derecha la frágil nariz del anciano. Ya que se desplomó el cuerpo, le puso la brillante bota de piel de saurio sobre el pecho, dispuesto a sacar al fin sin recato sus rencores:

“¡Malditos sabios de pacotilla! ¿Creéis que vuestro servicio en las aulas valió el esfuerzo? ¿Que el hecho de ser Consejero Continental es una garantía de incorruptibilidad? No, no y mil veces no. No, Consejero Aristóbul, nadie puede hablar de justicia y de libertad mientras una casta privilegiada siga manipulando las esperanzas del pueblo”.

“¿Cuál pueblo?”, carraspeó el anciano tras limpiar con el dorso de la mano el fluir sanguinolento de su nariz.

El Gran Defensor bajó con rapidez la bota y disparó un golpe contra las costillas. El anciano se encogió profiriendo una sola queja:

“Recuerda esta última lección, miserable demagogo: es el conocimiento y no la tripa satisfecha la que hace a los hombres libres y con derechos iguales”.

La segunda patada se hundió implacable en la blandura del filósofo; pero la tercera buscó la boca, con tan buen tino y tanto odio que fue suficiente para que la conciencia del anciano se desprendiera del cuerpo.





XIX

Cuando los ciudadanos se enteraron que el creciente ascenso en la temperatura del planeta no se debía directamente a la alteración de ningún ciclo natural conocido, y mucho menos al excesivo consumo energético, las protestas unieron por primera vez a todas las generaciones y a todos los estratos sociales. Por las principales ciudades del planeta marchaban millones de jóvenes y ancianos, homosexuales y heterosexuales, ateos y dogmáticos, servidores públicos y profetas que pedían un acuerdo planetario, pues sólo la aceptación de las diferencias y de los errores cometidos podría evitar el holocausto.

Nunca antes tantas generaciones de cobardes se habían desbandado con tal frenesí suicida. Las más locas huidas, la desquiciada construcción de residencias subterráneas, todo signado con la sombra de la derrota. Hasta que el ejército se adueñó por completo de las calles.

Presionado por los demás colegas, el Gran Defensor llegó a una última conclusión y ordenó que le trajeran de nuevo a toda la parentela del Hijo del Sol.

La esposa y los dos hijos fueron sacados de la mansión del Gran Defensor sin la menor oposición. Desde que habían caído en desgracia, ella se levantaba con la primera luz de la mañana para prepararles el desayuno a los chicos, y entrar enseguida en Nevis con la esperanza puesta en que alguien contestara al llamado de los tres circulitos azules que había subido. Fue por ello que no quiso concederle mayor importancia al hecho de que el administrador del edificio pidiera a esa hora hablar de un asunto urgente. La otrora más bella de las sonrisas,

ahora entristecida por un presente aciago, abrió la puerta sin oponer la menor resistencia al tropel de militares.

A los tres se los llevaron en pijama, les embolsaron una capucha en la cabeza y los condujeron, durante un tiempo que la mujer calculó de poco más de dos horas, a un lugar silencioso y con un acentuado olor a cloaca. Ni un solo quejido, ni una súplica; los niños se dejaron llevar con docilidad atendiendo al dictado preventivo que la madre había venido grabando en sus mentes durante los últimos meses:

“Cuando vengan, hay que hacer exactamente lo que ellos quieran; fingir que confiamos en ellos y no olvidar jamás que obedecen a quienes nos quitaron a nuestro más grande amor, la razón de nuestra vida”.

Sin embargo, con la jefa de auxiliares aeroespaciales las cosas se complicaron. El operativo se había efectuado al mismo tiempo, dando por hecho que la madre también estaría en igual estado de incertidumbre que la esposa. En el departamento no había nadie. La jefa de auxiliares aeroespaciales se hallaba en el centro espacial en una junta de emergencia, sufriendo los efectos calcinantes de una noche en vela y aún sin decidir la actitud que los miembros de la aviación civil iban a adoptar tras el anuncio de la total militarización del espacio aéreo. Esta mujer, con un cuerpo admirablemente acrisolado en largas sesiones de natación, llevaba ya algunos años alejada del mundo festivo y chismoso en que se movían sus colegas. En sus horas de trabajo se vestía y comportaba como las demás auxiliares aeroespaciales, y era muy consciente de la transformación que había experimentado su vida a partir de la condena al ostracismo de su hijo. Desde entonces había centrado su voluntad en un obsesivo activismo social, y había aprendido a darle importancia a los más nimios detalles.

En representación del sindicato de la más influyente compañía aérea, encabezaba ahora la disensión. Después

de haber tomado cinco cafés, su conclusión no admitía ambigüedades:

“Si mostramos ahora debilidad, después nos van a poner de rodillas”.

Y había tanto fuego en sus ojos, que su principal oponente, uno de esos personajes comunes que viven con la certeza de que jamás serán recordados, casi le suplicó que saliera un momento a airearse. Iba eléctrica de coraje, con los nervios punzantes y el corazón oprimido en el cansado cuerpo. Salió a la terraza y observó maravillada la insignificancia de todos sus problemas ante un cielo con miles y miles de planetas habitados y con millones de seres conscientes que estarían pasando –o pasarían algún día– por las mismas dudas que ella en ese momento enfrentaba. Bajó relajada la cabeza y casi brincó al ver cómo por las escaleras de emergencia subía una fila de militares de élite.

Aclaró el pensamiento antes de dar el primer paso. Midió la distancia y calculó el tiempo; se fue luego decidida hacia el extremo izquierdo de la terraza y pasó de un brinco a otra terraza y a otra, y por último entró sorpresivamente en una junta de vendedores que atendían a una pantalla donde se exhibían paraísos turísticos, que en realidad ya habían sido o estaban siendo saqueados. Hizo una reverencia con la cabeza a modo de disculpa y se perdió en el gigantesco complejo espacial.

Quince minutos más tarde salía del estacionamiento en su autonave. Iba más eléctrica y decidida que nunca. Al llegar al control de salida introdujo la tarjeta en el identificador y, en cuanto se le abrió el paso, subió la velocidad con la duda corrosiva de no haber dejado definitivamente atrás a los militares. El estacionamiento estaba en un gran espacio subterráneo anexo a la terminal, al que se entraba y salía por medio de una rampa circular que desembocaba directamente en una gran avenida donde las autonaves ya podían elevarse.

Mientras pensaba a donde ir, decidió de pronto que tenía que alertar a su nuera. Extrajo con premura la tableta del bolso, pero nada más pudo marcar un dígito: al final de la curva había un control militar impidiendo el paso. Soltó el comunicador y retrocedió de manera impetuosa. La autonave se llevó aparatosamente la valla de control y fue a impactarse contra una membrana de tungsteno, que chisporroteó como una freidora de insectos. Al activarse las alarmas se prendieron unos potentes reflectores y se oyó la voz agresiva y metálica de un robot conminándola a bajarse con los brazos en alto.

“¡Maldita sea!”, profirió la aguerrida jefa de auxiliares aeroespaciales mientras sentía como brillaban en su mente las prevenciones pacifistas de Aristóbul.

Quiso gritar todo el rencor acumulado en horas y días de dolor, pero su voz se le quebró en la garganta, y tan sólo logró musitar con un tono oscurecido por nubarrones de sangre:

“No, nunca más me someteré a las humillaciones de vuestro poder despótico”.

Subió a tope la velocidad llevándose al robot por delante y sintiendo como los rugidos del motor la impulsaban hacia el vibrante y apacible firmamento que momentos atrás había vislumbrado. Apenas dejaba abajo la amenazante urdimbre de acero y vidrio cuando fue interceptada por dos aeronaves militares que, mediante vuelos zigzagueados, la conminaron a regresar.

La jefa de auxiliares aeroespaciales redujo al mínimo la velocidad y se dejó caer en picada. En las últimas imágenes que registró el monitor, se veían ya los disparos laserizados de las naves represoras. La autonave explotó violentamente contra un magnífico centro comercial que había sido vandalizado.

XX

El Hijo del Sol no cesaba de especular sobre la membrana de un material semejante al más fino cristal que cubría el inmenso cráter, que no parecía ser vidrio ni plástico. Era muy de mañana, y en su empeño curioso se cruzó los hermosos jardines y se dispuso a llegar al centro, donde se ubicaba el templo del Padre Celestial. Antes del primer impulso, miró el espléndido verdor en todas sus tonalidades, como un águila enjaulada que desconfía de la exquisitez de la presa que se le ofrece.

“Dudar es tan esencial para vosotros como respirar”, dijo Uno apareciendo simultáneamente al lado de Dos.

“¿Y no dudar, no es de mentes acrílicas y serviles?”, reviró el Hijo del Sol.

“Sólo los Gobernantes Supremos de todos los universos no dudan; para las demás criaturas conscientes del espacio que ocupan y del tiempo en que devienen, dudar no es ningún logro, tan sólo un punto de partida. Creo que esto ya te lo habrá dicho tu maestro Amonio”.

El Hijo del Sol abrió con intención la herida para que saliera todo su resentimiento:

“¿Acaso es un logro creer en todas las estupideces que celebran los que no quieren pensar por sí mismos?”.

“El verdadero logro está en no quedarse en el dudar, como tú lo estás haciendo”.

“¡Si al menos pudierais sentir cuánto me cuesta soportar la lejanía de los que amo!”, los enfrentó el Hijo del Sol con ánimo altisonante.

Atenuando el brillo de su radiación, Uno asumió entonces un tono más condescendiente:

“Lo sentimos; pero no podemos evitar que las cosas sucedan de acuerdo al libre albedrío; o, lo que es lo mismo, no podemos confrontar con intención egoísta los deseos ajenos”.

“¿Y qué se supone que debo aprender?”.

La radiación de Uno comenzó a matizarse de un armonioso morado, como si fuera un diseño virtual manipulado por un genio del color:

“Los humanos, instigados por malos gobernantes que aún creen en la violencia como vía evolutiva, decidieron ya enfrentarnos y han destruido varias de nuestras instalaciones de diseño. Nosotros rechazamos los conflictos, las mentiras y toda clase de crueldades que los humanos son capaces de practicar. Les hemos dicho que somos parte de un orden cósmico que no se puede quebrantar, que estamos aquí por un mandato armonizador que busca imperar sobre todas las diversidades, que con agradecimiento y generosidad intercambiaríamos nuestro conocimiento por el oro que necesitamos...”.

“¿Y una vez que acabéis el oro?”, interrumpió el Hijo del Sol con afán retador.

“El oro jamás faltará. Sabemos cuánto hay en todo el planeta y cómo extraerlo de los yacimientos más profundos. En el lejano futuro ya no necesitaremos ningún complemento mineral, el Sol será nuestro único sustento. El problema no es el oro, sino la inmoralidad que impera en los gobiernos humanos, la corrupción de los valores evolutivos, el daño crítico a la naturaleza y la creciente desconfianza de los ciudadanos hacia sus gobernantes”.

“¡Es mi familia la que está allá afuera y tengo que salvarla!”, reclamó con fuerza el Hijo del Sol.

“Sí, y la quieren usar para atraparte”, dijo Uno entristeciendo su semblante en sintonía con el oscurecimiento de su vibración.

En cuanto la voz de Uno dejó de resonar en su cabeza, el Hijo del Sol cercó su desconfianza y decidió retroceder.

“¡Espera, por favor!”, lo detuvo el ruego seductor de Dos. “Esa cúpula inmensa que cubre al cráter está diseñada para protegerte, no para encerrarte; al igual que está controlada la temperatura y todo lo que necesitas para sobrevivir al fuego que vendrá”.

El Hijo del Sol disintió en silencio, sacudiendo la cabeza como si fuera un león a punto de lanzar un rugido discordante.

Entonces, Uno consideró que era el momento de concluir:

“Regresa a la despreocupación de tus primeros días, cuando para reconocer el presente tuviste que renunciar al pasado. Renace libre y regodéate en la vida milenaria que se abre ante ti y tus descendientes; revístete de humildad y de agradecimiento, pues ten por seguro que nosotros llevaremos tu exigencia afectiva a un nivel superior, y mañana mismo podrás solazarte en la respuesta”.

“¡Cuáles descendientes si estoy más solo que ese maldito cielo sintético! No, mientras circule sangre por mi cuerpo no podré dejar de pensar en mis seres queridos”, dijo el Hijo del Sol como si exhalara al fin los remanentes del furor por largo tiempo retenido.

Al día siguiente, como había venido sucediendo en las últimas semanas, volvió a despertar dentro de otro sueño muy vívido; o eso fue lo que el Hijo del Sol creyó cuando vio nadando en el lago a una sirena de larga y blonda cabellera. Ella también lo vio y nadó fluidamente hacia la orilla. A medida que fue emergiendo de la transparencia líquida, la desnudez de sus átomos hizo visible unos senos perfectos y un pubis de electrizante iridiscencia. Sin motivo aparente, aves y cuadrúpedos caminaron hacia la aparición y comenzaron a agasajarla con todo tipo de cortesías; las aves se posaban sobre sus hombros y los animales se rozaban contra sus esbeltas pantorri-

llas en un diálogo amoroso que daba a entender que se conocían desde siempre. El Hijo del Sol sintió que su cabeza se llenaba con las mismas sensaciones de plenitud que parecía experimentar toda aquella vida inferior sin espíritu. Los subsiguientes brincos, revoloteos y festivas relamidas se magnificaron en su mente hasta niveles de adoración. Y desde el fondo de su aún invicta soberbia tuvo la certeza de que esa aparición estaba llevándolo seductoramente a la locura y, haciendo acopio de valor, mandó a su voluntad a la confrontación.

Su voz tenía esta vez el sesgo atronador de un guerrero que sabe que va a sucumbir en el ataque:

“¡Rechazo tajantemente toda forma de engaño que vaya en contra de mi voluntad!”.

“Pues empieza por rechazarte a ti mismo, porque te estás autoengañando”, dijo una voz extremadamente amistosa dentro de su cabeza.

Por más que se esforzaba, no podía sentir la menor aversión hacia tanta armonía; los colores y los sonidos se abrazaban en un todo sublime que neutralizaba cualquier disensión. A punto ya de sucumbir al embeleso compartido con los demás animales, un impulso belicoso –pervivencia de la ética guerrera de antaño– lo lanzó a una irreflexiva huida por el jardín.

La volvió a encontrar varias horas más tarde, en los momentos en que la temperatura y la luz rivalizaban en dones. Era imposible resistirse a tanta armonía; la dulzura de los colores y el silencio primordial que allí imperaban acentuaron su pose de arrepentimiento. Algo había sucedido en su cabeza que lo tenía sumido en la más aciaga culpabilidad. Ella nadaba en el lago y entró en su pensamiento con la apacibilidad con que una mariposa aterriza en una flor:

“Qué difícil tarea la que me han señalado. Mas no doliente o desagradable; a decir verdad, fui escogida entre un selecto grupo de cien candidatas intachables. Tal vez

aún no te hayan dicho que para nuestra especie es un verdadero privilegio poder establecer un vínculo integrador con los humanos. Mi filiación oficial es una simple cifra; sin embargo, me gustaría que me llamaras Aqua”.

Sin necesidad de articular palabras, el Hijo del Sol le transmitió su opacamiento:

“Te pido disculpas por mi actitud tan belicosa; pero debo aclararte de una vez que no tengo la menor intención de dejar de amar a los que amo”.

“¡Cómo admiro ese sentido de la lealtad!”, exclamó Aqua mientras caminaba hacia la orilla.

En cuanto vio emerger tanta perfección física, él sintió que de nuevo era arrancado hacia una dimensión supradichosa. Cuanto más la veía y la sentía, más la deseaba. Ni siquiera con su propia esposa había experimentado esa armonía vital: la certeza de estar ante la presencia más bella y amistosa que podía concebirse. No obstante, en el fondo de su desconfianza, a manera de faro discordante, parpadeaba la sempiterna duda: “¿Y qué les contaré a los que amo si me entrego?”.

Aqua se acercó a él con el paso alegre y despreocupado de las criaturas solares:

“Nadie te pide que renuncies a tu voluntad, sólo que la ejerzas con sabiduría”.

El Hijo del Sol se resistió a aceptar la derrota:

“Lo que siento por ti me es impuesto; y, como bien debes saber, nada aborrezco más que el no ser libre”.

“De eso, tengo entendido, tratan las más grandes expresiones épicas de este infausto planeta: sin el sacrificio de la libertad no puede haber héroes, y sin héroes no hay tragedia”, dijo Aqua al tiempo que su sonrisa azul se maquillaba con matices de triunfo.

“¡Y a quién le importa mi tragedia!”, clamó el Hijo del Sol en repentina sublevación.

Ella cerró sus bellos ojos estrellados y se mantuvo en silencio el tiempo que él tardó en protestar:

“Quiero decirte que todo en ti me somete; siento que me quieres ayudar, al igual que Uno y Dos, aunque dudo que seas consciente del modo avasallador con que impones tu voluntad. Matas con tu dulzura cualquier desconfianza”.

Involuntariamente se le cerraron los párpados, y sintió cómo era atraído por el magnetismo de un sol en plena ebullición electrónica. Las energías se congratularon al chocar en un entendimiento tan primordial que hizo saltar el ego del Hijo del Sol en miles de pedazos. Después era una sola mente y una sola energía en pleno éxtasis, una identidad que podía moverse hacia atrás y adelante con el supremo desapego de un ente incorpóreo. La epifanía de la compenetración duró una eternidad. Cuando por fin dejó de soñar, el Hijo del Sol despertó con una nueva mente.

XXI

Ajeno al tiempo, dejándose llevar sin la menor reticencia a la nueva vida, pasaba horas nutriéndose de sol y gozando la fusión sublime con el bello ser extraplanetario. Mientras aclaraba el caudal de dudas que le sobrevenían sin cesar, aprendió también a usar los sueños como vehículo ideal de todas sus búsquedas. Soñó consecutivamente con energías, múltiples energías: físicas, mentales y espirituales; con innúmeras formas e infinitas posibilidades de transmutación. Todo lo que existía, desde la materia subelectrónica hasta el más excelso espíritu, se manifestaba ante él como energía. De la célula al individuo y del individuo a la sociedad se dibujaba un claro camino evolutivo: el tránsito fascinante de la conciencia hacia el dominio de la energía. En el fondo, los humanos tan sólo eran conjuntos de micropartículas en movimiento, como los miles de millones de átomos que pululan en una gota de agua. ¡Y cuánto daño se podía ocasionar al cargar esa energía con rencores envidiosos o vengativos! Cada vez que el Hijo del Sol exigía razones, obtenía una respuesta incontrovertible en la dulce voz de Aqua:

“Así lo han dispuesto los Altísimos, que saben, mandan y pueden”.

“¿Y qué es la vida, por qué existe, de dónde viene?”, preguntó él una tarde en que los dos estaban tendidos en armonía bajo la tenue luz solar que filtraba la gran membrana sobre el lago”.

Ella, con la misma voz que él oía en los sueños, le transmitió que la vida era simple fluir de energía, que no

aparecía de manera espontánea y azarosa, sino que era sembrada en los planetas cuando reunían las condiciones geológicas y climáticas necesarias. El plasma originario estaba diseñado con todo el potencial evolutivo; sin embargo, en el proceso de creciente complejidad, muchas especies simplemente aparecían y desaparecían sin que ello influyera para nada en el diseño primordial: el tránsito de la vida más grosera hacia el espíritu. Enseguida, a manera de una transmisión simultánea de imágenes perfectas, la parte superior de Aqua se incorporó; luego metió con sensual delicadeza un dedo de luz en el lago, se lo llevó a la boca y lo succionó, como si estuviera ensimismada en otros cuidados. Volteando hacia él, dijo con la voz cantarina y transparente de un manantial:

“En este planeta fue determinante para el diseño protoplasmático la temprana existencia de los mares, por eso se escogió como principio vital el cloruro de sodio”.

El Hijo del Sol se dejó doblegar fugazmente por la memoria de los que amaba:

“¿Y puede desaparecer la vida de un planeta ya civilizado?”.

“Sólo en casos excepcionales; pero puede darse una serie de condiciones que hagan involucionar el proceso civilizador hasta los niveles originales, que es lo que ya sucedió en este planeta hace miles de años con los mares y está a punto de suceder ahora con el fuego...”.

“No entiendo cuáles pueden ser los motivos del castigo. ¿Acaso no es una injusticia humana y divina que todos tengamos que pagar por los errores de nuestros gobernantes?”.

“No, amado mío, ni culpa ni castigo; todo es debido a la ignorancia, la autogratificación y la avaricia de los humanos”.

“¡Mierda cósmica!”, profirió el Hijo del Sol al tiempo que imaginaba una profusa arquitectura de desgracias. “Dime al menos cómo y cuándo va a ser”.

“No va a ser. ¡Ya está sucediendo y no hay nada que lo pueda hacer regresar!”, dijo Aqua levantando la mirada y los brazos hacia la transparencia del domo. “El planeta recibe ingentes cantidades de materia cósmica para vosotros desconocida; ni siquiera podéis percibir con vuestros instrumentos más avanzados el grado de peligrosidad de esos bombardeos de infinidad de partículas. Por fortuna, está la capa de ozono, cuya protección hace posible la vida. De vuestro sol emanan continuamente cantidades enormes de rayos que serían letales sin esa membrana electrónica. Y nuestros supervisores físicos tienen la capacidad para aumentar o disminuir a su voluntad el grosor de esa membrana y la temperatura del planeta”. Luego buscó con sus ojos de diamante la mirada del Hijo del Sol y concluyó: “Sí, esa desesperación que ahora compartes conmigo es justo lo que está sucediendo allá afuera”.

Para asimilar las consecuencias, el Hijo del Sol se quiso esconder en la parte más sombría bajo los párpados, y allí irrumpió en su mente una frecuencia aguda y creciente que parecía llegar de muy lejos, como el reclamo acusatorio de un corazón naufragado en penas:

“¡Amor mío, hazlo por tus hijos, sólo tú puedes evitarlo!”.

Aqua levantó en actitud señoreante su perfección atómica, y dijo antes de zambullirse:

“¡No, ni siquiera un ser suprahumano como tú puede ya remediarlo!”.

A pesar de los pensamientos turbadores que impedían por momentos los vuelos del espíritu, el Hijo del Sol gozaba como nunca lo había hecho: gozaba la deleitosa fusión con Aqua, los diálogos mentales que sostenían sin engaños ni ocultamientos, y los jardines y animales que, como él, parecían vivir en una eterna primavera. Y entre todos los obsequios, el que más le agradó fue el que Aqua le hizo justo antes de la fusión más placentera de todas las que habían vivido. Al dársela, le transmitió –con una certeza atemperada en miles de años de expe-

riencia— que era una de las variedades más antiguas de la familia de las herbáceas primordiales; y, después de untar su cuerpo desnudo y el de él con las blancas ramas floridas, se fundieron en un intercambio suprasensiente de energías. Ese día el Hijo del Sol supo que el perfume de nardos sería para siempre indisociable de su vivencia con Aqua.

Se olvidó del tiempo y de las preocupaciones que acarreaba; hasta que un sueño repentino desencadenó la ruptura. Vio a su madre, bella y resplandeciente flotando en una burbuja de luz, haciéndole señas para que se acercara; y enseguida aparecieron los rostros acongojados de su mujer y de sus hijos transmitiéndole una tristeza que le heló el alma. Sus propios sollozos lo despertaron, y salió aún confuso a recorrer los jardines con intención de disipar la zozobra que lo embargaba. Arrancó una rama de nardo que florecía ajena al desasosiego que le había producido el sueño; y, al olerla, la deleitosa mirada de Aqua se fundió con el sufrido rostro de su mujer.

Mientras devenía entre la culpabilidad y el encanto, cinco vidas juguetonas comenzaron a pasar ante él sin el menor sobresalto. Era una saludable familia de tejones, los padres y tres crías, que celebraron con sucesivas subidas del hocico las perfumadas bondades de la rama de nardos. Todo indicaba un tránsito apacible, hasta que la penúltima cría se separó de la familia y se acercó a olfatearlo y a restregarse contra su pierna. Fue como una fisura en el tiempo, un relámpago de lucidez en el que vio cómo las suplicantes manos de sus hijos le metían todo el sufrimiento en el corazón. Y ya no tuvo sosiego.

La nueva forma de comportarse del Hijo del Sol evidenciaba fragores insensatos de una mente convertida en su propia carcelera. ¿De qué servía arrepentirse y seguir pecando al mismo tiempo? Para su fortuna, Aqua entró en sus penas y comenzó a enhebrar los pensamientos con una aguja luminosa:

“Para nosotros siempre ha sido un misterio la pasión de los seres de este planeta por la libertad. Intuimos que la razón tal vez esté en haber vivido tantos siglos de tiranías, o en haber hecho de la desconfianza una forma permanente de autoconservación. Para nosotros la libertad no tiene ningún sentido si no es para el bien común; para vosotros la libertad es un imperativo de vida, aun sin saber cuánto daño causaréis o qué vais hacer con ella”.

“¡Yo sí sé lo que quiero hacer con ella!”, reclamó ofendido el Hijo del Sol.

Aqua siguió sin alterarse: “No, no tienes clara conciencia del paso que pretendes dar. Percibo en ti demasiadas sensaciones enturbiadas de culpabilidad y fracaso”.

Con una voz agresiva que pondría en fuga aun al corazón más entero, el Hijo del Sol volvió a rugir desde lo más profundo de su dolor:

“¡No puedo dejar a mis seres queridos abandonados en medio de esta absurda guerra!”.

“Todas las guerras son absurdas. Lo único que cambia es la perspectiva: quién ataca y quién se defiende. Para nosotros es casi inconcebible la cuantiosa maldad que encierra vuestra Historia; las guerras sin fin en que vivieron las generaciones pasadas representan la mayor aberración que se puede concebir en un proceso civilizador. Ninguna forma de razón puede justificar ni permitir el absurdo exterminio de los mejores ocasionado por las guerras, cientos de miles de grandes peones épicos que, ¡como tú ahora!, deciden ingenuamente dejarse llevar por el clamor de la sangre. Anda, ve, ni yo ni nadie puede detenerte; yo, porque no puedo encarcelar lo que amo, y ningún otro de los Isos, como nos llamáis, porque ello iría en contra de nuestra rectoría moral”.

Sin saber cómo, el Hijo del Sol logró desprenderse del ominoso pasado, y emergió a la cautivante embriaguez de Aqua:

“Tú sabes muy bien lo feliz que soy contigo, y lo agradezco que estoy con todos vosotros por lo que habéis hecho por mí. Por eso jamás podría engañarte. ¡Tengo que ir a salvar a mis hijos, es algo superior a mí!”.

“Y yo regresaré a la Esfera Primordial, para explicarles a los Altísimos que toman las decisiones las causas que sellaron nuestro fracaso”, dijo Aqua al desaparecer para siempre en una onda azulina y sin compartir el único secreto de su vida: que llevaba en su seno un nuevo ser engendrado con el Hijo del Sol.

El huyó en la noche, dispuesto a traspasar a cualquier costo la membrana transparente que lo aislaba del mundo. Iba envuelto en pensamientos de humo que sólo se elevaban para mejor disiparse. Entre el final de los jardines y el borde de la cúpula existía un cinturón sin el menor rastro de vida: un diseño energético similar a la banda electromagnética que envuelve al planeta. Y fue al entrar en esa franja cuando se amplificó la voz de Uno:

“¿A dónde huyes, insensato? ¿Acaso no alcanzas a comprender que huir es la peor forma de búsqueda? Cuántas veces te dije que en nuestro mundo no hay coerción, que cada personalidad es completamente libre para ejercer su voluntad. Pero la libertad personal tiene un costo muy elevado cuando infringe los ordenamientos cósmicos, y ese costo es implacable e ineludible: hay que pagarlo sin posibilidad alguna de perdón. ¿Eres consciente de las implicaciones de tu huida?”.

El Hijo del Sol se retrotrajo a una posición ultradefensiva, al igual que un guerrero que es sorprendido en deserción. Desde esa realidad avergonzada extrajo, no obstante, la fuerza necesaria para enfrentar a la imponente pareja de radiaciones rojas que ahora conformaban Uno y Dos:

“Tan sólo quiero que oigáis lo que tengo que decir: quiero hacer un juramento sagrado, que si los Altísimos me permiten regresar con mis hijos vivos, mi voluntad les pertenecerá para siempre”.

El halo energético de Uno se tornó anaranjado:

“Ten por seguro que te oyen a través de nosotros. Ahora escucha bien: si traspasas la membrana te convertirás en un mortal, como le sucedió a tu padre por desobedecer nuestro mandato”.

“La única garantía que pido a cambio es el regreso con vida de mi familia”, alegó el Hijo del Sol convencido de la bondad de su empresa.

“Al tomar tu decisión, pierdes todo derecho a pedir”, dijo Uno con frialdad.

El Hijo del Sol alcanzó entonces el nivel más crítico de su dudar y levantó la voz convencido de que aún tenía derechos:

“¡Quiero que me garanticen el regreso!”.

“Ni eso ni nada se te podrá garantizar a partir de ahora. Y ya que has tomado la decisión, disponte con humildad a enfrentar las consecuencias”, sentenció Uno en tono implacable.



XXII

La osadía y la insolencia con que la plebe había despreciado el orden constitucional se habían transformado ahora en miedo histérico y ciega estampida. Calles y carreteras estaban inundadas de familias que huían en busca de protección contra el calor, siguiéndose en la confusión unas a otras sin saber hacia dónde ir ni nadie que pudiera orientarlas. Las imágenes cada vez más defectivas que transmitían los satélites mostraban al planeta con un fulgor apocalíptico, y en los acercamientos podían verse ciudades en llamas, al igual que selvas y bosques que se consumían en un crepitar de muerte. Los ríos parecían secas arterias, y en mares y lagos la elevada temperatura conspiraba contra toda forma de vida. Algunas sectas se habían sepultado en grandes cuevas, abastecidas de víveres y agua para varios años, pero sólo los grupos más favorecidos por el poder se habían apropiado de las zonas altas y de las regiones más frías, protegidos por guardias y militares con los que tenían que compartir la sobrevivencia. Afuera de uno de esos refugios, y en el subitáneo desconcierto de un parpadeo, el Hijo del Sol volvió a tomar conciencia.

Los transportadores de energía lo habían rematerializado en una penumbra tan silenciosa que creía estar en otro planeta. Inmerso en el fulgurante amanecer y ante el total adormecimiento de vida, el Hijo del Sol se abocó a una acción exploradora.

Lo primero que le vino a la mente fue un viejo aforismo de su maestro Amonio: “Los necios sólo reconocen el

daño cuando ya es irreparable”. No podía saber en qué parte del planeta estaba; ni entendía por qué lo habían dejado allí, si ellos sabían perfectamente que él jamás se había sentido atraído por ese clima y esas montañas. Pasaron por su mente muchas dudas que se agotaron en la fugacidad del momento; hasta que una energía intrusa lo impulsó hacia adelante.

Lo habían vestido con un uniforme militar y llevaba los pies embutidos en unas botas reglamentarias que había visto decenas de veces, chapoteando en grandes charcos de lodo que reflejaban los primeros vislumbres del rojizo holocausto. Se sentía extraño, con el cuerpo aplastado por nefastos presagios. Nunca, ni en los momentos más despreciativos y serviciales había sentido esa parálisis de ignorancia y de temor. Al cabo, y tras sacudir repetidamente la cabeza para desprenderse de la sensación de entorpecimiento que lo embargaba, pudo entender que lo habían dejado en la majestuosa cima de una montaña, frente a una puerta tétrica y un grupo de pequeñas construcciones semiesféricas que transmitían una brillantez fría y deshumanizada.

No tardó en comprender que tendría que matar para sobrevivir, que faltaría a la promesa hecha a los Isos. ¿Podrían los Altísimos perdonarlo por esa transgresión? Desde la lejanía de una cañada le llegó el estruendo del deshielo.

“¡Dios Supremo de todos los universos, dime que aún hay tiempo!”, levantó la voz suplicante hacia el cielo.

Varios cuerpos de militares yacían frente a uno de los refugios de acero. Era semiesférico como los demás, aunque más grande, y su única puerta estaba abierta y solitaria como la boca de un sepulcro. Al lado de los militares caídos estaban sus armas. Los cuerpos descoyuntados no tenían la menor señal de violencia, lo que incentivó la duda sobre si debería coger o no una de aquellas armas. Lo hizo como quien regresa a un vicio,

convencido de que ninguna llave profana podría adueñarse ya de los rincones más íntimos de su mente. Tomó una de las armas y, con sobrada destreza, comprobó el cargador y quitó el seguro.

De una de las semiesferas salió, de pronto, una mujer con pasos de sonámbula. Venía con los brazos caídos a los lados y caminando hacia él como una visión trágica. El Hijo del Sol la reconoció al verla, mientras pensaba que no lo iban a engañar una vez más, que ya no habría más mentiras virtuales ni sueños seductores en su futuro. La mujer dio unos pasos hacia él y levantó los brazos como náufraga que siente al fin la salvación al alcance de la mano.

“¡Volviste!”, clamó enrostrando una sonrisa renacida.

“¿Los chicos, dónde están?”, preguntó el Hijo del Sol, sintiéndose lejos, muy lejos de la clarividencia que antes poseía. Como no obtuvo más respuesta que sollozos, volvió a indagar:

“¿Dónde están, dime?”.

En pose patética, la figura se dobló abrazándole las piernas mientras susurraba una letanía de reproches:

“¿Por qué nos abandonaste tanto tiempo? ¿Por qué no hiciste nada para evitarnos este infierno? ¿Por qué regresas ahora cuando ya nada ni nadie puede salvarnos?”.

“¡No pude antes! ¿Cómo iba a saber lo que estaba pasando?”, reviró exaltado el Hijo del Sol.

La mujer se separó bruscamente y lo miró con la fijeza de una águila humillada. Mas justo en el momento en que iba a exhalar su condena, por la misma puerta horadada en el corazón de la montaña salió una pareja de adolescentes, tan lívidos y tristes que obligaron al Hijo del Sol a transformar la culpa en agradecimiento.

“¡Hijos, al fin he podido venir!”, dijo abalanzándose hacia ellos.

Los tres se abrazaron, pero los chicos ya no alrededor de sus piernas, como lo habían hecho la última vez, sino

que lo tomaron desesperadamente de la cintura. Sólo entonces comprendió el Hijo del Sol cuánto tiempo había pasado desde que los dejara, y se entregó sin condiciones a la bella tristeza que transmitían esos adolescentes abandonados.

“¡Os juro que no he podido venir antes, me tenían atrapado!”, volvió a excusarse.

La mujer se acercó de nuevo, y esta vez gritó con todo el patetismo de su locura:

“¡Mal padre y mal esposo, ahora tendrás que atormentarte con tus pesares como yo lo he hecho con los míos!”.

El Hijo del Sol, como si hubiera sido electrizado por un rayo, soltó a sus hijos y abrió los brazos hacia el cielo:

“¡Altísimos de la Constelación, sabéis que sólo vine aquí por mi familia, es todo lo que tengo!”.

La esposa apartó de su cara con la mano el arruinado gñal para mejor enfrentarlo:

“¡Tú y tus promesas de regreso! Cuántas veces descreímos cuando en Nevis se afirmaba que habías muerto sepultado en una mina. Esperamos clamando al cielo por tu regreso, con la esperanza de que ni tú ni los seres misteriosos de los que descendes, iban a permitir que torturaran así a nuestros hijos. Vano sufrimiento el que he tenido que pasar, humillada y aislada como una alimaña sin haber cometido más delito que ser tuya y creer en ti. Y ahora apareces con nuevas mentiras, cuando ya ninguna verdad puede salvarnos”.

Al saberse sin argumentos, el Hijo del Sol permaneció en silencio. Aunque no podía leerle el pensamiento como antes hacía, comprendió por lo que veía y sentía que la madre de sus hijos había recubierto su dolor con una membrana de locura.

Ante el silencio culpable, ella prosiguió:

“Ved, la imagen del desprecio y la bajeza sacrificando a los que ama, a los hijos nacidos de un gran amor traicionado. ¡Alejaos de él, venid a mi lado!”.

Los adolescentes obedecieron, y aunque el Hijo del Sol quiso retenerlos, fueron con su madre. Luego él arrojó el arma con displicencia y dijo en un tono más congradiente:

“Veo que estás más cabal de lo que aparentas, y eso me complace. Nadie sabe mejor que tú, querida Nicia, que yo no quise alejarme de ti ni de nuestros hijos. Me condenaron sin apelación, y te juro que no pude regresar antes”. Al decirlo, oyó la inconfundible voz de Uno en su cabeza: “Es la segunda vez que juras en falso”.

Se quedó inmóvil y en total defensiva, esperando la materialización que seguiría a aquella voz. Y en la espera, la mujer apretó con más fuerza a sus hijos entre sus brazos.

Consciente de su fracaso, el Hijo del Sol dejó que la voz se le derramara entre los labios, con la intención de apartar el halo de desánimo que los embargaba a todos:

“¡Aún puede haber una opción!”.

Una voz atiplada resonó imperativa a sus espaldas:

“¿Cuál?”.

El Hijo del Sol volteó la cabeza para verlo, pero el olor pestífero a animal marino le hizo encarar el cielo y clamar con furia, como si tuviera la certeza de que los Isos estaban allí para disfrutar de sus desengaños:

“¡No, yo no merezco que me hagáis esto! ¿Por qué me condenáis a esta podredumbre?”. Después bajó la mirada hacia el Gran Defensor y profirió: “¡Maldito seas, enano, y toda esta escenografía diabólicamente planificada!”.

El Gran Defensor estaba solo, apuntando con una mira laserizada hacia la pirámide de temor que simbolizaban la mujer y los dos chicos. Tenía ceñido un traje plateado que acentuaba grotescamente la hinchazón del abdomen, como una rana de plástico que acabara de desayunar a cinco mariposas. Al verlo en actitud tan histriónica, el Hijo del Sol volvió a dudar de la verosimilitud de la imagen. Y sacudió la cabeza con desgana, cual león que espanta las moscas que jugueteen en su melena. Al llegarle de nuevo la pestilencia de ese cuerpo deforme, se dispuso

a dar un gran salto. Y ahí lo detuvo el cambio de actitud del Gran Defensor, que apuntó el arma con pulso firme hacia la cabeza de la chica.

“No hay un solo invento humano cuyo exceso no transforme el bien en daño”, dijo con un esbozo de triunfo el Gran Defensor, y prosiguió: “La frase, por supuesto, no es mía, puede ser de tu maestro Aristóbul o incluso tuya. Lo único cierto es que esperé mucho tiempo este momento, sabiendo que algún día llegaría. Por eso ahora, convencido de que estás al servicio del mal, y para que no me obligues a sacrificar a tu hija, puedo exigir que respondas a mi pregunta, ¿cuál es la ‘opción’?”.

“¡Ya no hay tiempo, maldito enano!”, estalló el Hijo del Sol.

“Como sea, fantoche, estás obligado a responder”, reviró con suficiencia el Gran Defensor.

“Tendrías que hacer el juramento supremo de dejar viva a mi familia”.

“¡Por supuesto que me interesan vivos, tanto tu familia como tú! Además están también, aunque creo que ya debes saberlo, las réplicas de tu ADN con tus dones magníficos. Aunque me temo que todos estaremos pronto y por tu culpa disfrutando de una agradable temperatura paradisiaca”, dijo el Gran Defensor con sorna.

“Se tendría que oscurecer el planeta”.

“¿Lo veis? ¡Propone el regreso a la era glacial!”, se mofó el Gran Defensor.

“Al menos alguien sobreviviría”.

El Gran Defensor siguió el juego con ironía:

“¿Quién y cómo haría el milagro?”.

“Habría que impedir el paso de la luz solar con una serie de explosiones calculadas”.

El Gran Defensor frunció el ceño como un cerdo salvaje que se dispone a causar destrozos:

“¡Cuánto daño te ha hecho el aislamiento, héroe de pacotilla, ahora hasta crees tus propias mentiras!”.

Hacía tiempo, demasiado tiempo, que el Hijo del Sol no ejercitaba su cuerpo para matar, y sin tener la menor conciencia del riesgo que podían correr sus seres queridos se dejó ensoberbecer por una memoria belicosa. De un salto se colocó entre el arma y su familia, y en ese instante el proyectil dirigido hacia la cabeza de su hija se le incrustó a él en el pecho. La mancha de sangre brotó ligeramente inclinada a la derecha, ante su propia extrañeza y la de los presentes. Nunca antes había sentido ese ardor, ni había visto manar sangre de los múltiples agujeros que le habían hecho. Su energía comenzó a amortajarse, retrayendo las redes sensibles a una desconocida expresión de derrota. Cerró con un último esfuerzo los ojos, como si quisiera despertar del sueño, y llegó a la raíz misma de su fortaleza. Tras unos parpadeos recuperó la plena conciencia, al tiempo que resonaba en su cabeza la voz suprahumana de Uno:

“Ninguna prisión es eterna, ni en la tierra ni en el cielo; el que elige el mal, con el mal desaparece”.

El Gran Defensor dio un par de pasos adelante y sonrió con la satisfacción del batracio que termina de devorar al último insecto. Luego le puso el punto de luz al Hijo del Sol en el centro de la frente, el lugar que le había dado fama como ejecutor; y los dos se quedaron inmóviles en la desconfianza, previendo los posibles desenlaces de la acción. Desde su novedosa posición ganadora el Gran Defensor comenzó a desahogarse:

“Para un producto de diseño genético como tú, acostumbrado a la admiración de los enanos como yo, debe de ser igual que despertar en medio de una pesadilla dejar de golpe la inmortalidad para ser condenado a sufrir como víctima el mismo castigo que infligiste como verdugo. Ya no hay en tus ojos los destellos fulminantes que a todos nos infundían tanto miedo, ni tienes ya aquella pose inflada y cargada de amenazas. Estás en tránsito irremediable hacia la nada; pero antes de que mueras,

falso gigante de pilas, quiero que sepas que yo tuve que vivir exactamente lo contrario que tú viviste: a mí me tocó ser feo y despreciado, por eso tuve que imponerme por mi inteligencia y no por mis dotes de verdugo. Ahora tal parece que la atractiva ostentación de soberbia que siempre aureoló tu figura como héroe, se ha convertido en tu máscara mortuoria. Y yo, que te tuve siempre como enemigo, mi mayor enemigo, te mando con toda tu soberbia a la oscuridad total”.

“¡Espera un momento!”, gritó la mujer arrojándose hacia el Gran Defensor. “¡Me juraste que a cambio de mi colaboración respetarías a mis seres queridos!”.

El Hijo del Sol dio un paso repentino hacia el enano. Con un instinto vengativo, acrecentado en toda una vida de rechazo, el Gran Defensor disparó justo al tiempo en que la mujer se interponía para salvar al padre de sus hijos. El impacto le quemó la frente, haciendo que el cuerpo se desinflara sin vida. El Hijo del Sol supo entonces que no habría otra oportunidad y concentró todo su esfuerzo en dar el salto más decisivo de su vida. Al percibir el ataque, el Gran Defensor levantó la mira; pero sólo alcanzó a morder la mano que le torció con desprecio la cabeza hasta que se produjo el crujido de ruptura.

Ya en el límite, el Hijo del Sol cayó de rodillas y besó los labios aún tibios de la mujer; después dirigió la cabeza hacia el túmulo que formaban los hijos empavorecidos como cervatos, y tendió la otra mano abierta y evidenciando los tres círculos azules en busca de la soñada totalización de la familia. Los hijos dieron un paso aún más defensivo hacia atrás cuando vieron a su padre derrumbarse ante la luminosa materialización de Uno y Dos.

“A nivel planetario no hay fracasos definitivos, tan sólo caídas y retrocesos que retardan el ascenso hacia la luz”, dijo Uno con la voz más lejana que el Hijo del Sol le había oído desde que lo conocía.

“¡Queridos, cerrad los ojos y despedíos de vuestros padres con el mejor recuerdo de ellos en el corazón, pues ése será el que prevalecerá!”, dijo Dos atrapando con su dulzura la atención de los adolescentes.

“¿Y por qué tendríamos que cerrar los ojos?”, preguntó el chico con desconfianza. “¿Por qué tenemos que creer en vosotros?”.

“Porque es mejor despedirse con un bello recuerdo de vuestro padre que con lo que vais a ver”, dijo Uno sin expresar emoción alguna.

Los chicos, tras varios pestañeos, obedecieron y se tomaron de las manos para entrar en una eternidad luminosa y apacible, sin antes ni después, sin mío ni tuyo, flotando como burbujas en una nada sin tiempo. Ante la reafluencia del dolor reprimido, el adolescente abrió los ojos y experimentó una fuerte sacudida.

“¡Padre, madre!”, exclamó mientras se desprendía de su hermana y corría hacia los cuerpos caídos. Quiso abrazar los cadáveres, pero la energía electrónica de Dos lo apartó con la firmeza de un resorte, y enseguida los dos cuerpos sin vida se desintegraron en un soplo de átomos.

“Lo que resta de vuestros padres ya no está ahí”, sentenció Uno.

Ante el estupor que paralizaba a los chicos, Uno volvió a intervenir:

“A partir de este momento nosotros seremos vuestros tutores, y seremos también por mucho tiempo el único contacto con el mundo exterior”.

“¿Y qué sucederá con los demás, o es que nada más nosotros quedaremos vivos?”, preguntó en tono desesperanzado la chica.

Entonces Uno respondió afable:

“No, van a sobrevivir ciertos grupos humanos y algunas especies de animales y plantas. Todo volverá a empezar, como sucedió hace ya miles de años. Vosotros seréis el origen de una nueva civilización, y previendo

este momento vuestro padre os arregló un refugio muy bello, que es justo a donde hemos de llevaros”.

Como siempre hacía, la chica buscó en su hermano un asidero. Pero el hermano tenía la mirada atrapada en el espacio vacío que habían ocupado los cadáveres de sus padres.

Uno volvió a intervenir para tranquilizarlos:

“Por supuesto que aquí, como en todo lo concerniente a vuestra condición humana, debe imperar el libre albedrío; es decir, que nadie os impondrá una decisión. Si no queréis venir con nosotros al hogar que os adecuó vuestro padre, os quedaréis aquí y tal vez se os dé una oportunidad de sobrevivir en la nueva edad bárbara que se avecina”.

La forma cómo el chico miró a Dos era una complementación enternecedora de súplica y admiración. Fijó luego la vista en su hermana, el único ser humano con el que ahora podía contar, y se vio formando una familia, una población y un reino en el que pronto no habría memoria de las causas que habían provocado la hecatombe en el presente. Después del vislumbre de posteridad, regresó al espacio vacío que apenas unos instantes atrás habían llenado sus progenitores.

“¿Y volveremos a ver algún día a nuestros padres?”, preguntó desde lo más hondo de su corazón.

“Con toda seguridad”, respondió Dos.

XXIII

Los dos sobrevivientes despertaron en el luminoso templo ubicado en el centro del jardín. Sobre el altar orlado de las más exóticas flores brillaba un triángulo de oro, y la joven pareja recordó lo que su abuela les había dicho en relación a los tres círculos concéntricos y la triunidad del universo. Al no ver a nadie, la chica se aferró a su hermano como queriendo evitar la afrenta de la cobardía. Enseguida, ya postrados los sentimientos, aparecieron Uno y Dos con su aureola de sabiduría y bondad.

“¡Bienvenidos al Jardín de la luz, el origen de la nueva mitología!”, dijo Uno. Y como ninguno de los chicos respondió, siguió hablando: “En este planeta que le tocó vivir a vuestros padres todo se trastocó, y ahora hay que comenzar de nuevo, una vez más, desde el origen, como la primera pareja refundadora de una civilización basada en la confianza y la lealtad. Los dos vais a ser ahora marido y mujer, en una unidad sagrada que debe durar hasta la sublimación de vuestra personalidad con el Padre Celestial. La relación de pareja, además de constituir la base de todo proceso civilizador, es tal vez el mayor logro del libre albedrío humano: poder escoger a la persona que amas. Y es con ese amor con el que vais a hacer crecer el nuevo proyecto divino: refundar una civilización armoniosa y sabia sobre las ruinas de la actual. Así que empezaremos por un reconocimiento a vuestra morada.

Esa mañana, y buena parte de la tarde se la pasaron viendo sin opinar, atentos a las indicaciones que Uno y Dos les hacían, y rechazando los rebrotes de conciencia del ominoso pasado inmediato.

El segundo día lo dedicaron al conocimiento de los animales y las aves, y se quedaron fascinados cuando oyeron a un loro recitar un aforismo de su padre:

“El que recibe los dones más grandes de manera gratuita, los pierde de manera gratuita”.

El tercer día se enteraron de los nombres y propiedades alimenticias y curativas de las plantas.

El cuarto día los llevaron a ver la membrana de luz que envolvía el entorno, y les dijeron con enseriecida claridad, como lo habían hecho con su padre, que el día en que quisieran salir de allí podían hacerlo sin que nadie los detuviera; pero, como también le habían enfatizado a su padre, una vez que salían perdían la protección de los controladores de energía y quedaban a merced de la muerte como cualquier forma animal.

El quinto día les explicaron cómo debían organizar su vida, dedicando una parte de su tiempo al sustento, otra a la obra colectiva, y la tercera, y más importante, a adorar y dar gracias al Creador Supremo que lo controla todo.

El sexto día Uno los sentó a la puerta del templo y les dijo que tanto ellos como sus hijos podían procrear entre sí; y que una vez alcanzados los cien mil descendientes podrían salir del jardín para mezclarse con los hijos de los mortales sobrevivientes.

El séptimo día los introdujeron en el templo del Padre Celestial. Y allí fue Dos la que se encargó de explicarles cómo se tenía que orar y adorar, que eran las dos formas más elevadas para acercarse al Supremo. Les dijo que orar era básicamente agradecer; y que no había que pedir directamente en beneficio de uno mismo, sino de los demás. Adorar era ya fundirse con lo divino, querer hacer en todo momento la voluntad del Supremo.

Esa noche la chica abrazó a su hermano con un amor desmedido, que desbordó enseguida en estremecido llanto. Él la tomó de la mano en actitud protectora y la condujo a la intemperie. Luego le pidió que se tendiera

a su lado y los dos se quedaron en silencio, tratando de abrir sus ojos al límite para que les entrara toda la belleza cósmica de esos millones de estrellas con millones de planetas habitados.



EL HOMBRE PIADOSO

I

A la tragedia le tomó más de un siglo alcanzar su punto culminante. La pasión por las novedades tecnológicas se extendió como una infección por el tejido social, y el planeta entero fue seducido por el imperativo demencial del culto al éxito. En medio de esta vorágine egocéntrica, las religiones se refugiaron en los núcleos periféricos de miseria y en las alejadas montañas donde habían surgido las primeras civilizaciones. El noventa por ciento de la población mundial vivía en centros urbanos, incluyendo en este rubro los hacinamientos en los complejos turísticos de las costas, que año con año sufrían el potenciado embate de las mareas. Los empresarios voraces y los gobernantes corruptos habían llegado a la lucrativa conclusión de que la felicidad era indisociable de la autogratificación, por lo que la democratización del hedonismo era un imperativo impostergable. Fue así que el cuerpo, con sus infinitas posibilidades de gozo, se convirtió en el centro de todas las atenciones.

Las invenciones y ocurrencias eran las expresiones predilectas de la fama, aunque ésta también gustaba exteriorizarse en la sonrisa triunfal de deportistas, músicos y comediantes. Por irónica que parezca la fatalidad, la mayoría de los fanáticos que idolatraban a los personajes exitosos residía en las peligrosas periferias; cientos de millones de cuerpos feos que absorbían agradecidos el imperio mediático del más desenfrenado erotismo. Y como el éxito siempre viene acompañado de soberbia, no había el menor decoro para exhibir las riquezas mal habidas, ni

para publicitar en los medios las jubilosas tropelías que se celebraban en las suntuosas mansiones al lado del mar.

Los profetas del apocalipsis, de sectas tan distintas como contradictorias, recorrían las zonas de mayor pobreza prefigurando la cadena de castigos divinos de la que muy pocos se salvarían y en la que muy pocos creían. Pero las tormentas, las sequías y las inundaciones eran cada vez más duras, empujando a los ambientalistas al borde de la más impotente desesperación. Al mismo tiempo proliferaban nuevas enfermedades resistentes a los fármacos conocidos, cuyo origen algunos luchadores sociales atribuían a las voraces corporaciones farmacéuticas y a los laboratorios clandestinos que buscaban el exterminio de las fracciones sociales menos favorecidas. En los estratos más altos de la sociedad se rehuía con desprecio a los fracasados, y nadie estaba dispuesto a reconocer que en esta civilización hedonista aun los triunfadores sufrirían tarde o temprano la derrota. A falta de verdadera justicia, la población más pobre vivía encadenada a una doble condena de resentimiento y represión. Aunque múltiples voces morales se habían alzado contra esta inhumana desmesura, nadie estaba dispuesto a asumir con seriedad que la única forma de evitar la caída era el soplo regenerador del espíritu.

Tras eliminar de las escuelas privadas la enseñanza de la ética y de la filosofía, las castas privilegiadas habían puesto un ímpetu desmedido en hacer de los conceptos de competencia y utilidad el eje de la nueva pedagogía administrativa. La fiebre tecnolátrica había desplazado a la enseñanza de las humanidades, por lo que en las universidades proliferaban infinitas hermenéuticas, mientras las más sofisticadas tiendas para privilegiados exhibían las recreaciones sincréticas y repetitivas que se sometían al dictado de los nuevos diseños tecnológicos.

Fue así que terminó instaurándose una mezquina dictadura de las cifras. Los nuevos plutócratas, al dar la

espalda irrespetuosamente a toda forma de moralidad, convirtieron al hedonismo en la meta superlativa de la vida. Pronto los jóvenes con más recursos se negaron a tener hijos; e incluso en los programas banales de mayor audiencia las estrellas del momento proclamaban sin ambages que el acto de procrear sin control, además de suponer una carga ya intolerable para el planeta, era propio de las especies inferiores. Y los hechos parecían darle la razón a estos cultores del más absoluto egocentrismo, pues por cada ciudadano procreado en un núcleo social exitoso nacían miles en los cinturones periféricos.

Sería muy fácil atribuir al azar, que había adquirido ya un estamento de dogma, la sincronicidad de los dos grandes sucesos que decidieron el destino del planeta. Justo por la misma época en que se prohibió la reproducción de los ciudadanos más pobres y genéticamente defectivos, empezaron a registrarse las misteriosas desapariciones de individuos. El decreto apareció primero en la nación más próspera del planeta, que recibía oleadas de migrantes del oriente y del sur. En programas mediáticos y en multipublicitados folletos, el gobierno explicaba las bondades del control de la población, resaltando la mejoría económica que dicha medida traería para las familias más pobres que sufrían la sobrecarga de hijos. La respuesta por parte de los millones de desposeídos que vivían al límite fue repentina e inusitadamente violenta.

Los predicadores que anunciaban la inminente llegada del castigo divino se sumaron a los reclamos de los cabecillas populares, al frente de marchas multitudinarias que concluían en saqueos e incendios. Uno de los más exaltados pseudoprofetos, llamado Luciferio, adquirió de pronto un protagonismo desmesurado al encabezar una protesta que concluyó con la masacre de varios cientos de amotinados. El locuaz iluminado, durante un bloqueo a una convención que había reunido a los

cien más renombrados plutócratas del planeta, lanzaba anatemas contra las perversiones del poder y exhibía en alto una pancarta que decía: “Aun el represor más dotado está hecho de la misma fragilidad que un juguete”. Fue el primero en recibir en el abdomen un disparo, pero no murió y su sobrevivencia fue tomada por la plebe como un milagro del cielo.

Lejos de reconocer la imprudencia de la sangrienta represión, el gobierno arreció con toda su fuerza punitiva. Las mujeres embarazadas que no contaban con el certificado gubernamental de eugenesia eran obligadas a abortar, y toda criatura nacida fuera de la ley de reproducción controlada estaba propensa a ser llevada por la policía a centros de exterminio. El rebelde Luciferio, ya repuesto y oculto en algún lugar de los convulsos cinturones periféricos, alentaba a la confrontación alegando que desde el momento mismo de la concepción el feto llevaba en sí a la divinidad, por lo que destruir esa vida incipiente era ofender a Dios mismo.

Fue en ese tiempo que los medios independientes comenzaron a denunciar las desapariciones. La voz ciudadana culpó a los empresarios y a los gobernantes; los gobernantes culparon a las nuevas sectas fundamentalistas. Entonces algunos medios críticos decidieron hacer propios los cuestionamientos que coreaban en sus protestas los movimientos más radicales: “¿Dónde están los desaparecidos? ¿Por qué nadie los ha vuelto a ver ni vivos ni muertos?”.

Cuando al fin los líderes de las religiones oficiales les dieron la espalda a los gobiernos, acusándolos de promover la desaparición de millones de pobres y migrantes, la violencia callejera se transformó en caótica rebelión. A los reclamos se sumaron los medios más críticos, la fracción social más culta y las universidades públicas, que coincidían en la necesidad de un pacto moral para atemperar la violencia.

Las cámaras empresariales enfocaron entonces su mira en publicitar ante el planeta entero su adhesión a la causa ciudadana. Los deportistas más competitivos y los actores más carismáticos inundaron, en poses impecablemente diseñadas por los propios promotores de la farsa, la corriente viva de la información pública; y con sus sonrisas falsas y su lenguaje conciliador se adueñaron pronto del atribulado corazón de las irreflexivas mayorías. En las elecciones que se convocaron de emergencia, actores, cantantes, líderes religiosos y carismáticos deportistas, alcanzaron los suficientes votos para poner en estado de alarma a las partidocracias que por siglos venían usufructuando el poder. Algunos opinólogos se atrevieron a sentenciar el inminente fin de las ideologías y de los partidos políticos, pero esta noticia pasó enseguida a un plano secundario ante el relámpago acusatorio que se desbordó de manera viral por los circuitos de información: “¿Por qué entre los cientos de miles de desaparecidos no hay un solo empresario ni parientes de empresarios?”. Nadie se identificó como autor; aunque luego, tras el eco planetario que tuvo el cuestionamiento, se contaban por millares los imbéciles que se atribuían la autoría.

Las exageradas crónicas sobre las desapariciones masivas hicieron que las fracciones sociales intermedias dejaran de concurrir a las protestas callejeras. Por doquier circulaban versiones que iban de la socorrida abducción extraplanetaria al planificado exterminio de los más pobres. Fue en este punto que creció el clamor que exigía la intervención de las fuerzas armadas. El gobierno estableció controles en calles y carreteras, al tiempo que se anunciaba en todos los medios que invasores de otro planeta le habían otorgado a una secta de fanáticos evolucionistas una nueva arma desintegradora. Como prueba exhibieron unas imágenes donde dos ejecutores, de notable envergadura punitiva, disparaban sus rayos

contra varios cuerpos sucios y deformes de los que no quedaba el menor rastro tras el fogonazo.

Con la astucia oportunista de un felino, Luciferio vio llegado el momento de lanzar el decisivo zarpazo contra sus enemigos: “¡Debemos poner fin al poder inmoral mediante el fuego purificador!”. Y el planeta se inflamó de ardores apocalípticos.

Durante años la energía planetaria había estado mandando inquietantes señales de castigo, con catástrofes que diezmaban a multitudes despavoridas. Luego, la aparición de drones desintegradores hizo que tan sólo en veinticinco años la población del planeta bajara a una cuarta parte. Los grandes centros turísticos se sumergieron bajo el ímpetu del mar, cuyo nivel había subido varios metros como consecuencia de la fusión acelerada de las masas polares. Terremotos y vientos huracanados enmarcaban ahora una cotidianidad dominada por bandas que hacían un uso indiscriminado de la nueva arma desintegradora. Por último, y tras el impacto de un meteoro y los terremotos y maremotos gigantescos que le siguieron, la superficie del planeta se fragmentó en múltiples islas y en un caos de soberanías conformadas por las comunidades puritanas y antiprogresistas que habían sobrevivido en las montañas.

En menos de cinco mil años la civilización tecnocrática había desaparecido por completo, quedando únicamente y de manera desigual e imperfecta el uso del idioma planetario como reminiscencia de la Edad informática. La sociabilidad se había revertido a un nivel preindustrial de autoconservación, donde las religiones desempeñaban un papel determinante. El otrora clima frío de las montañas era ahora neutralizado por la masiva presencia marina, por lo que las islas-reinos vivían de la pesca y de la agricultura, además del comercio artesanal que practicaban las islas más prósperas.

Hacia el hemisferio norte del planeta, en condiciones climáticas ideales, estaba la gran isla que sobresalía entre

todas las demás. En sus casi dos millones de kilómetros cuadrados vivía una de las más evolucionadas poblaciones del planeta, y los ambiciosos soberanos de los lejanos reinos del Este bordaban de oro su imaginación con la conquista de esta isla-continente llamada Omphalia. Y ahí justamente, en el seno de una familia que conservaba en viejos libros la memoria viva de las más nobles enseñanzas del pasado, nació el soberano más piadoso de la Nueva Historia.



II

La invasión llegó precedida de una marea de rumores. Los reinos isleños vivían en permanente desconfianza y abrumados por la incertidumbre que alentaban las múltiples sectas fundamentalistas, lo que sin duda facilitó la vergonzosa sumisión ante la flota extranjera. En menos de un año, los feroces invasores sometieron a los soberanos de algunas islas con ejemplar brutalidad. Su armada era en verdad temible, compuesta por más de cien naves oscuras como las imágenes de la diosa de la noche que ellos veneraban. Sus toscas armas de fuego disparaban un enjambre de balines de plomo impregnados de cadaverina, que al menor contacto con el torrente sanguíneo diseminaban la muerte más horrenda. Pero no era esta mortandad lo que los isleños más temían, sino el modo depredatorio como trataban a los vencidos.

A diferencia de los habitantes de las islas más cercanas, que nunca organizaban una salida sin las vituallas necesarias, estos navegantes surcaban los mares con la mínima carga indispensable, entre la cual ocupaba un lugar preferencial la cecina hecha con la carne de sus enemigos. En cada reino que avasallaban hacían gran matanza ritual a su numen lunar, que llamaban Obsidia, aprovechando el festejo para cometer toda clase de excesos con las hijas y las esposas de los subyugados.

En cuanto el rey de Omphalia supo de las bárbaras costumbres de los invasores, reunió a su Consejo de gobierno y oyó en acechante silencio las razones ensombrecidas de temor que balbucían los consejeros. Cuando ya se cansó

de oír sin conceder, se apartó para concertar su opinión con la del sabio canciller, que le comunicó lo poco que en sus ya lejanas travesías por las islas había aprendido sobre los piratas negros. Tras la huidiza fracción de tiempo, volvió a sentarse ante los consejeros para hacerles saber la manera cómo conseguirían detener el avance del mal en su reino. Fingiendo más estupor del que sentían, los consejeros asintieron.

Acababa de cumplir el rey Pelaxil cuarenta años, en una conjunción de cualidades que los más ancianos asociaban con una nobleza de espíritu que ningún soberano de la isla-continente había alcanzado antes. Asumiendo en persona la supervisión de su propia estrategia, el rey recorrió a pie con el canciller el escenario donde se decidiría el futuro de su reino y, frente a los mapas defensivos que entre los dos habían elaborado, dialogó con los capitanes sobre la manera más eficaz de causarles daño a los enemigos.

“Necesito un cuerpo de los cien mejores guerreros que se desempeñe igual que un solo cuerpo”, le dijo el rey, en audiencia privada, al jefe supremo del ejército.

“Así será, ya que es vuestra voluntad”, confirmó el estratega.

“Un cuerpo que se reconstruya conforme pierda alguno de sus miembros, una fuerza misteriosa que entre y salga a través del laberinto secreto con el mismo sigilo que la diosa-serpiente que ellos veneran”. Se concedió luego el rey una pausa y comprobó de arriba abajo cómo la fisonomía del fornido militar reflejaba un insensato desprecio hacia la belleza. Y siguió, aunque en un tono más resonante: “Quiero que ese cuerpo aprenda los hábitos nocturnos de los depredadores más eficaces. Quiero que cada uno de los elegidos grave con fuego en su corazón que, si sucumben, la sangre derramada será una afrenta que mancillará a sus seres queridos por el resto de las edades. Quiero que, en estrecha relación con

los santos sacerdotes de nuestra Bienamada Trinidad, se adiestre a estos elegidos no sólo a vivir en la oscuridad al igual que bestias de la noche, sino también que se resignen a sufrir y se consideren como cadáveres desde el momento de la elección. Y exijo, por último, que esta arma de cien cabezas empiece a funcionar en un mes a partir del día de hoy”.

Desde los veinte años, cuando la muerte de su padre lo obligó a asumir el mando, nadie, con la excepción de Vitelio que era su único amigo y confidente, se había atrevido a contraponerle argumentos. Lo que él pensaba era indefectiblemente lo más lúcido y lo que ordenaba parecía revestir la autoridad de las tres deidades que veneraban.

La isla-continente iba de menos a más altura desde las deleitosas playas del sur hasta las montañas esplendentes donde se hallaba la gran capital del reino. En el extremo norte llovía y nevaba durante casi todo el año, en consonancia con una rigurosa disciplina que sólo podían soportar las rudas y feroces tribus pastoriles que, durante los tres meses en que crecían más de un metro los pastizales, engordaban de manera mítica a sus rebaños. Hacia el oeste, en los fértiles valles ubicados al pie de las montañas, se cultivaban las sabrosas frutas y nutritivas verduras que abastecían al reino de Omphalia. En la costa norte estaba la mayor de todas las adversidades para quien pretendiera desafiar la seguridad del rico reino: cientos de millas de acantilados de basalto de más de cincuenta metros de altura, que detenían los embates del mar con el orgullo de una fortaleza indestructible.

Los estrategas militares habían previsto un solo posible acceso del invasor, el sur, pues en las costas del este desaguaban sus excesos las interminables lagunas palúdicas infestadas de voraces saurios y temibles serpientes que inyectaban con su mordedura un veneno

que no admitía remedio. Sin embargo, la orden del rey se había adelantado a cualquier conjetura: los esperarían en las entradas de la ‘Herida abierta’, la gigantesca falla geológica que acuchillaba de este a oeste la gran isla, justo a dos días de camino de Delicia, la bella y afamada capital.

Con extrema diligencia se prepararon las defensas y el abasto de insumos para una larga guerra. Durante casi medio año gobernantes y gobernados trabajaron en una sincronía de voluntades que sublimó milagrosamente las diferencias: o lo hacían ahora o no lo harían jamás.

Cada piedra que cargaban, cada estanque con agua, cada troje de granos, todo de lo pequeño a lo grande estaba enmarcado en una visión dadora de vida. Ningún omphaliano adulto dudaba de que enfrentaban la batalla decisiva por la sobrevivencia. O vencían con astucia y voluntad, o terminarían en la orgía sacrificial con que los invasores agradecían sus conquistas a la diosa Obsidia. Además, el ultraje brutal de que eran objeto las madres y las hijas terminó otorgándole a la mujer una oportunidad de ascender en el respeto social que, de otra manera, habría tardado siglos en conseguir: por primera vez se les exigió a las mujeres preparación militar.

Los dos accesos desde el cálido sur hacia la capital del reino tenían la forma de una gran “V”, con los extremos en lo más profundo de la cañada y el punto de convergencia ante el recinto amurallado de la ciudad capital. Las dos puntas del vértice distaban entre sí cinco días de camino, y en esa distancia se establecieron las defensas para detener al invasor. Al fondo del abismo de casi cien metros de altura corría un río pródigo en succulentas truchas y langostinos, que fueron capturados vivos en su gran mayoría y trasladados a los estanques construidos adentro de la ciudad.

Ningún ciudadano de Omphalia podía explicar por qué esas paredes rocosas estaban carcomidas por inmensas grutas, como si unas hormigas gigantes hubieran

estado concentrando su rutina vaciadora durante cientos de años. Y los viajeros que cruzaban la entrada sabían muy bien, por ser tema compartido en diferentes corrillos, que muchas de las grutas no tenían final, que los grupos de fundamentalistas que habían entrado en busca de refugio no habían salido. Pero cualquier omphaliano adulto y en sano juicio también sabía que su rey lo sabía todo, y que sólo él, ni siquiera su séquito más cercano, había logrado encontrar la clave maestra para salir y entrar de ciertas cuevas a voluntad.

Los invasores hicieron el primer intento el séptimo amanecer después de haber recibido de los omphalianos la negativa a una rendición incondicional. Habían optado por la entrada del este, pero la tormenta de piedras y dardos envenenados que cayó sobre ellos fue más sorpresa que derrota. Enterado el rey invasor Ofidión del recibimiento de los omphalianos, mandó traer al soberano de la última isla conquistada.

“¿A qué clase de guerreros en verdad me estoy enfrentando?”, le preguntó el imponente vencedor en tono sobajante.

El rey sometido dejaba traslucir en su sereno semblante, y a pesar de su avanzada edad, un desapego que el conquistador confundía por momentos con altivez. Luego de desviar los ojos hacia los pies del conquistador para no sentirse rehén de su mirada, dejó salir por la comisura de la boca un hilo de aire:

“No son grandes guerreros. No es por eso por lo que son respetados”.

“Y si no son diestros ni temibles en el combate, ¿por qué entonces se les respeta?”, preguntó el vencedor bajando el tono al mismo nivel del vencido.

“Es por su inteligencia; es la única nación de este hemisferio que educa a sus niños diciéndoles que las razones de la cabeza deben estar siempre por encima de las exigencias del cuerpo”.

“¿Es que en vuestra miserable isla y en las demás que he conquistado se piensa al revés?”, reviró el invasor mostrando la peligrosidad de mirada que tanto le temían.

“No, supremo rey de los mares, no es cuestión de valentía. Es que ellos se creen descendientes directos de una cultura superior que sobrevivió al Gran Cataclismo. En este continente que pretendéis conquistar, además del manejo de las armas, valoran por encima de cualquier otra ocupación el sacerdocio y la filosofía”.

“Jamás pensé oír una estupidez semejante. ¿Es que estos devotos del ocio no han oído del castigo a que se condenan al enfrentarme?”.

“Sí, lo saben. Y, con el debido respeto a vuestro poderío, no va a ser tan fácil doblegarlos”.

“Así que eso es lo que crees”, dijo el vencedor al tiempo que con la mano derecha ordenaba a la guardia que se lo llevarasen.

III

La segunda incursión tuvo lugar en la otra entrada. Con la primera claridad, los invasores se arrastraron pegados a la pared como depredadores masivos que acabaran de recibir la orden de no salirse de la fila. Primero cayeron las rocas, por decenas, en un estruendo que arrancaba de cuajo cualquier posibilidad de victoria. Pero aguantaron y vinieron más; y como era tan grande la confusión polvosa, los omphalianos tardaron en comprender que la vanguardia que estaban masacrando eran en su mayoría prisioneros isleños obligados a sacrificarse. En la empalizada que estaba a cien metros de la entrada bloqueando el camino, reventó una llamarada, seguida de otras. Los guerreros negros llevaban las espaldas cubiertas con sus enormes escudos hechos de varias capas de pieles de mamíferos marinos, y dirigían con insultos y amenazas a los cautivos isleños que lograban sobrevivir bajo las ráfagas de dardos y piedras. En el momento en que las llamas focalizaron la contienda, los capitanes de los invasores desplegaron tácticamente a sus tiradores y ordenaron que todo el esfuerzo se concentrara en proteger a los que abrían la brecha. Pero en contra de lo que esperaban, de arriba no llovió agua para apagar el fuego sino una multiplicación de vasijas con chapopote que, al estallar con el impacto, extendieron el fuego de forma pavorosa.

Esa misma noche, mientras se reponían de la retirada caótica, los guerreros negros fueron atacados inesperadamente por sombras que arrojaban lanzas y dardos con una precisión mortífera, y que además apresaron a dos

de los capitanes invasores que supervisaban la retirada. El rey Ofidión montó en cólera al oír los pormenores del nuevo agravio. Los cinco militares de alto rango que estaban arrodillados ante él recibieron con la cabeza vencida el reproche que les dirigía el monarca:

“¡Vuestra sola presencia me subleva!”.

Como ninguna voz encontró excusas, el silencio hizo que el rey prosiguiera:

“¡Levantaos, no es con más humillaciones como habéis de justificar la derrota!”.

“Mi señor, en alguna cueva estaban guarecidos...”.

“¡Pues buscadlos y traedme a sus capitanes ya descuartizados para que sus carnes puedan atemperar mi cólera!”.

Un guerrero imponente, de rizada barba y cabellera, se atrevió entonces a argumentar justificaciones:

“Gran rey, nos enfrentamos a un enemigo que puede ver en la oscuridad mejor que nosotros a plena luz del día, y que usa sus armas arrojadizas con una eficacia que nunca antes habíamos visto”.

“¿Es que nuestras armas de fuego son inferiores a sus dardos y a sus lanzas?”, rugió el rey con la sangre prendida de rencor.

De nada le sirvieron al invasor los pesados arcabuces con que disparaban hacia las invulnerables alturas. Las balas regresaban con sus mortales mordeduras y pronto empezó a cundir la desesperación entre los fieros guerreros obligados a luchar contra una fuerza invisible. El rey Ofidión recibió las adversas noticias sintiendo cómo en el corazón se le clavaban las negras espinas de la impotencia. Esa misma noche mandó sacrificar a diez doncellas de las islas para complacer a la diosa Obsidia. Convocó al término del rito a la sacerdotisa suprema y le preguntó, como tratando de soslayar la oscuridad del coraje:

“¿Por qué la diosa no está de nuestra parte?”.

“Mi señor, somos nosotros los que debemos estar de parte de la diosa”, reviró la religiosa.

El rey cerró los ojos y dejó que su violencia estallara amenazante:

“¡Cómo me gustaría comerlos a todos!”.

“Esta guerra, majestad, también es de dioses”, dijo la anciana de ajada piel oscura con una intención que fue captada al instante por la mirada reabierta del rey. La sacerdotisa sostuvo el iracundo escrutinio del monarca y añadió enseguida con calculada indulgencia: “Nuestra diosa no admite iguales, y lo que somos tampoco debemos compartirlo. En ningún momento debéis olvidar que si llegasteis hasta aquí no fue por gusto de aventuras, sino por el hambre que trajo a vuestras tierras el numen abrasador junto con el cambio de los vientos y de las lluvias”.

“¡Entonces acércate a tu diosa con halagos y haz todo cuanto esté de tu parte para que los designios nos favorezcan!”, sentenció el rey.

Ocuparon los días siguientes en buscar entre las cuevas y oquedades algún pasadizo secreto, al tiempo en que salían varias expediciones para explorar las condiciones de la imponente cañada a ambos lados de las dos entradas. La séptima medianoche volvieron a salir los cien y encontraron al campamento enemigo sumido en un sopor de hartazgo. Antes de que amaneciera, fueron rebanadas decenas de gargantas y flechados de muerte muchos pechos. Cuando la primera luz del día reveló la magnitud del daño, el rey invasor mandó convocar a su Consejo.

“¡Quiero saber quién debe pagar esta ofensa!”, rugió enfrentándolos.

El silencio que siguió aumentó aún más el desconcierto. Y como nadie se atrevió a desafiar su anonadante mirada, el rey continuó:

“¿A quién se le confió la protección de nuestro descanso?”.

“Pagará con su vida quien tenga que pagar, majestad”, murmuró el jefe supremo del ejército.

“¡Salid todos antes de que os mate yo mismo!”, clamó el rey incorporándose. Luego, fijando los destellos de

reproche en los ojos de la anciana sacerdotisa, apuntó: “Tú, quédate”.

Mandó a buscar enseguida al viejo monarca isleño que ya había consultado, y la religiosa aprovechó el momento para decirle de una vez al rey la respuesta de la diosa Obsidia:

“Hace dos noches, majestad, que recibí el mensaje. A decir verdad, el doble mensaje”.

“¿Me traes acaso alguna buena noticia?”, preguntó impaciente el rey.

“Me dijeron que nuestros enemigos se han preparado para un sitio que puede durar años. Las dos voces que consulté vivieron en la gran capital por más de diez años, y me aseguraron que, a excepción de ciertas mercaderías exóticas que les llegan de las islas, son autosuficientes en todo”.

“¡Hasta ahora nadie ha podido detenerme!”, discrepó con voz imperativa el rey.

“Mi señor, la segunda revelación me la hizo la diosa en un sueño, y tiene que ver con vuestra voluntad”.

“¡Yo le he dado a la diosa más de lo que tú me has pedido que le diera!”.

“Por eso me ha mostrado la salida más sabia y honrosa a nuestro tropiezo”.

“¿Cuál?”, se dejó vencer el rey por un ansia mezquina.

“Enviémosle con nuestros poderes nigrománticos una visión de vuestra bellísima hija primogénita, y después ofrecédsela en matrimonio al rey Pelaxil como prueba de alianza”.

El rey guardó un silencio concentrado, anunciador de pensamientos amargos que podían aplastar cualquier esperanza agradecida. Al cabo, avivó con intención punitiva las ascuas de sus ojos y retorció el gesto de manera agresiva:

“¿Y cuál ha de ser el precio de tu temeridad?”.

La sacerdotisa suprema, que conocía de sobra el alcance de los repentinos desacuerdos del rey que había subyugado a su pueblo, sólo alcanzó a balbucir:

“Es la diosa quien ordena, majestad. Poned a vuestra inmaculada hija de vuestra parte y tendréis las llaves del reino que queréis someter”.

Por fortuna para la religiosa, llegó la guardia con el anciano rey isleño. Cambiando a un tono más condescendiente, el temido rey le dijo:

“Dime, tú que conoces tan bien a estos necios omphalios, ¿por qué si son tan inteligentes usan armas tan rudimentarias?”.

“Para ellos no hay nada más peligroso y maldito que la tecnología que se veneraba en los tiempos de la ciega soberbia”.

“¿Qué estupidez culpar a los instrumentos y no a quien hizo mal uso de ellos!”, se mofó el rey.

“Para ellos las dos cosas son indisociables”, alegó el anciano como si estuviera hablando de una leyenda.

“¿Y para ti?”.

“Yo, mientras reiné, sólo me ocupé de mantener la concordia y buscar el mayor bienestar para mi gente”.

“Sí, el destino natural de un pueblo esclavo”, musitó con desagrado el vencedor. “Pero tengo curiosidad en saber por qué si desprecian las armas son tan buenos con los dardos”.

“En Omphalia veneran a un símbolo milenario conformado por tres círculos azules concéntricos que representan la sublime relación de los tres dioses: el dios omnipotente del fuego, y las divinidades creadoras de los reinos materiales del agua y la tierra. Esos tres círculos constituyen la base lúdica y disciplinaria de la juventud omphaliana; desde su primera infancia los niños aprenden a arrojar con destreza el cuchillo, la flecha y la lanza. Los blancos tienen pintados los tres círculos, y el que acierta en el centro recibe los dones guerreantes del dios del fuego...”.

“Mira, anciano”, interrumpió el rey acercándose para que su estatura fuera aún más imponente, “casi me habías convencido de que no eres un hombre inferior. Pero ahora veo que tu discernimiento está limitado por tu temor. Y dime, desde tu sabiduría vencida, ¿por qué el dios de la luz que ellos veneran es más poderoso que la diosa de la oscuridad? ¿No fue la oscuridad antes que la luz? ¿Y no es la oscuridad el destino final de todo lo que existe?”.

Mientras pensaba la respuesta, el rey isleño vio de soslayo que la sacerdotisa suprema había arrugado su expresión al percibir el alcance de la posible ofensa. Bajó el sufrido anciano la cabeza y habló como si estuviera frente a los recios marinos y ambiciosos comerciantes que conformaban su Consejo cuando gobernaba:

“Los isleños siempre le hemos temido a las fuerzas de la noche”.

“¡Y en mi reino jamás le hemos temido a nada, ni humano ni divino!”, clamó arrogante el rey invasor.

“Lo que quiero decir, gran guerrero, es que nosotros tenemos una profecía sagrada que nos previene contra lo que vendrá de la noche, con sus novedades terroríficas”, y al terminar de hablar cerró los ojos y se quedó en suspenso.

“Sí, la noche, la gran madre envilecida por los hijos que se dejaron atrapar por las seductoras promesas del gran padre”, dijo el rey vencedor poniendo su fuerte mano sobre el hombro del anciano. “Cómo me hubiera gustado, antes de matarte, que vieras lo que ha hecho el dios de la luz con mi reino: miles de riachuelos secos, millones de árboles calcinados, las cosechas malogradas..., sólo la noche nos permitió aguantar. Y ahora nos enfurecemos, junto con la diosa Obsidia, allí donde vemos a los débiles que se doblegan ante los falsos adoradores del fuego abrasador”. Con una rapidez impensable para su tamaño y fortaleza, extrajo la espada que le colgaba del cinto y rebanó el cuello del anciano.

IV

Era de todos conocido que cuando el rey Pelaxil se bañaba no permitía la presencia de sus concubinas, y quienquiera que lo viera desnudo podía considerarse muerto. En la superficie del estanque filigraneaban los reflejos de la luz en una enamorada profusión de verdores. La más bella flora del reino estaba allí enjardinada, para que la vista del rey no percibiera fealdad alguna que pudiera distraerlo de sus ensueños. En el extremo más limitado del estanque brotaba un torbellino de agua termal que le servía de asiento al rey, quien aprovechaba el estremecimiento para dejarse ir en una entrega absoluta. Obnubilados por la veneración que le rendían, los súbditos decían que gracias a la pureza de cuerpo y espíritu que alcanzaba en esos baños, el rey lograba ser aceptado por las huestes del dios de luz, quienes le indicaban todo lo que tenía que hacer para lograr un buen gobierno.

Antes de verla la olió; un olor exquisito al más exótico jazmín que potenció sus sentidos hacia una seductora conjunción de diversidades, como si el adentro y el afuera siguieran siendo el mismo sueño simultaneado: una sensación de indescriptible dicha cercada por una premonición de desasosiego. Como nunca le había pasado, tuvo que concentrar su energía en mantener la cordura mientras las imágenes iban desplazando a los significados. Y la vio emerger en medio de unos anturios de flores sonrosadas y lujuriosas, completamente desnuda y ofrendante: la mujer más bella que jamás había contemplado.

“¿Quién eres que te presentas así de manera tan irrespetuosa?”, le preguntó el rey a la visión que se acercaba.

“Me llamo Ficticia, hija primogénita y favorita del rey Ofidión, y sacerdotisa de la gran diosa Obsidia”.

El rey experimentó un multiplicado hormigueo en todo el cuerpo y, sin que mediara volición alguna, sintió que un mandato superior lo obligaba a concentrar su mirada en un pequeño lunar que realzaba a un nivel casi irresistible los labios perfectos de la mujer. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para romper la ilusión:

“No eres más que un señuelo que algún cultor de la oscuridad ha introducido en mi sueño para engañarme”.

“No, mi señor, no me estoy introduciendo en tu sueño, sino en tu vida”, y al decirlo, la grácil figura dio unos pasos decididos y se metió en el estanque.

“¿Y cómo puedes afirmar que no eres más que lo que estoy soñando?”, quiso saber el rey.

“Es muy fácil, mi señor, de un sueño puedes salir con tan solo despertar”.

El rey abrió y cerró repetidas veces los párpados, pero el rostro sublime seguía allí, con aquel lunar hechizante que lo llamaba de manera irresistible. Salió luego de su rincón y se acercó extendiendo los brazos con intención posesiva.

“¡Ningún hombre me ha tocado todavía!”, clamó la sacerdotisa, adelantando la palma izquierda en actitud hierática.

El rey se quedó unos instantes sin vida, fijo como si su cuerpo y su mente se hubieran vaciado en el eterno fluir del agua. Cuando al fin recobró la cordura, asumió una actitud desconfiada.

“Tu presencia me enferma”, le dijo al tiempo que descolgaba los párpados para evitar el sol.

“¡Pero yo fui enviada a sanarte!”, dijo la sacerdotisa. Enseguida tomó de una mano al rey y lo condujo fuera del es-

tanque. Ella salió primero, pues el rey se resistía a aceptar que una visión proveniente de un sueño pudiera verlo desnudo fuera del estanque. Pero ella insistió y lo jaló con firmeza fuera del agua. Los dos cuerpos quedaron atrapados en un silencio que lo expresaba todo sin necesidad de tocarse. Luego lo tendió boca abajo sobre el pasto y le pidió que no dijera una palabra más, que la respiración bastaba para agradecerle a la diosa madre los dones de la vida. Comenzó aflojándole el cuello, y siguió con los hombros, la espalda, las piernas, en un deleite que el rey desconocía, apacible y amoroso como un seno materno. Después materializó un frasco en sus manos y le ungió el cuerpo al rey con un aceite de olor sensual, que lo transportó hasta las lejanas playas cálidas del sur; y volvió a sentir la desasosegante sensación de estar en el pasado y en el presente al mismo tiempo, ser rey y no ser nada, fluir y ser parte de la eternidad. Entonces ya no opuso el menor reparo a dejarse llevar hacia la felicidad más absoluta.

Lo primero que hizo al despertar fue mandar traer al canciller Vitelio.

“Tuve una visión o sueño que no puedo descifrar”, dijo el rey sin atreverse a enfrentar los ojos del único ser vivo en quien confiaba por completo.

“¿De qué clase?”, preguntó con voz desapegada el canciller.

“¡Jamás vi una mujer tan perfecta en mi reino!”.

“Me parece una burla que me digas eso, habiendo entre tus concubinas mujeres que exceden lo que mereces”.

“Tendrías que verla, querido magister. Me quedé sin habla, como tú te quedaste sin habla hace ya muchos años la primera vez que viste a tu dulce Marina”.

La mención matizó con un gesto de fuga la mirada del canciller, pero al cabo volvió a encarar al rey:

“Deduzco, por lo que me dices, que fue muy superior la atracción física al pensamiento”.

“Ni tú mismo, que tan diestro eres en transformar los sentimientos en palabras, podrías describirla”.

El canciller cerró los ojos buscando hacia adentro, removiendo un pasado que era la justa antítesis de su presente, y así estuvo en silencio varias respiraciones profundas hasta que masculló en un semitono de derrota:

“De todo me atrevería a hablar menos de eso, me siento incapaz de compartir cualquier sensación de verdadero amor que esté más allá de la vulgar lujuria”.

“¡Ay, cómo me gustaría estar también ya libre de esas ataduras!”, clamó el rey.

“Entonces ya no serías rey, sino un improductivo filósofo o sacerdote. En el amor y en la guerra todos perdemos la cordura”.

“Pues sí, tal vez estés en lo cierto y mientras siga siendo rey estaré obligado a dar lo mejor de mí en el amor y en la guerra. ¿Y qué debo hacer entonces con el sueño que tuve?”.

“Ya que tan gratamente te impresionó, pues intenta seguir soñándolo”.

“Acabo de decidir que voy a liberar a los dos prisioneros”, sentenció el rey.

“Pues hoy no está en mi ánimo el contradecirte”, dijo el canciller.

V

Los dos capitanes liberados se arrodillaron ante el rey Ofidión y bajaron sus cabezas en actitud claudicante. En los brazos, piernas y rostros tenían impresa la memoria del agravio: magullones sanguinolentos que ponían en evidencia un castigo humillante.

“¡Levantaos!”, ordenó el rey.

Los bronceos guerreros se incorporaron conscientes por primera vez en su vida de que su formidable musculatura estaba completamente rendida.

“¿Qué es lo que hacemos con nuestros prisioneros?”, preguntó el rey Ofidión con fingida calma.

Ninguno habló, dando oportunidad al silencio de imponer un temor casi sagrado en el ambiente. El rey volvió a asumir el dominio:

“¿Acaso hemos liberado alguna vez a un prisionero?”.

Uno de los capitanes se atrevió entonces a apresurar la humillación, y enfrentó al rey con repentina valentía:

“Nunca, gran rey; nuestros prisioneros siempre fueron el alimento máspreciado para nuestra diosa. Nosotros no pedimos que nos dejaran libres. Pero ya que no pude cuando te servía vivo, permíteme ahora como muerto decirte que jamás vencerás al reino de Omphalia. Lo que vimos con nuestros propios ojos no podrá ser avasallado por ninguna locura guerrera...”.

“¿Así que te atreves a llamarme loco?”, clamó el rey alzando con gesto punitivo el dedo índice de la mano derecha. Toda la estancia se tensó oscurecida por una sombra amenazante e inmóvil. La sacerdotisa suprema,

haciendo acopio de una entereza que ponía en evidencia que toda su fuerza la extraía de las tentaciones a las que se resistía, se acercó al rey y concentró el susurro, para que nadie más oyera:

“Majestad, la diosa ordena que sean estos mismos miserables, indignos ya de nuestro castigo, los que lleven de vuelta el ofrecimiento de vuestra amada hija al rey Pelaxil”.

El rey centró la mirada de desprecio en los afligidos capitanes, como un ave carroñera harta de tanta mortandad. Enseguida se incorporó y ordenó con tono imperativo a los dos capitanes que se dispusieran a transmitir la nueva al rey Pelaxil. Luego cercó con la mirada ahora matizada de infortunios a la sacerdotisa suprema y le dijo:

“¡Tú no; tú quédate!”.

Tras el rápido desalojo, el rey señaló un sillón al lado del suyo y le indicó a la anciana que tomase asiento. Y habló:

“La pasada noche tuve una visión maligna. Asistí con todo mi coraje reblandecido a una batalla injuriosa donde mis naves eran atacadas e incendiadas por los infames adoradores de la luz. Y quiero que tú me respondas si es posible que algo sólido pueda moverse igual en el aire que en el agua, porque esas malditas embarcaciones llegaban volando...”.

“Hay muchas realidades que nuestros ojos no pueden contemplar, majestad”, dijo la anciana apuntando con las pupilas hacia una infinitud hipotética. “Mundos distintos a éste en el que vivimos y morimos, pero igual de verdaderos y peligrosos. Todo lo que vuela con plumas es torpe y visible incluso para la mirada más rústica. Mas lo que vuela sin plumas es ya producto de una inteligencia superior, y puede suponer un peligro inimaginable”.

“¡Dile a la diosa que si sucumbo yo, también lo hará ella!”, amenazó el rey subiendo la voz. “Le guste o no,

nuestros reinos son inseparables; y quiero que se sepa sin la menor posibilidad de malentendidos”, y el rey se calló un momento para que resonara su afirmación: “Yo no le he fallado a la diosa; ella me falló a mí. ¿Crees que ignoro el desprecio que hay en la mirada sumisa de tus víboras? Yo adopté a la diosa y con ella a ti y a todas tus hijas vírgenes. Fui yo el que concedí a los vencidos la nueva grandeza del culto a la diosa madre. ¡Yo, que jamás he creído en dios alguno!”.

Ante el efecto de las últimas palabras, que quedaron colgando en el silencio cual puerta entreabierta al infinito, la sacerdotisa suprema vio en su mente la imposición de la herejía triunfante: el desprecio a la diosa de la oscuridad como dadora de justicia, de armonía y de fertilidad. Pero desde su primera experiencia con los piratas invasores, la anciana sabía que la primacía del cuerpo sólo originaba respuestas violentas.

“Es claro, hija de la luna, que prefieres juzgar en silencio que actuar. Pero yo tengo que actuar; mi reino no puede sobrevivir en la duda, como le sucede a tu diosa...”.

“La diosa madre nunca duda”, murmuró la sacerdotisa suprema.

“¡Al fin hablas, anciana encumbrada!”.

“La diosa madre jamás nos permitió concebir esperanzas en la violencia insaciable de los piratas invasores”.

“Es la segunda vez que nos ofendes al decirnos piratas. Mi pueblo sólo cree en la libertad total, y en que su rey buscará siempre las mejores tierras y los mejores cielos para que ellos vivan según sus gustos y sus creencias. Lo único que tienen que hacer es obedecerme, y por eso te he dicho desde el principio que tu diosa y yo somos iguales”.

“¡Nunca aceptaré esa herejía!”, clamó la sacerdotisa suprema.

“Me agrada tu necesidad. ¿Y qué tienes qué decir de mi visión?”, preguntó el rey con tono ladino.

“Más pronto que tarde vendrán a reclamarte tu osadía, rey Ofidión, y entonces recordarás con toda claridad el significado que ahora te niega tu soberbia”.

“¡Maldita sea! ¿Quiénes vendrán? ¿Cuándo vendrán?”.

La sacerdotisa suprema no tuvo entonces el menor reparo en enfrentar la mirada incendiada del rey, como lo hacía cada mañana al despedir a la diosa madre ante el fuego ansioso del amanecer. Matizando al cabo la mirada de certidumbre, le dijo al rey:

“En tu cabeza está dormida la paz, y veo que ya no hay forma de despertarla. Pídele a la diosa que te proteja, ya que no puede guiar tus decisiones”.

“Nada me molesta más que perdonar, y tú lo sabes mejor que nadie. Pero no quisiera teneros a ti y a la diosa en mi contra. ¡Mándale el mensaje con esos dos canallas al aborrecido rey Pelaxil!”.

VI

El rey Pelaxil buscó ansioso una respuesta en la circunspección con que lo miraban los dos capitanes arrodillados ante él, que le traían las condiciones del rey Ofidión para un armisticio.

“En momentos como éste, en que no puedo elegir con claridad, desearía no ser libre”, dijo dirigiéndose al canciller Vitelio.

“Sin principios ni objetivos la libertad es vana”, reviró el canciller.

“Entonces, ¿qué me sugieres?”, lo encaró el rey.

El canciller se acercó a los dos ex prisioneros y los remiró con desconfianza. Rechazados por igual por su rey y por los enemigos de su rey, los dos capitanes no reflejaban el menor deseo de seguir con vida. Ya que estuvo convencido de sus cavilaciones, el canciller apuntó con gesto decidido hacia sus caras:

“¡Miradme a los ojos como si fuera vuestra última voluntad!”, y al verlos, Vitelio vivencializó que toda esa juventud malgastada en torpes regocijos, esos entusiasmos de primera sangre y los consiguientes fracasos por trepar en el escalafón del poder, no podían enmarcarse de culpabilidad. Luego de fijarlos en un silencio que negaba toda posibilidad a cualquier excusa o lamento, los incitó a que se levantaran.

“¿Alguno de los dos ha visto directamente a la princesa?”, les preguntó cambiando drásticamente de tono.

Los dos asintieron con la cabeza.

“¿Y cómo es?”, insistió el canciller en su papel indagatorio.

“Hombre sabio”, respondió al fin uno de ellos, “es la mujer más hermosa de todas las islas, pero es también la más pura y querida por su gente. Agraviarla en lo más mínimo sería sin la menor duda motivo de odio y más guerra”.

Vitelio se volvió entonces hacia el rey y dijo, mitad en serio mitad en broma:

“Ya es tiempo de que escojas a la que reinará entre todas tus concubinas”.

Animado por el tono del diálogo, el rey Pelaxil se dirigió a los recién liberados:

“Todavía no alcanzo a entender los motivos ocultos del rey Ofdión al proponerme el matrimonio con una virgen tan singular y renombrada por su hermosura, que además parece ser su hija predilecta. Pero colijo, por lo que percibo, que esta guerra tendrá que continuar hasta el exterminio de uno de los bandos...”.

“¡No, es justo lo contrario, gran señor!”, interrumpió uno de los liberados. “Tenerla por esposa sería lo mejor que le podría pasar a vuestra majestad y a todo el reino de Omphalia”.

“¿Tanto así?”, intervino con un deje desafiante el canciller.

“Creedme, es la contraparte perfecta de su padre”, concluyó el capitán que parecía ser el más listo y enterado.

“¿Y por qué habría de creerte?”, lo miró inquisitivamente el rey.

“Porque cualquiera que sea vuestra decisión, nosotros ya estamos condenados a morir”, dijo el prisionero doblando su cabeza en gesto de total sumisión.

Todo el palacio era una nerviolera de incertidumbres. El rey Pelaxil les había dicho a los prisioneros, que ahora fungían como mediadores, que sólo permitiría un cuerpo de guardias que acompañaría a la princesa y a su séquito.

Así que abrieron un pequeño acceso en la barricada y por allí, vigilado desde las alturas, pasó el reducido grupo de no más de cincuenta personas. Un par de corredores le trajo al rey de Omphalia la noticia que esperaba con disimulada ansiedad: ni el rey Ofdión ni ningún oficial de alto rango venían con la princesa.

Adelante caminaba la sacerdotisa suprema acompañada por dos hileras de jovencísimas vírgenes. En el medio, la princesa embozada en telas purpúreas; y atrás, veinte guardias vestidos con cuero negro y reluciente, personajes indignos de memoria y condenados sin remedio a la fosa común del olvido. El entero cortejo daba la impresión de menosprecio, de no estar acorde a la magnitud de lo esperado. Al exhalar sus preocupaciones, el rey Pelaxil no pudo evitar que la primavera que aureolaba a la princesa se le metiera como un vientecillo seductor en la cabeza.

“¡Es la visión de mis sueños!”, exclamó al verla.

“Sólo el ojo más educado es sensible a la belleza del diamante”, comentó por lo bajo el canciller Vitelio.

El rey optó por el silencio para enmascarar su fascinación. Era ella, sin la menor duda, con el mismo lunar sobre el labio y envuelta en aquella irresistible atmósfera de olor a jazmín. Rompiendo con todo el protocolo, se levantó del trono y caminó hacia ella. Mas antes de que dejara de estar al alcance del canciller, oyó su comentario cáustico:

“Desde el poder sólo se ven espejismos, y en consecuencia los mejores deseos terminan convirtiéndose en quimeras...”.

Pero el rey no quiso seguir oyendo. Tenía de nuevo la sensación de estar soñando despierto, sin la menor duda o desasosiego, dejándose poseer por el influjo seductor de esa mujer que sentía suya desde siempre. Antes de tenderle la mano oyó la subida voz de Vitelio:

“¡Cuidado!”.

En el mismo instante en que la mano del rey y de la princesa se convertían en una sola mano ardiente, la voz del sacerdote supremo resonó cerca de la cabeza de Vitelio:

“¡No lo desvíes! Deja que el destino inexorable se cumpla y límitate a ser una referencia intachable”.

Sin más ceremonia, quiso el rey revivir de inmediato el encuentro armonizador que con Ficticia había tenido en el estanque. Le pidió a Vitelio que agasajara en su nombre a los huéspedes, y se alejó llevando de la mano a la virgen aún no desposada.

Ya desnudos los dos en el agua, el rey la acercó con el deseo y vio que el agua le llegaba justo por encima de los muslos. Parecía una concordancia, propia del ensueño que estaba viviendo, que las gráciles curvas de ese torso bordado en perfecciones confluyeran en la exótica mariposa del pubis. La besó en la frente y la mantuvo abrazada mientras le susurraba al oído:

“Sí, eres tan bella y real en carne como en mi sueño”.

“Hasta ahora no soy más que una virgen a punto de ser ultrajada”, dijo ella separándose.

El rey Pelaxil se rio con tanta naturalidad que obligó a la princesa a esbozar una sonrisa. Entonces las dos energías se juntaron en un beso que hizo vibrar de luz a todo el entorno. Los dos sintieron que se unían para siempre, en un abrazo cósmico que ya nada ni nadie podría separar.

Tras los demorados escauceos, ella lo tomó de la mano y lo condujo a la orilla, donde lo recostó y lo masajeó con la ondulante parsimonia de una oruga. Después, con gozosa pericia, fue pulsando circuitos de dicha que él jamás había sospechado. Duró la fusión toda una vida, y lo que transmitían las imágenes de los dos cuerpos unidos tenía una grandeza que rebasaba la propia magnificencia del entorno. El rey abrió los ojos con miedo a deshacer el conjuro, como si los ojos no nada más vieran, sino que también sintieran y supieran que lo que acababa de suce-

der iba mucho más allá de cualquiera de las experiencias amorosas que había tenido con sus concubinas.

Concluida la complementación perfecta, la princesa, que ahora ya se sabía reina, se tendió al lado del rey y habló como si fuera la primera vez, sin importarle la sangre que le escurría por las ingles:

“Has tomado lo máspreciado de mí, sin preguntarte siquiera si eras o no merecedor de ello”.

El rey permaneció en silencio, pero la pregunta tardaría un año en encontrar la respuesta conclusiva, cuando el destino irrumpió con la impiedad que lo caracteriza y desplegó su sombra de desconfianza sobre los acontecimientos.

Semana con semana, después de la primera dedicada a la celebración oficial de los esponsales, la reina era visitada por un misterioso enviado del rey Ofidión, al que se le permitía cruzar la barricada llevando únicamente en una cesta los regalos del padre a la hija. Caminaba siempre este personaje cubierto con una tela dorada brillante, y adquirió cierta notoriedad a partir de su primera incursión en el palacio, cuando descubrió por primera vez ante el rey Pelaxil su tersísima tez morena y sus ojos andróginos de saurio, mitad amarillos y mitad verdosos.

Una y otra vez conocía este ser silencioso y bello la magnitud de su fracaso al rebuscar el rey Ofidión entre los obsequios que le había devuelto su hija con la cesta y no encontrar la respuesta que esperaba. Con el paso del tiempo las maldiciones fueron creciendo en violencia, y el frágil cuerpo del emisario, aprisionado en la monótona languidez de la tristeza, aprendió a soportar igual que una caña solitaria en un estanque los ventarrones que levantaba el rey Ofidión con sus estruendosas blasfemias.

Y de pronto el rey Pelaxil tuvo un sueño premonitorio, donde oía una voz envuelta en luz que le decía: “¡Ponla a prueba e introdúcela en el laberinto!”.

Al atardecer de ese mismo día, el rey Pelaxil decidió abrir completamente el juego, justo al terminar ella el cotidiano masaje. Se acuclilló ante la reina y dejó que las dos miradas se fusionaran sin palabras. Y así estuvieron en un sólo palpitar hasta que la voz de él emergió de una caverna y se hizo audible:

“Nunca se me ocurrió que pudiera existir una concubina en quien confiar. Pero contigo, reina mía, todo se ha trastocado, tú empiezas a tener demasiada importancia en mi nueva vida”.

“Como tu vida en mi vida, mi rey y señor”, murmuró ella.

“Lo cierto es que todavía no puedo confiar plenamente en ti”, opuso él.

“¿Por qué crees que estoy contigo?”, lo enfrentó ella subiendo de fulgor su belleza. “¿Para evitar la guerra? ¿Para asesinate?”.

“Sé que, como yo, obedeces a un designio cósmico. Y que ese designio es lo único que nos une, además de la enfermiza atracción que ahora siento hacia ti”, y enseguida el rey quiso darle un beso en el lunar.

La reina lo apartó con dulzura y, al desahogarse, prefirió apuntar su mirada hacia el centro del estanque:

“Mi padre me exigió con amenazas, como siempre ha hecho, que encontrara el acceso en el interior de las montañas, y cada semana me lo sigue reclamando. Es una mala bestia sin corazón, por eso me martiriza martirizando a las sacerdotisas que sabe que amo, e injuriando a la diosa que sabe que venero. Mi padre violó a mi madre, que era sacerdotisa de Obsidia, como yo, y nos impuso a todos las costumbres bárbaras que practicaban él y sus salvajes piratas...”.

“¡Yo jamás te fallaré!”, la interrumpió él.

“Yo tampoco a ti, mi amado rey”, concluyó ella.

VII

Entraron por una cueva escondida bajo la montaña, entre decenas de otras cuevas que albergaban en sus techos a miles de pequeñas vidas nocturnas y aladas. Los dos solos, pues el rey había ordenado a la guardia real permanecer afuera. La luz de la antorcha, que parecía agonizar a medida que se adentraban, permitía apenas vislumbrar la rebuscada acumulación de rugosidades que componían las carcomidas paredes de la gruta; pero el rey caminó decidido como si ya supiera lo que iba a buscar. Se detuvo ante una enorme pared húmeda y tenebrosa, y le dijo a la reina que le diera la mano y cerrara los ojos; que nada más se concentrara en las yemas de sus dedos, como si vieran lo que iban sintiendo. El rey se inclinó ligeramente y metió las dos manos en una pequeña oquedad; dirigió luego con su mano la de ella y comenzó a hacer pequeños círculos sobre la piedra, al tiempo que le decía que ese relieve circular era la O sagrada de Omphalia.

“¡No quiero saber nada de esto!”, protestó la reina apartando defensivamente la mano.

“Pero yo sí tengo que mostrártelo. Necesito poner a prueba lo que soy y en lo que creo. Ya que he nacido con el privilegio de elegir, también debo cumplir y ser leal con mis ancestros y con mi gente. Tú eres lo máspreciado de mi vida, y sin embargo aún no estoy seguro de la magnitud de tu hechizo. Y quiero que sepas, esposa mía, que mi lealtad hacia ti es lo más divino que puede alcanzar mi condición de humano”. Y enseguida empezó a explicarle la clave para entrar y salir del laberinto: “Cada una de las

letras de Omphalia está grabada en una de esas pequeñas oquedades. En cada encrucijada hay varias cuevas, pero sólo una cueva tiene a la derecha de la entrada el relieve de la letra correspondiente. Son ocho en total, que se toman como referencia para entrar y para salir, pues las mismas letras, pero en orden invertido, están grabadas a las salidas de las grutas. Sólo yo, el canciller, el sacerdote supremo y el general en jefe del ejército conocemos las entradas sin necesidad de palpar las letras grabadas”.

“¡No debiste hacerlo!”, protestó la reina con firmeza.

“Ya te dije que confío plenamente en ti”, susurró el rey al tiempo que intensificaba el apretón sobre la mano de su esposa.

Al cumplirse el quinto mes, el reservado mediador llegó aún más misterioso. La reina percibió algo distinto en la tela con que se cubría y la manera defensiva de la doblez sobre el rostro, cosa que jamás el ser andrógino había hecho. Traía también en la mano derecha un presente cubierto con una mascada de seda.

“Vengo a despedirme de ti, pues te crié como una madre”, dijo la sacerdotisa suprema quitándose con la otra mano el embozo.

La reina se levantó y la abrazó emocionada.

“Tu padre tiene el corazón lleno de envidias y celos. La diosa me ha dicho que no me ensucie más obedeciéndole, y que, antes de irme definitivamente con ella, te transmita el legado de servirla, venerarla y amarla por encima de todo lo que te rodea. Toma”, dijo ofreciéndole el presente.

La reina lo tomó, y después le indicó que la siguiera hacia su aposento.

Transcurridos apenas nueve meses de reinado, la ex sacerdotisa de Obsidia oyó los primeros rumores de lo que finalmente, y justo al cumplirse el año de ser reina, la obligaría a tomar la más difícil decisión de su vida. Aunque estaba convencida que más pronto que tarde el reino

entero de Omphalia lo sabría, no dejó de sorprenderle lo que oyó, escondida tras unas flores exóticas, a algunas de las concubinas del rey. Y el rumor empezó a propagarse en forma de sombra acusadora: “¿Por qué la reina seguía sin embarazarse?”.

El rey Pelaxil no le había ocultado su apoyo a los rebeldes isleños que odiaban a muerte a los piratas invasores, mas la reina sólo comprobó el grado efectivo de la estrategia cuando se confirmaron las últimas palabras que le había dicho la sacerdotisa suprema y dejó de venir el misterioso personaje que la había visitado cada semana. Los guardias encargados de vigilar la entrada le dijeron que nadie se había acercado a la barricada, que la reina podía tener la seguridad de que ningún extranjero había pasado en las últimas semanas. Fue entonces, y repentinamente, que la reina sintió que había roto todos los vínculos de odio con su padre, y que a partir de ahora debía vivir enteramente para el rey y para el pueblo de Omphalia, bajo la bendición permanente de la diosa Obsidia, su soberana.

En poco más de un mes y tras sangrientos desembarcos, fueron liberadas de los piratas negros dos islas aliadas. Y ahora, cuatro meses después, las noticias que le trajeron los oteadores confirmaban el retiro de los invasores de las costas de Omphalia. Regocijado por la nueva, el rey Pelaxil mandó hacer sacrificios de colibríes, palomas y guajolotes a las tres deidades que colmaban de agradecimiento su corazón.

Una mañana, tras concluir el Consejo del día con sus ministros, lo abordó a solas el canciller:

“¿Qué extraño verte sin ella. ¿Se encuentra bien nuestra reina?”, le soltó con mordacidad.

“¿Y qué dicen mis queridos súbditos de la reina?”, reviró el rey, tratando de darle un cariz más serio al diálogo.

El canciller respondió la pregunta enfrentándolo con la franqueza de una amistad de años:

“Todos la queremos, sin duda, por su belleza y su dulzura; pero son ya muchas las voces que le exigen descendencia”.

“Qué curioso, esta noche fue la segunda vez que sueño que voy a ser padre de un hijo varón, pero que con él terminará toda mi estirpe”.

“Tal vez los agoreros o los sacerdotes de tus dioses puedan descifrar el enigma”, sugirió sin convicción el canciller.

“Nunca he entendido el motivo por el que no aceptas a nuestros sacerdotes ni a nuestros dioses”, reviró el rey.

“Bien sabes que para mí todos los dioses son uno, como por encima de todos los que quieren mandar debe estar siempre uno. Tu trinidad de fuego, tierra y agua es igual de primitiva que el gobierno de muchos de los tiempos previos al Gran Cataclismo”.

“Sí, ya adivino lo que sigue”, lo interrumpió el rey, “también en el matrimonio debe mandar uno solo”.

“No, en el matrimonio son dos los que deciden, pero tú heredaste un reino, ella no. Lo único que puedo añadir es que tú tienes a tu favor las hijas que has engendrado con varias de tus concubinas...”.

Cuando el rey levantó la mano exigiendo silencio, el canciller bajó la cabeza y sonrió.

A principios del nuevo año el rey volvió a soñar lo mismo, y entonces decidió abordar sin más excusas el tema:

“Quisiera saber, esposa querida, qué es lo que está pasando entre los dos. ¿Acaso no acordamos decirnos siempre todo lo que nos pueda separar, así como nos decimos lo que nos une?”.

“Hasta ahora yo he cumplido con hacerte más feliz de lo que eras sin mí”, dijo a la defensiva la reina, pero deseando desde lo más profundo liberarse de una vez de la carga moral que la oprimía.

“Es tan claro como el sol que ni tú ni yo hemos cumplido”.

“¿Por qué estás tan seguro de lo que afirmas? ¿No te satisfacen las diarias atenciones que dedico a tu persona?”.

“Nada me complace más que los masajes diarios que me haces, elevado a lugares insospechados por la fragancia que exhalas. Pero no deja de inquietarme el empeño que has puesto en evadir el tema de nuestra obligación de darle al pueblo de Omphalia una cabeza soberana”.

“Está bien, si así lo deseas que se cumpla”, pronunció la reina decidida al fin a dar lo mejor de sí misma en el nuevo escenario. “Desde que entraste en mí por primera vez, he venido cuidándome para evitar que tu néctar sea fértil”.

“¿Quieres decir que te has esforzado para evitar la preñez?”, se crispó en desacuerdo el rey.

La reina asintió en silencio con la cabeza. Pero al ver en los ojos de su amado el descontrol, continuó en un tono más grave:

“Mi madre murió al nacer yo, como yo moriré si doy a luz un hijo”.

“¡Eso es una locura!”, protestó el rey.

“Una locura que habrá de cumplirse irremediablemente si tú decides que yo me embarace”, sentenció la reina. Se dirigió enseguida hacia sus pertenencias y regresó con una cestilla primorosamente tejida.

“¡Ábrela!”, dijo ofreciéndosela al rey.

Con la debida precaución, pero sin ocultar el desencanto, el rey apartó la tapa y vio la serpiente con un desborde de rapidez y temor que lo impulsó a cerrar la canastilla y regresársela a la reina.

“Estoy dividida y ya no puedo ni quiero seguir viviendo así”, confesó la reina. “Sólo el amor que siento por ti puede justificar tanta duda, y al dudar de mí, dudo de ti y dudo de todo. ¿En quién he de confiar? ¿A qué soberanía he de servir? ¿Cómo puedo liberarme de un destino maldito?”.

“Permite que te ayude”, se ofreció perdonador el rey.

La reina cerró los ojos y comenzó a hablar asumiendo el papel de arúspice:

“Dentro de nueve meses daré a luz un príncipe: si sobrevivo me consagraré como sacerdotisa suprema de Obsidia, sin tener jamás contacto carnal y haciéndome morder por la serpiente cada mes, como hicieron por generaciones las sacerdotisas supremas que me antecedieron; si muero en el parto, quiero que me conviertas en cenizas, junto con la serpiente, y que se sepa en todo el reino que es por ti, y no por el pueblo de Omphalia, por quien hago el sacrificio”.

Luego abrió los ojos y, con una dulzura en sintonía con su bellísima expresión, lo tomó de la mano y lo condujo al lecho. Pero en cuanto se recostó, algo se activó en la cabeza del rey, que lo hizo sentenciar con voz de mando:

“¡No quiero que nuestro hijo se nutra y crezca entre senos que jamás podrán amarlo!”.

La reina le acarició suavemente la cabeza y lo fue desvistiendo. Siguió relajando el cuello y al llegar a los hombros se detuvo un instante tan sólo para decir:

“Ya deja de dudar. En lo que va a suceder, ni tú ni yo podemos hacer nada”.

VIII

La mañana, que parecía resistirse a desvestir la neblina después de una noche abismal, se desgarró al fin sobre el lecho donde yacía la reina Ficticia. La sensación de pérdida imperaba sobre todas las emociones, y con un gesto de la mano el rey rompió los sollozos de las parteras para quedarse solo ante su amada. Nunca había ofendido a los dioses ni renegado de su destino, pero en un momento como ese, suspendido en la nada cual araña sin refugio, sólo deseaba que la neblina al disiparse se llevara ese dolor silencioso e invisible. Únicamente las flores con que había mandado embellecer la estancia, en su desborde primaveral de colores y olores, parecían ajenas a la tragedia. Como si tratara de despojarse del frío dolor que le entumecía el alma, el rey Pelaxil habló con el corazón humillado de pesadumbre:

“Quisiera que el dolor fuera más cruel conmigo y me privara de la última resistencia que me impide compartir tu muerte. Pero a cambio de tu vida me has dado un heredero, y por él y por ti tengo que hacer que mi voluntad se levante de esta nada a que me ha condenado tu partida. Y dime, amada mía, ¿cómo podré sin ti enderezar mi ánimo, descolgarme el peso de esta culpa irreparable? ¡Cómo quisiera adormecer para siempre el dolor que se engarfiaba en mi corazón!”.

El rey observa en silencio el bellissimo rostro de la reina muerta. Su visión traspasa los dulces párpados y entra en una armonía que no es fingida, que no repara en el mínimo destello de cualquier particularidad. Y ve

y siente la energía que lo relaciona todo, ve su pasado y vislumbra un futuro inmediato demasiado fugaz.

“Ahora, ante tu ausencia, doy por muertas todas mis quimeras. Mi reino se vació sin ti; mi vida ya no quiere vivir. Pasé, sin siquiera haberlo gozado a plenitud, de tenerlo todo a no tener nada; me convertí en un necio arrogante que por despreciar tus dones quedó esclavizado al peor de los males: una culpa infinita. ¿Qué me queda? El desdibujado don de reducir la multiplicidad de la vida a una unidad muerta. Ni tu cuerpo ni el mío pueden aprisionar ya nada amado; el cielo se ha llevado lo que nos unía aquí en la tierra, pero sé que unidos en el cielo permaneceremos eternamente. Me niego a que sigas viviendo en mi dolor; y yo muero para siempre con el recuerdo del dulce aroma de tu memoria viva. ¡Cuánto daría en este instante por tenerte viva a mi lado como profeta de mis infortunios! Con qué libertad tiraría de mis hombros todo lo vivido para quedarme sólo contigo en el momento eterno en que te conocí. ¡Reina mía, hasta aquí tu destino estuvo en mis manos! Ahora, lo que sigue ya está decidido; y me entrego por última vez a ti para pedirte ayuda en mi desamparo. ¡Búscame en la oscuridad! ¡Escucha mis gritos en el desgarrador silencio!”.

Desde ese día, y durante veinte años, el rey Pelaxil vivió como muerto, frío e insensible, dando las órdenes para la construcción del Palacio Verde y recibiendo los comentarios del canciller convertido en una escultura que sólo por momentos alcanzaba a convertirse en humano.

El culto a la diosa Obsidia, que durante los últimos meses había gozado de las atenciones de la reina, era ya pasado irrevocable. Netzil, el nuevo sacerdote supremo de las tres divinidades –fuego, tierra y agua– pretendía ahora adueñarse del poder ante la clara desatención de todo lo terrenal por parte del rey Pelaxil. Dada su cercanía de años con el rey, el canciller Vitelio representaba el principal obstáculo para las ambiciones del astuto religioso, por

lo que era de todos conocido que el reino, tras la desgracia que había sufrido el rey, se encontraba prácticamente dividido en una guerra intestina: de un lado las mayorías incultas y sometidas a las amenazantes amonestaciones de la cada vez más numerosa casta sacerdotal; del otro, el cuerpo en pleno de oficiales del ejército y las uniones de los comerciantes y artesanos, los únicos en toda la pirámide social que estaban a favor de que se levantara la prohibición hacia los inventos tecnológicos.

Pero el canciller no tuvo necesidad de dudar antes de actuar. Desde que recibió de parte del rey Pelaxil el encargo del cuidado y la educación de su hijo como última encomienda, el canciller supo que ése iba a ser el camino final, y lo corroboró esa misma tarde cuando le preguntó al nuevo sacerdote supremo:

“¿Entonces vamos a creer en la profecía?”.

“En los dominios de los dioses todo lo que va a suceder ya sucedió”, resonó la voz de Netzil como el sonido ritual de una campana en el interior de un santuario.

“¿Y de qué servirá entonces lo que hagamos o dejemos de hacer si de todas maneras se cumplirá la profecía?”, dijo Vitelio desencantado porque lo que le acababa de decir el sacerdote supremo iba contra su mayor convicción: el libre albedrío.

“Nadie, absolutamente nadie entre los mortales, puede alcanzar a comprender el designio de los dioses”, añadió el sacerdote supremo.

“Unos dioses hipotéticos que fingen que nos otorgan la total libertad de acción”, dijo despectivamente el canciller.

“No, unos dioses todopoderosos que se complacen en la sumisión de la voluntad de las criaturas a sus creadores”.

La noche en que el rey Pelaxil lo mandó llamar para comunicarle su deseo de consagrar el resto de sus días a la construcción del Palacio Verde –que en realidad se trataba de un fastuoso mausoleo para albergar las cenizas de la reina muerta–, el canciller ya no pudo dormir. Una

luna carcomida y deprimente jugaba a esconderse en el cielo amortajado de nubes, mientras el canciller pensaba y repensaba las posibles salidas al presente aciago. Aunque el reino vivía en paz, los mensajeros que llegaban de las islas traían noticias poco alentadoras sobre las incursiones del rey Ofidión. El beligerante rey había sufrido un par de reveses en sendos enfrentamientos con las escuadras confederadas de las islas. Pero, como lo habían dicho de manera admonitoria los jefes de la comitiva enviada por el rey Ofidión para reclamar el cuerpo de su hija: “¡Más pronto que tarde, el gran rey vengará la ofensa!”. Y si alguien estaba seguro de que así sucedería era el canciller, que había conocido los libros esenciales sobre el poder como nadie de su generación, y que estaba convencido que el pirata ambicioso intentaría una nueva manera de imponer su locura de terror y muerte para castigar a los que habían despreciado lo mejor de su sangre.

Tres eran los temas que requerían urgente respuesta: 1) mandar apoyo secreto a los aliados de las islas para mantener ocupado y alejado al rey Ofidión; 2) detener con firmeza y sigilo las ambiciones de la casta sacerdotal; y 3) encargarse de la educación del príncipe. Con la primera luz del amanecer, ya tomadas las decisiones y con la mente clara y fría como un cielo estrellado, el canciller se levantó de su escritorio y fue a darse un estimulante baño.

IX

La gestación y el nacimiento de Lul fueron para su madre un verdadero infierno, por eso siempre lo aborreció. Pero para su padre no. Después de engendrar tres hijas y a sus cincuenta años, la llegada del hijo varón fue un regalo cósmico que aprovechó el respetado canciller para llevar al límite su cruzada contra las sectas y supersticiones que habían proliferado varios siglos después del Gran Cataclismo. En Omphalia, una sobria monarquía había neutralizado el contagio de la fiebre sectaria que agobiaba a las islas aledañas. Los fanatismos tenían innumerables expresiones, pero todos coincidían en considerar las creencias de los demás falsas e impías.

Había pequeñas islas en que incluso las más aisladas comunidades tenían su propia religión, lo que daba motivo a incesantes confrontaciones que hacían imposible la convivencia estable entre los reinos. La raíz del problema residía, según el sagaz estadista, en el rechazo al idioma único, con la regresiva proliferación de lenguas autonómicas, y el consiguiente desprecio a la rectoría moral de la razón, que se había extendido entre el vulgo con un odio irreflexivo. El canciller Vitelio había logrado convencer al rey Pelaxil de que la única manera de extirpar la locura de las religiones bárbaras era traer, mediante un acuerdo de paz, a los hijos de los reyes e instruirlos en la educación superior de Omphalia. Su lema fue festejado por el rey, y poco después se convirtió en una consigna profética: “La ignorancia de los perdedores siempre envidiará el destino heroico de los triunfadores”.

En las islas había cientos de sectas: los que rendían culto a los muertos, a las diosas de la fertilidad, a los mares, a los ríos y a los árboles centenarios. Había también adoradores de las estrellas y del fuego, incluso había sobrevivido al Gran Cataclismo una isla poblada por una secta excepcional, ‘los psíquicos’, que era tomada como referencia moral. Creían estos ascetas radicales que el mal era consecuencia de la caída en el tiempo y que el cuerpo era una cárcel de podredumbre de la que sólo se podía salir con la renuncia total. Para disgusto del canciller, el rey se había dejado embaucar cada vez más por el nuevo sacerdote supremo de la divina trinidad que, al decir de los cortesanos más viejos, practicaba en secreto rituales bárbaros y pecaminosos con prisioneros de guerra y reos de delitos graves.

Aunque nunca lo confesó públicamente, el canciller no creía en forma alguna de deidad personal, y quizás por eso pensó como lo más natural que la educación liberal que exigía para los príncipes extranjeros fuera la idónea también para su hijo. El joven Lul ni fue consultado ni tuvo que confrontarse con su padre. Desde sus primeros actos conscientes destacó por su agudeza y soberbia. Pero lo decisivo fue su sorprendente habilidad para lanzar cuchillos, arrojar lanzas y disparar flechas. Ganó desde adolescente todos los concursos en que participaba y llegó a ser el más aventajado omphaliano en lanzar al mismo tiempo, con ambas manos, sendos cuchillos con insuperable puntería. Fue así como se convirtió en la mayor preocupación para su padre y en el mejor amigo del príncipe heredero.

Parecía que el príncipe encontraba especial regocijo a la sombra del aventajado hijo del canciller. Se conformaba a menudo con lugares secundarios que ofendían la armoniosa constitución de su cuerpo y que ponían en duda su destino de futuro rey de Omphalia. Como la espuma de un inquieto mar atormentado, el joven Lul

sobrenadaba las más riesgosas tentaciones de la vida con una facilidad envidiable. Precoz apologista de los excesos y de la intransigencia, arrastraba a menudo al príncipe a situaciones sumamente riesgosas en sus salidas cinegéticas, además de entregarse a voluptuosos arrebatos con las cortesanas que el rey loco mantenía en un ala secreta del palacio. Pero de nada servían los regaños. Era tal el talento seductor del joven Lul, que algunos de los sacerdotes empezaron a correr el rumor de que el propio demiurgo había encarnado en esa criatura excepcional para experimentar todos los males. Y la pregunta inevitable comenzó a brincar en los labios de los falsos oráculos: “¿Y quién va a gobernar en Omphalia cuando muera el rey Pelaxil?”.

La escena decisiva está enmarcada en un bullicio que no pretendía realzar nada; o más bien en una celebración que parecía deleitarse en su propia nada. Los soberanos insulares solían enviar al rey de Omphalia a sus hijas más agraciadas, con el calculado fin de que al ser aceptadas como concubinas se estrecharan las alianzas protectoras. Para evitar agravios innecesarios, el canciller Vitelio solía aceptar a las núbiles princesas sin dar mayores explicaciones sobre la condición insana del rey. Como era su costumbre, Lul y el príncipe se ocultaban entre las exuberantes plantas del jardín para observar con intención morbosa a las recién llegadas.

Venían las princesas acompañadas de un cortejo variopinto, lo que daba pretexto a los dos jóvenes para ejercitar sus pullas con gestos y codazos que no delataran su presencia. Cuando entró la hija del rey de Omega, el cuerpo de Lul se puso rígido y pestañeó repetidamente para matizar la engañosa luz del sol. Al lado de la princesa, y portando una pequeña jaula donde refulgía un exótico colibrí de plumaje irisado, caminaba una adolescente de apariencia bellísima que volvía superfluo todo comentario. Al darse cuenta del efecto aniquilador que la visión

había producido en su alocado compañero, el príncipe lo desencantó con un codazo. Respingó Lul en un tono delator que puso en alerta la suspicacia de la doncella. Y en el instante mismo en que las dos miradas se fundieron, quedó establecido un vínculo eterno.

Aunque el poseído se resistía, el príncipe lo alejó lo suficiente para que sus voces no descubrieran por completo su presencia.

“¡Jamás te había visto así!”, exclamó el príncipe a manera de reclamo.

A pesar de que todos lo conocían en el más estrecho círculo del poder por ser un joven excepcionalmente dotado para comunicarse, Lul se quedó mudo, al igual que un mal actor al que sólo le queda recurrir a la elocuencia de su silencio. Se arrojó luego a una carrera enloquecida que terminaría cinco años después, cuando decidió enfrentar, en contra de la opinión del padre, la atracción más irresistible y peligrosa.

En el ínterin, y con intenciones preventivas, el canciller lo había nombrado senescal; cargo honorífico que, aunque había despertado algunas susceptibilidades palaciegas, Lul aprovechó para extremar sus devaneos con las más sensuales concubinas. Urgido por la escandalosa conducta de su hijo, el canciller anticipó el matrimonio del licencioso senescal con una princesa de las islas.

Lul, que había seguido los pormenores de la entrada de Coralina, la hija más joven del rey de Omega, en el sacerdocio de la madre tierra, le dijo al príncipe que jamás podría amar y desposar a otra mujer que no fuera Coralina. Asustado, el príncipe trató de hacerlo entrar en razón, pues el desacato a la orden del canciller ameritaba la muerte. Fue así, y guardándose en lo más íntimo los resquemores, que Lul accedió a acatar el mandato, pero no sin antes expresarle a su padre su vehemente desacuerdo. En consecuencia, el canciller Vitelio dispuso que el flamante y recién casado senescal fuera a vivir

como representante directo del rey a la isla donde ejercía el poder el padre de la desposada.

En el transcurso de los próximos cuatro años su mujer engendró dos hijos, registrando en su cuerpo y semblante los estragos de la mala vida que Lul le daba. Sin amarres ni controles, el arrogante joven desperdiciaba su vida en monterías y francachelas, agravadas con disposiciones despóticas que asumía al humillar y castigar con el menor pretexto a los súbditos del rey, su suegro. Dos veces al año regresaba oculto bajo otra personalidad a Omphalia, para oír la hipnótica voz y entrever a través de una sólida reja de bambúes el divino rostro de su amada Coralina. Cuanto más insistía ésta en ponerle fin a esa locura, más violento se ponía Lul profiriendo amenazas suicidas. El príncipe heredero, conocedor de estos desatinos, trató en vano y con mil recursos de convencer a su único amigo de lo absurdo y desatinado que era ese amor, pero de nada parecían servir sus recriminaciones.

Tras cinco años de soportar quejas sobre la actitud injuriente de Lul con su propia hija y con doncellas y esposas ajenas, el rey de Omega decidió mandarle al canciller Vitelio un recuento de las deplorables acciones de su hijo. Pero no tuvo la mente más lúcida del reino que elucubrar en busca de castigos. Con motivo del casamiento del príncipe, Lul se presentó intempestivamente en la corte y, de no ser por el desenlace trágico del atrevimiento, con toda seguridad la osadía le habría costado la vida.

Omega, la isla donde el suegro de Lul reinaba, tenía renombre por los caballos que allí se criaban. Y para la gran celebración del casamiento real, insensibilizado por vivir entre tantas vidas sin relieve que ni siquiera merecían ser despreciadas, Lul hizo traer por barco un alazán negro y brillante como el alma del demiurgo, para entrar cabalgándolo en el monumental centro de ceremonias.

Sólo el profanador iba armado. Los guardias que custodiaban el portón se vieron rebasados por la rapidez de

la afrenta. Así que cuando el jinete entró en el recinto sagrado, muchos voltearon a verlo, sorprendidos y paralizados; y tan sólo los guardias reales alcanzaron a formar un escudo en torno al confundido rey Pelaxil. Pero el caballo no se dirigió hacia el altar, donde el sacerdote supremo unía con sus manos el destino del príncipe Cosijopii y el de la princesa Istria, sino que fue conducido con un par de agresivos caracoleos hacia la virginal sacerdotisa de la madre tierra que portaba en su seno una rama de rarísimos lirios blancos, la más preciada flor del reino que crecía en los pantanos y se elevaba majestuosa hacia la luz.

Al enfrentarse las dos miradas, Lul sintió un escalofrío que dejó su cuerpo vibrátil y enmiedosado como el de un gusano expuesto al implacable escrutinio del sol. A nadie, ni siquiera al propio príncipe, le había dicho la locura que pensaba llevar a cabo. Simplemente la tomaría por el talle y saldría al trote con la única mujer que había amado en su vida. Pero, contra lo que él esperaba, y en medio del desconcierto generalizado, Coralina dio un paso al frente y comenzó a desprender desde el hombro derecho su recatada vestidura sacerdotal. En cuanto se hizo visible el pecho horrorosamente carcomido por el cáncer, se amplificó el espanto. Sólo entonces, y por primera vez desde que había sido arrebatado por ese rostro casi divino, pudo ver Lul al fondo de los opacados ojos de la amada el tardío aviso de que aun la más sublime belleza no era más que otra expresión de la muerte.

Ante el esponjamiento del jinete, el caballo dio unos cabezazos a manera de disgusto y enseguida levantó las patas delanteras tirando por tierra a la despreciable carga que ya no era digna de ser soportada. Lul cayó de cabeza contra el sólido piso de cantera y, tras un angustioso estremecimiento, se quedó blando y vencido ante el pismo generalizado de todos los asistentes.

X

Una semana después de estar como muerto en vida, Lul oyó la voz que lo guiaría por el resto de sus días. Le dijo que abriera los ojos, y los abrió. La luz desganaada y dispersa de un atardecer grisáceo enmarcaba las extrañas palabras: “Soy un espíritu ascendente enviado para servirte”. Lul movió los ojos para abarcar la estancia. Estaba inexplicablemente solo, sin familiares ni servidumbre; y entonces, mientras se incorporaba sobre el lecho con la lentitud sucesiva y cautelosa de un caracol, comprendió que todo lo que había vivido se había perdido para siempre. “¿Cómo he de llamarte?”, le preguntó a la voz. “Llámame Zequías, y siempre que me invoques estaré contigo”.

Una vez que correspondió, sin escamotear sentimientos, al regocijo de su esposa y al de sus dos pequeños hijos, Lul acercó un sillón al resplandor de los leños que se quemaban en el lar y se plantó en un silencio que duró toda la noche. Con la primera luz de la mañana, afín en su griseidad a la que había enmarcado la revelación de la víspera, Lul se levantó y fue a despedirse de su familia. Pero ni las lágrimas ni las súplicas pudieron alterar la orden que Zequías le había dado: “En los próximos cinco años emprenderás un viaje que te permitirá conocer la vida y las costumbres de los pueblos más rústicos de las islas que rodean Omphalia. No arriesgues tu nueva vida como hiciste con la anterior; ahora eres un hijo seleccionado del Dios único y ninguna secta ni hechicería podrá doblegarte ni seducirte”.

Conoció templos y sectas que jamás había imaginado, y sólo la descarnada cordura de Zequías, hablándole adentro de su cabeza, le permitió sobrellevar la visión horrorífica de aquellos mundos que parecían fragmentos incoherentes del mismo infierno. Primero visitó a los adoradores del demiurgo, la materia oscura y originaria de la que provenía todo; principio del mal y de todo lo corruptible. Odiaban a la mujer, al matrimonio y a la procreación, por considerarlos organismos propagadores del mal. Luego tuvo un encuentro ríspido con los cainitas, habitantes de una pequeña isla muy preciada por la carne de sus tortugas marinas, que ponían la ley humana por encima de la ley divina, y que hacían justo lo contrario de lo que era grato a los dioses. También oyó hablar de los primordialistas, que se decían descendientes de una primera pareja anfibia, y cuyos ritos colectivos en las playas degeneraban a menudo en verdaderas explosiones sexuales... El primer encontronazo verbal y físico fue contra los cultores del sol y del fuego, una secta que señoreaba una isla próspera en la salazón del pescado. Se creían los últimos sobrevivientes de los milenarios adoradores del gran Zoroastro y despreciaban por igual a los ateos y a los que veneraban a múltiples dioses.

Justo estaba por concluir su segundo año de peregrinaje cuando oyó mencionar los dones supremos que había adquirido el príncipe Cosijopii, como consecuencia de la caída de otro rayo igual de impresionante que el que había aureolado de misterio su nacimiento. Tras inquirir por mayor certidumbre sobre el caso, llegó a la conclusión de que la noticia era ya de vieja data por lo que decidió seguir su periplo iniciático.

En varias islas había amonestado la práctica de ciertas costumbres rapiñescas, basadas en la violencia y no en el acuerdo, pero nunca había caído en una telaraña tan esotérica y peligrosa. Por ese tiempo Zequías le había abierto el acceso al conocimiento cósmico, y Lul pre-

paraba la que sería su celebrada y única obra, *El arte de lo sublime*, que ubicaba a la bondad y la justicia al lado del libre albedrío, siguiendo las enseñanzas de su padre, como máximos dones concedidos exclusivamente al ser humano entre todas las criaturas. En la más próspera de esas islas, habló en medio de un silencio judicial, que acentuaba de manera despectiva las respiraciones matizadas de hastío. Mas lejos de desanimarle, el rechazo le estimuló un remanente de soberbia que ya creía agotado, por lo que no reparó en las consecuencias de la refutación radical de las creencias zoroástricas. Les dijo que pretenderse poseedores de la única verdad y considerarse el pueblo elegido para sacar del error a las demás islas mediante una imposición de leyes o normas autoritarias, ponía en evidencia un apego totalmente animalístico a las primitivas prácticas beligerantes que habían desencadenado el Gran Cataclismo. Que lo que se conseguía con violencia sólo se podía conservar con violencia, por eso debían apartar su atención de esos espectáculos brutales de gladiadores que tanto renombre le habían dado a la arena local. Y que Zoroastro se había dejado seducir por las potencias oscuras de la ambición y del deseo, pues el Dios único y verdadero no les pedía a sus criaturas guerra, sino paz; amor y no odio; perdón y no venganza...

Evidenciando un plan preconcebido para causar una afrenta ejemplar, los sacerdotes más jóvenes empezaron a recibir en la entrada del templo canastillas repletas de olorosas salazones. Se acercaron a la distancia conveniente del atrevido predicador y no pararon hasta que sepultaron al extranjero bajo el aluvión de miles de sardinas y anchovetas. Al final de la ofensa, después de abrir un resquicio en busca de aire y antes de que pudiera expresar cualquier forma de protesta, oyó la voz de Zequías adentro de su cabeza: “Y recuerda esta lección: la desgracia siempre es tan pródiga en excusas como en sufrimientos”.

Fue condenado a la expulsión inmediata de Asora, que era como se llamaba la isla. Pero antes, adormecidos ya todos los sentimientos, tuvo que oír las acusaciones de dos de los cabecillas más ancianos tildándole de “visionario ensoberbecido” y “profeta de los débiles y degenerados”. Después recaló en otras islas más primitivas donde fue insultado y humillado. Pero la lección de Asora fue la que más lo marcó, porque fue también en su admirable puerto donde vio por primera vez arribar a dos de las naves negras que pretendían adueñarse de aquellos mares. Se detuvo un momento para realzar la sorpresa y le preguntó al oficial que lo conducía a la nave que lo alejaría para siempre de esa isla sin futuro:

“A qué reino pertenecen esas embarcaciones oscuras?”.

“Vienen de Barbaria”, respondió el oficial mientras compartía con Lul el ajeteo sobre la cubierta de los imponentes guerreros negros que recién había visto pelear en la arena de Asora. Al cabo, el oficial concluyó:

“Son nuestros aliados”.

XI

Una serie de acontecimientos había enmarcado el nacimiento del último rey de Omphalia. Vientos gélidos y huracanados provenientes del norte dieron paso a cielos tenebrosos como arañas de infinitos brazos que sumieron a todo el reino bajo una sombra de zozobra. Al segundo día del trabajo de parto, los gritos salían como ráfagas del palacio y hacían llorar los corazones de las mujeres, como si ellas mismas estuvieran viviendo ese suceso que al mismo tiempo que histórico sería mítico. En medio de las ráfagas de sufrimiento, el rey Pelaxil se quedó viendo las sombras deslucidas por la fría tormenta que se desprendía desde las montañas. Poco a poco dejaba de ser él, y cuanto más fuertes eran los gritos, mayor era el aullar del viento y la turbación de la desesperanza. Y de pronto estalló el relámpago más estremecedor que había visto, como fuego cortando el aire, y enseguida brincó una chispa en el jardín y comenzó a vibrar en forma de colibrí a una velocidad inverosímil. Las mujeres se sumieron en un desconcierto atemorizante, y sólo el sacerdote supremo y los dos augures que presenciaban la apoteosis desde una esquina de la terraza supieron al instante lo que aquel vuelo significaba. Después de dar a luz, la madre suspendió por unos instantes el imperio del dolor y entreabrió los ojos para ver justo encima del recién nacido el vuelo hechizante del bello colibrí de cuello rojo. Enseguida rompió en llanto la criatura y el encantamiento cesó. Mientras los augures pretendían seguir el fascinante vuelo de la avecilla a través del jardín,

se desbordaron los lamentos de las mujeres anunciando el final que todos tanto temían.

La muerte de la reina sumió a todo el palacio en un helado desencanto que no pudo mitigar la belleza impar de la criatura. En los círculos más próximos al rey empezó a murmurarse con pavor el significado que los augures habían dado al portento: el recién nacido gobernaría sus primeros años con gran luz y ventura, pero luego, como ya estaba escrito en los antiguos códices, su reinado sucumbiría ante la llegada de implacables conquistadores que traerían una nueva forma de gobierno y una nueva religión. Arrinconado en la cárcel del sufrimiento, el rey Pelaxil permaneció en silencio ante las palabras del sacerdote supremo; y sólo cuando éste terminó de transmitirle los pormenores del oráculo, dejó que una indulgente sonrisa le iluminara el rostro. Luego repitió el nombre sugerido por los augures para el recién nacido, alargando la desinencia para enfatizar el desconcierto: “Cosijo-pii: Rayo de aire”.

En el desvarío en que el dolor lo había sumido, el rey no opuso objeción alguna a ese eufónico nombre cargado de presagios. Pero el canciller Vitelio se mostró en principio reacto a esa alegoría expresada en la lengua tribal anterior al Gran Cataclismo, y cuyo significado negaba de manera ofensiva el precepto básico de su filosofía: el libre albedrío. Así que el sacerdote supremo tuvo que intentar convencerlo de que todo estaba escrito desde la eternidad, pero pocos, muy pocos, podían leer la escritura intemporal en el tiempo. Esta vez la respuesta a sus dudas le llegó en un sueño, sustituyendo las palabras con imágenes, y lo que le hizo ver sobre la vida del futuro rey aplastó el ánimo del canciller por varios días.

Presa de pensamientos que fluían fugaces como pájaros asustados, Vitelio no podía evitar que la imagen afrentosa del sacerdote supremo cercara sus intenciones en torno a lo que ahora constituía el mayor imperativo de su vida: la

educación del príncipe. Amigos no tenía. La insania del rey Pelaxil y la repentina responsabilidad de asumir por completo el mando, lo habían dejado solo cual náufrago perdido en un mar de incertidumbres. Por más que quisiera eludir la inevitable confrontación con el enigmático Netzil, los más sutiles hilos de la urdimbre palaciega pasaban por las manos intangibles del sacerdote supremo.

En medio de los cenagales que hacían inhabitable la costa este del continente, había una laguna llamada Crotalia. Era muy común entre las ancianas del continente, cuando la desobediencia a algún mandato lo amenazaba, amenazar a los púberes con mandarlos a la laguna embrujada de Crotalia. En realidad eran varios cenotes intercomunicados de agua transparente, y dos de ellos tenían una profundidad que nadie había podido precisar. Todos los miembros del Consejo real, menos uno, aborrecían el lugar; y los pocos que se habían aventurado a conocer la laguna magnificaban con relatos inverosímiles el horror vivido. Pero el sacerdote supremo sentía una atracción especial por ese peligroso enclave mítico.

Cuando Lul lo conoció siendo apenas un adolescente, ya había oído hablar de las milagrosas autocuraciones del sibilino sacerdote. En torno al personaje se habían difundido múltiples leyendas, pero Lul sólo podía autenticar dos: una la había vivido directamente, la otra se la había contado su padre poco antes de morir. Él, con sobrado asombro, había visto cómo el brazo amputado del sacerdote supremo, después de caerle encima una gran columna de piedra verde durante un terremoto, se había regenerado en menos de un mes. Y su padre había sido testigo directo de cómo se le había reconstituido la pierna derecha después de habérsela tenido que amputar a consecuencia de una mordida de una serpiente de cascabel de diecisiete anillos.

Pero el astuto Netzil no iba a Crotalia a cazar serpientes de cascabel para vengar el agravio de la mordida, sino

que, al igual que las numerosas serpientes de cascabel que abundaban en el entorno lagunar, iba allí porque entre la nutrida vegetación se refugiaba la más exitosa forma de vida anfibia: el axolote. El sacerdote supremo poseía una confortable residencia, con jardín y un pequeño embarcadero, y varias veces al año hacía misteriosos retiros que intrigaban a toda la corte. Aunque a oídos del rey había llegado la invención de que en algunas noches de luna creciente la sombra oscura del sacerdote supremo se internaba entre los carrizales y se convertía en axolote, sólo un novicio de excepcional belleza le había referido a un compañero lo que había visto y oído cuando el sacerdote supremo lo invitó a pasar una semana con él en Crotalia.

Al decir de este novicio, el sacerdote supremo lo condujo al cenote más profundo donde los dos se introdujeron desnudos. Después, el sacerdote supremo se desentendió por completo del joven y comenzó a hacer una serie de ejercicios respiratorios con los que ensanchaba la caja torácica y abría de manera extraordinaria sus omóplatos. Visto bajo el agua transparente, con su piel blanquísima y reluciente, parecía uno de esos animalitos que con tanto empeño estudiaba. Enseguida, dilató al máximo sus costillas y se fue hundiendo lentamente hasta que se perdió en el fondo del cenote. El novicio, al sentirse desamparado en aquel medio tan fascinante como aterrador, esperó durante unos minutos a que el misterioso Netzil emergiera; pero al no ver señal alguna de él, decidió salir del agua y se sentó abrazando sus piernas en un ovillo de pánico mientras le rogaba al dios del agua Tamir que salvara al sacerdote supremo. Por fin, cuando ya había perdido la cuenta del tiempo, lo vio salir a la superficie y expeler el aire de manera controlada y armoniosa. Después el sacerdote supremo se acercó al atemorizado joven y se sentó a su lado poniéndole su brazo sobre el hombro en actitud protectora.

Aunque ningún miembro de la casta sacerdotal dio crédito al fantástico relato del novicio, el canciller Vitelio, en cuanto se enteró de las habladurías, hizo comparecer al novicio ante él para que le refiriera pormenorizadamente lo que había visto y qué le había contado el sacerdote supremo durante su estancia. Supo así, que Netzil estaba firmemente convencido de que los axolotes habían sido las primeras criaturas acuáticas en adaptarse a la vida sobre la tierra, y que el destino inevitable de los seres humanos pasaría por una fase anfibia para terminar viviendo finalmente en el agua. Le contó también que en el fondo del cenote estaba la entrada a una enorme gruta, y que era allí donde realizaba sus experimentos.

El sacerdote supremo tenía una estatura ligeramente superior a la normal de Omphalia, que era de un metro y sesentaicinco centímetros. Su piel lustrosa y el tono comedido en el hablar contrastaban con la refulgente mirada que parecía observar la realidad exterior desde un baluarte inexpugnable de cientos de años de antigüedad. Por lo menos una vez al día los dos personajes más poderosos del reino se veían durante las sesiones del Consejo, pero conforme el príncipe iba creciendo, aumentaban también las intenciones del sacerdote supremo para dirigir la educación del futuro rey. Y no eran las vicisitudes políticas ni las económicas la causa cada vez más confrontativa de los encuentros, sino la religión y la ética. El canciller Vitelio insistía una y otra vez en que eran necesarias más escuelas y menos templos, que el verdadero templo lo llevaba cada ciudadano en su cabeza, pero las escuelas eran indispensables para aprender el conocimiento acumulado y actuar sin dañarse a sí mismo ni a los demás. Sin embargo, ahora que el rey Pelaxil estaba imposibilitado para dirigir el destino de Omphalia, el sacerdote supremo parecía no estar dispuesto a compartir con nadie las máximas decisiones. Con cautela, pero siendo perfectamente consciente de

que el canciller se enteraría, dedicó los siguientes años a inculcar en el príncipe las bases de un profundo sentimiento religioso, que se oponía frontalmente al énfasis con que el canciller Vitelio realzaba la educación militar y ética de su hijo Lul.

La discrepancia de criterios generaba gran confusión en el príncipe, y cada vez eran más frecuentes los intercambios confrontativos. Una tarde, dos años después de la partida de Lul hacia su peregrinar iniciático, el canciller le dijo al príncipe que para ser un buen rey había que privilegiar las cosas de los hombres por encima de las de los dioses. El sacerdote supremo, que estaba presente, no quiso dejar pasar la ocasión para ahondar la polémica.

“Mi estimado canciller, en mi larga y penosa vida ya me cansé de tratar de convencer a las mentes desagradas de que los poderes del cielo incluyen también en su reino a los poderes de la tierra. Y eso te implica tanto a ti como a esas criaturitas que guardo para mi estudio en urnas profanas”, le dijo esta vez sin importarle que el príncipe estuviera frente a ellos jugando con una cría de tigrillo sobre un valiosísimo tapete pintado con tinte de caracol púrpura por el más reconocido de los artistas del reino.

“Mi respetado Netzil”, replicó Vitelio con un deje socarrón que pretendía eludir tan reservado tema, “el estruendo multiplicador de lo divino instruye tanto como confunde”.

“Te agradecería que fueras un poco más explícito y que dejaras de usar conmigo conceptos de tan peregrina rareza”, añadió a la defensiva el sacerdote supremo.

“Lo que quiero decir es que, así como toda teoría arrogante es una verdad muerta, toda imposición del poder religioso sobre el poder terrenal conlleva la muerte de la educación ética”.

El cauto religioso se tomó un tiempo para razonar convenientemente la respuesta.

“Me gustaría que les quedase claro tanto a ti como a tu pupilo que el poder de los dioses está y estará siempre por encima de cualquier ocurrencia humana...”.

Pero el canciller no lo dejó terminar:

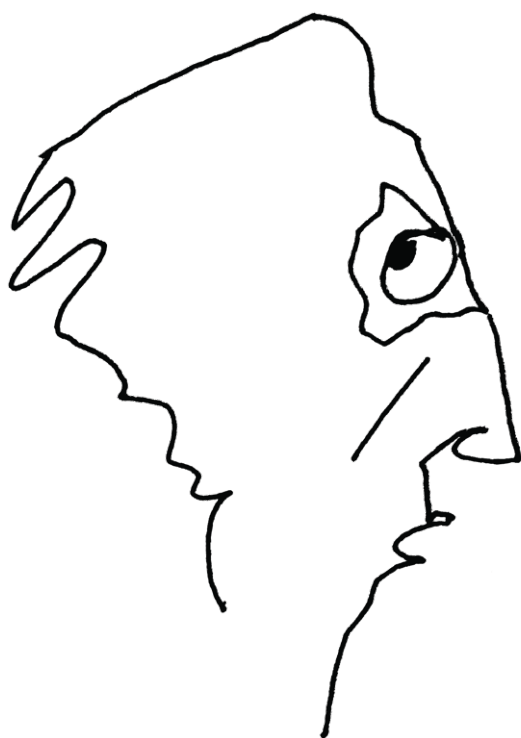
“A mí también me gustaría que en la mente del príncipe no hubiese la menor duda sobre la existencia de un dios anterior al Gran Cataclismo, y cuyo hijo sentenció sin la menor posibilidad de duda la separación entre los poderes del cielo y los de la tierra”.

“Estás haciendo referencia a datos muertos sobre personajes muertos, querido canciller. Y yo también podría recurrir a mi sacrosanta y divina trinidad, como prueba irrefutable de que todo lo que parece único es múltiple”.

Repentinamente una brisa inquisitiva recorrió la estancia y la atmósfera se llenó de una ominosa oscuridad que hacía que las ideas se ahogaran en la garganta desaconsejando cualquier actividad. En medio del silencio desolado, el príncipe se encaminó sorpresivamente hacia los enjardinados barandales y clamó enfrentando la amenazante negrura:

“¡Ahí viene!”.

Segundos después, un horrísono relámpago partió por mitad la oscuridad y estalló contra la fachada de cantera. Tras el estruendo ensordecedor, Vitelio entreabrió los ojos desde el piso y vio en medio de los incendiados cortinajes la imagen incólume y radiante de Cosijopii.



XII

La noticia de que un rayo había alcanzado al príncipe se esparció como un nubarrón siniestro que presagiaba torrenciales desgracias. En los reinos isleños cercanos a Omphalia la preocupación se extremó al grado de que en ciertos círculos de comerciantes y artesanos se debatió la posibilidad de buscar una alianza con el temible Ofidión. No había cesado el rey invasor de ejercer su renombrada fiereza contra algunas islas que se mantenían abiertamente leales a la alianza pactada con Omphalia; pero la imposibilidad del rey Pelaxil para gobernar, aunada a la perturbadora disputa entre el sacerdote supremo y el canciller en torno a la educación del príncipe, habían propiciado que los reyes isleños resintieran el abandono de que parecían ser objeto por parte del gobierno de Omphalia, y en consecuencia se rumoreaba con intensidad creciente un supuesto acuerdo que algunos reyes isleños pretendían alcanzar con el rey Ofidión.

Por lo mucho que le concernía, el rey Ofidión fue el primero en enviar una mínima embajada con exuberantes mariscos vivos y perquirir por la salud de su nieto. Los cinco enviados tuvieron que esperar más de cinco horas en la garita de la cañada hasta que al fin un guerrero regresó con la orden de paso otorgada por el canciller.

El sacerdote supremo había sufrido las quemaduras más serias, pero su inverosímil poder de recuperación le había permitido regresar a sus funciones apenas tres días después del acontecimiento. El príncipe, aunque había salido completamente ileso de la caída del rayo,

permanecía recluido en su estancia y allí recibía las visitas propedéuticas –tres al día– del canciller. Sin duda, el suceso le había otorgado al heredero al trono una madurez que no se esforzaba en ocultar.

En cuanto el príncipe autorizó la primera visita del canciller, éste notó que algo excepcional había tenido lugar en la mente del joven pupilo. La frase misma con que lo recibió no sólo evidenciaba la viveza del recuerdo sino que hacía notoria, de manera preocupante, la nueva agudeza de ingenio.

“Me gustaría que a partir de ahora ya no tuviera que ser testigo de tantas discusiones. Siento que convertir a las palabras en flechas y puñales las degrada, ¿es que acaso puede haber belleza en la discordia?”, dijo en un fraseo dulce y sincero como música de cuerdas.

Sorprendido, el canciller se distrajo unos segundos tratando de entender sin necesidad de más explicaciones lo que podía haber sucedido en aquella mente privilegiada. Antes de hablar, cerró los ojos un instante:

“En las cosas del cielo cualquier intromisión puede ser una ofensa”.

Fijó luego la sonrisa solar del príncipe y asintió complacido con varios movimientos de cabeza.

Sin consultarlo con el canciller ni con el sacerdote supremo, el príncipe decidió visitar a su padre. Lo encontró en el Palacio Verde, vigilado por dos guardias reales y arrodillado frente a una mesa y con la mirada fija en un imponente jarrón de barro negro repleto de lirios blancos. Se acercó sigilosamente, y cuando ya estuvo a un brazo de distancia le dijo en un tono defensivo: “Padre, soy tu hijo y quiero hablarte”. El rey permaneció inalterable. Después de unos minutos de silencio, el príncipe volvió a hablarle: “Padre amado...”. Pero el rey no lo dejó terminar: “¡Aléjate de mí, contigo llegó la muerte a esta casa!”.

Las habladurías en torno a la sorprendente transformación del príncipe en los años inmediatos, revirtieron

las preocupaciones de los aliados y enfurecieron al rey Ofidión. Por doquier se hablaba ahora del nuevo pacto que el futuro monarca había sellado con Mazda, el dios solar.

Lul regresó de golpe y aureolado de efusivos comentarios sobre la sabiduría que había adquirido. Justo al cumplirse una semana de su regreso, murió su padre repentinamente; y tres días después, el rey Pelaxil amaneció frío e inerte en su alcoba. Como era habitual con los miembros de la realeza, los sacerdotes se encargaron de lavar y acicalar los cuerpos del canciller y del monarca fallecidos. El príncipe Cosijopii y Lul dialogaron toda una larga mañana; los dos eran conscientes de que las relaciones con sus padres no habían sido las ideales y ahora se encontraban de golpe ante una realidad que parecía superarlos de manera despiadada.

Concluidos los rituales de incineración y purificación por parte de los sacerdotes, Lul insistió en quedarse a solas ante la urna que contenía las cenizas de su padre. Pero su madre, que conforme envejecía se había vuelto más amargada, empezó a recriminarle su conducta de mal hijo y, en un arrebato histérico, lo tomó de los brazos y comenzó a sacudirlo e inculparlo con una granizada de disparates.

“¡Te ruego que me dejes solo!”, pronunció Lul con decidido énfasis.

Pero la madre no cesó de gritar y zarandearlo, lo que obligó a Lul a tomarla por la espalda y llevarla afuera de la estancia. Cerró el portón sin importarle los reclamos y amenazas ultraterrenas, y se acercó a las cenizas del canciller. Al abrir la cajita de plata y tomar un pellizco de ceniza para besarlo, Lul percibió un aroma desagradable que atribuyó al veneno que, según le había confesado el sacerdote supremo, el canciller había ingerido para poner fin a su desencantada vida. Al cabo de dos horas de agradecidas remembranzas, y con el pensamiento

hormigueante de dudas, abrió el filigranado portón de huanacaxtle de la alcoba y se fue al palacio.

En el momento en que llegó, el sacerdote supremo también arribaba acompañado de su séquito. Tras un par de sosegadas respiraciones, enfrentó a Lul:

“Al amparo de las dudas filosóficas suelen crecer las mayores aberraciones, querido Lul”.

El sacerdote supremo y Lul se observaron en silencio, como dos pensamientos que niegan la posibilidad de compartirse. Era evidente, por la luz mortecina que opacaba la vida, que los sentimientos estaban dispersos. Después de concentrar las manos sobre su ombligo, Lul decidió ser frontal:

“He oído decir que el veneno que se extrae de las espinas de esa rana que convive en Crotalia con tus viscosas criaturas es tan fuerte que ni siquiera las víboras se atreven a comerla”.

“Sí, es de las pocas formas de vida que carece de enemigos, y bastarían diez gotas para acabar con todo el Consejo del reino”, dijo el sacerdote supremo sin la menor intención de ocultar su condición de experto.

“Algunos filósofos anteriores al Gran Cataclismo creían que la duda era el origen de todo pensamiento. Para mí, dudar es más bien el origen de toda discordia”, añadió Lul.

“Mi querido y talentoso filósofo, cuando el rey me lo pidió no dudé ni un instante si debía darle o no el veneno; la vida que llevaba ya no era vida, y tal vez lo apresuró la súbita muerte de tu padre”.

“Yo tampoco pongo en duda que le hayas suministrado ese veneno infernal; lo que cuestiono es si también se lo diste a mi padre”.

“Esa actitud puede ser muy perjudicial si llega a oídos del príncipe, que pronto será nuestro rey. Poca importancia tiene ahora si se suicidó o no; lo único que debe quedarte claro, mi querido huérfano, es que en todo el reino sólo yo sé cómo extraer y usar ese veneno, y sólo yo

puedo hacer que ocupes el cargo que dejó tu padre”, dijo el sacerdote supremo pasando al interior de la estancia con pasos meditados, como si quisiera mandar señales del infortunio que podía deparar el futuro.

Enterradas las cenizas del rey y del canciller con las debidas ceremonias, la prioridad del Consejo se centró en los arreglos para la asunción al trono del nuevo monarca. Durante los tres meses que duraron los preparativos para la ceremonia de la investidura real, el poderoso sacerdote supremo trató de convencer al príncipe de que postergara el nombramiento de Lul como nuevo canciller. Le dijo que acelerar las acciones sólo conduciría a excesos erróneos, y que los insensatos que se enfrentaban al dictado implacable del tiempo terminaban siempre devorados por él. Y como viera que el príncipe parecía no compartir tales prevenciones, insistió en que antes de asumir Lul la responsabilidad de mayor rango era menester que aceptara públicamente la adoración de la divina trinidad que protegía al reino. Resaltó también el sagaz religioso el peligro que implicaba el antiguo y desmedido afán de Lul por el uso de las armas. Pero el príncipe lo detuvo con inusual autoridad, y adelantando la mano abierta en actitud incuestionable dijo:

“Quisiera, mi virtuoso Netzil, que todo afuera resplandeciera con la misma luz que brilla en mi interior; pero contrario a mi sentir, y mientras sigamos dándole la espalda al imperio de la verdad, la justicia y la rectitud moral, la autonomía y la libertad sólo se alcanzarán mediante las armas”.

Ahora, a punto de ser coronado rey, Cosijopii se sume todas las tardes en el mismo estanque donde lo hacía su padre, dejando tan sólo la cabeza fuera para ver y oler y sentirse uno con todo lo que le rodea; y sin importarle lo que aquello signifique, decide que va a ser con esa armonía con la que va a gobernar, dure lo que dure su reinado. De pronto rompe el acuerdo mental un colibrí

y comienza a volar frente a él, igual de cautivante que una bella flor sin perfume. El ritual se repite dos, tres veces, y el príncipe entiende con absoluta claridad las letras dibujadas en el fulminante vuelo: “¡Ya es rey!”. Y al desaparecer el aleteo deja libre un cielo de silenciosa claridad, con unas nubes heridas por los agonizantes dardos del sol vespertino.



XIII

En los veinticinco libros referenciales que los cancilleres heredaban de su predecesor y a los que tuvo acceso tras la muerte de su padre, Lul encontró diversas concepciones de la evolución histórica: en forma cíclica, circular, quebrada, recta, espiral..., y había llegado a la conclusión de que siempre sucedía algo distinto de lo vaticinado por los escoliastas más connotados: al final surgía un imprevisto minúsculo y vulgar que se adueñaba del escenario. En este caso no fue tan minúsculo ni tan vulgar, al grado que desplazó las urgencias del presente y se convirtió en el tema del que todo el reino hablaba.

“¡Tenemos que ponerle fin a esa locura!”, rebotó la voz del sacerdote supremo sobre las bruñidas paredes caligrafiadas de leyendas en el recinto donde ejercía sus funciones públicas el canciller.

En el transcurso de los últimos años la locura del rey había supuesto para el erario una erogación de casi el cincuenta por ciento de lo recaudado. El ministro del tesoro, con el evidente apoyo de los comerciantes, había difundido de manera subrepticia la inmensa cantidad erogada para la construcción de esa “fantasía enfermiza”, que era como le decían al Palacio Verde: una docena de los mejores artistas y arquitectos; más de mil trabajadores de sol a sol, miles y miles de bloques de piedra verde, traídos desde las lejanas canteras del oeste en carretas tiradas por caballos; cientos de vigas de maderas preciosas del sur, y decenas de miles de mosaicos conformando los más armoniosos paisajes en los tonos cromáticos más seductores.

“¿Y por qué no lo vemos también como una gran aportación artística?”, dijo sonriente el nuevo canciller, sabiendo que cualquier intento conciliador era preferible a un enfrentamiento de arrogancias.

“Mi joven canciller, quiero que sepas que si en alguien confío en medio de esta zozobra es en ti; y a tu inteligencia recurro ahora para que le pongas fin a ese dispendio dedicado a eternizar a una muerta extranjera, y que aquí, si exceptuamos al rey Pelaxil, nadie quiso”, sentenció el sacerdote supremo.

Pero si de alguien desconfiaba el canciller era del veleidoso Netzil y de su red de odiosas intrigas. La descarada homosexualidad practicada entre los sacerdotes y los novicios; la sistemática negativa a darle entrada a la mujer en el sacerdocio; el cobro del diezmo dilapidado en suntuosos templos erigidos a Mazda, a Tamir y a Marduc, las divinidades del fuego, del mar y de la tierra... Después de pasear una mirada desatenta por el entorno, volvió a encarar al religioso:

“Ahora sólo debemos pensar en una estrategia eficaz para remediar los onerosos sueños de nuestro querido y fallecido rey”.

“¿Acaso has olvidado la amenaza permanente que representa el odiado abuelo del nuevo rey?”, reviró inflexible el sacerdote supremo.

“Sólo puedo prometer que haré todo cuanto esté de mi parte para que el rey Cosijopii tome sus decisiones con el necesario esclarecimiento”, dijo a la defensiva el canciller.

“Los dos sabemos muy bien que el rey, después de la legendaria caída del rayo, es un misterio”.

“De todas maneras, le haré saber lo que piensan los sacerdotes y los comerciantes”.

“¡Detén la ironía, canciller! Entre nosotros ya no es necesaria. Sin mi apoyo decidido, y, debo resaltarlo, en muchos sentidos perjudicial para mi causa, ninguna de tus fobias tendría éxito”.

“Yo no me guío por el odio ni por los deleites...”.

“Es cierto, desafortunadamente para ti y para el reino hace algún tiempo que no los frecuentas”, lo interrumpió el religioso con una mirada connivente que le daba a la situación un cariz confrontativo. Lo cierto es que desde que había sufrido su transformación radical, nadie había visto al canciller en fiestas o francachelas sexuales como las que habituaba antes de la trágica caída del caballo. Ahora se limitó a dar unos pasos al frente, y su voz llenó por completo la estancia:

“¡A los demás es fácil engañarlos, a nosotros mismos jamás!”.

“¡Mira quien lo dice: alguien que ha hecho de la renuncia su modo de vida!”.

XIV

A los veinte años fue el rey más joven de que había memoria en Omphalia. Los monarcas de las islas más desprotegidas fueron los primeros en acudir con presentes y expresarle su lealtad incondicional. Sin embargo, hubo otros que al principio se mostraron renuentes, en espera de alguna señal que les indicara la decisión a tomar. Para el regocijo del nuevo rey y de las castas encumbradas, las más recientes habladurías celebraban el sorpresivo consenso que a últimas fechas se había dado entre el canciller y el sacerdote supremo en las reuniones del Consejo. Ante esta inusual muestra de sintonía entre el poder político y el religioso, el rey Ofidión se vio obligado a cambiar su estrategia belicosa y a enviar una pequeña comitiva con ricos obsequios y refrendadas muestras de afecto hacia su nieto.

Varios meses después de su coronación, el rey Cosijopii recibió una solicitud de audiencia del rey Agón, soberano de una próspera isla ubicada a tres semanas de navegación y renombrada por su gobierno tiránico. De las pocas mercaderías que Omphalia recibía de los reinos aliados, el aceite de coco y las ralladuras de este succulento fruto representaban un buen porcentaje de sus importaciones, y provenían de esta isla llamada Cocalia.

Siempre alerta, el canciller previno al rey sobre las ocultas intenciones de ese astuto monarca que había esperado hasta el último momento para jurarle lealtad.

“Sería humillante para el rey de Omphalia que un pequeño tiranuelo manejara los escenarios a su antojo”, dijo el canciller con intención disuasiva.

El rey Cosijopii siguió viendo hacia la balaustrada de pulida piedra verde. Y sin apartar la vista del fulgor solar que en ese día mordía al ánimo con especial intensidad, dijo al cabo:

“No es necesario humillarse para ser compasivo”.

El canciller no pudo evitar que una sonrisa condescendiente se le colgara de los labios. ¿Cómo podía el amigo dubitativo que él recordaba, hablar con tal dominio de sí mismo y del lenguaje? Al comprobar que el rey esperaba una adecuada reacción de su mejor amigo, el canciller habló:

“Efectivamente, ya te he dicho más veces de las que recuerdo que no es lo mismo ser humilde que humillarse. Tu padre creía que los espíritus más fuertes son aquellos que se enfrentan con resolución a los dictados del destino; yo creo que son más bien los que aceptan su destino con sabia resignación”.

“Como quiera que sea, sabio amigo, es mi función soberana evitar las confrontaciones”, objetó el rey.

“No me digas sabio que me ofendes, pues sabio sólo lo es el Dios Supremo, y a él le corresponde establecer la armonía donde nuestra connatural violencia produce injusticia y muerte...”.

“¿Y entonces qué propones?”, lo cortó el rey.

“Recibámoslo, pero sin bajar la guardia ni expresar nuestros anhelos más íntimos”.

“Pues así será”, concluyó el rey.

El monarca isleño Agón llegó con un notorio bagaje de regalos. Venía acompañado por una docena de cargadores y por diez oficiales de alto rango. Sólo al monarca visitante se le autorizó el acceso a la cámara real de audiencias; pero desde la puerta, el rey Agón pidió que se permitiera pasar por unos instantes a dos porteadores

de un obsequio digno de la inteligencia excepcional que el joven rey poseía.

Sentados a ambos lados del rey Cosijopii, el canciller y el sacerdote supremo cruzaron miradas alertantes. Mas el joven soberano adelantó sin titubeos el brazo izquierdo y aprobó con la mano el acercamiento solicitado. Los guardias que custodiaban la entrada cedieron el paso a dos guerreros imponentes que cruzaron el umbral llevando abrazados sendos arcones de cedro rojo. No traían armas, pero su apariencia feral hizo que los dos oficiales que protegían la espalda del rey apretaran con firmeza las lanzas en instintiva actitud de desconfianza. De inmediato, la voz de Zequías activó la alarma en la mente del canciller, que se puso tenso como un arco. Los guerreros tenían las mismas miradas oscuras de aquellos invencibles luchadores que Lul había visto muchos años atrás, en sus tiempos de desmesura, aniquilar con una destreza inverosímil a todos los rivales a los que se enfrentaban en la arena de Asora.

La impresión que transmitían era negra como una caverna, y las cataduras reflejaban un interior con intenciones insondables: una vida sin adentros hecha toda de sensaciones epidérmicas. Al llegar a la línea de oro que señalaba el límite irrebasable para todas las audiencias, los dos guerreros dejaron en el piso los arcones y se hicieron a un lado marcialmente para dejar paso a su monarca. De manera imperativa y amenazadora, los dos guardias reales pasaron al frente y cruzaron sus lanzas para frenar al intruso. Pero el rey Agón rompió la tensión al levantar sus manos al frente y decir:

“¡Majestad, os traigo unos tesoros que pude rescatar con mil porfías!”. Y enseguida, enfrentando la extrema seriedad del canciller, dijo: “Y sé que también el canciller Lul los sabrá apreciar gracias a su renombrada sabiduría”.

El rey Cosijopii volvió a asentir con un leve gesto de cabeza, lo que motivó al monarca isleño a extraer un

añoso libro de cada arcón y mostrarlos al tiempo que pronunciaba ufano el nombre de los autores. Entonces la voz del sacerdote supremo restalló con excesivo desprecio:

“Esos dos herejes vivieron y murieron prisioneros del pesimismo y del nihilismo que predicaban. Nada cabe rescatar de esas inteligencias volátiles, ajenas por completo a las verdades piramidales de la fe viva”.

Ante la conmoción que produjo el rechazo del sacerdote supremo, Lul aprovechó para medir con su vista de águila la distancia que lo separaba de la diana sujeta contra la pared de piedra, y que apenas unos años atrás había servido para las prácticas de lanzamiento de cuchillos. Tres dagas estaban clavadas en los círculos interiores, formando un perfecto triángulo del que Lul no tenía memoria. Mientras reflexionaba sobre la fatuidad del engañoso acomodo, volvió a resonar la voz del visitante extranjero:

“Fueron dos sabios que nos enseñaron, majestad, que el dudar nos previene de falsas ilusiones, y que toda forma de poder obedece a una voluntad, de manera que controlando la voluntad lo controlamos todo. Aquí os ofrezco, con mi voluntad, una edición clásica de sus obras completas, impresa trescientos años antes del Gran Cataclismo”.

La voz del sacerdote supremo resonó con más coraje:

“Uno de esos engendros, ya recomido por su locura, llegó al extremo de proclamar que todo estaba permitido porque los dioses de todas las religiones habían muerto...”.

Inesperadamente, el joven rey se incorporó convocando al silencio con las manos. El gesto rompió el protocolo y puso a todos en alerta total. A veces, como le acababa de suceder, el rey rememoraba la fatídica profecía del fin de su reinado y veía que nada valía la pena, que todos los reyes, príncipes, sacerdotes y embajadores que había conocido en los últimos dos años eran todos esclavos del poder en sus infinitas formas. Como este tirano simulador, que creía que las cosas tenían que suceder tal y como él las había planeado para su propio beneficio.

“¡Traedme los libros!”, les ordenó a sus guardias personales.

Los oficiales dieron unos pasos al frente y al llegar ante los arcones se detuvieron titubeantes. Los dos se miraron contristados de mente y corazón, sin saber qué hacer con las lanzas que traían en las manos. Ojearon de manera fugaz la monolítica quietud de los dos guerreros extranjeros y comprobaron finalmente que el monarca Agón tenía la boca cosida con un pespunte de sarcasmo. Sin que mediara palabra alguna, el jefe supremo del ejército le hizo una seña sutil a uno de los comandantes que lo acompañaban de pie a un lado de donde estaba sentado el canciller, y se encaminó a recoger las lanzas. En cuanto se las entregaron, los dos guardias reales levantaron los arcones y se dispusieron a caminar. Y fue en ese preciso instante, con la rapidez y destreza de un experimentado felino, que los dos guerreros que acompañaban al rey de Cocalia extrajeron de sus lustrosos moños sendas espinas de peces sapo y, con movimientos casi inverosímiles, liquidaron a los tres oficiales. Primero atacaron al que cargaba las lanzas, y enseguida, sin darles tiempo a depositar los arcones en el suelo, hundieron con escalofriante destreza las puntas de casi una cuarta en el centro de los cuellos de los dos guardias reales.

El joven rey se quedó impávido de incredulidad. Por el contrario, el sacerdote supremo hizo tal demostración de firmeza en la huida que nadie pondría en duda jamás que el cuidado de su vida estaba por encima de todos los mortales. El canciller, renegando con un graznido de tamaña ofensa, se lanzó como una daga hacia la diana. Desclavó con ambas manos dos cuchillos y, fijando por un instante a las dos bestias que se abalanzaban hacia el pavorido rey, los lanzó con magistral precisión hacia sus cuellos.

Al derrumbarse los imponentes guerreros a un par de metros del rey Cosijopii, el jefe supremo del ejército des-

envainó su espada y se dirigió hacia el monarca extranjero. Cuando vio que el militar preparaba el golpe de degüello, el rey Agón se dobló sobre sus rodillas clamando perdón.

“¡Espera!”, ordenó el canciller. Con pasos meditados se acercó al monarca humillado y le dijo:

“¡Mírame a los ojos!”.

El rey Agón movió la cabeza repetidamente sin apartar la vista del piso. Después, sabiendo que empequeñecía aún más la imagen de su miseria, empezó a balbucir la apología de su traición:

“Me obligó... Tiene en su poder a todos mis hijos y a mis cinco mujeres... Y a todas las violó delante de mí... Dijo que los destriparía y se los comería uno por uno si yo no mataba a su nieto...”.

“Te creemos”, dijo asintiendo con la cabeza el canciller. “Has atentado contra el rey y ocasionado tres muertes, ¿qué castigo merecería esta ofensa en tu reino?”.

“Yo ya sé que estoy muerto, sabio canciller; ¡pero no quiero que maten a los seres que amo!”.

“Eso sólo lo decide el rey Cosijopii”, dijo el canciller volteando hacia el monarca que seguía inmóvil delante de su asiento.

“No”, dijo sorprendentemente el rey. “Que sea mi querido amigo y salvador quien decida sobre la vida de este gobernante traidor”.

Al verse involucrado, el canciller cerró unos instantes los ojos para centrarse en la amonestación de Zequías, y al final dijo:

“Dejémosle vivir, para que sea víctima de la locura del rey Ofidión. Pero con la advertencia final de que si vuelve a poner un pie en Omphalia será ejecutado”.

XV

Aunque el canciller pidió la máxima secrecía sobre lo acontecido en el palacio, se filtró la noticia y los sucesos llegaron magnificados hasta los confines del reino, y se extendieron de isla en isla como cardúmenes portadores de rebeldía. En consecuencia, el rey Ofidión se vio obligado a castigar ejemplarmente a los reyes isleños que amagaban con la desobediencia. Mas la tarea no fue fácil: en algunas de las islas más pobladas comenzaron a surgir grupos de resistencia que eran coordinados desde el gobierno de Omphalia. El temido rey pirata, al oír los pormenores del fracaso del asesinato de su nieto, ejecutó con su propia espada al monarca Agón y pasó a instalar su corte en la esplendente isla de Cocalia. Desde allí, y hasta el arribo avasallante de las naves de los nuevos conquistadores, él y su stirpe continuarían doblegando con excesivos impuestos a las islas sometidas y maquinando el golpe definitivo a la isla-continente de Omphalia.

Incentivado por el proceder impecable con que el canciller le había salvado la vida, el rey Cosijopii hizo a un lado su escrupuloso pacifismo y ordenó reinstalar como enseñanza básica la práctica del lanzamiento de cuchillos y del tiro con arco. Desde lo más profundo desu ser experimentaba un rechazo imperativo a la violencia, pero como monarca sabía que la violencia era connatural a la casta guerrera. A partir de entonces, y en cada gran celebración local o continental, volvieron a efectuarse los concurridos concursos cuya relevancia terminó otor-

gándoles a los ganadores un estamento social privilegiado. Ni los pintores que construían sus fascinantes mitologías con el litúrgico color púrpura extraído de los caracoles endémicos de las cálidas costas del sur, ni los músicos, ni los danzantes, nadie alcanzaba mayor estamento social que los ganadores de los concursos de cuchillo y arco. Y en el vértice mismo de esta locura marcial estaba el recuerdo magnificado de la hazaña del canciller Lul. Agradecido con este favorable renacimiento, el canciller mandó elaborar con los mejores materiales un arco de metro y medio de altura y se lo regaló al rey Cosijopii con un extraño mensaje escrito de su propia mano y que decía: “El mayor de todos los males siempre estará por debajo del menor de todos los bienes”.

Pero por más que se esforzó el canciller en convencer al joven rey de la importancia de complementar la disciplina militar con el cultivo de las letras y el pensamiento reflexivo, la influencia recuperada del sacerdote supremo le otorgó a la religión y al saber esotérico un estamento de prioridad que imposibilitó en gran medida el desarrollo de una conciencia especulativa y de una tradición académica. A base de repetir sin cuestionar, la estética se centró en la perfección imitativa, y la escritura en la composición de cantos de vida y de muerte que eran recitados en los encuentros palaciegos sin llegar jamás a la mayoría inculta.

La dogmática sacralidad, con sus múltiples facetas ocultas, se adueñó así del ámbito palaciego y dominó por completo el horizonte comprensivo de la conciencia omphaliana –desde las fracciones sociales más encumbradas a las más desposeídas–. Haciendo gala de la capacidad regenerativa de los anfibios que admiraba, el sacerdote supremo no sólo ignoró los repetidos reclamos del canciller, sino que usó toda su malevolencia contra la casta guerrera que lo despreciaba, y que, en corrillos insidiosos, hacía escarnio de la proverbial cobardía del

religioso. Pronto, los funcionarios más ambiciosos fueron acercándose al cada vez más respetado Netzil con el fin de conseguir los cargos más codiciados.

Contrariado por la manera con que el monarca se desatendía de las cuestiones político-militares para dedicarse casi por completo a rezos y meditaciones, el canciller fue a verlo con intención reprensiva. A medida que se fue acercando al aposento real se le hicieron claros unos rasgueos armoniosos producidos por un instrumento desconocido. Extremando el sigilo, el canciller pudo ver con repentina pesadumbre cómo su querido discípulo había convertido el magnífico arco en un instrumento del que extraía lamentosas melodías.

La sociedad omphaliana estaba rigidamente jerarquizada, y esta jerarquía que obstaculizaba los ascensos de clase, había contagiado por estricta imitación a los gobiernos de las islas. Cuatro veces al mes el rey convocaba al Consejo para oír sugerencias y dictar órdenes. Estas reuniones habían comenzado a efectuarse a las ocho de la mañana, pero poco a poco, y acorde con sus terribles premoniciones nocturnas, el rey las fue adelantando hasta establecer las cinco de la mañana como inicio de las funciones gubernativas. A medida que iba madurando su comprensión del mundo que gobernaba, se intensificaba también el acoso de la profecía sobre el fin de su reinado; y cada noche dormía menos y especulaba más, a merced de arrebatos aciagos que oscurecían los logros incuestionables de su gobierno diurno. Cuando al fin regresaba de sus visiones obsesivas de derrota, ya a punto de amanecer, tardaba un rato en aclarar la confusión de sus emociones, que yacían sepultadas bajo las cenizas del futuro, frías y amargas como las noches, cada vez más frecuentes, en que despertaba sobresaltado y ya no podía conciliar el sueño.

A raíz de las piraterías del rey Ofidión, el comercio entre las islas disminuyó a un mínimo; las monedas prác-

ticamente desaparecieron otorgándole a las piedras de oro una función cambiaria que no pudo nunca superar la creciente pujanza del trueque de mercaderías. Eran el maíz y el cacao, seguido de las salazones marinas y de las carnes encecinaadas, los medios más socorridos para los trueques comerciales entre las islas. El intercambio cultural sufrió igualmente las consecuencias de la piratería, acentuando aún más la desigualdad entre las ocupaciones propias de hombres y de mujeres. Al cultivado desprecio hacia la mujer por parte del sacerdote supremo, se le vino a sumar el persistente empeño del rey en rehuir la convivencia con la reina y no frecuentar a las múltiples concubinas. Como consecuencia, las damas de las diferentes cortes fueron relegadas a la práctica de la música y la danza de matices melancólicos y sombríos, que solían ejercitar cuando ningún varón se hallaba presente.

Tras varios años de cercar al sacerdote supremo en las regiones amuralladas de su misoginia, monótonas y áridas como un mar de arena, y convencido de que la embestidura real no alcanzaba el máximo respeto de los súbditos en una condición monástica, el canciller relegó las discusiones sobre teología y filosofía y se centró en hacerle ver al rey la necesidad soberana de procrear con la reina o con alguna de las hijas de los monarcas isleños que constituían su concubinato. Después de tanto insistir, el canciller logró al fin que el monarca accediera a cohabitar con una princesa adolescente y de belleza semejante a una flor de singular rareza, pero carente de carácter. La única condición que puso fue que esta convivencia fuera lo más discreta posible.

Varios meses después de consumado el acuerdo, el canciller aprovechó uno de sus encuentros diarios con el rey para disipar los rumores cortesanos que magnificaban con malicia el rechazo del rey hacia la reina. Asumiendo una función más de tutor que de canciller, expuso con estudiada calma las obligaciones que todo

buen monarca debía a su consorte y a sus súbditos, y que el dejar descendencia no era solamente un imperativo de hombría, sino, y sobre todo, la manera más pertinente de evitar las guerras intestinas de sucesión, que eran las peores de todas las guerras. Y como sabía que el rey aborrecía la violencia, trató de abrir con sopesadas razones el baluarte de su defensiva:

“No podemos superar las discordancias que tenemos con los demás si no superamos las que tenemos con nosotros mismos”.

El rey esbozó una sonrisa condescendiente, pero, para sorpresa del canciller, entró sin ambages en el tema:

“Mi querido Lul, aun la hermosura más decantada que puedan contemplar nuestros ojos lleva impresa la marca imborrable de la imperfección que nos abruma. Podría decir en mi descargo que la reina, además de su singular belleza, tiene un alma honestísima y que la más amada de las concubinas tiene la piel brillante y tersa como la más fascinante piedra preciosa. Pero no, no es saciar mi deseo lo que me preocupa, sino la certeza que ambos compartimos de que mi reino se acerca rápida e inexorablemente a su fin. Y ante la condición abrumadora de esta verdad, lo único que ocupa mi mente es la entrega al mandato del cielo...”.

De manera imprevista, con silenciosa timidez pero sin traslucir el menor disgusto, la curtida fealdad del jefe supremo del ejército apareció en el umbral del imponente portón de huanacaxtle y esperó a que se le concediera la palabra.

“¿De qué se trata?”, preguntó con tono imperativo el canciller.

“Majestad”, dijo el militar levantando su simiesca mirada hacia el monarca, “¡el rey Ofidión ha muerto!”.



XVI

Dos meses al año, en las bellas bahías al este de Cocalia, las corrientes marinas frías arrastraban consigo una portentosa variedad de vida. En el clímax de la gratificación, ni los atunes, ni los delfines tenían presente que la muerte también estaba al acecho, cual sombra ominosa que presidía la cadena alimenticia.

Obstinado en derramar sangre, el rey pirata había descubierto en las arribazones de vida marina un entretenimiento que lo apartaba insensiblemente de la triste molienda del vivir. En el trance, la lucha entre la luz y la oscuridad, lo bueno y lo malo, lo humano y lo divino carecía por completo de sentido. El impulso que lo empujaba era su afán de matar; pero, contrariamente a la repulsión que sentía al matar a un humano, aquí la sensación era anónima, y cuando flechaba a un delfín experimentaba un total desapego, como si fuera suficiente para su plena felicidad que sus víctimas no clamasen piedad ni gritasen.

En esa época de principios de año el mar se volvía rojizo por la abundancia de vida mínima. Pero en los bordes de las manchas, millones de alevines de camarón y sardina pululaban alternando la muchedúmblica felicidad con la muerte: inesperadamente irrumpían peces más grandes que abrían a manera de descarga eléctrica las densas y hermanantes concentraciones de vida.

El rey Ofidión había mandado a construir una embarcación ligera con seis remos, apropiada para desplazarse sobre los cardúmenes a la misma velocidad que los delfines. En la proa había instalado un templete con un

sólido asiento y alrededor de éste, y a manera de carcaj, un ingenioso dispositivo donde cargaba tres imponentes arcos y decenas de flechas. A esta embarcación la acompañaba a cierta distancia otra repleta de guardias escogidos, por si sobrevénia un ataque o algún imprevisto que requiriese ayuda.

Era este el tercer año consecutivo que el rey se daba gusto flechando delfines cuando hacían sus deleitosas acrobacias para atrapar las sardinas y anchovetas. Los seis musculosos remeros ya no necesitaban la voz imperativa que los guiara; bastaba el esbozo de una seña con cualquiera de las manos para que la embarcación se dirigiera silenciosa hacia el rumbo que el rey indicaba.

La rapidez y precisión con que disparaba las flechas parecía no importarles a las decenas de delfines que brincaban a ambos lados de la lancha. La sangre y los cuerpos moribundos atraían también a los grandes y voraces tiburones blancos, pero a éstos jamás les había disparado. Eran, sin la menor duda, sus animales marinos preferidos, y cuando los veía todo su cuerpo se crispaba, como si él mismo se dispusiera al ataque; al instante se le endurecían en el cerebro las ansias de matar y en más de una ocasión había estado a punto de arrojarse cuchillo en mano en medio del torbellino de sangre. Estas bestias marinas representaban en el mar el ideal del guerrero eficaz e implacable que él encarnaba en tierra, justo lo contrario de las sensaciones de desprecio que le producían los atunes aleteando desesperadamente al fondo de las pesadas redes.

Ese día, bajo la luz difusa del amanecer pudieron ver varadas en la playa grandes cantidades de distintas clases de sardinas. Y al momento en la cabeza del rey una inquietud confusa y violenta empezó a pelear neciamente contra el tiempo. Afuera de la bahía se veían ya los hambrientos y veloces aleteos de las gaviotas; y mientras la mano real guiaba la embarcación hacia el deseo des-

bordado, comenzó a llenarse la superficie de borbotones de pánico y de ataque.

El rey tomó la primera flecha y falló, luego alistó otra y atravesó un atún que había alcanzado con un salto espectacular una sardina a casi un metro de altura. Con premura hizo una seña hacia fuera para que los remeros vieran lo que él veía. Sobre la franja de luz que delimitaba el horizonte eran apenas perceptibles las manchas de los delfines brincando con alborozo. Los remeros extremaron el brío y pronto se encontraron con la vanguardia del cardumen. Al percibir con su sofisticado radar la presencia de la embarcación, los delfines se abrieron hacia los lados con la precisión de una bien estudiada coreografía. La visión era de tal grandiosidad que empequeñecía los criterios.

Presa del frenesí, el rey comenzó a lanzar flechas sin cesar imaginándose en un campo de batalla y con los pensamientos enrarecidos por tanta sangre derramada. No tardaron en aparecer las aletas de los voraces tiburones en medio de la despiadada masacre. Apurando el deleite y sintiéndose inmune, el rey dejó de disparar su arco para seguir complacido el arribo de una enorme aleta negra que se introdujo en la contienda. De pronto, un tiburón saltó exhibiendo su aperlada panza, como si huyera de su propia muerte, y enseguida apareció tras él una orca gigante con las fauces abiertas en actitud asesina. Con el estrépito de la caída y la confusión inmediata al ataque, el rey tardó en darse cuenta que la orca sacudía violentamente al tiburón para arrancarle el hígado. Con más coraje que precisión, el rey lanzó una flecha que se incrustó en la parte superior de la aleta dorsal de la orca. Tras un breve lapsus expectante, enmarcado en el estruendoso alborozo de las gaviotas, la amenazante orca volvió a emerger y, antes de que se hundiera bajo la embarcación, recibió un nuevo flechazo, pero esta vez sobre su cabeza. No tardaron en aparecer más orcas dirigiéndose hacia el

bote como si obedecieran un mandato imperativo. Ante su llegada, los delfines saltaron despavoridos y con ellos, en un claro vislumbre de muerte, todas las formas de vida mínima. Presas de un pánico estrujante, los tripulantes sintieron cómo las férreas mandíbulas de los monstruos comenzaban a destrozar la quilla.

“¡Remad con fuerza, miserables!”, gritó el rey Ofidión encolerizado por igual con el monstruo que había flechado y con sus subalternos.

Emergió de nuevo la formidable aleta negra y el rey se apresuró a tensar el arco. Al ver cómo el monstruo se alejaba después de encajar el dardo, el rey, desentendiéndose de los mordiscos que las otras orcas daban al bote, volvió a gritar ufano:

“¡No abandones a tus hembras, infame montaña de grasa!”.

Como si hubiera oído el insulto, la gran aleta negra se hundió a unos cincuenta metros de la embarcación, potenciando por unos instantes la tensión que el rey ejercía sobre la cuerda del arco. Cuando al cabo la gran orca reapareció, venía a su máxima velocidad en dirección a la barca.

“¡Remad, remad, malditos renacuajos!”, bramó el rey haciendo una seña con el arco para que los pavoridos remeros se alejaran del lugar.

Todavía alcanzó a disparar una flecha más antes de que la bestia marina impactara de lleno a la embarcación justo donde estaba el rey. En medio del desastre, y mientras la otra barca venía en auxilio, sólo los gritos de los remeros daban noticia de la magnitud del pánico. Cuando llegó al fin la otra embarcación, sólo encontró una escenografía de remolinos sangrientos y de maderos rotos flotando.

XVII

“Quisiera pedirte una opinión, pero como maestro, no como canciller”, dijo el rey Cosijopii.

“Dime, ¿de qué se trata?”.

“¿Por qué razón hay más seguidores de la trinidad que del Dios Único, al que tú veneras con tanto sigilo?”.

“¿No te ha hablado el sagaz Netzil de esto?, reviró el canciller pretendiendo desentenderse por completo de la urgencia de la pregunta. Las dos últimas semanas no había podido quitarse de la cabeza las consecuencias de la muerte del tirano Ofidión. Secretamente se regocijaba del vaticinio erróneo del sacerdote supremo, quien había hecho circular entre la casta sacerdotal que el rey pirata sería el encargado de consumir la profecía. Pero, por otro lado, si el maldito pirata no había sido el instrumento del destino, ¿quién sería entonces? ¿Acaso vendría alguien más sanguinario y cruel que el rey Ofidión? Una vez había pretendido desafiar a Zequíás diciéndole que las profecías conllevaban una paradoja, pues el futuro no podía coexistir con el presente. La respuesta que su daimon le dio, lejos de aclararle las dudas, lo confundió todavía más: “A nivel cósmico todo es simultáneo”. Y ahora, mientras seguía dudando, la voz de Zequíás volvió a resonar con fuerza adentro de su cabeza: “¡Ya deja de especular! Permite que el joven rey vislumbre los motivos de tu desencanto, pero que conozca antes el verdadero origen de la caída”.

“Nunca con la suficiente claridad”, se quejó el rey.

El canciller hizo varios movimientos sutiles y afirmativos con la cabeza y se dispuso a hablarle a su amigo con la misma franqueza con la que con él hablaba Zequías:

“Muchos siglos antes del Gran Cataclismo, el Ser Supremo decidió encarnarse como humano, con el fin de conocer mejor a sus criaturas. Eligió una humilde familia y creció como cualquier niño; pero ya de adolescente comenzó a tomar conciencia de su divinidad y de sus poderes. Nadie, ni antes ni después de él, logró realizar los milagros prodigiosos que él hizo, ni existe memoria de un comportamiento tan sabio y moral como el suyo. Pronto su prédica de amor y hermandad concitó el interés de muchos seguidores, por lo que sus obras y enseñanzas trascendieron el mapa geográfico de su origen. La vocación de pobreza –restándole toda la importancia a la acumulación de bienes materiales– junto con su pacifismo extremo, hicieron que las castas sacerdotales en el poder no vieran un peligro mayor en sus enseñanzas, que enfatizaban la adoración del Dios Supremo creador de todo lo existente y la hermandad de todos los hombres, hijos terrenales de Dios. La gran mayoría de los seguidores de este nuevo evangelio eran pobres, esclavos y descartados que se habían refugiado en los cultos primitivos de muerte y renacimiento que tenían su origen en la antigua veneración agrícola a las diosas madres. Una y otra vez, en sus enseñanzas sublimes, este personaje excepcional se asumía como Hijo de Dios e insistía en que el reino del que hablaba no era de este mundo, lo que tranquilizó en gran medida a los detentadores del poder. Pero las cosas se precipitaron hacia una confrontación radical cuando, en un arrebato inusitadamente colérico, enfrentó los intereses de los sacerdotes-comerciantes...”

El canciller hizo una pausa y pidió con una seña que se acercara la copera real. Después de su desbordada juventud, sólo en muy raras ocasiones se permitía unos

sorbos de ese elíxir que se extraía de unos cactus que los sacerdotes de la trinidad consideraban un don del numen solar Mazda. Dio un par de tragos a la quemante bebida y, luego de dejar en la bandeja el pequeño recipiente de barro bruñido, le indicó con la mano a la bella doncella que se retirara.

“Podemos dejarlo en este punto para otra ocasión”, sugirió el canciller.

“¿Y por qué habríamos de hacerlo si apenas me estoy interesando?”, dijo el rey aquilatando con la mirada a su amigo.

El canciller volvió a asentir con la cabeza, pero esta vez no pudo evitar que su expresión se endulzara con una sonrisa:

“Desde la más remota antigüedad sabemos que el afán de riqueza y de poder corroe los más bellos y nobles principios y nos deja a merced de los excesos viciantes. Por eso tenían razón los antiguos filósofos cuando insistían en que a las pasiones hay que erradicarlas, no moderarlas; pues una pasión moderada sigue siendo un padecimiento, al igual que un vicio moderado continúa siendo un vicio. El acontecimiento decisivo tuvo lugar durante la gran celebración nacional, con el templo repleto de cambistas, sacrificadores de animales y prostitutas, enracimados en medio del estruendo masivo. El Hijo de Dios se asumió repentinamente como verdadero hijo del hombre, y desatándose el cinturón que ceñía su túnica arremetió, con una violencia que jamás se le había visto, contra los responsables de esa vil profanación de la casa dedicada a su Padre. Fue entonces que lo sentenciaron irrevocablemente a muerte. En un cónclave secreto lo acusaron de engañar peligrosamente a las multitudes con doctrinas falsas; de ser enviado del diablo; de atacar contra el orden social y querer imponer un nuevo reino, con él mismo y su padre a la cabeza; pero lo que más les dolió a los sacerdotes profanos fueron las rique-

zas perdidas como consecuencia de la multitudinaria arremetida de los seguidores del profeta”.

“No logro entender a fondo la alianza entre los comerciantes y los sacerdotes, ¿sería acaso como lo es en mi reino?”, interrumpió con sincera confusión el rey.

“No, ¡mucho peor! Ahora, y para fortuna del reino, las dos lacras, aunque se entienden bien, están separadas, pero en el tiempo del relato constituían un solo y poderosísimo cuerpo. Así que lo aprehendieron y lo crucificaron. A los tres días resucitó, tal como había anunciado, y de inmediato los discípulos propagaron por las naciones limítrofes la noticia de la resurrección, junto con sus prédicas y profecías. Pronto las enseñanzas se cristalizaron en una religión de amor, por la que muchos de sus seguidores más humildes fueron perseguidos y martirizados. Pero después de varios siglos de persecuciones, la religión de amor y sacrificio se extendió en las cuatro direcciones, y la nueva casta sacerdotal volvió a ser seducida por el maligno. Todo lo que le habían hecho al fundador de la religión de amor, terminaron haciéndoselo los nuevos sacerdotes a los que tenían creencias distintas a las de ellos. Durante siglos, la nueva casta sacerdotal se empeñó en hacer justo lo contrario de lo que el Hijo de Dios había enseñado, convirtiendo a la religión de amor en una religión de odio, y como consecuencia, y poco antes del Gran Cataclismo, las sectas volvieron a multiplicarse y la religión del Dios Supremo de perdón y amor cayó en un descrédito generalizado”.

“¿Y cuál es la razón principal que hizo que el Dios Único fuera desplazado por la trinidad?”, interrumpió el rey.

“Para las demás religiones, la muerte ignominiosa del profeta que se asumía como Hijo de Dios fue motivo suficiente para negarle su condición divina, y con ello desconocieron todas sus enseñanzas. A decir verdad, la trinidad actual es una mala interpretación de la original que Él proclamara. Los tres conceptos básicos de la

dinámica civilizadora que conforma la familia –padre, madre e hijo– rigen igualmente el gobierno celestial. Sin embargo, a partir del caos posterior al Gran Cataclismo el numen solar Mazda ocupó el lugar del Padre Celestial, con el agua y la tierra como divinidades complementadoras de la trinidad”.

“Netzil me ha dicho que el Gran Cataclismo representa la caída de la soberbia en el tiempo, y que después de la caída vendrán múltiples cambios de forma a través de tres fases: origen, mediación y conclusión...”.

“Mi querido Cosijopii, los que primero profesaron esa creencia no pretendían dominar la oscuridad terrenal, sino recuperar la sagrada luz primigenia. Lo que debes saber es que Mazda no es una personalidad divina, sino el fuego universal que calienta y quema. La luz celestial, como yo la entiendo, es la forma genuina de existencia de la Gran Mente Cósmica”.

“Pero entonces...”.

“Mira, de todo lo dicho lo único que de verdad debes guardar con celo en tu memoria es que tanto para los que adoramos al Dios Supremo como para los adoradores de la trinidad, el bien y la luz triunfarán finalmente sobre el mal y la oscuridad, y entonces arribará al fin un gobierno cósmico”.

“¿Y cuándo sucederá eso?”.

“Cuando se cumpla la segunda profecía”.

“¿Acaso el fin de mi reinado es la primera?”.

“No. La primera anunciaba la destrucción del templo, de la nación y de la civilización que había sacrificado al Hijo de Dios, y ya se cumplió”.

“¿Y la segunda?”, preguntó impaciente el rey.

“Tiene que ver con la segunda venida del Hijo de Dios, pero ya no encarnado en un mortal, sino como rey celestial”.

“¿Entonces mi reinado no terminará por la invasión de ningún enemigo que llegue del mar?”.

“Si te refieres a la creencia difundida erróneamente por Netzil de que la profecía del fin de tu reino tenía que ver con tu abuelo Ofidión o alguien de su estirpe, mi respuesta es no. Con toda certeza el anuncio del fin vendrá del cielo”.



XVIII

A la muerte de un tirano le suele seguir un período de confusión y anarquía, que sirve de fermento para que los desesperados por el poder cometan las peores felonías. El trágico deceso del rey Ofidión desencadenó una lucha fratricida, gestada subrepticamente al amparo del resentimiento y la envidia. De los veintisiete hijos que el rey Ofidión tuvo con la reina y con sus concubinas, quince eran varones; y de éstos, sólo los tres primeros se consideraron con derecho a exigir el trono vacante. El más joven, aunque se esforzaba por ocultar sus simplezas acomodaticias, era una dócil marioneta de su segundo hermano, apenas un año mayor, y de un pequeño grupo de cortesanos que aspiraban a controlar el reino; pero el primogénito, llamado Nigrón en justa correspondencia con el oscuro brillo de su piel, poseía una inteligencia licenciosa y una voluntad de mando que en más de una ocasión el fallecido rey había tenido que refrenar.

Ajeno por su soberbia a las vicisitudes de su sucesión, el rey Ofidión se había limitado a hacerle saber en dos ocasiones a los comandantes de la flota y del ejército, y a los administradores de los despachos de justicia y de finanzas, que su hijo primogénito no le merecía la menor confianza, pues con su natural ambicioso y sensual pronto acabaría con el reino. La segunda vez, el anciano jefe de la flota, amparado en sus servicios prestados y en el respeto que imponía entre los subalternos su larga carrera belicosa, se había atrevido a opinar:

“Gran rey, si exceptuamos el subido color, podría decirse que es una viva reproducción de las locuras que encarnabas a su misma edad”.

Sorpresivamente, el rey se dejó llevar por una apacibilidad anónima y dijo sin inmutarse:

“Precisamente por eso es más confiable mi segundo hijo. Con uno como yo basta y sobra para engrandecer el reino; después, el que venga sólo tendrá que preocuparse por conservarlo”.

Muy pocos conocían el profundo vínculo de enseñanza y mecenazgo que unía al jefe de la flota con el joven Nigrón, y esta alianza fue decisiva para el desenlace. El cuerpo del segundo hijo del fallecido rey amaneció blanquecino y frío, con los ojos y la boca y los dedos abiertos a un terror definitivo. A partir de ese momento, y hasta la consumación de la profecía, ya nadie se atrevió a cuestionar la voluntad de mando del nuevo monarca Nigrón.

Lul le había dicho en una ocasión al príncipe que no había mordedura más perniciosa que la de la desesperanza, porque mataba lentamente y sin consuelo. Ahora, ante las noticias que le llegaban de los excesos de su tío Nigrón, el rey Cosijopii convirtió en condena sus temores y aceptó ya sin excusas que el final de su reinado era ineludible. Hasta ese momento había logrado extraer cierta fortaleza de los pensamientos sobre lo que su reino podría llegar a ser en caso de no cumplirse la aciaga profecía; pero de pronto cedió ante sus turbaciones y comenzó a leer todos los libros que tenía a su alcance sobre la vida y obra de ese Hijo de Dios tan pacífico y amoroso. Fascinado por la dulzura y la sabiduría de esa divinidad encarnada, el rey experimentó una transformación dulcificadora, y su modo de gobernar dio un giro inesperado. Para preocupación del canciller y regocijo del sacerdote supremo, comenzó a dejarse ver y ser aclamado en lugares públicos y en actos religiosos.

Los ciudadanos de Omphalia, que ya tenían en gran estima la devoción del rey a la liturgia cultural de la tridivinidad y a su vida virtuosa, comenzaron a aureolar a su persona de un halo sagrado, que lo hacía inmune a cualquier juicio forastero o malintencionado. Pero en menos tiempo del que Lul había supuesto, los rumores sobre la dilatada falta de descendencia del rey Cosijopii se extendieron por las islas como ráfagas desbordadas en medio de un naufragio.

Ante el silencio del rey y del canciller, el sacerdote supremo comenzó entonces a recuperar el talante impositivo de sus buenos tiempos y habló ya sin ambages de la nueva raza anfibia que pronto poblaría Omphalia, de su natural pacífico y su adoración incondicional a la divinidad del agua, de la que extraerían la energía necesaria para el sustento. Las enfermedades desaparecerían, y cualquier herida sería regenerada instantáneamente... En tan sólo tres años, los omphalianos aceptaron que la guía del sacerdote supremo convirtiera en dogma de fe que todo lo que iba a suceder era un designio inescapable de la trinidad.

Haciendo gala de su disposición natural para encontrar el lado más provechoso de las cosas, las mujeres cercanas al poder fueron las primeras en asumir que “si era el final del reino también lo sería de los súbditos”, y en consecuencia ya no quisieron tener hijos. Y poco después, poseídas por un fervor solidario, las mujeres del campo y de las costas liberaron sus voluntades encarceradas de silencio y también se negaron a procrear. En los nudosos años de incertidumbre que precedieron a la llegada del gobierno del cielo, la disminución de los nacimientos fue radical, y sólo una minoría de los altos mandos militares, en connivencia con el gremio de los comerciantes, se atrevió a criticar esa negación absurda a la continuidad de la vida.

Mientras tanto, Nigrón había aprovechado el pacifismo extremo de su sobrino para añadir a su reino en

expansión varias decenas de islas. Después de la última conquista, un islote pródigo en salinas y que nombraban Mezcalia por la rica variedad de cactáceas que allí crecían, el rey Nigrón se había dejado desbordar por los efluvios de la bebida solar que tanto le fascinaba y había subido de tono las amenazas:

“Un rey que no puede procrear, tampoco puede gobernar”.

En total desacuerdo con los tropiezos místicos del rey Cosijopii, que lo llevaban a confundir las cosas del cielo con las de la tierra, el canciller Lul había espaciado cada vez más las visitas al palacio. En repetidas ocasiones el rey Cosijopii lo había mandado llamar, pero el ordenanza regresó siempre con la misma respuesta: “El canciller está indispuesto”. Después, uno de los sirvientes corrió la fábula de que un barco volador se lo había llevado de su palacete, lo que dio pábulo a toda clase de especulaciones y conjeturas.

XIX

La consumación de la profecía llegó revestida de celebración:

“Mi bien amado y piadoso soberano, hoy es un gran día: la flota del rey Nigrón fue completamente destruida”, dijo el alto sacerdote que ahora fungía como canciller interino.

“¿Cómo pudo ser posible?”, respingó incrédulo el rey.

“Los pocos que sobrevivieron al ataque dicen que los pajarracos gigantes bajaron del cielo escupiendo fuego por las fauces”.

Dos días después, conociendo ya los pormenores de la derrota y la posterior muerte de su tío Nigrón, el rey Cosijopii se encargó personalmente de recorrer la ciudad para encontrar alguna señal del ser vivo en el que confiaba plenamente. Aunque nadie le pudo dar razón del paradero de Lul, la búsqueda sirvió, no obstante, para confirmar la veneración que su pueblo le profesaba. Para evitar posibles desbordes de agradecimiento, el rey le había dicho al sacerdote supremo y al canciller interino que deseaba una escolta mínima. Sin embargo, la pequeña comitiva conformada por diez guerreros y el propio rey levantaba a su paso un rumoreo de plegarias del que no había memoria en toda la historia del reino. Rodilla en tierra y mirada baja, los súbditos celebraban el paso del rey como si de una deidad se tratara.

De regreso al palacio, mandó llamar al canciller interino. Éste había sido recomendado y prácticamente impuesto por el sacerdote supremo. Sin embargo, con el

paso de los días, y a pesar de la renombrada tolerancia del rey hacia sus subalternos, no podía ocultar el desagrado que el nuevo canciller le producía. Alto y voluminoso, se asemejaba a un engendro piramidal con mucha base y poco vértice. Era tan feo que apesadumbraba a los espejos con su reflejo; y en su morro prominente crecían hirsutas cerdillas, sombreadas por unos mofletes que apenas permitían el asomo de unos ojillos encuevados y verduzcos. Su cultivada gordura lo hacía derivar con disimulo hacia las mesas repletas de fruteros y viandas, y tamaña glotonería hacía que su estómago crujiera como un mar revuelto, con la injuriosa y permanente amenaza de echar todo lo muerto para fuera.

“Desearía conocer cuáles son las intenciones de los invasores, y en qué medida debemos prepararnos para la guerra”, le dijo el rey una vez que lo tuvo en presencia.

“Así se hará, rey piadoso...”, comenzó a explayarse el canciller. Pero se interrumpió bruscamente al ver acercarse la sedosa apariencia del sacerdote supremo.

El rey, al compartir la llegada del religioso de mayor rango, dejó que su rostro se atrincherara en una sonrisa irónica. El personaje más repulsivo que jamás había visto, era también el único que al dirigirse a él le llamaba “rey piadoso”. ¿Y piadoso por qué? Lo había perdido casi todo; el amor y la amistad habían desaparecido de su horizonte de vida, y ahora llegaba la confirmación de su definitivo encuentro con un futuro que ya estaba diseñado mucho antes de que él naciera.

“Me acaba de decir un informante, que llegó exhausto en una pequeña embarcación desde la isla de Cocalia, que los rantulianos, que así gustan llamarse los que amenazan con invadirnos, no permiten ninguna otra forma de gobierno, ni ninguna otra religión que la suya”, dijo nublado de ánimo el sacerdote supremo.

“¿Y qué hacen con los vencidos?”, quiso saber el rey.

“Hasta ahora han sido implacables con toda forma de ofensa o desacato”, masculló el sacerdote supremo.

“Lo que me interesa saber es que opciones tenemos si decidimos no enfrentarlos”, insistió el rey.

Súbitamente, precedido por una rumorosa alquimia ventral, el canciller disparó un sonoro pedo. El rey enrostró una sonrisa indulgente, pero el sacerdote supremo, con expresión reprobatoria, le hizo una seña al canciller para que saliera. Enseguida, viendo que el ánimo del rey amenazaba con derivar nuevamente hacia su característica y melancólica tristeza, le dijo en un tono confesional:

“Mi querido soberano, deberías pedirle al relámpago cósmico que te alumbró al nacer que te libre de la sombría pesadumbre que te aqueja”.

“¡Cómo quisiera que estuviera aquí Lul para atemperar mis dudas! Lo único que ahora me consuela es el recuerdo vivo del Hijo de Dios que encarnó en esta infausta esfera”, se quejó el rey. Ante la mirada mansa del sacerdote supremo, el monarca siguió hablando: “Cuando la esperanza y la razón sucumben ante la adversidad, quedamos a merced de los más viles enemigos”.

“Que son...”, quiso saber el religioso.

“La cobardía y el temor”, remachó el rey.



XX

Era una tarde apenumbada por oscuros presagios, con la entera gama de grises interrumpida por un paréntesis luminoso cercano a la bahía. Encima de las miradas los nubarrones aplastaban el ánimo; pero en la superficie de la salina reverberaba una luz primordial, como si una luna artificial estuviera alumbrando desde abajo. Sobre el pontón había una comitiva del gobierno de Mezcalia, con sus típicos atuendos de caprichosas figuras y vivos colores.

El rey Cosijopii, junto con el canciller interino, el sacerdote supremo y varios miembros más del Consejo, tomada la decisión de dialogar con los conquistadores, habían salido la mañana anterior a bordo de dos embarcaciones y arribaban ahora a esa isla que, tras liberarse de la viciosa tiranía de Nigrón, había caído bajo el imperio de estos tan temidos como misteriosos conquistadores. Con la mente acosada por las dudas, el rey Cosijopii caminaba cabizbajo y receloso por la notoria ausencia del rey Isauro, que recién había asumido el mando de la isla. Al llegar al borde de la insólita pista circular, de aproximadamente cien metros de diámetro, el desconcierto desplazó a la incertidumbre: en el perímetro exterior de la bruñida superficie, al lado de un extraño artilugio sin alas, se levantaba una semiesfera luminosa que transmitía un sentimiento de perfección vacía. Y todo lo que veía era tan ajeno a su conocimiento, que aun la quietud y el silencio parecían la reminiscencia de un sueño sin vida.

“¡Desengañémonos de esta visión!”, protestó a manera de exorcismo el sacerdote supremo.

El rey Cosijopii, mientras seguía a los guardias hacia la luz, sólo pensaba en la inmensidad de la cuenta de los años y de la sabiduría que se requería para construir de la nada una escenografía de absoluto orden geométrico tan inconcebible como ésa. Le dirigió luego al sacerdote supremo una mirada connivente, que si bien aseguró por instantes los ánimos, también llenó de espanto las pupilas. El rey pudo comprobar que las expresiones de sus consejeros más cercanos estaban matizadas de desconcierto.

Unos guardias locales les pusieron a todos lentes de intenso cromatismo metálico, y los formaron en una sumisa fila. El rey Cosijopii, que fue el primero en ponerse los, sintió que lo transportaban a otra dimensión, sin vértigo ni desasosiego, semejante a un brinco hacia el estado de conciencia más nítida que podía imaginar... ¿Así que en esto consistía la profecía, en la llegada de una fría y arrogante perfección?

Al traspasar la membrana de luz, y en el instante mismo en que les quitaron los lentes, un escenario de mando les heló los huesos. Sentados sin cuidado, como príncipes que estuvieran esperando la llegada de unos súbditos caídos en desgracia, el rey Isauro y los tres conquistadores que estaban a su lado permanecieron impasibles. De Isauro nada le atrajo al rey Cosijopii, pero los otros tres, con sus brillantes trajes y sus armoniosas cabezas recubiertas por una especie de piel metálica, iban mucho más allá de la imagen que de ellos se había formado en sus temores. Dos de los personajes tenían los cráneos grandes y alongados, pero el del tercero parecía de aspecto normal. El más cercano de los conquistadores de cabeza grande se levantó y dio unos pasos hasta quedar frente al rey Cosijopii. Su estatura cercana a los dos metros y su notoria delgadez transmitían una sensación de extrema fragilidad, pero el traje metálico que le ceñía el cuerpo como una piel deslumbrante, y, sobre todo, los ojos, conformando tres círculos de diferentes tonalidades eléctricas de azul, deja-

ron al rey sin habla, ¿cómo explicar esa coincidencia en el número de círculos y en el color? El conquistador cruzó las dos manos sobre el pecho e inclinó la cabeza a manera de reverencia. Enseguida, en un tono agudo y pausado, dijo:

“Luz y vida es nuestro más noble deseo para un rey tan bondadoso”.

Luego extendió ceremoniosamente la mano hacia uno de los asientos. En cuanto se sentó el rey Cosijopii, el conquistador hizo lo propio.

“Percibo innecesaria confusión, majestad”, dijo el conquistador moviendo apenas los labios.

“Sí”, respondió con un matiz defensivo el rey Cosijopii, “los fantasmas de mis antepasados me impiden ver con claridad”.

“En el ámbito humano, la mayoría de los temores son resultado de una conjunción de ignorancia y ceguera; pero cuando los demás nos ofenden o lastiman, entonces nos retrotraemos a una animalidad defensiva, no pudiendo evitar que se oscurezca el sentimiento con lo peor de nosotros mismos”, añadió el conquistador.

El rey siguió prisionero del timbre electrónico de la voz y de la ceremoniosidad expresiva. ¿Cómo habían esas máquinas aprendido con tanta rapidez las sutilezas de la lengua y de la historia de Omphalia? ¿Serían capaces de compasión y clemencia?

“Percibo desconcierto, majestad, y pido perdón por las imperfecciones en el manejo de la lengua omphaliana; desafortunadamente no estoy a la altura de mi maestro”, y al decir esto miró de soslayo al conquistador de cabeza más pequeña.

“¡Me desconcierta y ofende por igual la forma que escogieron los dioses para entregar mi reino a unos extraños!”, subió de tono el rey Cosijopii.

“Hasta donde llega nuestro conocimiento, la divinidad jamás interfiere en los asuntos exclusivos de los hombres”, opuso el conquistador sin inmutarse.

“Como quiera que sea, estoy aquí en condición de vencido”.

“No, majestad, nosotros sabemos distinguir con la debida claridad la condición de vencido de la de aliado. El rey Isauro constituye una prueba concluyente de cómo tratamos a nuestros aliados”, dijo el conquistador apuntando con su rostro inexpresivo hacia el rey de Mezcalia.

“Ignoro cuáles sean los acuerdos con el rey Isauro, pero me gustaría saber a qué soberanía me entrego y cuáles son las condiciones”, dijo el rey Cosijopii ya más dueño de sus elucubraciones.

“Muy bien, me parece justo el requerimiento. Somos humanoides de la región periférica del sistema Rantulia. En nuestro mundo hay un solo gobernante supremo, con múltiples jerarquías de mando descendentes. También podría referir ciertas peculiaridades como que en nuestro planeta se están secando los mares, que sólo hay tres razas, roja, amarilla y azul, que las mujeres sólo tienen un hijo por parto y que el promedio de vida es de doscientos cincuenta años... Pero estos detalles confunden más que instruyen y nos desvían del tema principal, que es la sumisión incondicional del gobierno y el pueblo de Omphalia al soberano de Rantulia, y el respeto al principio de jerarquía, ley y orden que rige a los seres evolucionados de nuestro universo”.

El rey Cosijopii cerró los ojos y se perdió sin reservas en el recuerdo. Al adentrarse en el silencio sentía que alguna forma de energía interfería con sus pensamientos; pero fuera lo que fuese, no iba alterar en nada su decisión como rey. Y con ese ánimo enfrentó al conquistador:

“En varias ocasiones, un hombre sabio, tal vez el más sabio que he conocido, me dijo que el don más grande que se nos había otorgado, y que nos diferenciaba claramente de cualquier otra forma de vida animal, era el libre albedrío, la libertad de elección. Y tanto yo como mi pueblo hemos elegido ser libres y, si es necesario, morir por ello”.

El conquistador deslizó una mirada circunstancial hacia el compañero de cabeza más pequeña, y en seguida remarcó:

“Bien, me parece justo el razonamiento. Mas vayamos sin demora a lo que debe tenerse en cuenta para evitar dolorosos desacuerdos. La experiencia milenaria de nuestra cultura nos dice que sin ley ni orden no puede haber libertad; las inconformidades se degradan en reclamos egoístas que sólo incrementan la confusión, la ignorancia y el caos. Por esta verdad, confirmada dolorosamente en planetas tan confusos como éste, además de otras razones que no estoy autorizado para revelar, no toleramos ninguna forma de transgresión de la ley y el orden. Cualquier intento de rebeldía será inmediatamente neutralizado”.

Y por primera vez, el rey Cosijopii se plantó ante el conquistador con un repentino desborde de coraje:

“¿De qué ley y de cuál orden, de Omphalia o de Rantulia?”.

“A partir de ahora sólo habrá una ley y un orden, y serán los que nosotros impongamos. Por lo demás, todo seguirá igual, y el bondadoso rey Cosijopii podrá seguir amando a su pueblo con el mismo agradecimiento con que su pueblo lo ama”.

“Tendré que consultarlo con el Consejo en pleno”, dijo el rey no pudiendo evitar que fuese demasiado obvia la evasiva.

“A decir verdad, no es necesaria ninguna consulta: o se obedecen nuestras premisas de gobierno o enfrentan la total desintegración. Mas quisiera seguir desemboscando algunas dudas que conducen desafortunadamente al sufrimiento y al rencor. Las civilizaciones no son producto del azar o de la naturaleza sin conciencia, ni tampoco dones de dioses bárbaros hechos por el temor y la imaginación a la imagen humana; son el resultado de un hecho extraordinario: la vida en sociedad. Ningún humanoide en ningún planeta alcanza su máxima expresión evolutiva

por sí mismo, sino viviendo en sociedad y a través de la cultura y la educación. Eso es lo que nos induce a sustituir el modelo primitivo de este planeta por el nuestro, que es en todos los sentidos más avanzado. Los omphalianos deben cooperar con nosotros, y sólo hay dos maneras de hacerlo: por miedo o por comprensión...”.

“¿Ni siquiera se tomarán en cuenta las decisiones que los omphalianos hagamos?”, lo interrumpió el rey.

“Con toda seguridad, mas siempre en un marco de agradecimiento y lealtad hacia nosotros. Sin estas premisas no pueden haber relaciones armoniosas ni convivencia exitosa. Para nosotros, después de innumerables rebeliones y muchos siglos de historia, sería muy riesgoso darle la razón a los gritos desesperados de los que más sufren. La anarquía y el desorden siempre conducen a los pueblos a la miseria”.

“¿Y a qué dios hemos de rogar por nuestro infortunio?”, gritó más que preguntó el sacerdote supremo, dando un paso adelante hacia los que estaban sentados.

“Todas las civilizaciones planetarias son distintas, mas en su evolución deben pasar por etapas similares que se relacionan con el cuerpo, la mente y el espíritu. Primero la búsqueda de alimento y de seguridad, luego la satisfacción sexual y el bienestar social. Sólo al final vienen la ética y el espíritu. Por eso es que de donde venimos hay una separación tajante entre las cosas del cosmos y las del planeta; y así como en nuestro mundo evolutivo manda un solo monarca, en las cosas del cielo manda un solo Soberano Universal”.

El sacerdote supremo buscó los ojos del rey Cosijopii pero sólo encontró derrota. A partir de ahora todo tendría que hacerse a oscuras y bajo el imperio de la desconfianza. Y tanto el sacerdote supremo como el rey entendían al fin la diferencia esencial entre el pronunciamiento de una profecía y su cumplimiento.

XXI

Miles de súbditos se congregaron afuera del palacio en un rumoreo de rezos que llegaba a los oídos del rey Cosijopii como un manso zumbido de abejas. Cuando el rey salió a la amplia balaustrada de piedra verde vio cómo sus amados ciudadanos se arrodillaban y extendían sus manos abiertas, clamando por las liberadoras palabras que vendrían de las alturas. El rey levantó los brazos para silenciar los temores, pero no pudo evitar que la intención le quedara estrangulada en la garganta por la dramaticidad de los hechos. Después se retiró en silencio y caminó deslizando la mirada sobre el piso, con la misma fragilidad con que el sol escribe un poema de luz sobre una laguna imperturbada.

Al verlo entrar, todos los miembros del Consejo se pusieron de pie e inclinaron la cabeza un poco más de lo acostumbrado. El rey lo agradeció con un leve asentimiento, y enseguida se sentó y puso las manos abiertas sobre los bordes de la recia y veteada mesa de huanacaxtle, mudo testigo de las decisiones que habían señalado el destino del reino.

“Todos sabíamos de la profecía, pero no cómo vendría”, dijo con voz pausada y armoniosa el rey Cosijopii. “Ahora podemos afirmar que esta guerra no sólo es nuestra, sino de los dioses. Si nuestros dioses nos protegen, no tendremos motivo de temor; pero si vence el dios iracundo de los invasores, entonces vendrán más pájaros gigantescos para hacernos cumplir las más oscuras sospechas que podríamos albergar sobre la pro-

fecía”. Luego recorrió con la mirada a los miembros del Consejo, y los incitó: “¿Alguna idea? ¿Puede alguno de vosotros darme una sola idea que no sea humillante?”.

Los miembros del Consejo intercambiaron miradas de desconfianza. Justo dos horas antes, el jefe supremo del ejército había comunicado al rey la noticia y la necesidad de convocar al Consejo para decidir qué hacer ante la rapidez ejemplar con que los conquistadores habían desaparecido a más de quinientos pobladores que habían rechazado la sumisión en una pequeña isla próxima a Cocalia.

“Bien, vemos que las ideas no lo son todo”, dijo en tono de renuncia el rey. “El sabio Lul, a quien ahora tanto necesitamos, me mostró un libro muy antiguo donde se hablaba de la aparición de las armas desintegradoras poco antes del Gran Cataclismo. Yo, en lo que a mi persona y cargo corresponde, estoy dispuesto a aceptar el mandato del cielo. Pero hay una parte de la profecía que deben asumir todos los habitantes de Omphalia...”.

“¡Es mejor que matemos a nuestras mujeres y a nuestros hijos con nuestras propias manos a dejarnos esclavizar por esos juguetes asesinos!”, objetó el jefe supremo del ejército.

“Haremos lo que nos manden nuestros dioses, si es que todavía nos quieren guiar”, sentenció el rey deteniendo su mirada en el sacerdote supremo como el enfático aleteo de un colibrí.

Alertado por lo que aquella lacónica frase podía llevar implícito, el sacerdote supremo dejó salir con premura la respuesta:

“Si el sabio Lul estuviera aquí, nos diría con su habitual desapego: ‘Hagamos lo que nos dicta nuestra sana razón’. Pero yo estoy casi seguro que fue su sana razón la que lo hizo huir y abandonarnos. No, no va a ser nuestra razón sino nuestra divina trinidad la que nos va a proteger ante cualquier invasión extraña e impía. ¡En

nombre de la trinidad sagrada del fuego, de la tierra y del agua pido que se convoque de inmediato a nuestro querido pueblo a dejar de trabajar, abandonar los hogares y marcharse a las selvas!”, y terminó infundiéndole a su voz un tono ufano que concordaba a la perfección con la chispeante mirada con que recorrió a todos los miembros del Consejo.

“Si el sabio Lul estuviera aquí, con toda certeza nos diría que el consenso de los necios suele ir en dirección contraria a la verdad. ¿Y cuál es ahora la verdad, nuestra verdad? Que estamos en poder de unas fuerzas celestiales que nos superan en todo, y que si hubieran querido, hace tiempo que nos hubieran podido desaparecer. No está en el ánimo de mi caída arrastrar a mi pueblo amado; así que es mi deseo como rey, comunicado ahora mismo por el Dios Supremo, que nadie se oponga a la nueva autoridad que va a reinar”, y al decirlo salió repentinamente de la estancia dando por concluido el cónclave.

En menos de un año los conquistadores impusieron su terror. En algunos lugares de Omphalia fueron desintegrados varios grupúsculos culpables de atentar contra el nuevo orden; y el ver a los conquistadores en los puestos clave del gobierno sumió a la entera ciudadanía en una paralizante atmósfera de odio y rechazo. Al rey se le permitía seguir en el palacio y hacer la vida que acostumbraba. Pero ya no participaba en las decisiones del nuevo gobierno; y mucho menos en el manejo de los recursos. El Consejo había sido disuelto, y los conquistadores únicamente habían aceptado a los oficiales de menor rango y a los simples guerreros para castigar cualquier infracción a las nuevas leyes.

Encerrado en su palacio, el rey sólo recibió una vez la visita de los conquistadores. Pero en esta ocasión, además de un invasor de cabeza grande y otro de cabeza normal, venía un individuo cuyo traje tenía una mayor luminosidad violácea. Llegaron en medio de un remolino

de luz, y el que emitía un resplandor violáceo fue el que tomó la palabra:

“Venimos en paz y con los más amigables deseos de evitar una confrontación para todos desagradable”, dijo el conquistador en tono congraciante. “Dado que puedo sentir desde su raíz los pensamientos, diré sin más rodeos que el Dios Único y Todopoderoso que creó todo lo que existe, visible e invisible, no admite otras deidades, porque el rendir culto y adorar a otros dioses es una ofensa contra su potestad. Nosotros creemos que todos los planetas habitados tienen como proyectado fin la perfección: todo lo que viene del Padre Celestial, regresa al Padre Celestial. No puede haber, por consiguiente, ninguna otra creencia que merezca adoración; y menos aún divinidades primitivas como las de Omphalia, que mezclan el pecado y la maldad con el culto a las fuerzas oscuras y belicosas. Sólo el Creador Supremo de todos los cielos es amor...”.

“¡Amor! ¿Cómo os atrevéis a hablar de amor?”, reclamó el rey Cosijopii desde el fondo de su desacuerdo. Y sin dar opción a réplica, continuó: “¿Y si el amor es lo único que podría unirnos, por qué entonces recurrís a la violencia? ¿No fue el Hijo de Dios que vino antes del Gran Cataclismo un enemigo declarado de la violencia? ¡Dadme una respuesta sincera! ¿Cómo pueden la perfección y la muerte gobernar al mismo tiempo?”.

“Debo confesaros...”, quiso replicar el conquistador; pero el rey, avivado por tantos desacuerdos, decidió seguir hablando:

“Yo también tengo que confesaros que nada ha sido tan difícil en mi vida como gobernar con rectitud. La gente que confió en mí, había confiado antes en el sagrado principio que yo heredé de mi padre: no dañar ni castigar sin motivo. Yo no puedo, ni jamás se me ocurriría, usar mi poder para pulverizar a los ciudadanos que piensan distinto a mí. Mi corazón rebosa

agradecimiento. Y si es cierto que podéis llegar a la raíz de mis sentimientos, de nada sirven ya las palabras”, por un instante retuvo el aire y lo expelió lentamente, reproduciendo el silbido armonioso y pacificador que había aprendido de niño para llamar a la paloma jolina. Al cabo, bajó la cabeza y susurró en actitud de claudicación: “Me obligáis a encerrarme en mí mismo cual flor condenada a morir en su propio aroma”.

“No, amado rey, nosotros no podemos separar la moral de la fe, y ninguna de las dos de los asuntos del gobierno. Nosotros conocemos las vicisitudes por las que pasó este planeta, y estamos complacidos de encontrar un aliado tan moral en el rey de Omphalia”.

“¡No puede haber moral sin sinceridad! ¡Y ahora, aun con mis sentidos deficientes, puedo percibir que no sois sinceros!”, reviró el rey Cosijopii.

“La sinceridad debe ser la principal característica del buen gobernante”, dijo el otro conquistador de cabeza grande.

“¿Y entonces por qué no sois sinceros? ¡Me niego a ser eco de vuestras falsedades!”, se exaltó el rey.

“Sí, sería ideal que pudiéramos compartir nuestras certezas cósmicas y también las causas que dificultan nuestra confiabilidad hacia mentes tan poco evolucionadas como las de Omphalia. Pero la maldad y el error imposibilitan toda forma de convivencia armoniosa. No puede haber moralidad donde no hay deseo de perfección”, concluyó el conquistador.

“¿Hablas de moralidad basada en el temor?”, apuntó el rey.

“¡Majestad!”, subió de tono el conquistador de aureola violácea. “No hemos venido con la esperanza de una sumisión agradecida. Sabemos que habrá muchas dificultades, y tan sólo queremos contribuir a la mejor manera de sobrellevarlas. Como sacerdote del único Dios, y en grado de Enviado Especial de Asuntos Religiosos del

Consejo Supremo del planeta Calyso, en el sistema de Rantulia, os pido que, ante estos dos testigos de excepción, reconozcáis con vuestra palabra y de viva voz que no adoraréis a ningún otro dios, ni como ciudadano ni como gobernante. Y que no hay más ley humana y divina que la que nosotros representamos...”.

“¡No es necesaria tanta palabrería marchita! ¡Sí, prometo someterme a los dictados divinos de la profecía, y acepto mi condición de vencido! Pero quiero dejar una prenda de luz en medio de tanta oscuridad. Yo no titubearía en inclinarme humildemente ante un Dios de verdad y bondad; pero me resulta totalmente extraña la sola idea de humillarme ante un poder que desprecia todo lo que le es ajeno”, y sin más palabras, salió de la estancia dejando tras de sí una aureola de desilusión.

XXII

Las imágenes eran inéditas. Ni las más ominosas conjeturas en torno a la profecía de su caída habían alcanzado tal magnitud sobrecogedora. Todos los cerros y valles mostraban la esterilidad seca y agrietada del barro con que construían sus viviendas los pobres del reino. Los ríos habían perdido su caudal, y en el fondo de las barrancas, como un gusano negruzco, agonizaban las últimas aguas residuales. No se veía ni vida ni movimiento. Parecía una naturaleza infernal vista con los ojos de la muerte. Presa de un sentimiento de total desamparo volteó hacia su espalda en busca de algún sirviente, pero la soledad era abrumadora. Y entonces, admitiendo ya que era el último habitante de su reino, se atrevió a gritar:

“¡Invoco al Uno que es Tres! ¡Invoco a los Tres que son Uno! No hablo por mí, pues hace ya tiempo que lo que yo era y representaba dejó de ser. Hablo por mi pueblo, para pedir y suplicar que el alcance de mi profecía no llegue a mis amados súbditos, que nada tienen que ver con mis ofensas y pecados. Acepto mi ruina a condición de que no arrastre a los pobladores de mi reino”. Y al decirlo, vio cómo aparecía revestido de luz el cuerpo de Lul.

“¡Tú!”, lo enfrentó haciendo más obvia la sorpresa.

“¡Luz y paz!”, saludó Lul.

“¿Cómo puedo saber que no eres un sueño?”.

“Sí, soy un sueño. Esta vez me he metido en tus sueños, pero pronto vendré como tú me has conocido. Ahora nada más quiero prevenirte para que te dispongas a aceptar sin violencia los cambios. Mientras te obstines en seguir

en el rechazo continuará el sufrimiento, ¿acaso no crees que deseo lo mejor para ti y para nuestra gente?”.

Entonces el rey estiró los brazos al frente, como si quisiera apartar la visión con manos conjuradas, y musitó:

“Si lo que pretendían era enloquecerme, ya lo han logrado. Vivo inmerso en una burbuja de vergüenza. Soy y no soy al mismo tiempo; ni vengo ni voy. Ningún dios me habla, y como rey nadie me escucha. Siento que una parte de mí se ha perdido en la nada, y que la otra es infértil sufrimiento; sí, me siento igual que una gota de agua perdida en la soledad de un inmenso desierto”.

Y la voz suprahumana de Lul volvió a resonar:

“El espíritu une; la inteligencia separa. Lo que pensamos y lo que vemos tienden a destacar en primer lugar las diferencias; pero el espíritu es lo único que nos une al Supremo Creador: Dios es uno para todos y todos somos uno en Él, siendo parte de Él como el guijarro más pequeño lo es de una gran montaña”.

“¿Por qué entonces permite que a mí y a mi pueblo se nos trate de esta manera?”, replicó el rey.

“Lo único que cuenta a nivel cósmico son los cambios necesarios para alcanzar día a día la perfección, y ésta es la enseñanza que trae el nuevo gobierno, tanto a nivel del espíritu como del cuerpo. Anda, ve con tu gente; no te aísles de los que te aman, y aun llegan al exceso de venerarte. Ve y reconfortalos, porque sólo así podrás también reconfortarte”.

En el instante en que la voz de Lul dejó de resonar adentro de su cabeza, el rey Cosijopii despertó con el ánimo agobiado por el aciago sueño. Ahora una sola idea estaba prendida en su cabeza: ir inmediatamente al gran tianguis donde se concentraba diariamente su pueblo.

El mercado de Delicias no sólo era el más afamado y concurrido del reino, sino que atraía también a un considerable número de viajeros de las islas aledañas. Desde la llegada de los conquistadores, el rey disponía únicamente

de una guardia de cinco miembros, entre los que se incluía su asistente particular. Por esta y otras razones se había negado a salir, pues su corazón se estremecía con tan sólo pensar en el rechazo. Pero esta vez había muy pocos visitantes, que tardaron mucho, demasiado tiempo, en reconocer el minúsculo y tímido cortejo real. Sin embargo, todo cambió de golpe al gritar una mujer, la única que cargaba un hijo enconchado a su espalda: “¡El rey está aquí, nuestro amado rey está vivo y entre nosotros!”.

Los comerciantes inclinaban la cabeza a su paso, y los ancianos, con la devota mirada en el sucio piso, tendían las manos abiertas con una veneración que alcanzaba por instantes la sacralidad plena. La ausencia de los olores característicos de los puestos de comida produjo en su ánimo una creciente contrariedad: ¿dónde estaban las mujeres que vendían los deliciosos tamales de venado, chachalaca e iguana?, ¿qué había sucedido con los asaderos de carnes y con los puestos de pescados y mariscos? Cuando se detuvo en el centro mismo del tianguis, el rey no pudo evitar que se enracimase en torno a él una expresión de fervor de más de cien ciudadanos. Pero el rey parecía adormecido en la sorpresa, y sus ojos no veían lo que había en torno a él sino lo que faltaba de la grandeza pasada. ¿Por qué no estaban allí los cientos de comerciantes que hablaban más de diez lenguas distintas y que traían codiciadas mercaderías de las islas más exóticas? ¿Dónde estaban los animales de monte y los exquisitos frutos como mameyes, guanábanas y la enorme variedad de plátanos? ¿Dónde los puestos de piedras preciosas y de tejidos que imitaban la esplendente coloración de aves y flores de las selvas? ¿Qué o quién podría explicar semejante empequeñecimiento? Al no ver más que ancianos fervorosos y mujeres sin niños en sus espaldas, el rey dejó que su visión se deslizara derrotada hasta el riachuelo de promiscuos desechos que corría ajeno a sus fétidos efluvios.

Entonces comenzaron a oírse las primeras voces en contra de los hombres del cielo, y el rey, como si quisiera alejar esa alucinación oscurecedora de toda esperanza, parpadeó repetidamente y preguntó en tono nostálgico:

“¿A dónde se han ido los comerciantes de mi reino? ¿Dónde están los jóvenes y los hombres en edad de trabajo? ¿Puede alguien darle consuelo a mi ignorancia?”.

Para evitar que la situación se agravara, el asistente personal adelantó una respuesta:

“Majestad, hace tiempo que las mujeres del reino se niegan a procrear, y los que ahora gobiernan han dispuesto de los mejores brazos de nuestro pueblo para sus ingenios de sal. Se han llevado también a los jóvenes más agraciados de ambos sexos, de entre siete y veintiún años”.

El rey fijó sus ojos en los del asistente y los dos permanecieron en silencio durante tres respiraciones, que fueron para el asistente como si dividieran la eternidad en tres partes igual de humillantes.

“¡Enfrentemos a los usurpadores! ¡Liberemos a nuestro piadoso rey del yugo de la oscuridad extranjera!”., volvieron a gritar los ancianos.

“No sacrifiquemos más vidas inocentes, la derrota es total”, expelió con ánimo paternal el rey.

“¡No, mi amado señor! ¡Nuestros venerados dioses no van a abandonarnos!”., se atrevió a decir el asistente.

Sin la menor intención ofensiva, el rey recorrió de arriba abajo la acobardada presencia del asistente; después abarcó con la mirada a la multitud enardecida y pidió calma y silencio con los brazos abiertos en actitud profética:

“Ha sido uno de mis mayores consuelos recibir sin merecimiento la lealtad y la gratitud de mis fieles súbditos. Fue pública noticia desde el momento mismo de mi nacimiento, que mi reino no duraría mucho y que con la llegada de los extranjeros todos sin excepción quedaríamos dominados y sujetos. Como el mandato vino

de lo alto, comunicado por los venerados dioses de la trinidad a nuestros sacerdotes, no era ni es lícito ejercer la menor forma de resistencia. Hoy, que la profecía ya se ha cumplido, yo hago cuanto está a mi alcance para sobrellevar el peso de mi desgracia; y, aunque agradezco con mi corazón abierto las muestras de simpatía, os hago saber que nada remediarán los gritos y las revueltas. Por el contrario, os pido sumisión pacífica y colaboración amistosa, pues, en caso de que cometáis algún desacato, vosotros y yo mismo resultaremos agobiados por el sufrimiento. Así, pues, con todo mi amor os pido que aquietéis vuestros ánimos y obedezcáis el mandato de los extranjeros”.

En cuanto acabó de hablar, el rey no pudo evitar que unas lágrimas derramaran el dolor por sus mejillas, lo que fue secundado por la multitud ahora silenciosa y abatida. Luego se dio la vuelta y se retiró, con la cabeza descolgada hacia el pecho y derrumbado desde adentro, semejante a una montaña que al desmoronarse se convierte de pronto en un abismo.



XXIII

El rey Cosijopii nunca fue fornido; pero ahora estaba pálido y enflaquecido como una sombra insegura de su propia existencia. Hacía ya tiempo que no visitaba el ala sur del palacio destinada a sus mujeres, y, a traspiés con la cordura, no dejaba de pedirle a los dioses fortaleza para aguantar tanta adversidad. Al no obtener la menor respuesta, su mente se incendió de reclamos que pronto encontraron salida en unos monólogos de tal intensidad dramática que el asistente, único testigo de los desgarramientos delirantes, terminó con su vida colgándose de la balaustrada.

El nuevo asistente puso de inmediato al rey en guardia. Era demasiado joven y demasiado bello para haber pasado desapercibido a los conquistadores. Desde la primera mirada supo que detrás del entramado estaba la aguja fina y perversa del sacerdote supremo. ¿Tan inseguro lo creía? Por su mente cruzó incendiada la resolución de correrlo de inmediato. Sin embargo, fueron sus ojos enmielados y el largo y lustroso pelo negro, recogido en una cola tan atractiva que incitaba a agarrarla, los que lo decidieron a posponer de momento el despido. Le preguntó su nombre, y al oír la inconfundible pronunciación andrógina, lo enfrentó:

“¡Tú no eres un verdadero hombre!”.

“No, mi señor, yo fui educado para ser lo mejor de los dos: mujer y hombre”.

“Está bien, espero que no seas lo peor de los dos. Lo que te hayan dicho de tu antecesor tal vez pueda servir para

que no le des tanta importancia a la efímera apariencia”, dijo el rey haciendo un leve gesto de retiro con la mano.

Después se tendió sobre el tapete hecho de hojas de palma real que estaba al centro de la antesala y cerró los ojos al tiempo que se dejaba ir con el torrente de desconfianza que siempre le producía cualquier obsequio o sugerencia del sacerdote supremo: “¿Acaso cree ese desesperado de poder que puede incitarme al regodeo con cualquier forma de tentación terrena? ¿Cómo es posible que el Dios Supremo ignore mi afrentosa adversidad y no perciba la diferencia entre ese impostor y yo?”.

Fueron necesarias tan sólo dos semanas sumido en la zozobra irremediable, para que los ojos ambarinos de Jazmín, el nuevo asistente, iluminaran la oscura rumia de culpabilidades con una relampagueante sensación de belleza, seguida del más puro y sincero agradecimiento hacia la vida. Únicamente lo veía tres veces al día, pero era tiempo más que suficiente para agradecer y despedir: agradecer el don de esa presencia dulce y bellísima en el momento más aciago de su vida; y despedir toda posibilidad de acuerdo con el pecado.

La temporada de lluvias había irrumpido con inusual virulencia ese año, lo que motivó que el fuego de la antesala que daba acceso al dormitorio se prendiera al caer la apresurada oscuridad de la tarde. El asistente aparecía al oír el sonido áureo de la campanilla y se retiraba cuando con una leve seña se lo ordenaba el rey. Era muy raro que la fascinación del encuentro fuese estropeada con palabras. Pero esa tarde era excesivamente brumosa, y el ambiente despedía un hedor de frutas malogradas que predisponía el ánimo a refugiarse apresuradamente en el lenguaraz cuchicheo de las llamas.

Pocas acciones le resultaban más placenteras que deleitarse en la efimeridad del fuego. De repente su memoria se abría hacia el pasado y él podía escoger a su antojo escenas de sufrimiento o de alegría. Casi siem-

pre empezaba con un recuerdo alegre, y enseguida el halo fantasmal de la profecía lo envolvía todo en una oscuridad cósmica. Se sentía entonces como una mota de polvo flotando en el cielo sin dirección ni sentido, simple ceniza estelar que llega en algún momento de su extravío a ser consciente de su irremediable final. El mismo desamparo que había tenido que vivir el venerado Hijo de Dios. ¿Y a quién recurrir entonces? Ni los dioses primitivos, ni los reyes aliados, ni siquiera los sacerdotes podían ya servirle de auxilio y fortaleza. En ese preciso instante nadie ni nada podía hacer algo por él, y él tampoco podía hacer nada por nadie.

Arrojó unos granos de copal a la lumbre y enseguida llenó el pequeño brasero de barro con un montoncito de ascuas y lo salpicó con un pellizco de polvo seco de semillas de la enredadera purpúrea conocida por los curanderos del reino como “gloria del amanecer”. Le encantaba la sensación de desapego que producía en él esa planta de flores bellísimas, como si ingresara en un mundo donde nada ni nadie podía dañarlo; y le era ya imposible separar las estancias silenciosas y aterciopeladas a las que lo conducía la planta sagrada, de ese color azulvioláceo que lo envolvía todo y quedaba fijo en la memoria para siempre. Después de las tres inhalaciones de rigor, se tendió sobre el tapete con los brazos y las piernas abiertas a los cuatro rumbos.

“Heme aquí ante la triste verdad de mi destino, ¿acaso se podrá concebir mayor desgracia? ¿Por qué, dioses omnipotentes, si os he venerado hasta el límite de dejar en suspenso mi cordura, me condenáis a esta aterradora agonía? ¿Qué hice para merecer esta condena? Me privasteis de mi madre al nacer, enloquecisteis a mi padre en mi niñez y, no satisfechos con apartarme del trono de acuerdo con la cruel profecía, desaparecisteis al único amigo y maestro que podía dar consuelo a mi aciaga vida. ¿Qué más puedo esperar de vosotros sino mayor descon-

suelo! Ya imploré todo lo que tenía que implorar. Ofrecí a cambio lo mejor de mí, cumplí con no ir en contra de mi destino, ¿y qué obtuve? Quiero, exijo como condición para no poner fin de manera repentina y vergonzosa a mi vida, que se me envíe una prueba mínima, un solo gesto que me permita salir de esta agonía...”. Un repentino y bellissimo halo de luz envolvió toda su visión llenando su corazón con una esperanza renacida. En seguida las palabras, matizadas ahora de una dulzura armoniosa, volvieron a resonar adentro de su cabeza: “Si en verdad Dios Supremo estás aquí, en el corazón del sol y señoreándolo todo como padre omnisapiente y eterno de todas las criaturas, entonces envíame una señal, dame una sola prueba que justifique mi adoración y ponga fin a mi zozobra”.

“¡Cuando la razón no encuentra orillas, no para de ir a la deriva como algo muerto que flota en el inmenso mar de la duda!”, resonó la conocida voz de Lul afuera de su cabeza.

El rey parpadeó con fuerza, como queriendo escapar de un hechizo amenazante, y se semincorporó sobre el tapete. Al ver a Lul parado a unos metros en frente, el amor del recuerdo se contaminó con el dolor presente y sólo pudo exhalar en forma de queja:

“¿Cómo has podido engañarme durante tanto tiempo si eras lo único que me sostenía en medio de la adversidad y la duda?”.

“Si a alguien he dado suficientes muestras para ser merecedor de su confianza, ha sido a ti”, dijo Lul enraizado en la certeza de sus decisiones.

“Tal vez tus palabras hayan provocado en los extranjeros tal grado de admiración que ya no seas consciente de que no sirven para nada aquí en Omphalia, son despreciables esqueletos sin vida”.

“Una visión enraizada en la culpa sólo puede percibir defectos”.

“No me hagas escupir sangre del corazón”, dijo el rey sentándose con las piernas cruzadas sobre el tapete. Con la mano derecha abierta en gesto amigable invitó a Lul a sentarse junto a él.

“Sé muy bien que ningún aceite o bálsamo podrá suavizar las heridas que en tu corazón provocó mi extraño comportamiento”, prosiguió Lul luego de sentarse. “Pero por encima de todo lo sucedido y lo que sucederá, quiero que sepas que ningún disgusto impedirá que te ame. Como tú, yo también he tenido que digerir con paciencia los amargos hechos. Permíteme al menos compartir contigo mis tribulaciones...”.

“¡Raro te ves con esas púas de animal montaraz recubriendo tu quijada!”, profirió el rey, remirando la tupida barba de Lul con la intención de evitar las excusas de su amigo.

Tras un respiro resignado, el visitante prosiguió:

“Para renacer y ser lo que ahora soy tuve que hacer un compromiso supremo: no mezclar jamás el bien con el mal. ¿Tienes un vislumbre de lo qué eso significa?”. Como Cosijopii permaneció callado, con la visión hacia adentro, dejándose llevar con absoluta fluidez hacia la nada, Lul prosiguió: “Muchas veces intenté hacerte entender que en el inabarcable cielo sólo hay un Dios, pero preferiste evitar las disputas con el sacerdote supremo de la triunidad, y con tal sumisión ya no tuve autoridad para transmitirme mis certezas más íntimas, aquellas que nos habían unido con tanto amor en nuestra adolescencia. Ahora las cosas han cambiado por completo, y explicarte por qué los invasores me buscaron hace ya diez infinitos años no serviría más que para acrecentar tu dolor. En esta ocasión no puedo darte todo el conocimiento que anhelas, tan sólo se me autorizó a que te hable un poco de ellos: quiénes son, de dónde vienen y por qué vienen. Lllaman a su mundo Calyso, porque en él abundan sobre las demás estas dos piedras: el calcio que, según ellos, es

lo más prolijo en el universo y que nosotros recibimos con la primera leche que nos dan nuestras madres, y el sodio, que es el ingrediente principal de lo que nosotros conocemos como sal y que para ellos es la verdadera razón de su vida. Las pistas donde aparecen de pronto sus naves son de sal cristalizada, y esto lo pudiste comprobar tú mismo con tus sorprendidos ojos; los materiales para sus máquinas los filtran de la sal, dando lugar a artificios líquidos y brillantes propios de los magos y que a los omphalianos nos producen más temor que deseos de conocerlos. Pero lo más importante es que de la sal, de nuestras desoladas salinas, extraen a manera de alquimia ciertas sustancias con las que hacen crecer las espléndidas colonias de algas verdes, que es lo que constituye, junto con el sol, todo su alimento. A diferencia de nosotros, ellos casi no producen desechos, y al no tener que matar para vivir, son muy pacíficos. Lo único en su contra es su fragilidad, y por ser tan frágiles es que tienen que revestirse con esos ropajes de habitantes del cielo y tomar medidas de seguridad que superan a las nuestras. Sus cuerpos son más altos y tienen unas cabezas mucho más grandes con unas mentes más capaces que las nuestras. Pero son más delicados y sensibles; a tal grado que cualquiera de nuestros guerreros o la más común de nuestras enfermedades podrían vencerlos. La vestidura que los cubre lo es todo para ellos, porque los hace invulnerables. Sin embargo, hace justo diez años, por el tiempo en que se contactaban por primera vez conmigo, bajaron la guardia y estuvieron a punto de sucumbir en otro mundo bastante similar al nuestro. Se excedieron en el margen de confianza con los naturales de ese mundo, como nos sucedió a nosotros con algunos isleños, y comenzaron a compartir demasiados conocimientos con ellos. Al final, una enfermedad sembrada con fines perversos por los nativos estuvo a punto de diezmar a los invasores. Así que ahora están obligados a ser tan implacables como nues-

tros guerreros lo son con nuestros enemigos, y todos sus artefactos de inconcebible energía y poder tienen como fin protegerlos y borrar cualquier posibilidad de daño. Si alguien o algo se les oponen, puede considerarse ya destruido. Cuentan además con canales invisibles para conseguir toda la información que necesitan. Esas energías no son seres como nosotros; ellos los consideran como aliados, a la manera de las fuerzas oscuras de los brujos que traía consigo el rey Ofdión; esos aliados invisibles registran todo lo que pasa en torno a nosotros, de manera que es vana aun la forma más inteligente de engañarlos. Lo saben todo sobre nosotros, y están únicamente interesados en nuestros mares y en nuestros jóvenes. De la sal ya te dije lo suficiente antes; lo de los jóvenes es distinto. Aprecian nuestro valor, pero detestan nuestra naturaleza belicosa; les fascinan nuestros cuerpos, pero les deprime la poca capacidad de nuestra mente para distinguir el bien del mal. Por eso se están llevando a los más favorecidos de nuestros hijos para mezclarse con ellos; quieren lograr una nueva civilización que gobierne este mundo sin destruirlo y unos nuevos seres que dejen atrás y para siempre la mentira, la envidia y la confrontación. Tal es la razón de su estancia en este planeta, y tú, mi amado compañero de lucha, estás a prueba, de ti depende si te sumas a este proyecto de más luz y mejor vida o decides enfrentarlo y morir sin dignidad...”.

Impuso el silencio un inesperado relámpago de fuego blanco, seguido por el estruendo ensordecedor del trono. Ni Lul ni Cosijopii dijeron palabra. El rey quiso entonces expresar con sinceridad sus reticencias:

“Toda mi vida he intentado estorbar al mal para que no impere. Y lo único que me ha quedado claro como gobernante es que el exceso en el mandar convierte cualquier jerarquía en maldad. Ya no quiero mandar...”.

Un nuevo trallazo puso en incandescencia la gran sala, y al voltear Lul en espera del estruendo, percibió una

ligera sombra adherida a una columna. Aprovechando que el mundo se estremecía con el tronido, el otrora mejor guerrero de Omphalia se levantó con viperina rapidez y extrajo la daga que siempre traía a la cintura, la tomó por la punta y contuvo la respiración para arrojarla sin posibilidad de yerro.

“¡No, no la arrojes que soy yo!”, clamó el asistente moviéndose hacia el reflejo de la lumbre en el piso.

“¡Jazmín, yo no te he llamado!”, acusó el rey.

“No, majestad, vine a la misma hora que vengo siempre, a traerle el té y la miel”, se excusó el asistente.

“¡Creí que habías entendido que en mi privacidad sólo te presentas cuando oigas sonar la campanita!”, levantó el tono el rey.

“Cuidado, querido Cosijopii, esto que está pasando es más grave de lo que aparenta, y aun las bestias, en su ajetreo irracional, no dejan de refrenar sus ímpetus cuando perciben la menor amenaza, dijo Lul más controlado. Y enseguida encaró al asistente: “¿Cuánto tiempo llevas ahí?”.

“Yo no he oído nada”, dijo el asistente.

Entonces, al tiempo que abría el cielo sus fauces para derramar ríos de agua, un haz de luz se llevó a Lul.

XXIV

Iba de la mano de una mujer muy bella –con la certeza inexplicable de que era su madre– por una vereda abierta en el corazón de la selva a semejanza de una vena chispeante de rojor en un cuerpo vivo. Y así como el corazón reconoce la sangre que lo sustenta, él tenía la convicción de que aquella realidad profana era nada más una apariencia que había que superar sin remordimiento alguno. A partir de ahora, estaba totalmente convencido, no tendría la menor discordia con nadie.

“¿Puedo saber a dónde me llevas?”, le preguntó al tiempo que le daba un jalón a la mano tratando de aminsonar la marcha.

“¿Acaso dudas de mí?”, reviró la mujer volteando para verlo. Con sus negros cabellos sueltos en desorden y los labios entrecerrados, los ojos eran el centro absoluto de su belleza.

“¡Nunca me atrevería a hacer tal cosa, madre mía!”, dijo aturdido por las dudas que se columpiaban adentro de su cabeza.

La vereda se tornó más empinada, casi un castigo; pero en la cima yacía la razón; al fondo se veía una isla con un cráter humeante, y en primer plano una playa de ensueño, separada de la isla por una franja de mar aturquesado y en calma.

“He ahí a los tres dioses que venera tu pueblo”, expresó con desdén la mujer.

“¿Dónde?”, preguntó él.

“Tierra, agua y fuego”.

“¿Acaso no tienen personalidad como nosotros?”.

“¡Jamás la han tenido!”, sentenció tajante la mujer.

“¿Y el único Dios?”.

“Ahora sólo existe en tu cabeza, como yo”.

La respuesta lo dejó en suspenso, sin poder argumentar nada. A decir verdad, sólo había visto su efigie en la medalla de oro que su padre ocultaba de las miradas ajenas en una cajita nacarada; pero desde la parte más silenciosa adentro de su cabeza, una voz le dijo que esa mujer era su madre, y que en ninguna circunstancia se atreviera a dudar de ella.

Al fondo alguien pronunciaba con circunspección las palabras: “¡Majestad, majestad!”, pero la voz de la mujer se impuso seductora:

“Jamás, hijo amado, encontrarás al verdadero Dios fuera de ti, nunca descenderá a hablar con ninguna de sus criaturas. Tendrás que encontrarlo como me encontraste a mí, y creer en ello con todo tu ser como crees en mí...”.

“¿Pero, cómo y dónde?”, interrumpió él. Y de nuevo volvieron a oírse los llamados: “¡Majestad, majestad!”.

De un solo impulso se sentó sobre el tapete, al tiempo que veía al canciller y al sacerdote supremo mientras su asistente se alejaba. Volvió a cerrar los ojos y trazó un puente etéreo con su sueño, hasta que la voz del canciller lo regresó a la estancia:

“¡Mi venerado rey, el más piadoso de todos cuantos han gobernado el grandioso reino de Omphalia!”, exclamó tratando de justificar el motivo de su visita con un tono amigable y sumiso.

“¿A dónde fue mi asistente?”, respingó el rey ante la excesiva intención amistosa.

El sacerdote supremo dio un paso adelante, aspiró por la nariz todo el aire que pudo, cerró luego los ojos y habló con voz más grave:

“Le he ordenado que se retirese. Ha sido muy amable al conducirnos sin permiso real a esta estancia. Pero me

ha acompañado el canciller para decir, amado soberano, lo que me han comunicado los dioses; a eso solamente vine, a cumplir lo que me ordenaron: ‘Ve y dile al soberano de Omphalia que estamos muy ofendidos por los grandes errores cometidos, y que ya se agota el tiempo para encontrar las mejores maneras de superarlos’. Por eso salí del escondrijo y arriesgué mi vida, para entregar la nueva de que mañana mismo, a medianoche y en el corazón del laberinto, celebraremos el gran reencuentro con nuestra divina triunidad”.

“¿Después de pasar tanto tiempo escondido como animal de monte, vienes ahora a pedirme que desafíe a los hombres del cielo?”, expresó el rey viendo cómo la luz de las antorchas le desdibujaba el rostro al intruso.

“¡Majestad, nuestro pueblo os necesita y no sólo nuestros dioses!”, imprecó con inusual fuerza el canciller.

“Mi pueblo ya sabe tan bien como yo lo que estaba engerminalado en la profecía. Los amo a todos tanto o más de lo que ellos me aman. Yo nada más cumplo el mandato del cielo...”.

“Mi señor, mi gran señor”, suavizó el tono el canciller. “Yo he venido a transmitirte el doloroso sentir de tu pueblo, de lo muy encolerizados que estamos por el secuestro de nuestros más bellos jóvenes y ofendidos por la manera sobajante como se trata a nuestro amado rey, y del silencio y el secretismo a que se nos ha condenado sin motivo y sin consultarnos ni darnos el frente. Mi sabio y prudente señor, tus dioses y tu gente ya no pedimos clemencia, lo que queremos, y vamos a lograr, es que se regresen los invasores a esa oscura roca volante de donde vinieron.

El rey Cosijopii hizo varios asentimientos con la cabeza y expelió:

“A vosotros que tanto veneráis la sagrada triunidad, por última vez voy a deciros que tanto nosotros como nuestros dioses hemos sido vencidos. Y nada más lejos de

mi razón que creer que todo lo que sucedió fue producto de la fatalidad. Lo único que nos queda es aprender a transformar en nuestra mente los tres dioses en uno solo, y aceptar con inteligencia y dolor que nuestro destino ya no está en nuestras manos”.

“¡Eso jamás, mientras esté vivo!”, explotó el sacerdote supremo. “Y ahora veo con más sólido fundamento los rumores sobre las torcidas intenciones de la visita que os hizo el traidor Lul”.

“Sí, con dolor compruebo una vez más que nunca he dejado de estar rodeado de traidores”, dijo el rey pensando en la flaqueza de su asistente Jazmín. Y prosiguió: “Tan lleno estoy de dolores y males, que si hablo no puedo evitar que salgan de mí en atropello fantasmal”.

“El regodeo excesivo en el dolor no sólo es enfermizo, majestad, sino también frustrante”, añadió de manera sorpresiva el canciller.

“Pero así es como me siento: enfermo y frustrado. No, leales servidores de la triunidad, los que alguna vez fueron mis dioses ya no lo son, ahora gobierna un solo Dios en el cielo, y sus enviados en Omphalia. Y, mientras perdure mi sufrimiento, no permitiré más muertes ni promoveré ninguna forma de confrontación”.

“¡Gran rey, toda Omphalia te necesita ahora más que nunca!”, clamó el sacerdote supremo.

Como el rey permanecía en silencio, el sacerdote supremo entendió que tenía que abrir frontalmente el juego si pretendía obtener el resultado requerido: “Si nuestras palabras no bastan para convencerte, entonces tendremos que traer a todo el pueblo para que mueva tu voluntad con sus súplicas”.

Previendo en qué podría terminar el reclamo masivo, el rey exclamó no muy convencido: “No será necesario. Iré”.

“No, vendré personalmente a buscarte, pues sé muy bien que el enemigo tiene ojos por todos lados”, concluyó satisfecho el sacerdote supremo.

El rey Cosijopii dejó caer la cabeza en señal de acuerdo, con la esperanza hendida como una herida y sintiéndose prisionero de una maldición que nada ni nadie podría ya remediar.





Cuando el sacerdote supremo y el canciller llegaron al Palacio Verde para acompañarlo a la ceremonia sacrificial, el rey Cosijopii tuvo que esforzarse por ocultar la contrariedad que lo embargaba. Por la noche había estado soñando con su padre, que le decía una y otra vez que creyera en la luz, que él era un hijo de la luz, y que en la luz estaba la salvación. En el transcurso de la mañana y parte de la tarde había estado buscando a su asistente y, al no encontrarlo, en su mente los peores presagios andaban a traspiés con las tranquilizadoras razones. Sin embargo, se cuidó de hacer comentarios al respecto y no dio motivo para que se demorase la partida.

Adelante iban dos oficiales de la vieja guardia disfrazados de campesinos, atrás de ellos el canciller y el sacerdote supremo, y un poco más rezagado caminaba el rey dándole vueltas a una de las frases con que tiempo atrás lo había desarmado Lul: “El regodeo excesivo en el dolor no sólo es frustrante, sino también improductivo”. Todos llevaban la cabeza cubierta con un manto, y la lluvia intensa que caía retrasaba su marcha en medio de la oscuridad. Al cruzar las lodosas calles de la capital, se habían tenido que guarecer un par de veces al descubrir a varios invasores que patrullaban imponentes con su presencia de muerte. Por más que trataba de abrir su imaginación como alas al viento, la cabeza del rey Cosijopii se oscurecía de pesares y el cuerpo se ablandaba vencido por los aciagos presentimientos. ¿Sería cierto que tenían aliados que lo podían ver todo?

Llegaron a las cuevas más tarde de lo que el sacerdote supremo había previsto. Al pararse a la entrada de la gruta que los conduciría al laberinto, el sacerdote supremo expelió el aire con ánimo renacido; luego, en franco contraste con su habitual desconfianza, sacudió con donosura el agua del manto con que se cubría y dijo:

“A un ocultamiento tan vergonzoso como éste, el gran rey Pelaxil le decía ‘El infame vasallaje del miedo’”. A continuación trató de vislumbrar los ojos del rey en medio de la oscuridad, y al no discernir nada, decidió continuar: “Mas dejémonos ya de sentimientos medrosos que sólo merecen desprecio. Hace tiempo que hemos venido sacrificando ofrendas a nuestros dioses en este lugar; y tiempo es de que demos ya el último paso”. Imitó por tres veces y sin titubeos el canto lúgubre del tecolote y, al ver el resplandor de las antorchas que venían de adentro, alzó la voz con poder y arrojó las palabras en forma de marejadas: “¡Vamos, vamos, vamos!”.

La amplia bóveda se cimbró con la efusión ritual con que recibieron al monarca. Las manos se tendían vibrantes hacia el rey en busca de un mínimo contacto salvífico; pero ante tal barahúnda, el sacerdote supremo se allegó a la mesa sacrificial y desde allí comenzó a imitar con potencia y escalofriante verosimilitud el ulular del tecolote. Profundamente impresionado por el clamor de bienvenida, el rey se dejó conducir por el canciller hacia uno de los tres sitios de honor; y mientras se acomodaba pudo ver, a la luz de la nutrida cantidad de antorchas, una escenografía que superaba el acopio de dudas que ennubecía su mente de sospechas.

El altar que realzaba la presencia de los tres dioses estaba salpicado de sangre; al igual que la vestimenta y la cara erosionada del Huajitoó, sacerdote sacrificador. A un lado, en el oscuro piso de tierra, podían distinguirse los cuerpos ensangrentados de varios guajolotes y venados. No tardó el sacerdote supremo en imponer un silencio

encenegado de tensiones, y con los brazos abiertos y a manera de fuego líquido, dio salida a sus sentimientos:

“¡Divina triunidad, amados dioses! Estamos aquí para ofrecer obediencia sin condiciones y pedir que se desbroce de una vez el camino, que se nos libere para siempre de la plaga que nos ha invadido y nos tiene a punto de muerte. Si nosotros morimos, amados dioses, vosotros también moriréis con nosotros. ¡Traed la ofrenda principal!”.

En la mente del rey las dudas se avivaron como fuego, y todo lo que veía aumentaba el acopio de sospechas. Cerró los ojos y, al tiempo que se interiorizaba, oyó a su propia voz con un fraseo adormeciente, como si fuera música compuesta para neutralizar la locura que sucedía allí afuera: “No, ambición no tengo, pues nunca la he tenido; lo que me obligó a poner cerco a la cordura fue el temor, sólo así puedo explicar mi venida aquí, a presenciar, sin poder hacer nada como en un sueño, tanto ruego inútil, tanto fervor desesperado. Cuando se cree sin pensar, aun las cabezas más nobles se dejan seducir por las malas promesas. Yo, al contrario de ellos, que están plenos con mi presencia, siento que no debí de haber venido; porque sé que tanto este lugar como esta ceremonia están impregnados de culpa”.

“¡Majestad!”, resonó imperativa la voz del sacerdote supremo.

Al abrir los ojos el rey vio parado frente al altar, y acompañado por cuatro sacerdotes subalternos, un cuerpo esbelto y atemorizado cual ave apartada de su selva. Traía tan sólo cubiertos los genitales con un rebocillo y el pelo suelto sobre la cara a manera de breñal. Desde niño el rey había rechazado los sacrificios como algo bárbaro, pero desde que se había entregado incondicionalmente al Dios de amor, se le hacían verdaderamente insoportables. Los sacerdotes recostaron el cuerpo sobre el altar y, asiéndolo cada uno de una extremidad, dejaron paso para que el Huijatoó se acercara enar-

bolando el cuchillo sacrificial. A pesar de la facha de la víctima, el rey reconoció que era a su asistente Jazmín a quien iban a sacrificar. Levantándose repentinamente gritó: “¡Deteneos!”. Todas las miradas convergieron en él, pero enseguida comenzaron a surgir potentes haces de luz desde la entrada, y con ellos se hizo clara la presencia estremecedora de varios conquistadores.



XXVI

Aunque la creencia en la tríada divina desalentaba la fe en un Dios único y creador de todo lo existente, los omphalianos no dudaban que los súbditos que respetaban incondicionalmente a su rey, así como los guerreros, los sacerdotes y los que eran sacrificados en los altares a sus tres dioses, después de morir iban a un mundo mucho más hermoso, pleno de jardines y riachuelos que jamás se marchitaban ni secaban. Allí se vivía en un eterno presente, con los seres más queridos en vida y con todas las clases de ferias y romerías que a los omphalianos tanto les gustaban. Pero Lul le había dicho en una de sus apariciones que después de la muerte sólo sobrevivían los que no habían causado grandes males a los demás ni a sí mismos. Los que habían vivido con rectitud y bondad, en cuanto dejaban la encarnadura mortal eran conducidos a unos mundos transitorios, y desde allí comenzaba un proceso de perfeccionamiento constante hasta alcanzar el paraíso.

Durante toda una tarde y gran parte de la noche, le pormenorizó que al renacer después de la muerte la persona era la misma, pero ya sin el sufrido cuerpo de carne y huesos. Todos los sobrevivientes pasaban de manera transitoria por unas islas del cielo que tenían sus propios gobiernos y sus propias leyes. Para los omphalianos, y para todos los mortales, esas islas eran invisibles; y en ellas, al no tener un cuerpo con apetitos ni odios, no había violencia, ni intolerancia, ni forma alguna de opresión. Ya no existía el deseo de poder para im-po-

nerse y dominar a los demás, y cualquier esfuerzo que se emprendía tenía siempre como meta la felicidad de todos. Nuestra forma animal desaparecía, por lo que ya no se producían inmundicias. La armonía celestial alcanzaba tal perfección que tampoco había lugar para las mentiras y las ofensas, de manera que sólo allí tenía sentido hablar del fin de la bestia humana, búsqueda que por tantos siglos había obsesionado a los más grandes sabios.

De todos los que estaban presentes en el acto sacrificial, sólo el sacerdote supremo logró escapar, pues conocía las claves del pasadizo. Con el paso de los días, los rumores fueron dando sustancia a una leyenda que quedaría para siempre impresa en los anales de la conquista: el sacerdote supremo se había escapado a su laguna para convertirse en el guía de todos los axolotes (con el añadido espurio de que algún día, en el futuro ominoso, los anfibios se harían dueños absolutos de islotes y mares). El entero cuerpo sacerdotal fue condenado a la desintegración, y el resto de los ciudadanos tuvo que someterse a un programa de catequización radical.

El rey, ya sin corona ni mando, fue privado de todas sus prebendas excepto del servicio del fiel Jazmín. A punto habían estado los conquistadores de condenarlo a la desintegración por asistir a la ceremonia pagana en connubio con el sacerdote supremo, pero los alegatos de Lul habían servido para concederle un perdón estrictamente circunscrito al ámbito de su estancia. Del temor inmediato pasó a la turbación, y luego lloró amargamente toda una noche antes de alcanzar el total desapego.

Poco tiempo después del suceso decisivo, el rey oyó la voz de Lul en sueños que le decía: “¿Por qué te entristece perder tu reino si al hacerlo te liberas de muchos pesares? Al igual que los rayos, nuestras decisiones nacen de las tenebrosas sombras acumuladas sobre nosotros. Mi muy querido Rayo de aire, ya es hora de que aprendas a so-

brellevar la ligereza de tu nombre. De ahora en adelante, y hasta el momento del tránsito, vendré a hablarte en sueños para tratar de convencerte de que creas con todo tu ser en un futuro de perfección cósmica, con la mente puesta en el Gran Creador y en toda su obra, pues sólo así desaparecerán todas tus dudas y ansiedades”.

En los meses que siguieron, el rey destronado vivió recluso en una atmósfera de silenciosa sacralidad, que únicamente era perturbada algunas noches, cuando irrumpía en sus sueños su amado Lul. Durante el día recibía dos veces la visita de Jazmín, que le dejaba el frugal alimento y se retiraba sin pronunciar palabra alguna. Lul le había encargado que meditara detenidamente su vida para quedarse exclusivamente con los recuerdos más dulces y amorosos. Después todo sería futuro, el pasado quedaría para siempre superado. “En este mundo no hay certezas, sólo errores y caídas; en el otro, ya sin cuerpo ni sentidos, no habrá lugar para la mentira y el daño. Tienes que dar lo mejor de ti y aceptar complacido tu destino”, le dijo esa misma noche antes de desvanecerse.

El primer día de la semana siguiente, y un poco más tarde que el horario en que solía aparecerse, Lul se reconfiguró ante Cosijopii para decirle que se prepara para el salto, pues el momento decisivo se acercaba. Y le soltó enhebradas una serie de sentencias que impidieron que Cosijopii recupera el sueño en plena medianoche:

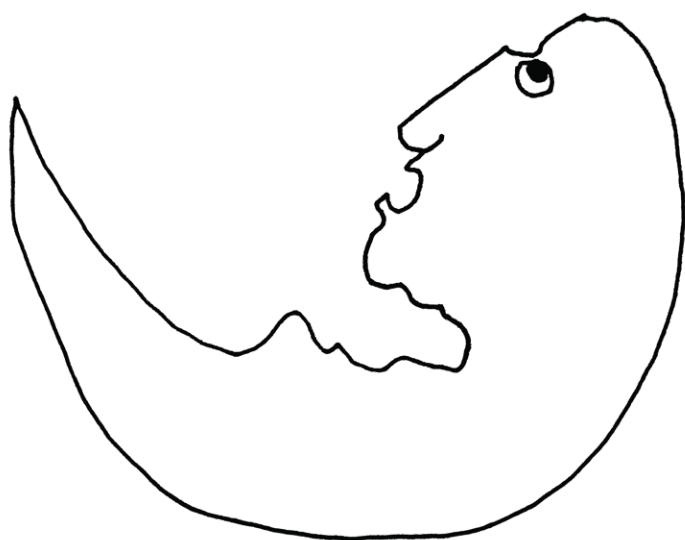
“Este cuerpecillo es una cárcel de penas a la que entramos por engaños; al liberarnos de él, accedemos a la dicha eterna. El Ser Supremo nos ha dado este cuerpo para que aprendamos a dejar de vivir como animales; nuestro ser animal –sea serpiente o águila– se alimenta de sustancias profanas que producen fluidos y suciedades; nuestro ser divino no necesita ningún deleite material, porque todo es de la misma consistencia que un sueño eterno. Cuánto menos te aferres a tu cárcel terrenal, más digno serás de dar el salto final hacia la luz...”.

¿Y qué debo hacer en el momento de la muda?”, lo interrumpió Cosijopii.

“Nada más trata de hacer Su Voluntad”, dijo Lul antes de desaparecer.

La última visión del piadoso rey Cosijopii le correspondió a Jazmín, el fiel fámulo.

Habían pasado ya tres días desde las consoladoras palabras de Lul en el sueño y, como todas las tardes tenía por deber, apenas se puso el sol el sirviente se acercó a la sala con el té y la miel en una bandeja de plata. A esa hora el rey lo esperaba para tomar la bandeja; pero esta vez el rey no estaba en acechante espera, sino que yacía tendido sobre el tapete con los brazos abiertos en actitud meditativa. De repente, una luz brillante como polvo de oro envolvió todo el cuerpo, y enseguida la forma luminosa del rey comenzó a aletear cual colibrí hasta convertirse en un refulgente sol formado por infinitas piedrecillas preciosas. Una imagen tan impactante y majestuosa, que hizo que el sirviente se estremeciera y dejara caer la bandeja, mientras abría al máximo sus ojos para ver cómo el rey, convertido en un reverberante torbellino de luz, trascendía el espacio-tiempo.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

De la ficción a la filosofía cósmica	7
--	---

EL HOMBRE MORAL

I	17
II	21
III	27
IV	39
V	47
VI	55
VII	59
VIII	69
IX	77
X	83
XI	91
XII	95
XIII	103
XIV	111
XV	119
XVI	123
XVII	127
XVIII	135
XIX	139
XX	143
XXI	147
XXII	153
XXIII	159
XXIV	163
XXV	175
XXVI	183

EL HOMBRE SOBERBIO

I.....	193
II	201
III.....	207
IV	215
V.....	219
VI.....	225
VII	231
VIII.....	237
IX.....	247
X.....	255
XI	261
XII.....	271
XIII	277
XIV	285
XV.....	291
XVI	295
XVII.....	299
XVIII	307
XIX	311
XX.....	315
XXI	321
XXII.....	329
XXIII	339

EL HOMBRE PIADOSO

I.....	345
II	353
III.....	359
IV	365
V.....	369
VI.....	373
VII	379
VIII.....	385

IX.....	389
X.....	395
XI.....	399
XII.....	407
XIII.....	413
XIV.....	417
XV.....	423
XVI.....	429
XVII.....	433
XVIII.....	439
XIX.....	443
XX.....	447
XXI.....	453
XXII.....	459
XXIII.....	465
XXIV.....	473
XXV.....	479
XXVI.....	483



EDITORIAL AVISPERO
Oaxaca/ México 2023

Esta primera edición de *El eterno aprendizaje*,
de Leonardo da Jandra, se terminó de imprimir
y encuadernar en Novagrafic.

— / 50

